

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS • MAYO DE 2010

# Liahona

Discursos de  
la Conferencia  
General





VENTANA CON VITRAL QUE PERTENECE ORIGINALMENTE AL CENTRO DE REUNIONES DEL BARRIO ADAMS DE LOS ÁNGELES, CALIFORNIA, EE. UU.; CORTESÍA DEL MUSEO DE HISTORIA DE LA IGLESIA

### **La Primera Visión, artista desconocido**

*En 1820, el joven José Smith entró a una arboleda cercana a su hogar para orar a fin de saber a qué iglesia debía unirse. En respuesta a su oración, vio al Padre y al Hijo:*

*“...vi una columna de luz, más brillante que el sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí...*

*“Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!” (José Smith—Historia 1:16–17).*



- 2 Resumen de la Conferencia General Anual número 180

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 Bienvenidos a la conferencia  
*Presidente Thomas S. Monson*
- 6 El poder del sacerdocio  
*Presidente Boyd K. Packer*
- 10 "...y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días"  
*Julie B. Beck*
- 13 Nuestra senda del deber  
*Obispo Keith B. McMullin*
- 16 La roca de nuestro Redentor  
*Élder Wilford W. Andersen*
- 18 Madres e hijas  
*Élder M. Russell Ballard*
- 22 Ayúdenlos en el camino de regreso al hogar  
*Presidente Henry B. Eyring*

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 26 El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia  
*Presidente Dieter F. Uchtdorf*
- 27 Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2009  
*Robert W. Cantwell*
- 28 Informe estadístico de 2009  
*Brook P. Hales*
- 29 Las madres enseñan a los hijos en el hogar  
*Élder L. Tom Perry*
- 32 La bendición de las Escrituras  
*Élder D. Todd Christofferson*
- 36 Manos que ayudan, manos que salvan  
*Élder Koichi Aoyagi*
- 38 Cuando el Señor manda  
*Élder Bruce A. Carlson*
- 40 Velando... con toda perseverancia  
*Élder David A. Bednar*
- 44 No hay lugar para el enemigo de mi alma  
*Élder Jeffrey R. Holland*

## SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 47 Sanar a los enfermos  
*Élder Dallin H. Oaks*
- 51 El llamamiento divino de un misionero  
*Élder Ronald A. Rasband*

- 54 El magnífico Sacerdocio Aarónico  
*David L. Beck*
- 56 Continuemos con paciencia  
*Presidente Dieter F. Uchtdorf*
- 60 Obrar con toda diligencia  
*Presidente Henry B. Eyring*
- 64 La preparación trae bendiciones  
*Presidente Thomas S. Monson*

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 68 "Ustedes son Mis manos"  
*Presidente Dieter F. Uchtdorf*
- 75 ¡Él vive, y yo lo honraré!  
*Élder Richard G. Scott*
- 78 Volverse al Señor  
*Élder Donald L. Hallstrom*
- 81 Que nuestros niños puedan ver la faz del Salvador  
*Cheryl C. Lant*
- 83 Nosotros seguimos a Jesucristo  
*Élder Quentin L. Cook*
- 87 ¡Ha resucitado!  
*Presidente Thomas S. Monson*

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 91 Generaciones entrelazadas con amor  
*Élder Russell M. Nelson*
- 95 Nuestro deber a Dios: La misión de padres y líderes para con la nueva generación  
*Élder Robert D. Hales*
- 98 Mamá me lo dijo  
*Élder Bradley D. Foster*

- 101 Todas las cosas obrarán juntamente para su bien  
*Élder James B. Martino*
- 103 Cultivar el buen juicio y no juzgar a los demás  
*Élder Gregory A. Schwitzer*
- 106 Cosas concernientes a la rectitud  
*Élder Francisco J. Viñas*
- 108 Dime la historia de Cristo  
*Élder Neil L. Andersen*
- 112 Palabras de clausura  
*Presidente Thomas S. Monson*

## REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

- 114 Sé valiente  
*Ann M. Dibb*
- 117 ¡Nunca, nunca, nunca se den por vencidas!  
*Mary N. Cook*
- 120 ¡Recuerden quiénes son!  
*Elaine S. Dalton*
- 123 Presentación en video: Tengo un propósito
- 124 Ser felices para siempre  
*Presidente Dieter F. Uchtdorf*
- 72 Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
- 128 Se dirigen a nosotros: Hagamos de la conferencia parte de nuestras vidas
- 130 Se dirigen a los jóvenes
- 132 Índice de relatos de la conferencia
- 133 Enseñanzas para nuestra época
- 133 Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares
- 134 Noticias de la Iglesia



# Resumen de la Conferencia General Anual número 180

## SÁBADO POR LA MAÑANA, 3 DE ABRIL DE 2010, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Presidente Dieter F. Uchtdorf.  
Primera oración: Élder Yoshihiko Kikuchi.  
Última oración: Élder Erich W. Kopschke.  
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas: “Dulce Tu obra es, Señor”, *Himnos*, Nº 84; “Hijos del Señor, venid”, *Himnos*, Nº 26; “Tengo gozo en mi alma hoy”, *Himnos*, Nº 146, arreglo de Wilberg, inédito; “Jehová, sé nuestro guía”, *Himnos*, Nº 39; “Mandó a Su Hijo”, *Canciones para los niños*, Nº 20, arreglo de Hofheins, inédito; “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, Nº 40, arreglo de Wilberg, inédito.

## SÁBADO POR LA TARDE, 3 DE ABRIL DE 2010, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Lynn G. Robbins. Última oración: Élder Craig C. Christensen. Música por un coro combinado del Instituto de Religión de Orem; Ryan Eggett y Allen Matthews, directores; Bonnie Goodliffe, organista: “Dios manda a profetas”, *Himnos*, Nº 11; “Siento el amor de mi Salvador”, *Canciones para los niños*, Nº 42, arreglo de Dayley, pub. Jackman; “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, Nº 10; “Más cerca, Dios, de Ti”, *Himnos*, Nº 50, arreglo de Duffin, inédito.

## SÁBADO POR LA TARDE, 3 DE ABRIL DE 2010, SESIÓN DEL SACERDOCIO

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Keith K. Hilbig. Última oración: Élder Michael John U. Teh. Música por un coro del sacerdocio de la Universidad Brigham Young; Ronald Staheli, director; Clay Christiansen y Richard Elliott, organistas: “El Padre tanto nos amó”, *Himnos*, Nº 112, arreglo de McDavitt, inédito; “Haz el bien”, *Himnos*, Nº 155, arreglo de Hall, inédito; “Glorias cantad a Dios”, *Himnos*, Nº 37; “La barra de hierro”, *Himnos*, Nº 179, arreglo de Staheli, inédito.

## DOMINGO POR LA MAÑANA, 4 DE ABRIL DE 2010, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Kenneth Johnson. Última oración: Élder Wolfgang H. Paul. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Andrew Unsworth y Clay Christiansen, organistas: “En este día de gozo y alegría”, *Hymns*, Nº 64; “Cristo ha resucitado”, *Himnos*, Nº 122; “El Cristo es”, Moody, arreglo de Bradford, pub. Nature Sings; “A Cristo Rey Jesús”, *Himnos*, Nº 30; “Cuando venga Jesús”, *Canciones para los niños*, Nº 46, arreglo de Murphy, inédito; “Himno de la Pascua de Resurrección”, *Himnos*, Nº 121, arreglo de Wilberg, inédito.

## DOMINGO POR LA TARDE, 4 DE ABRIL DE 2010, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Christoffel Golden Jr. Última oración: Obispo Richard C. Edgley. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Linda Margetts y Bonnie Goodliffe, organistas: “Oh Rey de reyes, ven”, *Himnos*, Nº 27, arreglo de Murphy, inédito; “Tan humilde al nacer”, *Himnos*, Nº 120, arreglo de Kasen, pub. Jackman; “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, Nº 73; “Conmigo quédate, Señor”, *Himnos*, Nº 98, arreglo de Wilberg, inédito.

## SÁBADO POR LA TARDE, 27 DE MARZO DE 2010, REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

Presidió: Presidente Thomas S. Monson.  
Dirigió: Elaine S. Dalton. Primera oración: Karlee Gubler. Última oración: Kendrick Smaellie. Música por un coro de Mujeres Jóvenes de las estacas de Lehi, Utah; Lehi Este, Utah; Lehi Norte, Utah y Lehi Sur, Utah; Merrilee Webb, directora; Bonnie Goodliffe, organista: “Bandera de Sión”, *Himnos*, Nº 4, arreglo de Webb, inédito; “Caros niños, Dios

os ama”, *Himnos*, Nº 47, arreglo de Watkins, inédito; “Sé fuerte”, de *Un nuevo año: Celebración de la juventud: 2010*, inédito; “Oh, Tú, Roca de salvación”, *Hymns*, Nº 258, arreglo de Kasen, pub. Jackman; “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, Nº 40, arreglo contrapunto de Webb.

## DISCURSOS DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO

Para tener acceso a los discursos de la Conferencia General en varios idiomas, visite [conference.lds.org](http://conference.lds.org). Luego, seleccione un idioma; por lo general, las grabaciones de audio estarán disponibles en los centros de distribución dos meses después de la conferencia.

## MENSAJES DE ORIENTACIÓN FAMILIAR Y DE LAS MAESTRAS VISITANTES

Para los mensajes de la orientación familiar y de las maestras visitantes, sírvase seleccionar uno de los discursos que mejor satisfaga las necesidades de las personas a las que visite.

## EN LA CUBIERTA

Frente: Fotografía del presidente Thomas S. Monson y de la hermana Frances Monson, por John Luke. Atrás: Fotografía del Templo de Salt Lake, por Weston Colton.

## FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA

Las escenas de la conferencia general, que se efectuó en Salt Lake City, las tomaron Craig Dimond, Welden C. Andersen, John Luke, Matthew Reier, Christina Smith, Les Nilsson, Scott Davis, Lindsay Briggs, Cody Bell, Mark Weinberg, Weston Colton, Jenica Heintzelman, Brandon Flint y Robert Casey; en Argentina, Lucio Javier Fleytas y Cristian Rafael López Fonseca; en Brasil, Laurení Ademar Fochetto y Ana Claudia Soli; en Chile, Oscar Schmittner; en República Checa, Bev Robison; en Francia, Carlos González; en las Filipinas, Edwin Redrino; y en Oregón, EE. UU., John Snyder.





**MAYO DE 2010 VOL. 34 NO. 5**  
**LIAHONA 09286 002**

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

**La Primera Presidencia:** Thomas S. Monson,  
Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

**El Quórum de los Doce Apóstoles:** Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

**Editor:** Spencer J. Condie

**Asesores:** Keith K. Hilbig, Yoshihiko Kikuchi,  
Paul B. Pieper

**Director administrativo:** David L. Frischknecht

**Director editorial:** Vincent A. Vaughn

**Editor principal:** Larry Hiller

**Director de artes gráficas:** Allan R. Loyborg

**Editor administrativo:** R. Val Johnson

**Editores administrativos auxiliares:** Jenifer L. Greenwood,  
Adam C. Olson

**Editores adjuntos:** Ryan Carr

**Editora auxiliar:** Susan Barrett

**Personal de redacción:** David A. Edwards, Matthew D. Flitton, LaRene Porter Gaunt, Annie Jones, Carrie Kasten, Jennifer Maddy, Melissa Merrill, Michael R. Morris, Sally J. Odekir, Joshua J. Perkey, Chad E. Phares, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Don L. Searle, Janet Thomas, Paul VanDenBerghe, Julie Wardell

**Secretaria principal:** Laurel Teuscher

**Director de arte:** Scott Van Kampen

**Gerente de producción:** Jane Ann Peters

**Personal de diseño y de producción:** Cali R. Arroyo, Collette Nebeker Aune, Howard G. Brown, Julie Burdett, Thomas S. Child, Reginald J. Christensen, Kim Fenstermaker, Kathleen Howard, Eric P. Johnsen, Denise Kirby, Scott M. Mooy, Ginny J. Nilson

**Asuntos previos a la impresión:** Jeff L. Martin

**Director de impresión:** Craig K. Sedgwick

**Director de distribución:** Randy J. Benson

**Coordinación de Liahona:** Enrique Resek, Diana R. Tucker

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y de Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

**Los manuscritos y las preguntas deben enviarse a Liahona, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: [liahona@ldschurch.org](mailto:liahona@ldschurch.org).**

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, cingalés, coreano, croata, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, hindi, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tamil, telegu, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2010 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista Liahona se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: [cor-intellectualproperty@ldschurch.org](mailto:cor-intellectualproperty@ldschurch.org).

**Para los lectores de México:** Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" (c) es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

**For Readers in the United States and Canada:**

May 2010 Vol. 34 No. 5. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. [Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431]

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.



**LOS DISCURSANTES POR ORDEN ALFABÉTICO**

Andersen, Neil L., 108  
Andersen, Wilford W., 16  
Aoyagi, Koichi, 36  
Ballard, M. Russell, 18  
Beck, David L., 54  
Beck, Julie B., 10  
Bednar, David A., 40  
Carlson, Bruce A., 38  
Christofferson, D. Todd, 32  
Cook, Mary N., 117  
Cook, Quentin L., 83  
Dalton, Elaine S., 120  
Dibb, Ann M., 114  
Eyring, Henry B., 22, 60  
Foster, Bradley D., 98  
Hales, Robert D., 95  
Hallstrom, Donald L., 78  
Holland, Jeffrey R., 44  
Lant, Cheryl C., 81  
Martino, James B., 101  
McMullin, Keith B., 13  
Monson, Thomas S., 4, 64, 87, 112  
Nelson, Russell M., 91  
Oaks, Dallin H., 47  
Packer, Boyd K., 6  
Perry, L. Tom, 29  
Rasband, Ronald A., 51  
Schwitzer, Gregory A., 103  
Scott, Richard G., 75  
Uchtdorf, Dieter F., 26, 56, 68, 124  
Viñas, Francisco J., 106

**ÍNDICE DE TEMAS**

Adversidad, 78, 101, 124  
Amor, 68, 98  
Aprendizaje, 40  
Belleza, 120  
Bendiciones, 38  
Bendiciones del sacerdocio, 6, 47  
Concupiscencia, 44  
Conferencia General, 112  
Confianza, 54  
Consuelo, 68  
Conversión, 36  
Crecimiento, Iglesia, 4  
Deber, 13, 60, 95  
Deber a Dios, 22, 54, 60, 95  
Diligencia, 60  
Ejemplo, 18, 95  
Enseñanza, 29, 75, 106, 108  
Escrituras, 32, 106, 114, 117  
Esperanza, 16  
Espíritu Santo, 10, 103, 117, 120  
Expiación, 75, 83  
Familia, 6, 29, 40, 81, 91  
Fe, 16, 47, 56, 120  
Felicidad, 124  
Fidelidad, 44  
Hijas, 18  
Hijos, 81, 108  
Historia Familiar, 91  
Hogar, 29, 95  
Honradez, 64  
Inspiración, 51  
Jesucristo, 16, 32, 68, 75, 78, 81, 83, 87, 98, 101, 108, 112  
Juicio, 103  
Libro de Mormón, 40  
Mandamientos, 13, 38  
Maternidad, 18, 29, 98  
Modestia, 18  
Muerte, 87  
Mujeres jóvenes, 123  
Naturaleza Divina, 120  
Niños, 22, 40, 108  
Normas, 64  
Obediencia, 13, 38, 103, 114  
Obra misional, 51  
Oración, 13, 114  
Paciencia, 56  
Padres, 95, 106  
Paternidad, 6  
Paz, 78  
Perseverancia, 124  
Perspectiva, 101  
Pornografía, 44  
Preparación, 64  
Profetas, 114  
Progreso Personal, 22, 95, 117  
Rectitud, 106  
Rescate, 22, 36  
Resurrección, 87  
Revelación, 10  
Sacerdocio, 6, 56  
Sacerdocio Aarónico, 51, 54, 60  
Santidad, 47  
Seguridad, 83  
Servicio, 36, 64, 68  
Servicio humanitario, 4  
Sociedad de Socorro, 10  
Templos, 4, 91  
Testimonio, 40, 117  
Valor, 114, 117  
Verdad, 32  
Virtud, 120, 123



Por el presidente Thomas S. Monson

## Bienvenidos a la conferencia

*Gracias, mis hermanos y hermanas, por su fe y su devoción al evangelio de Jesucristo.*

**Q**ué bueno es, mis queridos hermanos y hermanas, reunirnos una vez más. Esta conferencia marca ciento ochenta años desde que la Iglesia fue organizada. Cuán agradecidos estamos por el profeta José Smith, quien buscó la verdad, quien la encontró y quien, bajo la dirección del Señor, restauró el Evangelio y organizó la Iglesia.

La Iglesia ha crecido constantemente desde ese día, en 1830. Continúa cambiando la vida de más y más personas cada año y se esparce por toda la tierra a medida que nuestra fuerza misional busca a aquellos que van en pos

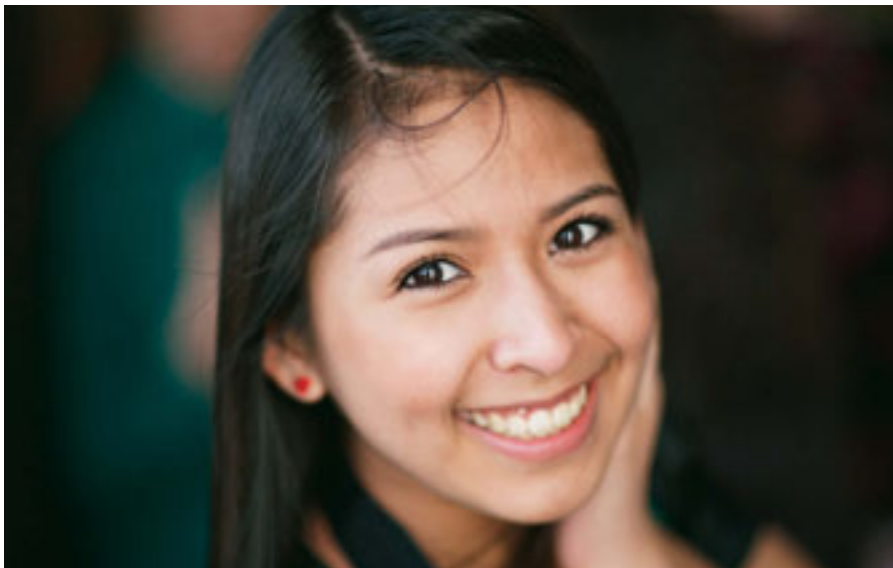
de la verdad. Una vez más hacemos un llamado a los miembros de la Iglesia para que extiendan una mano a los nuevos conversos o a aquellos que están en su camino de regreso a la Iglesia, a fin de que los rodeen de amor y los ayuden a sentirse en casa.

Gracias, mis hermanos y hermanas, por su fe y su devoción al evangelio de Jesucristo. Gracias por todo lo que hacen en sus barrios y ramas, en sus estacas y distritos. Ustedes sirven bien y de buena gana, y llevan a cabo grandes cosas. Que el Señor les bendiga al esforzarse por seguirle a Él y obedecer Sus mandamientos.

Desde la última vez que nos reunimos, la Iglesia ha continuado proporcionando una ayuda humanitaria muy necesitada en diversos lugares del mundo. Tan sólo en los últimos tres meses, se ha proporcionado ayuda humanitaria a la Polinesia Francesa, Mongolia, Bolivia, Perú, Arizona, México, Portugal y Uganda, entre otras regiones. Hace muy poco hemos prestado auxilio a Haití y a Chile, tras los devastadores terremotos y maremotos que hubo en estas regiones. Expresamos nuestro amor a los miembros de nuestra Iglesia que han sufrido durante estos desastres. Les tenemos presentes en nuestras oraciones. Les expresamos una gratitud profunda a todos ustedes por sus deseos de colaborar con nuestra labor humanitaria al compartir sus recursos y, en muchos casos, su tiempo, sus talentos y su pericia.

Este año se cumplen veinticinco años desde que nuestro programa humanitario llegó a formar parte de nuestra labor de bienestar. Sería imposible calcular de manera precisa la cantidad de personas que han recibido ayuda de dicho programa. Siempre nos esforzaremos por llegar entre los primeros a la escena de los desastres, dondequiera que se produzcan.

La Iglesia continúa creciendo y avanzando. La edificación de templos es una indicación de dicho crecimiento. Hace poco anunciamos un nuevo templo que se edificará en Payson, Utah. También anunciamos un amplio proyecto de renovación en el Templo de Ogden, Utah. De aquí a los tres próximos meses, dedicaremos templos en Vancouver, Columbia Británica, Canadá; en el valle Gila, Arizona; y en Ciudad de Cebú, Filipinas. Más adelante durante este año, se dedicarán o rededicarán otros templos. Continuaremos edificando templos por el mundo a medida que aumente nuestra cantidad de miembros. Cada año se efectúan millones de ordenanzas en los templos a favor de nuestros seres queridos que han fallecido. Ruego que continuemos siendo fieles al efectuar tales ordenanzas





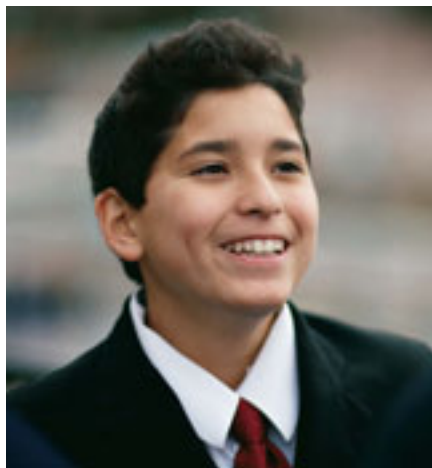


por aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos.

Muchos de ustedes saben que mi querida esposa, Frances, sufrió una caída poco después de la conferencia de octubre, en la que se fracturó la cadera y un hombro. Después de dos operaciones exitosas y varias semanas de hospitalización pudo regresar a casa; se encuentra bien y continúa avanzando hacia una recuperación total. El sábado pasado pudo asistir a la reunión general de las Mujeres Jóvenes y este fin de semana tiene previsto asistir a una o dos sesiones. Lo cierto es que en el último minuto me ha dicho: “¡Voy a ir hoy!”, ¡y aquí está! Ella se une a mí para expresarles nuestra más profunda gratitud a nuestro Padre Celestial y a todos ustedes por sus oraciones y sus buenos deseos en su favor.

Ahora bien, hermanos y hermanas, hemos venido aquí para ser instruidos e inspirados. Les damos la bienvenida a los que son nuevos en la Iglesia. Otros están luchando con problemas, con desafíos, con desilusiones, con pérdidas. Les amamos y oramos por ustedes. Durante estos dos días, se darán muchos mensajes que cubrirán diversos temas del Evangelio. Estos hombres y mujeres que les dirigirán la palabra han buscado la ayuda de los cielos concierne a los mensajes que les darán.

Es mi oración que seamos llenos de Su Espíritu al escuchar y al aprender. Ruego que esto sea así en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Amén. ■



Por el presidente Boyd K. Packer

Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

## El poder del sacerdocio

*El sacerdocio no tiene la fuerza que debería tener, y no la tendrá sino hasta que el poder del sacerdocio esté firmemente arraigado en las familias como debería estarlo.*

Les hablo a los padres de familia y a las familias de toda la Iglesia.

Hace años, comenzamos el programa de correlación bajo la dirección del presidente Harold B. Lee. En esa época, el presidente Monson dijo: “Hoy estamos acampados contra el despliegue más grande de pecado, vicio y maldad que se haya congregado jamás ante nuestros ojos... El plan de batalla según el cual luchamos para salvar las almas de los hombres no es nuestro propio plan. [Se obtuvo mediante] la inspiración y la revelación del Señor”<sup>1</sup>.

Durante aquellos años de correlación, se cambió toda la estructura operativa de la Iglesia. Se reestructuró el programa de estudio en su totalidad. Se redefinieron los objetivos y las relaciones de las organizaciones entre sí. La palabra clave, durante esos años de correlación y reestructuración, era *sacerdocio*.

El presidente Monson también habló de Gedeón, un héroe del Antiguo Testamento. Gedeón fue elegido para liderar los ejércitos de Israel con sus miles; pero de todos ellos, él sólo eligió a trescientos hombres.

Gedeón seleccionó a sus reclutas de una manera interesante. Cuando los hombres bebieron agua en un arroyo, la mayoría “se dobl[ó] sobre sus rodillas para beber”. A esos los pasó por alto. Unos pocos llevaron el agua a la boca con la mano, permaneciendo completamente alerta. Ésos fueron a los que él escogió<sup>2</sup>.

Vivimos en días de “guerras [y] rumores de guerras y terremotos en diversos lugares”<sup>3</sup>. Como fue profetizado, “toda la tierra est[á] en conmoción”<sup>4</sup>, y “Satanás anda por la tierra”<sup>5</sup>. Él procura destruir todo lo que es bueno y recto<sup>6</sup>. Él es Lucifer, quien fue echado de la presencia de Dios<sup>7</sup>. A pesar de todo eso, tenemos sentimientos muy positivos en cuanto a lo que está por delante.

Las pequeñas fuerzas de Gedeón tuvieron éxito porque, como indica el registro: “Permaneció cada uno en su lugar”<sup>8</sup>.

Esta “dispensación del cumplimiento de los tiempos”<sup>9</sup> tuvo su apertura con la aparición del Padre y el Hijo al joven José Smith<sup>10</sup>. Después, el ángel Moroni le mostró a José dónde se habían enterrado las planchas que





contenían el Libro de Mormón<sup>11</sup>. A José se le dio poder para traducirlas<sup>12</sup>.

Durante la traducción, José y Oliver Cowdery leyeron acerca del bautismo. Oraron para saber qué debían hacer<sup>13</sup>. Se les apareció un mensajero angelical: Juan el Bautista, y él les confirió el Sacerdocio Aarónico, “el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados”<sup>14</sup>.

Los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, quienes fueron los más cercanos al Señor durante Su ministerio, se les aparecieron a continuación y confirieron sobre José y Oliver el sacerdocio mayor<sup>15</sup>, o “el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios”<sup>16</sup>. El sacerdocio, indican las Escrituras, habría de llamarse con el nombre de Melquisedec, el gran sumo sacerdote a quien Abraham pagó diezmos<sup>17</sup>.

Ésta, entonces, se convirtió en su autoridad. Mediante las llaves del sacerdocio, tuvieron acceso a todos los poderes del cielo. Se les mandó llevar el Evangelio a todas las naciones<sup>18</sup>.

Nunca ha sido fácil vivir el evangelio de Jesucristo. No fue fácil cuando Él vivía, ni fue fácil en los primeros días de la Iglesia. Los primeros santos estuvieron sujetos a un sufrimiento

y a una oposición indescriptibles.

Ya han pasado más de ciento ochenta años desde que se restauró el sacerdocio. Ya somos casi catorce millones de miembros. Aun así, somos una diminuta fracción si nos comparamos con los miles de millones de personas que hay en la tierra. Pero somos lo que somos y sabemos lo que sabemos, y debemos avanzar y predicar el Evangelio.

El Libro de Mormón deja claro que nunca dominaremos en lo que se refiere a números; pero tenemos el poder del sacerdocio<sup>19</sup>.

El profeta Nefi escribió: “Y sucedió que vi la iglesia del Cordero de Dios, y sus números eran pocos... No obstante, vi que la iglesia del Cordero, que eran los santos de Dios, se extendía también sobre toda la superficie de la tierra; y sus dominios sobre la faz de la tierra eran pequeños”<sup>20</sup>.

El presidente Joseph Fielding Smith dijo: “Aunque quizá se diga... que somos un puñado en comparación con... el mundo, se nos puede comparar con la levadura de la que habló el Salvador, que, finalmente, hará leudar [o elevar] al mundo entero”<sup>21</sup>.

Nosotros podemos, y en el debido tiempo definitivamente lo haremos, influir en toda la humanidad. Se sabrá

quiénes somos y por qué somos.

Quizá parezca imposible; es extremadamente difícil; pero no sólo es posible, sino cierto que ganaremos la batalla contra Satanás.

Hace algunos años, di un discurso titulado “Lo que todo élder debería saber: Una guía sobre los principios del gobierno del sacerdocio”. Luego, antes de que lo publicaran, cambié el título: “Lo que todo élder debería saber, y toda hermana también”<sup>22</sup>.

Incluyo a las hermanas porque es crucial que todos entendamos qué se espera de los hermanos. A menos que consigamos la atención de las madres, las hijas y las hermanas —quienes ejercen influencia en sus esposos, padres, hijos y hermanos—, no podremos progresar. El sacerdocio perderá gran poder si se descuida a las hermanas.

El sacerdocio es la autoridad y el poder que Dios ha concedido a los hombres sobre la tierra para actuar por Él<sup>23</sup>. Cuando la autoridad del sacerdocio se ejerce como es debido, los portadores del sacerdocio hacen lo que Él haría si estuviera presente.

Nos ha ido muy bien al distribuir la *autoridad* del sacerdocio. Tenemos la autoridad del sacerdocio establecida casi en todas partes. Tenemos quórumes de élderes y sumo sacerdotes en

todo el mundo. Pero la distribución de la *autoridad* del sacerdocio ha superado, creo yo, a la distribución del *poder* del sacerdocio. El sacerdocio no tiene la fuerza que debería tener, y no la tendrá sino hasta que el *poder* del sacerdocio esté firmemente arraigado en las familias como debería estarlo.

El presidente Harold B. Lee declaró: “Me parece que es claro que la Iglesia *no tiene opción* —y nunca la ha tenido— sino hacer más para ayudar a la *familia* a cumplir con *su* misión divina; no sólo porque es el orden de los cielos, sino, además, porque es la contribución más *práctica* que podemos hacerle a nuestra juventud: ayudar a mejorar la calidad de vida de los hogares Santos de los Últimos Días. A pesar de lo importante que sean nuestros muchos programas y esfuerzos organizacionales, éstos *no deben* suplantar al hogar; deben *apoyar* al hogar”<sup>24</sup>.

El presidente Joseph F. Smith hizo la siguiente declaración acerca del sacerdocio en el hogar: “En el hogar, la autoridad presidente es siempre investida en el padre, y en todos los asuntos del hogar y de la familia no hay otra autoridad mayor. Para ilustrar este principio, tal vez sea suficiente un solo ejemplo. En ocasiones sucede que los élderes son llamados para unguir a los miembros de una familia. Entre estos élderes puede haber presidentes de estaca, apóstoles o aun miembros de la Primera Presidencia de la Iglesia. No es propio que en estas circunstancias el padre se haga a un lado y espere que los élderes dirijan la administración de esta importante ordenanza. El padre está allí y es su derecho y su deber presidir. Debe designar al que ha de administrar el aceite y al que ha de ofrecer la oración, y no debe sentir que, por motivo de encontrarse presente alguien de entre las autoridades presidentes de la Iglesia, él queda despojado de su derecho de dirigir la administración de esa bendición del Evangelio en su hogar. (Si el padre está ausente, la madre debe pedir que la autoridad presidente que esté presente se haga cargo.) El padre preside la mesa, la oración y da instrucciones

generales referentes a su vida familiar, pese a quien esté presente”<sup>25</sup>.

Durante la Guerra de Vietnam, tuvimos una serie de reuniones especiales para los miembros de la Iglesia que habían sido llamados al servicio militar. Después de una de esas reuniones en Chicago, me encontraba de pie junto al presidente Harold B. Lee cuando un excelente joven mormón le dijo al presidente Lee que estaba de licencia para visitar a su familia y que después tenía que volver a Vietnam. Le pidió al presidente Lee que le diera una bendición.

Para mi sorpresa, el presidente Lee dijo: “Tu padre debe darte la bendición”.

Muy desilusionado, el joven dijo: “Mi padre no sabría cómo darme una bendición”.

El presidente Lee contestó: “Ve a casa, muchacho, y dile a tu padre que te irás a la guerra y que quieres que él te dé una bendición de padre. Si él no sabe cómo hacerlo, dile que te sentarás en una silla. Él puede ponerse detrás de ti, colocar las manos sobre tu cabeza y decir lo que le venga a la mente”.

El joven soldado se alejó apenado.

Unos dos años más tarde, volví a encontrarlo; no recuerdo dónde. Él me recordó esa experiencia y dijo: “Hice lo que se me había dicho que hiciera. Le expliqué a mi padre que me sentaría en la silla y que él debía poner las manos sobre mi cabeza. El poder del sacerdocio nos inundó a los dos. Eso me sirvió de fortaleza y protección durante aquellos peligrosos meses de combate”.



En otra ocasión, estaba en una ciudad distante. Después de una conferencia, estábamos ordenando y apartando líderes. Al concluir, el presidente de estaca preguntó: “¿Podemos ordenar élder a un joven que se está por ir al campo misional?”. La respuesta, por supuesto, fue que sí.

Mientras el joven se acercaba, les hizo señas a tres hermanos para que lo siguieran y estuvieran de pie a su lado para la ordenación.

En la última fila, noté que había una réplica del joven y pregunté: “¿Ése es tu padre?”.

El joven respondió: “Sí”.

Yo le dije: “Tu padre te ordenará”.

Y él protestó: “Pero ya le había pedido a otro hermano que me ordenara”.

Yo le dije: “Muchacho, tu padre te ordenará y vivirás para dar gracias al Señor por este día”.

Entonces el padre se acercó.

Menos mal que él ya era élder; de no ser así, ¡en seguida lo hubiera sido! En la milicia, a eso le hubieran llamado ascender por vacantes. A veces se hace ese tipo de cosas en la Iglesia.

El padre no sabía cómo ordenar a su hijo. Le puse mi brazo alrededor y lo ayudé durante la ordenanza. Cuando terminó, el muchacho era élder. Entonces, sucedió algo maravilloso: cambiados por completo, padre e hijo se abrazaron. Era obvio que nunca antes había sucedido eso.

El padre, con lágrimas, dijo: “No pude ordenar a mis otros hijos”.

Piensen cuánto más se logró que si lo hubiese ordenado otra persona, aunque hubiera sido un apóstol.

Dado que el sacerdocio está actualmente en todo el mundo, llamamos a todo élder y sumo sacerdote, a todo poseedor del sacerdocio, a permanecer, como la pequeña pero poderosa fuerza de trescientos hombres de Gedeón, *cada uno en su lugar*. Ahora debemos reavivar en todo élder y sumo sacerdote, en todo quórum y grupo, y en el padre de todo hogar, el poder del sacerdocio del Todopoderoso.

El Señor dijo que “lo débil del mundo vendrá y abatirá lo fuerte y poderoso”<sup>26</sup>.





El profeta Nefi también dijo que “el poder del Cordero de Dios descendió sobre los santos de la iglesia del Cordero y sobre el pueblo del convenio del Señor, que se hallaban dispersados sobre toda la superficie de la tierra”, y dijo que “tenían por armas su rectitud y el poder de Dios en gran gloria”<sup>27</sup>.

Necesitamos a todos. Los cansados, agotados o perezosos, e incluso quienes estén limitados por la culpa, deben ser restaurados mediante el arrepentimiento y el perdón. Demasiados de nuestros hermanos del sacerdocio viven por debajo de sus privilegios y de las expectativas del Señor.

Debemos avanzar confiando en el poder celestial del sacerdocio. Es una fuente de fortaleza y ánimo saber quiénes somos, qué tenemos y qué debemos hacer en la obra del Todopoderoso.

El Señor ha dicho: “Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis”<sup>28</sup>.

Los quórumes del sacerdocio deben ministrar y velar por los hogares que no tienen el sacerdocio. De esta manera, no faltará ninguna bendición en ninguna morada de la Iglesia.

Hace años, una familia se reunió junto a la cama de una pequeña anciana danesa. Entre ellos se encontraba su hijo descarriado, de mediana edad, quien, durante los últimos años, había estado viviendo en casa de ella.

Con lágrimas, le suplicó: “Mamá, tienes que vivir. Mamá, no puedes morirte”. Decía: “Mamá, no puedes irte. No lo permitiré”.

La pequeña madre alzó la vista para ver a su hijo y con su marcado acento danés contestó: “Pero, ¿dónde está tu poder?”.

Pablo dijo:

“[Estamos] edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo,

“en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor;

“en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”<sup>29</sup>.

No hay dudas de que la obra del Señor prevalecerá. Y es sabido que debemos reunir todos nuestros esfuerzos y estar unidos.

La autoridad del sacerdocio está con nosotros. Después de todo lo que hemos correlacionado y organizado, ahora es nuestra la responsabilidad de activar el *poder* del sacerdocio en la

Iglesia. La *autoridad* del sacerdocio viene por medio de la ordenación; el *poder* del sacerdocio viene mediante una vida fiel y obediente al honrar convenios, y aumenta al ejercitar y usar el sacerdocio en rectitud.

Ahora bien, padres, quisiera recordarles la naturaleza sagrada de su llamamiento. Se les ha dado el poder del sacerdocio directamente del Señor para proteger su hogar. Habrá ocasiones en que el único escudo que haya entre su familia y la malicia del adversario será ese poder. Ustedes recibirán dirección del Señor por medio del don del Espíritu Santo.

El adversario no está perturbando activamente nuestras reuniones de la Iglesia; quizá sólo lo haga ocasionalmente. En general, tenemos la libertad de reunirnos según nuestros deseos sin mucha interrupción. Pero él y aquellos que lo siguen son persistentes al atacar al hogar y a la familia.

El objetivo principal de toda actividad de la Iglesia es que el hombre, su esposa y sus hijos sean felices en el hogar, protegidos por los principios y las leyes del Evangelio, sellados de manera segura en los convenios del sacerdocio sempiterno.

Cada ley, y principio y poder, cada creencia, cada ordenanza y ordenación, cada convenio, cada discurso y

cada Santa Cena, cada consejo y corrección, los sellamientos, los llamamientos, los relevos, el servicio: todos tienen como propósito principal la perfección de la persona y la familia, porque el Señor ha dicho: “Ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”<sup>30</sup>.

Doy testimonio del poder del sacerdocio dado a la Iglesia para protegernos y guiarnos. Y, gracias a que tenemos eso, no le tememos al futuro. El temor es lo opuesto a la fe. Nosotros avanzamos, seguros de que el Señor nos cuidará, especialmente dentro de la familia. De Él doy testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Thomas S. Monson, “Correlation Brings Blessings”, *Relief Society Magazine*, abril de 1967, pág. 247.
2. Jueces 7:4–8.
3. Mormón 8:30; véase también Doctrina y Convenios 45:26; José Smith—Mateo 1:23, 28.
4. Doctrina y Convenios 45:26; véase también Doctrina y Convenios 88:91.
5. Doctrina y Convenios 52:14.
6. Véase Doctrina y Convenios 10:22–23.
7. Véase Apocalipsis 12:7–9; Doctrina y Convenios 29:36–37; 76:25–26.
8. Jueces 7:21.
9. Doctrina y Convenios 112:30.
10. Véase José Smith—Historia 1:17.
11. Véase José Smith—Historia 1:33–34, 59.
12. Véase Introducción del Libro de Mormón; Doctrina y Convenios 135:3.
13. Véase José Smith—Historia 1:68–69.
14. Doctrina y Convenios 13:1.
15. Véase Doctrina y Convenios 27:12–13.
16. Doctrina y Convenios 107:3.
17. Véase Doctrina y Convenios 107:2–4; véase también Hebreos 7:1–4; Alma 13:15.
18. Véase Doctrina y Convenios 42:58.
19. Véase 1 Nefi 14:14.
20. 1 Nefi 14:12.
21. Joseph Fielding Smith en *Conference Report*, octubre de 1968, pág. 123.
22. Véase Boyd K. Packer, “What Every Elder Should Know—and Every Sister as Well: A Primer on Principles of Priesthood Government”, *Tambuli*, noviembre de 1994, págs. 15–24.
23. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1998, pág. 151; Traducción de José Smith, Génesis 14:28–31, en el apéndice de la Biblia.
24. Harold B. Lee, “Preparing Our Youth”, *Ensign*, marzo de 1971, pág. 3; cursiva agregada.
25. Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, quinta edición, 1939, págs. 280–281.
26. Doctrina y Convenios. 1:19.
27. 1 Nefi 14:14.
28. Doctrina y Convenios 82:10.
29. Efesios 2:20–22.
30. Moisés 1:39.



Por la hermana Julie B. Beck

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

## “...y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días”

*Sabemos que tenemos éxito si vivimos de modo de ser dignos de tener el Espíritu, recibirlo y entender cómo seguirlo.*

Durante el pasado año, he conocido a miles de mujeres Santos de los Últimos Días de muchos países. La lista de desafíos que ellas afrontan es larga y seria; hay problemas familiares, pruebas económicas, calamidades, accidentes y enfermedades. Hay mucha distracción y no suficiente paz y gozo. Pese a lo que afirmen los medios de comunicación, nadie es lo suficientemente rico, atractivo ni inteligente como para evitar la experiencia mortal.

Las preguntas que las hermanas hacen son serias y delicadas; expresan incertidumbre acerca del futuro, pesar por esperanzas que no se han hecho realidad, indecisión y sentimientos cada vez menores de autoestima; también reflejan un profundo deseo de hacer lo que es correcto.

Ha crecido en mí un asombroso testimonio del valor de las hijas de Dios. Mucho es lo que depende de ellas. Al visitar a las hermanas, he sentido que nunca ha habido mayor necesidad de un aumento de fe y de rectitud personales; nunca se han necesitado más familias y hogares

fuertes; nunca ha habido más cosas que se podrían hacer para ayudar a los que tienen alguna necesidad. ¿Cómo aumentamos la fe, fortalecemos a las familias y brindamos alivio? ¿Cómo encuentra una mujer hoy día respuesta a sus preguntas y permanece fuerte e inmutable en contra de increíble oposición y dificultad?

#### Revelación personal

Una buena mujer sabe que no tiene suficiente energía, tiempo ni oportunidad para atender a todas las personas o hacer todas las cosas buenas que su corazón anhela. La vida no es tranquila para la mayoría de las mujeres y cada día parece exigir que se lleven a cabo un millón de cosas, la mayoría de ellas importantes. Una buena mujer debe resistir constantemente los mensajes atractivos y engañosos de muchas fuentes, que le dicen que tiene derecho a pasar más tiempo alejada de sus responsabilidades y que merece una vida de más placer e independencia. Pero con la revelación personal, puede establecer prioridades de forma correcta y





viajar con confianza a lo largo de esta vida.

La capacidad de reunir los requisitos para recibir revelación personal y actuar de acuerdo con ella es la aptitud más importante que se pueda lograr en la vida. El ser dignos de tener el Espíritu del Señor empieza con el deseo de tener ese Espíritu, e implica cierto grado de dignidad. El guardar los mandamientos, arrepentirse y renovar los convenios hechos a la hora del bautismo conducen a la bendición de siempre tener el Espíritu del Señor con nosotros<sup>2</sup>. El hacer y guardar los convenios del templo también añade fortaleza y poder espiritual a la vida de la mujer. Se encuentran muchas respuestas a preguntas difíciles al leer las Escrituras, porque ellas contribuyen a la revelación<sup>3</sup>. La percepción que se recibe de las Escrituras se acumula con el tiempo, por eso es importante dedicar tiempo todos los días a las Escrituras. La oración diaria

también es esencial para tener el Espíritu del Señor con nosotros<sup>4</sup>. Los que con sinceridad buscan ayuda mediante la oración y el estudio de las Escrituras muchas veces tienen lápiz y papel a mano para escribir preguntas y anotar impresiones e ideas.

La revelación puede venir hora tras hora y momento tras momento al hacer lo correcto. Si las mujeres dan cuidado a la manera de Cristo, descienden un poder y una paz para guiarlas cuando se necesite esa ayuda. Por ejemplo, las madres pueden sentir ayuda del Espíritu, incluso cuando niños cansados y ruidosos exigen su atención; pero se pueden distanciar del Espíritu si pierden los estribos con los niños. El estar en el lugar debido nos permite recibir guía. Para reducir las distracciones se requiere un esfuerzo consciente, pero tener el Espíritu de revelación hace posible que triunfemos ante la oposición y perseveremos con fe en días difíciles

y en tareas esenciales rutinarias. La revelación personal nos da el entendimiento de lo que debemos hacer todos los días para aumentar la fe y la rectitud personales, fortalecer a las familias y los hogares, y buscar a los que necesiten nuestra ayuda. A causa de que la revelación personal es una fuente de fortaleza que se renueva constantemente, es posible sentirse rodeada de ayuda incluso durante tiempos turbulentos.

Se nos dice que pongamos nuestra confianza en ese Espíritu que nos lleva a “obrar justamente, a andar humildemente, a juzgar con rectitud”<sup>5</sup>. También se nos dice que este Espíritu iluminará nuestra mente, llenará nuestra alma de gozo y nos ayudará a saber todas las cosas que debemos hacer<sup>6</sup>. La revelación personal prometida se recibe cuando la pedimos, cuando nos preparamos para recibirla y seguimos adelante con fe, con la confianza de que se derramará sobre nosotros.

#### **Sociedad de Socorro —Enseñar, inspirar y fortalecer**

Además, en Su sabiduría, el Señor ha proporcionado la Sociedad de Socorro para ayudar a Sus hijas en estos últimos días. Cuando la Sociedad de Socorro funciona de manera inspirada, eleva a las mujeres, las saca de un mundo turbulento y las lleva a un modo de vivir que las prepara para las bendiciones de la vida eterna. En su esencia misma esta Sociedad tiene la responsabilidad de ayudar a las hermanas a aumentar la fe y la rectitud personales, fortalecer a las familias y a los hogares, y buscar a los necesitados y ayudarlos. Mediante la Sociedad de Socorro, las hermanas pueden recibir respuesta a sus preguntas y ser bendecidas por el poder espiritual combinado de todas las hermanas. La Sociedad de Socorro da validez a la verdadera naturaleza de las hijas de Dios; es una comisión sagrada, una luz guiadora y un sistema de protección que enseña e inspira a las mujeres a ser fuertes e inquebrantables. Su lema, “La caridad nunca deja de ser”<sup>7</sup>, está incorporado en toda buena mujer.



Cuando una joven pasa a formar parte de la Sociedad de Socorro, o cuando una mujer se bautiza en la Iglesia, ella se convierte en parte de una hermandad que la fortalece en su preparación para la vida eterna. El pasar a ser parte de la Sociedad de Socorro significa que se puede confiar en la mujer y depender de ella para que haga un aporte significativo a la Iglesia; continúa su progreso como persona sin recibir mucho mérito o alabanza públicos.

La segunda presidenta general de la Sociedad de Socorro, Eliza R. Snow, dijo a las hermanas: “Deseamos ser damas en todo hecho, no de acuerdo con el término como lo juzga el mundo, sino compañeras dignas de los Dioses y de los Santos. En una capacidad organizada, podemos ayudarnos unas a otras no sólo en hacer bien, sino en refinarnos a nosotras mismas, y ya sean pocas o muchas las que presen su ayuda para llevar a cabo esta gran obra, serán las que ocuparán puestos honorables en el reino de Dios... Las mujeres deben ser mujeres y no bebés que necesitan que se les mime y se les corrija todo el tiempo. Sé que nos agrada que se nos aprecie, pero si no recibimos todo el aprecio que creemos que merecemos, ¿qué importa? Sabemos que el Señor ha puesto sobre nosotras una gran

responsabilidad y que no hay ningún deseo o anhelo que Él haya puesto en nuestro corazón en rectitud que no se vaya a realizar, y el mayor bien que podemos hacernos a nosotras y a las demás es refinarnos y cultivarnos en todo lo que es bueno y ennoblecedor para ser merecedoras de esas responsabilidades”<sup>8</sup>.

#### La medida del éxito

Las mujeres buenas siempre quieren saber si están teniendo éxito. En un mundo donde la manera de medir el éxito muchas veces se distorsiona, es importante buscar aprecio y reafirmación de las fuentes apropiadas. Parafraseando una lista que se encuentra en *Predicad Mi Evangelio*, tenemos éxito cuando cultivamos atributos semejantes a los de Cristo y nos esforzamos por obedecer Su evangelio con exactitud; tenemos éxito cuando nos esforzamos por superarlos y hacer lo mejor posible; tenemos éxito cuando aumentamos la fe y la rectitud personales, fortalecemos a las familias y los hogares, y buscamos a los necesitados y los ayudamos. Sabemos que tenemos éxito si vivimos de modo de ser dignas de tener el Espíritu, recibirlo y saber cómo seguirlo. “Cuando nos hayamos esforzado al máximo, es posible que aún así experimentemos desilusiones, pero no estaremos desilusionados

con nosotros mismos. Podemos estar seguros de que el Señor está complacido cuando sentimos que el Espíritu trabaja por medio de nosotros”<sup>9</sup>. La paz, el gozo y la esperanza están al alcance de los que miden el éxito debidamente.

Una revelación del libro de Joel declara que en los últimos días, el Señor derramará Su Espíritu sobre Sus siervas<sup>10</sup>. El presidente Kimball hizo eco de esta profecía cuando dijo:

“Gran parte del progreso y crecimiento que tendrá la Iglesia en estos últimos días se deberá a que habrá muchas mujeres en el mundo que, teniendo un gran sentido de espiritualidad, se sentirán atraídas a la Iglesia. Pero esto sólo puede suceder si las mujeres de la Iglesia viven en forma justa y prudente, hasta el punto de que las consideren diferentes de las del mundo... .

“Repito, las mujeres de la Iglesia que sean ejemplos de vida recta, constituirán una influencia significativa en el desarrollo de la Iglesia, tanto desde el punto de vista numérico como del espiritual”<sup>11</sup>.

Doy mi testimonio de que el evangelio de Jesucristo es verdadero. El Señor confía en que Sus hijas hagan su parte para fortalecer los hogares de Sión y edificar Su reino en la tierra. A medida que procuren la revelación y sean dignas de recibirla, el Señor derramará Su Espíritu sobre Sus siervas en estos últimos días. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Véase Jacob 2:17; Mosiah 4:26; Doctrina y Convenios 38:35; 44:6.
2. Véase Doctrina y Convenios 20:77.
3. Véase 2 Nefi 32:3.
4. Véase 3 Nefi 19:24–33.
5. Doctrina y Convenios 11:12.
6. Véase Doctrina y Convenios 11:13–14.
7. 1 Corintios 13:8.
8. Eliza R. Snow, discurso dirigido a la Sociedad de Socorro del Barrio Lehi, 27 de octubre de 1869, en el Libro de Minutas de la Sociedad de Socorro del Barrio Lehi, Estaca Alpine, Utah, 1868-1879, Biblioteca de la Historia de la Iglesia, Salt Lake City, págs. 26–27.
9. Véase *Predicad Mi Evangelio*, 2004, págs. 10–11.
10. Véase Joel 2:28–29.
11. Véase Presidente Spencer W. Kimball, “Vuestro papel como mujeres justas”, *Liabona*, enero de 1980, pág. 171.





Por el obispo Keith B. McMullin

Segundo Consejero del Obispado Presidente

## Nuestra senda del deber

*El deber no requiere perfección, pero sí requiere diligencia. No es simplemente lo que es legal, sino lo que es virtuoso.*

Éste es un mundo atribulado. La discordia y el desastre están en todos lados. Algunas veces se siente como si la humanidad misma estuviera pendiendo de un hilo.

Al predecir nuestros días, el Señor dijo: "...y temblarán los cielos así como la tierra; y habrá grandes tribulaciones entre los hijos de los hombres, *mas preservaré a mi pueblo*"<sup>1</sup>. Deberíamos sentir gran consuelo en esa promesa.

Aunque los desastres perturban completamente "el llano curso de [nuestro] camino"<sup>2</sup>, no tienen por qué dejar nuestra vida destruida para siempre. Los desastres pueden "[hacernos] recordar"<sup>3</sup>, "despertar en [nosotros] el sentido de [nuestro] deber para con Dios"<sup>4</sup>, y mantenernos en la "senda de [nuestro] deber"<sup>5</sup>.

En Holanda, durante la Segunda Guerra Mundial, la familia Casper ten Boom usaba su hogar como escondite para aquellos que eran perseguidos por los nazis. Ésa era su manera de vivir de acuerdo con su fe cristiana. Cuatro miembros de la familia perdieron la vida por proporcionar ese refugio. Corrie ten Boom y su hermana Betsie pasaron unos meses de terror en el infame campo de concentración Ravensbrück. Betsie murió allí, pero

Corrie sobrevivió.

En Ravensbrück, Corrie y Betsie aprendieron que Dios nos ayuda a perdonar. Después de la guerra, Corrie estaba decidida a compartir ese mensaje. En una ocasión, ella acababa de hablarle a un grupo de personas en Alemania que sufría los estragos de la guerra. Su mensaje había sido: "Dios perdona". Fue entonces que la fidelidad de Corrie ten Boom dio a luz una bendición.

Un hombre se le acercó y ella lo reconoció como uno de los guardias más crueles del campo de concentración. "Usted mencionó Ravensbrück

en su discurso", dijo él. "Yo fui guardia ahí..., pero desde ese entonces me he convertido en cristiano". Él explicó que había procurado el perdón de Dios por las cosas crueles que había hecho; extendió su mano y preguntó: "¿Me perdonará usted?"

Corrie ten Boom entonces dijo:

"Quizás no fueron muchos segundos los que él estuvo ahí, con su mano extendida, pero a mí me parecieron horas mientras yo luchaba con la situación más difícil que jamás había enfrentado.

"...El mensaje de que Dios perdona tiene una... condición: Que tenemos que perdonar a los que nos han herido...

"...¡Ayúdame!"; oré en silencio.

'Yo puedo extender mi mano; es todo lo que puedo hacer. Tú concédeme el sentimiento'.

"...Inexpresiva y mecánicamente estreché mi mano con la que él extendía hacia mí. Al hacerlo, sucedió algo increíble: Una corriente me empezó en el hombro, recorrió mi brazo y explotó en nuestras manos unidas. Y entonces esa calidez sanadora pareció inundar todo mi ser, lo que hizo brotar lágrimas de los ojos.

"¡Lo perdono, hermano!"; exclamé, 'con todo mi corazón'.

"Por un largo momento nos estrechamos las manos; el antiguo guardia con la antigua prisionera. Nunca había conocido el amor de Dios tan intensamente como en ese momento"<sup>6</sup>.

Para los que evitan la maldad y viven vidas buenas, quienes se esfuerzan por un día más brillante y guardan los mandamientos de Dios, las cosas pueden mejorar y mejorar aun ante la tragedia. El Salvador nos mostró el camino. De Getsemaní, de la cruz y de la tumba, Él se levantó triunfante, trayéndonos vida y esperanza a todos nosotros; nos pide: "...ven, sígueme"<sup>7</sup>.

El presidente Monson ha aconsejado: "Si vamos a caminar con la frente en alto, debemos hacer nuestra contribución a la vida. Si vamos a cumplir nuestro destino y regresar a vivir con nuestro Padre en los cielos, debemos guardar Sus mandamientos y modelar nuestra vida según la del Salvador. Al





hacerlo, no solamente lograremos nuestra meta de la vida eterna, sino que también dejaremos al mundo más sustancioso y mejor de lo que hubiera sido si no hubiéramos *vivido y cumplido nuestro deber*<sup>8</sup>.

En la Santa Biblia se hallan estas inspiradas palabras: “El fin de todo este asunto que has oído es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, *porque esto es el todo del hombre*”<sup>9</sup>.

#### **¿Qué es eso que se llama *deber*?**

El *deber* del que hablo es lo que se espera que hagamos y seamos. Es un imperativo moral que llama a las personas y a las comunidades a hacer aquello que es correcto, verdadero y honorable. El deber no requiere perfección, pero sí requiere diligencia. No es simplemente lo que es legal, sino lo que es virtuoso; no está reservado para el poderoso o el de alta posición, más bien yace en el fundamento de la responsabilidad personal,

la integridad y el valor. El cumplir nuestro deber es una manifestación de la fe que uno tiene.

El presidente Monson dijo de ello: “Me encanta y atesoro la noble palabra *deber*”<sup>10</sup>. Para los miembros de la Iglesia de Jesucristo, nuestra senda del deber es el guardar nuestros convenios en la vida diaria.

#### **¿A quién y a qué debemos dedicar nuestro deber?**

Primero, nuestra senda del deber es para Dios, nuestro Padre Eterno. Él es el autor del Plan de Salvación, “el organizador de los cielos y de la tierra”, el creador de Adán y Eva<sup>11</sup>. Él es la fuente de la verdad<sup>12</sup>, la encarnación del amor<sup>13</sup> y la razón por la que hay una redención mediante Cristo<sup>14</sup>.

El presidente Joseph F. Smith dijo: “Todo lo que tenemos viene de [Dios]... En lo que a nosotros se refiere, no somos más que un montón de barro inerte. La vida, la inteligencia,

la sabiduría, el juicio, el poder de razonar, todos son dones de Dios para los hijos de los hombres. Él nos da tanto la fuerza física como nuestros poderes mentales... Debemos honrar a Dios con nuestra inteligencia, con nuestra fortaleza, con nuestro entendimiento, con nuestra sabiduría y con todo el poder que poseamos. Debemos procurar hacer el bien en el mundo. *Ése es nuestro deber*”<sup>15</sup>.

Uno no puede llevar a cabo su deber con Dios el Padre sin hacerlo igualmente con el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo. Reverenciar a uno requiere que reverenciamos al otro, puesto que el Padre ha señalado que es sólo en el nombre de Cristo y por medio de ese nombre que uno puede cumplir completamente con este respetuoso mandato<sup>16</sup>. Él es nuestro Ejemplo, nuestro Redentor y nuestro Rey.

Cuando los hombres, las mujeres, los muchachos y las señoritas llevan a



cabo su deber a Dios, se sienten impedidos a llevar a cabo su deber el uno al otro, a su familia, a su iglesia y su nación, a todo lo que se le haya confiado a su cuidado. Están ceñidos por el deber a fin de magnificar sus talentos y ser gente bondadosa y obediente a la ley. Llegan a ser humildes, sumisos y fáciles de persuadir. La moderación conquista la indulgencia; la obediencia guía su diligencia. La paz destila sobre ellos. Los ciudadanos llegan a ser leales; las comunidades llegan a ser benévolas y los vecinos se hacen amigos. El Dios de los cielos es complacido, la tierra es pacificada y este mundo se convierte en un lugar mejor<sup>17</sup>.

### ¿Cómo sabemos nuestra senda del deber en medio de la crisis?

¡Al orar! Es la manera segura de saber para todos; es la cuerda de salvamento del cielo para todos. El apóstol Pablo dijo: "...los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones"<sup>18</sup>.

La oración humilde, sincera e inspirada pone a disposición de cada uno de nosotros la guía divina que necesitamos tan desesperadamente. Brigham Young aconsejó: "...a veces, hay hombres que se encuentran des-

concertados, preocupados y llenos de problemas... no obstante, nuestro razonamiento nos enseña que *orar es nuestro deber*"<sup>19</sup>.

Jesús enseñó:

"...debéis velar y orar siempre, no sea que entréis en tentación;...

"Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre;...

"Orad al Padre en vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidos vuestras esposas y vuestros hijos"<sup>20</sup>.

Para que las oraciones sean eficaces, deben estar en armonía con el plan de los cielos. La oración de fe produce fruto cuando existe esa armonía; y esa armonía existe cuando las oraciones son inspiradas por el Santo Espíritu. El Espíritu manifiesta cómo deben ser nuestras peticiones<sup>21</sup>. Sin ésta inspirada guía, tendemos a "[pedir] mal"<sup>22</sup>; a buscar sólo nuestra voluntad y no "la voluntad de Él"<sup>23</sup>. Cuando oramos, es igualmente importante ser guiados por el Santo Espíritu como ser iluminados por ese mismo Espíritu al recibir una respuesta a la oración. Tal oración trae las bendiciones del cielo porque nuestro Padre "...sabe de qué cosas [tenemos] necesidad antes que [nosotros] le [pidamos]"<sup>24</sup> y Él responde a toda oración

sincera. A final de cuentas, son el Padre y el Hijo quienes prometen: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá"<sup>25</sup>.

Testifico que nuestra senda del deber está demarcada claramente por la indivisible fe y creencia en Dios, el Eterno Padre, y en Su Hijo Jesucristo, así como por el poder de la oración. Esta senda ha de ser recorrida por todos los hijos de Dios que le aman y desean guardar Sus mandamientos. A los jóvenes los conduce hacia el logro personal y la preparación; a los adultos los conduce a una fe y determinación renovadas; a los de la generación de las personas de edad, los conduce a una perspectiva y perseverancia en rectitud hasta el fin. Equipa a cada viajero fiel con la fortaleza del Señor, lo protege de la maldad de nuestros días y lo dota con el conocimiento de que "El fin de todo este asunto... es [temer] a Dios y [guardar] sus mandamientos, porque *esto es el todo del hombre*"<sup>26</sup>. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

### NOTAS

1. Moisés 7:61; cursiva agregada.
2. Véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, 1939, pág. 151.
3. Mosíah 1:17.
4. Alma 7:22.
5. Helamán 15:5.
6. Corrie ten Boom, *Tramp for the Lord*, 1974, págs. 54-55.
7. Lucas 18:22.
8. Thomas S. Monson, usado con permiso.
9. Eclesiastés 12:13; cursiva agregada.
10. Thomas S. Monson, "Al rescate", *Liabona*, julio de 2001, pág. 58.
11. Véase Doctrina y Convenios 20:17-19.
12. Véase Doctrina y Convenios. 93:36.
13. Véase 1 Juan 4:8.
14. Véase Juan 3:16; Helamán 5:10-11.
15. Joseph F. Smith, en *Conference Report*, octubre de 1899, págs. 69, 70; cursiva agregada.
16. Véase Moroni 10:32-33; Doctrina y Convenios 59:5.
17. Véase Alma 7:23, 27.
18. 1 Pedro 3:12.
19. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, 1997, pág. 49; cursiva agregada.
20. 3 Nefi 18:18-19, 21.
21. Véase Doctrina y Convenios 50:29-30.
22. Santiago 4:3.
23. Santiago 4:3.
24. Mateo 6:8.
25. Mateo 7:7; véase también las Selecciones de la Traducción de Joseph Smith, Mateo 7:12-13, en el apéndice de la Biblia.
26. Eclesiastés 12:13; cursiva agregada.





Por el élder Wilford W. Andersen

De los Setenta

## La roca de nuestro Redentor

*Testifico que quienes guarden Sus mandamientos tendrán más fe y esperanza, [y] recibirán la fortaleza para superar todas las pruebas de la vida.*

Años atrás, fui de visita a Nauvoo, Illinois, con mi familia. Los santos habían ido allí en busca de refugio. Muchos habían perdido sus hogares y sus granjas, y algunos habían perdido a sus seres queridos por causa de la intensificación de la persecución. En Nauvoo, se reunieron y construyeron una nueva y hermosa ciudad; pero la persecución no cesaba y, en 1846, una vez más, se vieron forzados a dejar sus hogares; esta vez, en pleno invierno. Hicieron una fila con sus carrromatos en la calle Parley esperando su turno para cruzar las aguas congeladas del río Misisipí hacia un futuro incierto.

Mientras nos encontrábamos en esa calle reflexionando acerca de la condición desesperante de ellos, me llamó la atención ver unos carteles de madera clavados en los postes de las cercas: allí se habían grabado citas tomadas de los diarios de esos santos afligidos. Al leer cada cita, nos asombró que las palabras no fueran de desesperación ni desánimo, sino de seguridad, dedicación e incluso gozo. Estaban llenas de esperanza, el tipo de esperanza que transmite esta cita

del diario de Sarah DeArmon Rich, de febrero de 1846: “Comenzar una travesía de ese tipo en invierno... parecería como si nos estuviéramos colocando en las garras de la muerte, pero teníamos fe... [y] nos regocijábamos porque el día de nuestra liberación había llegado”<sup>1</sup>.

Esos pioneros realmente se habían quedado sin hogar, pero no habían perdido la esperanza. Aunque el corazón lo tenían destrozado, su espíritu era fuerte. Habían aprendido una importante y profunda lección: que la esperanza, con sus correspondientes bendiciones de paz y gozo, no estaba



sujeta a las circunstancias. Habían descubierto que la verdadera fuente de la esperanza es el Señor Jesucristo y Su expiación infinita, el único cimiento seguro sobre el cual edificar nuestra vida.

En la actualidad, otro grupo de pioneros ejemplifica este importante principio. El martes 12 de enero, un gran terremoto azotó al país de Haití, y dejó en ruinas la capital de Puerto Príncipe. El impacto fue devastador; se estima que un millón de personas quedaron sin hogar y se informó que más de doscientas mil murieron.

Mientras el mundo se enteraba de la ayuda internacional sin precedentes, otra labor de rescate inspiradora y extraordinaria se estaba llevando a cabo en Puerto Príncipe; ésta estaba dirigida por un comité formado por líderes haitianos de la Iglesia, organizado de acuerdo con el orden del sacerdocio, que funciona bajo inspiración. Entre los miembros del comité se encontraban los dos presidentes de estaca y las dos presidentas de la Sociedad de Socorro de estaca de Puerto Príncipe, y el presidente de misión que, a la edad de 30 años, preside a setenta y cuatro misioneros de tiempo completo en la Misión Haití Puerto Príncipe. Todos sus misioneros son haitianos y, milagrosamente, ninguno de ellos resultó herido en ese terremoto devastador.

Los recursos de la Iglesia se pusieron en manos de esos líderes locales inspirados, recursos que incluían las generosas contribuciones de muchos de ustedes. La gente de Haití está profundamente agradecida por esas contribuciones. Bajo la dirección del comité, casi en seguida llegaron de República Dominicana camiones llenos de provisiones y, a pocos días del terremoto, llegaron aviones con alimentos, sistemas para purificar el agua, tiendas de campaña, cobijas y suministros médicos, junto con un grupo de médicos.

Las nueve capillas que se encuentran en Puerto Príncipe y sus cercanías prácticamente no sufrieron daños: otro milagro extraordinario. Durante las semanas que siguieron al terremoto, éstas se convirtieron en refugios



para más de cinco mil haitianos y en bases desde las cuales se distribuían alimentos, agua y atención médica. Se cubrieron las necesidades básicas y comenzó a surgir el orden en medio del caos.

A pesar de que los fieles santos haitianos han sufrido muchísimo, están llenos de esperanza en el futuro. Al igual que los primeros pioneros en 1846, su corazón está destrozado, pero su espíritu es fuerte. Ellos también nos enseñan que la esperanza, la felicidad y el gozo no son consecuencia de las circunstancias, sino de la fe en el Señor.

El profeta Mormón, a quien no le eran ajenas las circunstancias difíciles, entendía y enseñó con claridad esta doctrina:

“Y además, amados hermanos míos, quisiera hablaros concerniente a la esperanza...”

“He aquí, os digo que debéis tener esperanza, por medio de la expiación de Cristo... y esto por causa de vuestra fe en él, de acuerdo con la promesa.

“De manera que si un hombre tiene fe, es necesario que tenga esperanza; porque sin fe no puede haber esperanza”<sup>2</sup>.

La esperanza proviene de la fe en Jesucristo. Él ya venció al mundo y ha prometido que enjugará nuestras lágrimas si tan sólo nos volvemos a Él y creemos y Lo seguimos<sup>3</sup>.

Algunas personas que en este preciso momento se sienten desesperadas o desanimadas quizá se pregunten cómo es posible recuperar la esperanza. Si alguno de ustedes está en esa situación, recuerde que la esperanza viene como resultado de la fe. Si deseamos edificar nuestra esperanza, debemos fortalecer nuestra fe.

La fe en el Salvador requiere más que simplemente creer. El apóstol Santiago enseñó que hasta los demonios creen y tiemblan<sup>4</sup>. Pero la verdadera fe requiere obras. La diferencia entre los demonios y los miembros fieles de esta Iglesia no es su creencia, sino sus obras. La fe aumenta al guardar los mandamientos, lo cual requiere un esfuerzo continuo. En la *Guía para el Estudio de las Escrituras*



leemos que “los milagros no producen fe, sino que la fe firme se desarrolla mediante la obediencia al evangelio de Jesucristo; en otras palabras, la fe proviene de la rectitud...”<sup>5</sup>.

Cuando nos esforzamos por guardar los mandamientos de Dios, arrepintiéndonos de nuestros pecados y prometiendo realizar nuestro mejor esfuerzo por seguir al Salvador, empezamos a obtener una mayor confianza en que, mediante la Expiación, todo estará bien. Esos sentimientos son confirmados por el Espíritu Santo, quien aleja de nosotros lo que nuestros padres pioneros llamaron “afán inútil”. A pesar de nuestras pruebas, sentimos plenamente una noción de bienestar y sentimos deseos de cantar con ellos que realmente “está todo bien”<sup>6</sup>.

No deseo minimizar la realidad de la depresión clínica. Algunos encontrarán la solución a la depresión y la ansiedad al consultar a profesionales competentes; pero, para la mayoría de nosotros, la tristeza y el temor comienzan a desvanecerse y los reemplazan la

felicidad y la paz cuando depositamos nuestra confianza en el Autor del plan de felicidad y cuando desarrollamos fe en el Príncipe de Paz.

Hace poco un querido amigo mío falleció de cáncer. Él y su familia son personas de gran fe. Fue muy inspirador ver cómo su fe les ayudó a sobrellevar esa época tan difícil. Estaban llenos de una paz interior que los sostenía y los fortalecía. Con el permiso de ellos, me gustaría leer parte de una carta de uno de los integrantes de la familia, la cual escribió tan sólo unos días antes de que su padre falleciera:

“Estos días han sido particularmente difíciles... Anoche, cuando nos reunimos junto a la cama de papá, el Espíritu del Señor se podía palpar y realmente fue un consolador para nosotros. Tenemos paz... Esto ha sido lo más difícil que cualquiera de nosotros haya experimentado, pero sentimos paz por saber que... nuestro Padre Celestial ha prometido que volveremos a vivir juntos como familia. Después de que el médico le

dijera a papá en el hospital que no quedaba nada más por hacer, él nos miró a todos con fe perfecta y, con valor, preguntó: ‘¿Alguno de los que se encuentran en esta habitación tiene algún problema con el plan de salvación?’. No lo tenemos y estamos agradecidos por tener un padre y una madre que nos han enseñado a tener confianza perfecta en el plan”.

Les hablo a todos los que sufren, a todos los que lloran, a todos los que ahora enfrentan o que enfrentarán pruebas y dificultades en esta vida. Mi mensaje es para todos los que estén preocupados o desanimados o que tengan miedo. Mi mensaje no es más que un eco, un recordatorio, del consejo consolador y constante que un Padre amoroso ha dado a Sus hijos desde el principio del mundo.

“... recordad... recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su gránizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga poder para arrastraros al abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificados, que es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán”<sup>7</sup>.

Testifico de Él, que ha vencido al mundo, que nunca nos olvidará ni nos abandonará, porque nos lleva grabados en las palmas de Sus manos<sup>8</sup>. Testifico que quienes guarden Sus mandamientos tendrán más fe y esperanza, recibirán la fortaleza para superar todas las pruebas de la vida y experimentarán la paz que sobrepasa todo entendimiento<sup>9</sup>. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Sarah DeArmon Rich, en Carol Cornwall Madsen, *Journey to Zion: Voices from the Mormon Trail*, 1997, págs. 173–174.
2. Moroni 7:40–42.
3. Véase Apocalipsis 7:14–17.
4. Véase Santiago 2:19.
5. Véase, *Guía para el Estudio de las Escrituras*, “Fe”.
6. “¡Oh, está todo bien!”, *Himnos*, núm. 17.
7. Helamán 5:12.
8. Véase 1 Nefi 21:16.
9. Véase Filipenses 4:7.



Por el élder M. Russell Ballard

Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Madres e hijas

*En estos últimos días es esencial, aun crucial, que los padres y los hijos se escuchen y aprendan los unos de los otros.*

**H**ermanos y hermanas, hace seis meses hablé en la sesión del sacerdocio de la conferencia general a padres e hijos. Como era de esperar, mis cinco hijas, veinticuatro nietas y un creciente número de bisnietas me han pedido la misma atención. Por lo tanto, hoy les hablaré principalmente a las madres e hijas de la Iglesia.

Mi querida esposa, Barbara, ha ejercido una influencia eternamente trascendental en nuestras hijas y nietas; y ellas, a su vez, la han ejercido en ella. Madres e hijas cumplen una función crucial al ayudarse mutuamente a explorar sus posibilidades infinitas, a pesar de las influencias denigrantes de un mundo en el que se corrompen y manipulan la condición de mujer y la maternidad.

Al hablar a las mujeres de la Iglesia hace casi un siglo, el presidente Joseph F. Smith dijo: “No corresponde que ustedes sean guiadas por las mujeres del mundo; ustedes deben guiar... a las mujeres del mundo, en todo lo que sea digno de alabanza, en todo lo que sea de Dios, en todo lo que sea ennobecedor y purificante para los hijos de los hombres” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1999, 2000, pág. 198).

Hermanas, nosotros, sus hermanos, no podemos hacer la obra que a

ustedes se les ha asignado divinamente desde antes de la fundación del mundo. Podríamos intentarlo, pero nunca podríamos aspirar a reproducir sus exclusivos dones. En este mundo, no hay nada tan personal, tan enriquecedor ni tan decisivo para una vida como la influencia de una mujer recta.

Entiendo que algunas de ustedes, jovencitas, no tienen una madre con quien puedan conversar de estos asuntos; y muchas de ustedes, mujeres, no tienen hijas en su vida. No obstante, dado que *toda* mujer posee dentro de su naturaleza divina tanto el talento inherente como la mayordomía de ser madre, la mayor parte de lo que diré se aplica igualmente a abuelas, tías, hermanas, madrastras, suegras, líderes y otras mentoras que a veces llenan el vacío de estas significativas relaciones de madre e hija.

Jovencitas, sus madres las adoran y ven en ustedes la promesa de futuras generaciones. Todo lo que ustedes logran, cada desafío que superan, a ellas les brinda un gozo puro. Y del mismo modo, las preocupaciones y las penas *de ustedes* son las preocupaciones y las penas *de ellas*.

Hoy deseo darles a ustedes, jovencitas, algunas sugerencias en cuanto a la forma de sacar el máximo provecho de la relación que tienen con su madre; después compartiré algunos





pensamientos con las madres sobre la forma de maximizar la influencia que ejercen en sus hijas y en otros integrantes de la familia.

Lamentablemente, es demasiado fácil ilustrar la confusión y la distorsión de la mujer en la sociedad contemporánea. Mujeres indecentes, inmorales y desaforadas plagan la radio y la televisión, monopolizan las revistas y se exhiben en las pantallas de cine, todo ello mientras el mundo lo celebra. El apóstol Pablo habló proféticamente sobre los “tiempos peligrosos” que vendrían en los últimos días, y especialmente se refirió a algo que debió haberle parecido particularmente peligroso: “...mujercillas cargadas de pecados, llevadas por diversas concupiscencias” (2 Timoteo 3:1, 6). La cultura popular de hoy suele proyectar a la mujer como ridícula, trivial, sin discernimiento e incapaz; la convierte en objeto, le falta el respeto e insinúa además que la mujer sólo puede dejar su huella en la humanidad mediante la seducción: se trata sin duda del

mensaje más peligroso y penetrante que el adversario envía a la mujer acerca de sí misma.

Y por ello, mis queridas jovencitas, con todo mi corazón las insto a no buscar en la cultura contemporánea a sus modelos de conducta ni a sus mentores. Por favor, miren a sus fieles madres como el modelo que deben seguir. Sigán el modelo de *ellas*, no el de mujeres famosas cuyas normas no son las normas del Señor, y cuyos valores quizá no reflejen una perspectiva eterna. Miren a su madre. Aprendan de sus puntos fuertes, su valor y su fidelidad. Escúchenla; quizá no sea experta en mensajes de texto, quizá ni siquiera tenga una página en Facebook, pero en lo que respecta a asuntos del corazón y a las cosas del Señor, posee una gran riqueza de conocimiento. Al acercarse el momento de casarse y tener hijos, ella será la mayor fuente de sabiduría para ustedes. Ninguna otra persona en la tierra las ama de la misma manera ni está dispuesta a sacrificar tanto para alentarlas y a ayudarlas

a encontrar la felicidad, en esta vida y para siempre.

Amen a su madre, mis jóvenes hermanas; respétenla, escúchenla, confíen en ella; tiene su mejor interés en mente; se preocupa por su seguridad y su felicidad eternas. Por lo tanto, sean amables con ella y sean pacientes con sus imperfecciones, porque las tiene. Todos las tenemos.

Ahora deseo compartir unos pensamientos con ustedes, madres, sobre el papel especial que desempeñan en la vida de sus hijas. Una amiga de nuestra familia viaja con frecuencia a ver a sus parientes. La principal observación que hace después de cada viaje es lo mucho que las jovencitas se comportan como sus madres. Si las madres son ahorradoras, así son las hijas. Si las madres son modestas, así son las jóvenes. Si las madres van a la reunión sacramental con chanclas y otra ropa informal, también lo hacen sus hijas. Madres: su ejemplo es sumamente importante para sus hijas, incluso si ellas no lo reconocen.



A lo largo de la historia del mundo, la mujer siempre ha sido maestra de valores morales. Ese tipo de instrucción comienza en la cuna y continúa durante toda la vida de sus hijos. Hoy, nuestra sociedad es bombardeada con mensajes sobre la mujer y la maternidad que son peligrosa y malvadamente erróneos. El seguir esos mensajes puede colocar a sus hijas en el sendero hacia el pecado y la autodestrucción. Sus hijas quizás no entiendan eso a menos que ustedes les digan, o mejor aún, les demuestren cómo tomar buenas decisiones. Como madres en Israel, ustedes son la primera línea de defensa de sus hijas contra las artimañas del mundo.

Ahora bien, madres, comprendo que a veces parece que nuestros hijos no prestan atención a las lecciones que tratamos de inculcarles. Créanme, he visto esa mirada indiferente en los ojos de los adolescentes en el preciso momento en que uno va a decirles lo que considera la mejor parte de su enseñanza. Les aseguro que aunque piensen que su hija no está escuchando ni una pizca de lo que digan, ella sigue aprendiendo de ustedes al observarlas para ver si sus actos concuerdan con sus palabras. Como se cree que dijo Ralph Waldo Emerson: “Lo que haces habla tan alto que no

puedo escuchar lo que dices” (véase Ralph Keyes, *The Quote Verifier*, 2006, pág. 56).

Enseñen a sus hijas a hallar gozo en el cuidado de los hijos; es allí donde su amor y sus talentos podrán surtir el efecto eterno más significativo. Consideren en este contexto el mandato del presidente Harold B. Lee: “La obra más importante... que harán será la que realicen dentro de las paredes de su propio hogar” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2001, pág. 148). Esto se aplica a todos nosotros, desde luego, pero es especialmente poderoso cuando se trata de la relación de madres e hijas.

Madres, enseñen a sus hijas que una hija fiel de Dios evita la tentación de chismear o de juzgar a los demás. En un sermón dirigido a la Sociedad de Socorro de Nauvoo, el profeta José aconsejó: “La lengua es un miembro indócil; refrenen la lengua con respecto a las cosas que no tengan importancia” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 484).

En los últimos años ha habido una explosión de artículos, libros y películas escritos sobre mujeres adultas y jóvenes que chismean y tienen “malicia”. Satanás siempre procura denigrar el elemento más precioso de la naturaleza

divina de la mujer: la naturaleza del cuidar de los demás.

Una hija aprende a cuidar al ser cuidada por medio de la relación de madre e hija. La hija recibe amor y enseñanza, y experimenta personalmente lo que se siente al tener a alguien que se preocupa lo suficiente por ti para corregirte, al mismo tiempo que sigue alentándote y creyendo en ti.

Recuerden, hermanas, Dios es la fuente de todo poder moral y espiritual. Se nos otorga el acceso a ese poder al concertar convenios con Él y al guardar esos convenios. Madres, enseñen a sus hijas la importancia de hacer convenios, y después muéstrenles cómo guardar esos convenios de manera que ellas deseen vivir dignamente para ir al templo.

En el mundo actual esto significa hablar con sus hijas sobre cuestiones sexuales. Sus hijas, así como sus hijos varones, están creciendo en un mundo en el que se acepta abiertamente la promiscuidad precoz, informal e irreflexiva; las mujeres inmodestas e incastas son enaltecidas, y demasiado a menudo celebradas e imitadas. A pesar de que hay pasos que se pueden seguir en nuestro hogar y en nuestra familia para reducir el contacto con esos elementos de mal gusto de la vida contemporánea, sus hijas no podrán evitar por completo los descarados mensajes sexuales y las tentaciones que las rodean. Deben tener conversaciones frecuentes y abiertas en las que enseñen a sus hijas la verdad sobre estos asuntos.

Por ejemplo, ellas tienen que entender que cuando visten ropa demasiado ajustada, demasiado corta o demasiado escotada, no sólo pueden enviar el mensaje equivocado a los jóvenes con los que se relacionen, sino que también perpetúan en su propia mente la falacia de que el valor de la mujer depende exclusivamente de su atractivo sexual. Esto nunca ha formado ni nunca formará parte de la definición justa de una fiel hija de Dios. Ellas necesitan escuchar esto de su boca, clara y reiteradamente, y necesitan ver el ejemplo correcto y constante que ustedes



tengan en sus propias normas de vestimenta, arreglo personal y vida modesta.

Todos los jóvenes tendrán mayores probabilidades de hacer y guardar convenios si aprenden a reconocer la presencia y la voz del Espíritu. Enseñen a sus hijas sobre las cosas del Espíritu; diríjanlas hacia las Escrituras; bríndenles experiencias que les ayuden a atesorar las bendiciones del poder del sacerdocio en su vida. Al guardar convenios, aprenderán a escuchar la voz del Señor y recibir revelación personal. Dios de verdad escuchará y contestará sus oraciones. El lema de la mutua de 2010 se aplica a nuestros jóvenes así como a todos nosotros: “[Esfuézate] y [sé] valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas” (Josué 1:9). Esto los guiará de manera segura a las bendiciones de la casa del Señor.

Asegúrense de que ellas sepan que el guardar los convenios constituye el camino más seguro hacia la felicidad eterna; y si fuera necesario, enseñenles a arrepentirse y a permanecer puras y dignas.

Ahora bien, si esto les parece conocido, mis hermanos y hermanas, es porque he hablado a los padres e hijos durante tres conferencias seguidas. En abril del año pasado, alenté a los jóvenes a “aprender las lecciones del pasado”; de ese discurso cito: “Si están dispuestos a escuchar y a aprender, algunas de las enseñanzas más significativas de la vida provienen de los que se han ido antes que ustedes... Cuánto mejor será la vida de ustedes si siguen el noble ejemplo de los fieles seguidores de Cristo” (“Aprendamos las lecciones del pasado”, *Liabona*, mayo de 2009, págs. 31, 33).

En octubre del año pasado me dirigí a los padres e hijos en la reunión del sacerdocio, y hoy lo he hecho principalmente a las madres e hijas. En cada caso mi mensaje ha sido diferente, pero a la vez similar. Espero que estén escuchando y que perciban un modelo y escuchen un mensaje constante y uniforme de que en estos últimos días es esencial, aun crucial,



que los padres y los hijos se escuchen y aprendan los unos de los otros. Lo que he estado diciendo no son simplemente conceptos abstractos, sino que son la esencia, el centro del plan de Dios para nuestra eterna felicidad y paz.

Como Iglesia, ayudaremos en todo lo que podamos. Estamos presentes para apoyar y sostenerlos a ustedes como padres e hijos, pero el hogar es el lugar más importante para preparar a los jóvenes de hoy a fin de guiar a las familias y a la Iglesia del mañana. Sobre cada uno descansa, como madres y padres, el hacer todo lo que podamos para preparar a nuestros jóvenes para ser hombres y mujeres fieles y justos. Es en el hogar donde debemos enseñar el Evangelio por el precepto y por el ejemplo.

Concluyo mi consejo con este resumen profético del presidente Joseph F. Smith: “Nuestras relaciones (familiares) no tienen por objeto ser exclusivamente para esta vida, para este

tiempo, según lo distinguimos de la eternidad. Vivimos por el tiempo y por la eternidad y formamos asociaciones y relaciones por el tiempo y por toda la eternidad... Aparte de los Santos de los Últimos Días, ¿quiénes consideran el concepto de que continuaremos como organización familiar allende el sepulcro? —el padre, la madre, los hijos, reconociéndose los unos a los otros... [siendo] esta organización familiar una unidad en la organización grande y perfecta de la obra de Dios, todo ello destinado a continuar a través del tiempo y de la eternidad” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 414).

Es mi oración que Dios nos bendiga para que nos enseñemos, cuidemos y preparemos unos a otros dentro de las paredes de nuestro hogar para la gran obra que todos nosotros debemos hacer ahora y en el futuro; en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■



**Por el presidente Henry B. Eyring**  
Primer Consejero de la Primera Presidencia

# Ayúdenlos en el camino de regreso al hogar

*Ayudamos mejor a los hijos de Dios al proporcionarles maneras de edificar su fe en Jesucristo y Su evangelio restaurado mientras son jóvenes.*

**H**ermanos y hermanas, nuestro Padre Celestial quiere y necesita nuestra ayuda para llevar a Sus hijos espirituales de regreso a Él. Hoy hablo de los jóvenes que ya están dentro de Su Iglesia verdadera y que ya han emprendido el camino estrecho y angosto para regresar a su hogar celestial. Él quiere que ellos obtengan a temprana edad la fortaleza espiritual para permanecer en el sendero; y necesita nuestra ayuda para que regresen al sendero rápidamente si empiezan a desviarse.

Yo era un joven obispo cuando empecé a ver con claridad por qué el Señor quiere que fortalezcamos a los niños mientras son pequeños y que los rescatemos rápidamente. Les contaré el relato de una joven que representa a muchos de los que he tratado de ayudar a lo largo de los años.

Ella estaba sentada frente a mí, del otro lado de mi escritorio de obispo. Me habló de su vida. Había sido bautizada y confirmada como miembro de la Iglesia cuando tenía ocho años. No

derramó ninguna lágrima mientras se refería a los más de veinte años que siguieron, pero había tristeza en su voz. Dijo que la senda que la había llevado hacia el pecado había comenzado con decisiones de relacionarse con personas que ella pensaba que eran impresionantes. Pronto empezó a violar lo que al principio parecían ser mandamientos menos importantes.

Al principio sentía un poco de tristeza y un poco de culpa, pero la relación con sus amigos proporcionaba

una nueva sensación de ser aceptada; y así, la resolución esporádica de arrepentirse parecía cada vez menos importante. A medida que aumentaba la gravedad de los mandamientos que quebrantaba, el sueño de un hogar feliz y eterno parecía desvanecerse.

Estaba sentada frente a mí, y se refirió a su situación como miserable. Quería que la rescatara de la trampa del pecado a la cual se encontraba atada. Pero la única manera de salir era que ella ejercitara la fe en Jesucristo, tuviera un corazón quebrantado, se arrepintiera y, de ese modo, fuera limpia, cambiada y fortalecida mediante la expiación del Señor. Le di mi testimonio de que todavía era posible. Y lo fue, pero resultó mucho más duro de lo que hubiera sido ejercitar la fe temprano en su vida en el camino de regreso a Dios y cuando recién había comenzado a desviarse.

Entonces, ayudamos mejor a los hijos de Dios al proporcionarles maneras de edificar su fe en Jesucristo y Su evangelio restaurado mientras son jóvenes. Y luego debemos ayudar a reavivar esa fe rápidamente, antes de que se debilite al desviarse del sendero.

De modo que ustedes y yo podemos esperar una oportunidad casi constante de ayudar a los viajeros que hay entre los hijos de Dios. El Salvador nos dijo por qué sería así cuando describió la peligrosa jornada de regreso para todos los hijos espirituales de Dios a través de los vapores de tinieblas que crean el pecado y Satanás:

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino, que conduce a la perdición, y





muchos son los que entran por ella;

“porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos son los que la hallan”<sup>1</sup>.

Previendo las necesidades de Sus hijos, un amoroso Padre Celestial puso indicaciones y rescatadores a lo largo del camino. Envío a Su Hijo Jesucristo para hacer un pasaje seguro que sea posible y visible. Llamó al presidente Thomas S. Monson como Su profeta en estos tiempos. Desde su juventud, el presidente Monson ha enseñado no sólo la manera de permanecer en el sendero, sino la forma de rescatar a los que han sido conducidos al pesar.

El Padre Celestial nos ha asignado una gran variedad de puestos para fortalecer y, cuando sea necesario, conducir a los viajeros a un lugar seguro. Nuestras asignaciones más importantes y poderosas están en la familia; son importantes porque la familia tiene la oportunidad, al comienzo de la vida de un niño, de poner sus pies firmemente en el sendero de regreso al hogar. Los padres, hermanos, abuelos y tíos se convierten en guías más poderosos por los lazos de amor que constituyen la naturaleza misma de la familia.

La familia tiene una ventaja en los primeros ocho años de la vida de un niño. En esos años de protección, debido a la expiación de Jesucristo, se bloquea el uso que hace Satanás de los vapores de tinieblas para esconder el camino de regreso al hogar. En esos preciados años, el Señor ayuda a las familias al llamar a personas a trabajar en la Primaria para que ayuden a fortalecer a los niños espiritualmente. Además, Él proporciona poseedores del Sacerdocio Aarónico para que ofrezcan la Santa Cena. En esas oraciones de la Santa Cena, los niños escuchan la promesa de que algún día podrán recibir al Espíritu Santo como guía si son obedientes a los mandamientos de Dios. Como consecuencia, los niños son fortalecidos para resistir la tentación cuando ésta venga y, después, en algún día futuro, para ir a rescatar a otras personas.

Muchos obispos de la Iglesia sienten la inspiración de llamar a las personas más fuertes del barrio para servir a



los niños de manera individual en la Primaria. Se dan cuenta de que, si los niños son fortalecidos con fe y un testimonio, tendrán menores probabilidades de que necesiten rescate como adolescentes. Se dan cuenta de que un fuerte cimiento espiritual puede tener un impacto positivo para toda la vida.

Todos podemos ayudar. Las abuelas, los abuelos y todos los miembros que conozcan a los niños pueden ayudar. No hay que tener un llamamiento formal en la Primaria ni hay límites de edad. Ése fue el caso de una mujer que, cuando era más joven, formó parte de la mesa general de la Primaria que ayudó a crear el lema HLJ.

Ella nunca se cansó de prestar servicio a los niños. Enseñó en la Primaria de su barrio, porque ella lo pidió, hasta casi los noventa años. Los niñitos podían sentir su amor; veían su ejemplo; aprendían de ella los sencillos principios del evangelio de Jesucristo.

Y, sobre todo, debido a su ejemplo, aprendieron a sentir el Espíritu Santo y a reconocerlo. Y cuando lo hicieron, ya estaban bien encaminados hacia la fe que se necesita para resistir la tentación. Ellos tendrían menos probabilidades de que necesitaran ser rescatados, y estarían preparados para ir a rescatar a otras personas.

Aprendí sobre el poder de la fe sencilla en la oración y en el Espíritu Santo cuando nuestros hijos eran pequeños. Nuestro hijo mayor todavía no se había bautizado. Sus padres, maestros de la Primaria y siervos del sacerdocio habíamos tratado de ayudarlo a sentir y a reconocer el Espíritu y a saber cómo recibir Su ayuda.

Una tarde, mi esposa lo había llevado a la casa de una mujer que le estaba enseñando a leer. Nuestro plan era que yo lo fuera a recoger cuando regresara del trabajo.



La clase terminó antes de lo que esperábamos y, como él se sentía seguro de que conocía el camino de regreso a nuestra casa, empezó a caminar. Luego de lo sucedido, dijo que tenía plena confianza en sí mismo y que le había gustado la idea de recorrer el trayecto solo. Después de haber caminado casi un kilómetro, empezó a oscurecer y comenzó a darse cuenta de que todavía estaba muy lejos de casa.

Todavía recuerda que las luces de los autos que iban pasando se veían borrosas a causa de las lágrimas. Se sentía como un niño pequeño, y no como el muchacho que había empezado a caminar solo de regreso a casa. Se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Entonces algo acudió a su memoria. Supo que debía orar, así que se alejó de la calle y se dirigió hacia unos árboles que apenas podía ver en la oscuridad y encontró un lugar para arrodillarse.

En medio de los arbustos, oyó voces que se acercaban hacia él. Dos jóvenes lo habían oído llorar. Al acercarse, le preguntaron: “¿Podemos ayudarte?”. Entre lágrimas, les dijo que estaba perdido y que quería regresar a casa. Le preguntaron si sabía el número telefónico o la dirección de su casa, pero no los sabía. Le preguntaron su nombre; eso sí lo sabía. Lo llevaron a un lugar cercano donde vivían, y encontraron nuestro apellido en la guía telefónica.

Cuando recibí la llamada, me apresuré a ir al rescate, agradecido de que se había puesto a gente bondadosa en su camino de regreso a casa. Y siempre he agradecido que se le enseñó a orar con fe en que recibiría ayuda cuando estuviera perdido. Esa fe lo ha

conducido a un lugar seguro y ha llevado hacia él a más rescatadores más veces de las que él puede contar.

El Señor ha puesto un modelo de rescate y rescatadores en Su reino. En Su sabiduría, el Señor ha inspirado a Sus siervos a poner algunos de los medios más poderosos para fortalecernos y a colocar a los mejores rescatadores conforme se pasa por los años de la adolescencia.

Ustedes conocen dos programas poderosos proporcionados por el Señor. Uno, para las mujeres jóvenes, se llama *Progreso Personal*. El otro, para los poseedores del Sacerdocio Aarónico, se llama *Mi Deber a Dios*. Instamos a los jóvenes de la nueva generación a ver su propio potencial para lograr una gran fortaleza espiritual. Y rogamos a quienes se interesan en esta gente joven, que estén a la altura de lo que el Señor requiere para ayudarlos. Ya que el futuro de la Iglesia depende de ellos, todos nos interesamos en ellos.

Los dos programas se han mejorado, pero su propósito sigue siendo el mismo. El presidente Monson lo dijo de esta manera: debemos “aprender lo que debemos aprender, hacer lo que debemos hacer y ser lo que debemos ser”<sup>2</sup>.

En el librito del *Progreso Personal* para las mujeres jóvenes leemos claramente cuál es el objetivo: “En el programa del *Progreso Personal* se utilizan los ocho valores de las Mujeres Jóvenes para ayudarte a comprender plenamente quién eres, por qué estás aquí sobre la tierra y lo que debes estar haciendo como hija de Dios para prepararte para el día en que vayas al templo a hacer convenios sagrados”.

Sigue diciendo que las Mujeres Jóvenes aprenderán a “hacer compromisos, a llevarlos a cabo y a informar de [su] progreso a uno de [sus] padres o a una de [sus] líderes”. Además, promete que “los modelos que establezca[n] al trabajar en el *Progreso Personal* — tal como la oración, el estudio de las Escrituras, el servicio y el llevar un diario— se convertirán en hábitos diarios personales que fortalecerán [su] testimonio y [las] ayudarán a aprender y a superar[se] durante toda la vida”<sup>3</sup>.

El programa *Mi Deber a Dios* para los hombres jóvenes del Sacerdocio Aarónico se ha reforzado y simplificado. Estará contenido en un solo libro para los tres oficios del Sacerdocio Aarónico. Los hombres jóvenes y sus líderes recibirán un ejemplar de este nuevo libro. Es una herramienta poderosa. Fortalecerá el testimonio de los hombres jóvenes y su relación con Dios. Los ayudará a aprender los deberes del sacerdocio y a desear cumplir con ellos. Fortalecerá la relación con sus padres, entre los miembros del quórum, y con sus líderes.

Ambos programas ponen gran responsabilidad en los esfuerzos de los jóvenes mismos. Se les invita a aprender y a hacer cosas que serían desafiantes para cualquier persona. Al reflexionar en cuanto a mi propia juventud, no recuerdo que se me haya desafiado tanto. Es cierto que en algunas ocasiones se me invitaba a ponerme a la altura de pruebas de ese tipo, pero sólo de vez en cuando. Estos programas requieren constancia, gran esfuerzo y la acumulación de enseñanzas y experiencias espirituales a lo largo de los años.

Al reflexionar en ello, me di cuenta de que el contenido de estos libritos es una representación física de la confianza que el Señor tiene en la nueva generación y en todos los que los amamos. Y he visto indicios de que esa confianza está depositada correctamente.

En algunas visitas, he visto quórums del Sacerdocio Aarónico en acción. He visto a hombres jóvenes que siguen modelos de aprendizaje, que hacen planes para hacer lo que Dios quiere de ellos y que entonces se ponen en movimiento para hacer lo que se han comprometido a hacer y que comparten con los demás cómo fueron cambiados espiritualmente. Y al verlos y escucharlos, se hizo evidente que padres, madres, líderes, amigos e incluso vecinos de la congregación sintieron el Espíritu al escuchar a los jóvenes testificar cómo habían sido fortalecidos. Los jóvenes fueron elevados al dar su testimonio, y también lo fueron las personas que estaban tratando de ayudarlos a superarse.



El programa de las Mujeres Jóvenes contiene el mismo modelo poderoso para desarrollar fortaleza espiritual en las mujeres jóvenes y para brindarnos la oportunidad de ayudar. El *Progreso Personal* ayuda a las mujeres jóvenes a prepararse para recibir las ordenanzas del templo; ellas reciben ayuda mediante el ejemplo de madres, abuelas y de cada mujer justa que las rodea en la Iglesia. He visto cómo los padres ayudaban a una hija a lograr sus metas y sueños al notar y agradecer todas las buenas cosas que ella hace.

Hace pocos días, vi a una madre de pie junto a su joven hija para recibir un reconocimiento por haber logrado juntas ser ejemplos de mujeres virtuosas extraordinarias; y cuando compartieron conmigo lo que había significado para ellas, sentí la aprobación y el ánimo del Señor para todos nosotros.

De toda la ayuda que podamos ofrecer a estos jóvenes, la más grande será el hacerles sentir que confiamos en que están en el sendero de regreso a Dios y que pueden lograrlo. Y la mejor manera de hacerlo es ir junto a ellos. Debido a que el camino es empinado y a veces rocoso, en ocasiones se sentirán desanimados e incluso tropezarán. Quizá a veces se sientan confundidos en cuanto a su destino y se desvíen en pos de metas eternamente menos importantes. Estos programas inspirados hacen que esto sea menos probable, puesto que conducirán a la juventud a invitar y a recibir la compañía del Espíritu Santo.

El mejor consejo que podemos darle a la juventud es que podrán regresar al Padre Celestial sólo si son guiados y corregidos por el Espíritu de Dios. Por eso, si somos sabios, animaremos, elogiaremos y ejemplificaremos todo lo que invite la compañía del Espíritu Santo. Cuando compartan con nosotros lo que hacen y sienten, nosotros mismos debemos ser merecedores de tener el Espíritu. Entonces, ellos sentirán en nuestro elogio y nuestras sonrisas, la aprobación de Dios. Y, en caso de que sintamos la necesidad de dar un consejo correctivo, sentirán nuestro amor y el amor de Dios en ello, y no la reprimenda y el rechazo, los



cuales pueden dar lugar a que Satanás los aleje más.

El ejemplo que más necesitan de nosotros es que hagamos lo que ellos deben hacer. Debemos pedir en oración los dones del Espíritu. Debemos meditar en cuanto a las Escrituras y las palabras de los profetas vivos. Debemos hacer planes que no sean sólo deseos, sino convenios; y, entonces, debemos guardar las promesas que hacemos al Señor y debemos elevar a los demás al compartir con ellos las bendiciones de la Expiación que hemos recibido en nuestra vida.

Y debemos ejemplificar en nuestra propia vida la fidelidad constante y prolongada que el Señor espera de ellos. Al hacerlo, los ayudaremos a sentir del Espíritu una seguridad de que, si persisten, escucharán las palabras de un amoroso Salvador y del Padre Celestial: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de

tu señor”<sup>14</sup>. Y quienes les hayamos ayudado a lo largo del camino escucharemos esas palabras con gozo.

Testifico que el Señor los ama a ustedes y a cada hijo de Dios. Éste es Su reino, restaurado con las llaves del sacerdocio mediante el profeta José Smith. Thomas S. Monson es el profeta del Señor en la actualidad. Prometo a cada uno de ustedes que, al seguir la dirección inspirada que hay en ésta, la Iglesia verdadera de Jesucristo, nuestros jóvenes, y aquellos que los ayudamos y los amamos, llegaremos a salvo a nuestro hogar con el Padre Celestial y el Salvador, para vivir en familias y con gozo para siempre. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. 3 Nefi 14:13–14.
2. Thomas S. Monson, “Aprendamos, hagamos, seamos,” *Liabona*, noviembre de 2008, pág. 67.
3. *Mujeres Jóvenes: Progreso Personal*, librito, 2009, pág. 6.
4. Mateo 25:21.



**Presentado por el presidente Dieter F. Uchtdorf**  
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

## El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, por la misma señal.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que relevemos a los siguientes Setentas de Área, lo cual se pondrá en vigencia el 1º de mayo de 2010:

Jorge M. Alvarado, Homero S. Amato, Manuel Araiz, Jorge D. Arrevillaga, Marcelo Bolfarini, Fernando E. Calderón, Gabriel A. Campos, Chu-Jen Chia, Flávio A. Cooper, Ronaldo da Costa, John C. Dalton, Kevin R. Duncan, Randy D. Funk, Robert H. Garff, Gerrit W. Gong, Frerich J. Görts, S. Horacio Guzmán, Ronald J. Hammond, Stephen W. Hansen, Yu Chen (Philip) Ho, Patrick Kearon, Christiaan H. Kleijweg, Larry R. Lawrence, Robert W. Lees, F. Rene Loli,

Juan A. Machuca, Per G. Malm, Carlos S. Obata, Alexander A. Odume, A. Rolando Oyola, Melvin R. Perkins, James C. Perry, John C. Pingree, Dinar M. Reyes, D. Chad Richardson, Maury W. Schooff, Hans T. Sorensen, John C. Taggart, Donald P. Tenney, G. Perrin Walker, Johann A. Wondra y Kazuhiko Yamashita.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestra gratitud por el excelente servicio que han prestado, sírvanse manifestarlo.

Se propone que relevemos a las hermanas Cheryl C. Lant, Margaret S. Lifferth, y Vicki F. Matsumori como la Presidencia General de la Primaria.

También relevamos a todos los miembros de la Mesa directiva general de la Primaria.

Todos los que deseen unirse a nosotros para expresar agradecimiento por el dedicado servicio que han prestado estas hermanas, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como nuevos miembros del Primer Quórum de los Setenta: a Kevin R. Duncan, Gerrit W. Gong, Patrick Kearon, y Juan A. Uceda; como nuevos miembros del Segundo Quórum de los Setenta a Larry R. Lawrence, Per G. Malm, y Jairo Mazzagardi.

Todos los que estén a favor tengan a bien manifestarlo.

Los que se opongan, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como nuevos Setentas de Área: Ian S. Ardern, Philip K. Bussey, René J. Cabrera, Renato

### **La Presidencia General de la Primaria, que fue sostenida recientemente**





Capelletti, Paul D. M. Christensen, Rogério G. R. Cruz, Donald D. Deshler, George R. Donaldson, Ini B. Ekong, Christian Fingerle, Craig G. Fisher, Jerryl L. Garns, Jack N. Gerard, M. Keith Giddens, Brent J. Hillier, Jui Chang Juan, George M. Keele, Dane O. Leavitt, Alexander T. Mestre, Arayik V. Minasyan, T. Jackson Mkhabela, S. Gifford Nielsen, Valentín F. Núñez, Jeffery E. Olson, R. Ingvar Olsson, Robert N. Packer, Nathaniel R. Payne, Cesar A. Perez Jr., Fouchard Pierre-nau, Michael J. Reall, Edson D. G. Ribeiro, Brad K. Risenmay, Mozart B. Soares, Carlos A. Solís, Norland de Souza Lopes, Kouzou Tashiro, Omar Villalobos, W. Christopher Waddell, Alan J. Webb, Gerardo J. Wilhelm, Kevin J. Worthen, Craig T. Wright y Jim L. Wright.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay contrarios, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Rosemary M. Wixom como la nueva presidenta general de la Primaria, con Jean A. Stevens como primera consejera y Cheryl A. Esplin como segunda consejera.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, a los Setentas de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, pueden manifestarlo.

Presidente Monson, hasta donde he podido observar, el voto en el Centro de Conferencias ha sido unánime a favor de lo que se ha propuesto.

Gracias, hermanos y hermanas, por su voto de sostenimiento, y por su continua fe, su devoción y sus oraciones.

Invitamos ahora a los que recién han sido llamados como Autoridades Generales y a la Presidencia General de la Primaria, a tomar su lugar en el estrado. ■

# Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2009

**Presentado por Robert W. Cantwell**

Director ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia

*Para la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*

**E**stimados hermanos: Tal como está prescrito por revelación en la sección 120 de Doctrina y Convenios, el Consejo Encargado de la Disposición de Diezmos autoriza el empleo de los fondos de la Iglesia. Este consejo está compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente. Este consejo aprueba los presupuestos de los departamentos y el del funcionamiento de la Iglesia. Los departamentos de la Iglesia emplean los fondos de acuerdo con los presupuestos aprobados y de acuerdo con las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Al Departamento de Auditorías de la Iglesia se le ha concedido acceso a todos los registros y sistemas necesarios para evaluar que exista un control adecuado del ingreso de los fondos y de los gastos realizados a fin de salvaguardar los bienes de la Iglesia. El Departamento de Auditorías de la Iglesia es independiente de todos los demás departamentos y del funcionamiento de la Iglesia, y el personal está compuesto por contadores públicos certificados, auditores internos acreditados, auditores acreditados de sistemas de información y otros profesionales acreditados.



Basándonos en las auditorías llevadas a cabo, el Departamento de Auditorías de la Iglesia es de la opinión que, en todos los aspectos materiales, los donativos recibidos, los gastos efectuados y los bienes de la Iglesia del año 2009 se han registrado y administrado de acuerdo con las prácticas apropiadas de contabilidad, con los presupuestos aprobados y con las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Presentado respetuosamente,  
Departamento de Auditorías de la Iglesia

Robert W. Cantwell  
Director Ejecutivo ■

# Informe estadístico de 2009

**Presentado por Brook P. Hales**

Secretario de la Primera Presidencia

La Primera Presidencia ha emitido el siguiente informe estadístico de la Iglesia al 31 de diciembre de 2009.

## Unidades de la Iglesia

Estacas.....	2.865
Misiones.....	344
Distritos.....	616
Barrios y ramas.....	28.424

## Miembros de la Iglesia

Total de miembros.....	13.824.854
Nuevos niños inscritos durante 2009.....	119.722
Conversos bautizados durante 2009.....	280.106

## Misioneros

Misioneros de tiempo completo.....	51.736
------------------------------------	--------

## Templos

Templos dedicados durante 2009.....	2
(Draper, Utah; y Oquirrh Mountain, Utah)	
Templos en funcionamiento.....	130

## Oficiales generales anteriores de la Iglesia y otros miembros prominentes de la Iglesia que han fallecido después del pasado mes de abril de 2009

El *élder Royden G. Derrick*, Autoridad General emérita; los

*élderes George I. Cannon, W. Don Ladd, Douglas J. Martin y Joseph C. Muren*, ex miembros de los Setenta; la *hermana Colleen W. Asay*, viuda del *élder Carlos E. Asay*, Autoridad General emérita; la *hermana Jeanne C. Dunn*, viuda del *élder Paul H. Dunn*, Autoridad General emérita; la *hermana Jelaire C. Simpson*, viuda del *élder Robert L. Simpson*, Autoridad General emérita; la *hermana Jacqueline Y. Lawrence*, esposa del *élder W. Mack Lawrence*, ex miembro de los Setenta; la *hermana Betty N. Turley*, esposa del *élder Richard E. Turley Sr.*, ex miembro de los Setenta; el *hermano David S. King*, ex asistente de la Superintendencia General de la Asociación de Mejoramiento Mutuo de los Hombres Jóvenes; la *hermana Ann S. Reese*, ex consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro; el *hermano Robert J. Matthews*, un experto en la Traducción de José Smith de la Biblia y el *hermano Truman Madsen*, erudito de la Iglesia y ex director del Centro Jerusalén de BYU. ■







**Por el élder L. Tom Perry**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

# Las madres enseñan a los hijos en el hogar

*Creo que es por designio divino que en el papel de la madre se recalque el cuidado y la enseñanza de la próxima generación.*

Hace poco tuve la oportunidad de viajar con el élder Donald L. Hallstrom para visitar cinco ciudades de la gran región del centro de los Estados Unidos. En cada ciudad que visitamos, teníamos una reunión con los misioneros de tiempo completo, seguida de una reunión con los líderes de barrio y de estaca acerca de la obra misional. Entre una y otra reunión, la Sociedad de Socorro de estaca preparaba una cena liviana para permitirnos estar con los presidentes de estaca. Cuando llegamos a Milwaukee, Wisconsin, dos familias jóvenes le habían pedido a la Sociedad de Socorro que les permitiera preparar y servir la cena. Los dos esposos se encargaron de la cocina; las dos madres supervisaron el arreglo de las mesas y lo relacionado con servir la comida; tres niños pequeños se encargaron de poner la mesa y de servir la comida bajo la supervisión de sus madres, lo cual proporcionó a las madres una oportunidad de enseñar a sus hijos. Fue muy especial ver a los niños atender cada detalle, como

sus madres les habían enseñado. Realizaron sus asignaciones completa y cabalmente.

Esta experiencia me llevó a reflexionar en la capacitación que recibí de mi madre. Igual que el profeta Nefi, yo también, como muchos de ustedes, nací de buenos padres (véase 1 Nefi 1:1).



**São Paulo, Brasil**

Hace poco, una de mis sobrinas me mostró cuatro cuadernos que mi madre había llenado con apuntes mientras se preparaba para dar su clase de la Sociedad de Socorro. Me imagino que estos cuadernos —y hay otros que todavía no he examinado— representan cientos de horas de preparación de mi madre.

Mi madre era una gran maestra, diligente y minuciosa al prepararse. Tengo recuerdos claros de los días previos a sus clases. La mesa del comedor se llenaba con material de consulta y los apuntes que preparaba para su lección. Preparaba tanto material que estoy seguro de que sólo llegaba a usar una pequeña parte durante la clase; pero también estoy seguro de que nada de lo que preparaba se desaprovechaba. ¿Cómo puedo estar seguro de ello? Al hojear sus cuadernos, me parecía escuchar a mi madre enseñándome una vez más. Repito: en sus cuadernos había material de sobra acerca de cualquier tema como para presentarlo en una sola clase, pero lo que no usaba en su lección lo usaba para enseñar a sus hijos.

Creo que no me equivocaría al decir que, aunque mi madre era una maestra muy eficaz entre las hermanas de la Sociedad de Socorro, sus mejores lecciones se impartían en casa, con sus hijos. Por supuesto, esto se debía en gran parte a que tenía más tiempo para enseñar a sus hijos que a las hermanas de la Sociedad de Socorro, pero también me gusta pensar que se preparaba minuciosamente, primero, para ser un ejemplo de servicio diligente a la Iglesia para sus hijos y, segundo, porque sabía que lo que aprendiera al preparar sus clases podía usarlo una y otra vez para un propósito más elevado: enseñar a sus hijos e hijas.

Por unos momentos, permítanme rememorar y compartir algunas de las lecciones que aprendí de mi madre acerca de la enseñanza del Evangelio en el hogar. Mi madre comprendía el valor de enseñar a sus hijos normas, valores y doctrina mientras eran pequeños. Si bien agradecía que otros enseñaran a sus hijos, ya fuera en la

escuela o en la Iglesia, reconocía que a los padres les es confiado educar a sus hijos y, en última instancia, que los padres deben asegurarse de que a sus hijos se les enseñe lo que su Padre Celestial desea que aprendan. Nuestra madre nos interrogaba con sumo cuidado a mis hermanos y a mí después de que se nos había enseñado fuera de casa para cerciorarse de que las lecciones correctas fueran las que llegaran a nuestros oídos y las que formarían nuestro criterio.

Algunas veces pensaba, al regresar a casa corriendo de la escuela, que ya habían terminado las lecciones de ese día, pero esa ilusión pronto se desvanecía al ver a mi madre esperándome de pie en la puerta. De pequeños, cada uno tenía un pupitre en la cocina, donde ella nos enseñaba mientras realizaba las tareas del hogar y preparaba la cena. La enseñanza era algo innato en ella y era mucho más exigente con nosotros que nuestros maestros de la escuela o de la Iglesia.

Lo que mi madre nos enseñaba abarcaba lecciones seculares y espirituales; se aseguraba de que ninguno se atrasara en las tareas de la escuela, y a menudo las complementaba. Además, practicaba sus clases de la Sociedad de Socorro con nosotros, quienes, desde luego, recibíamos la versión completa de las clases de sus cuadernos, y no la versión abreviada que tenía que ajustarse a una sola clase.

Parte de nuestro aprendizaje en el hogar incluía memorizar pasajes de las Escrituras, incluso los Artículos de Fe y las palabras de los profetas, videntes y reveladores. Mi madre creía que la mente se debilitaba si no se ejercitaba constantemente. Nos enseñaba mientras lavábamos los platos, batíamos la mantequilla y ayudábamos con muchas otras cosas. Ella no creía en dejar que pensamientos ociosos entraran en la mente de sus hijos, ni siquiera cuando estaban realizando trabajos físicos.

No digo que mi madre sea el modelo a seguir de los padres del mundo actual. La época actual es muy diferente, pero, aunque los tiempos cambien, las enseñanzas de un padre nunca

deben menospreciarse. Muchas actividades unen los valores de una generación con la siguiente, pero quizá la más importante sea la enseñanza de los padres a los hijos en el hogar. Esto es particularmente cierto cuando se considera la enseñanza de valores, normas morales y éticas, y la fe.

La enseñanza en el hogar es cada vez más importante en el mundo actual, donde la influencia del adversario está tan extendida; y él ataca, intenta corroer y destruir la base misma de nuestra sociedad: la familia. Los padres deben decidir que la enseñanza en el hogar es la responsabilidad más importante y sagrada. Si bien otras instituciones como la Iglesia y la escuela pueden asistir a los padres a “[instruir] al niño en su camino” (Proverbios 22:6), en última instancia, esa responsabilidad recae sobre los padres. Según el gran plan de felicidad, a los padres se les confía el cuidado y desarrollo de los hijos de nuestro Padre Celestial. Nuestra familia es parte esencial de Su obra y gloria: “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39). En el escenario eterno de Dios, normalmente se espera que los padres sean los personajes principales en la vida de sus hijos. Afortunadamente, hay suplentes que forman parte de la producción, quienes entran en escena cuando los padres no pueden hacerlo. No obstante, es a los padres a quienes el Señor ha mandado criar a sus hijos en la luz y la verdad (véase D. y C. 93:40).

A fin de llevar luz y verdad a su hogar, los padres deben, una y otra vez, hacer oraciones familiares, tener sesiones de estudio de las Escrituras, hacer noches de hogar, leer libros en voz alta, cantar y comer en familia. Ellos saben que la influencia de la crianza recta, concienzuda, perseverante y diaria está entre las fuerzas positivas más poderosas y constantes que hay en el mundo. La salud de cualquier sociedad, la felicidad, la prosperidad y la paz de su gente, todas tienen su raíz en la enseñanza de los hijos en el hogar.

El élder Joseph Fielding Smith enseñó: “Los padres tienen el deber de enseñar a sus hijos estos principios de salvación del evangelio de Jesucristo, a fin de que sepan por qué deben bautizarse y para que se grabe en sus corazones el deseo de seguir guardando los mandamientos de Dios después de haberse bautizado, para que puedan regresar a Su presencia. Mis buenos hermanos y hermanas, ¿quieren a sus familias, a sus hijos; quieren estar sellados a sus padres y a sus madres que les han precedido?... Si es así, entonces deben empezar a enseñar desde la cuna. Deben enseñar mediante el ejemplo y el precepto” (en *Conference Report*, octubre de 1948, pág. 153).

El ejemplo de mi madre como maestra en el hogar me hace reflexionar en la enseñanza en general. Los líderes de la Iglesia pasan mucho tiempo pensando en la manera de mejorar la enseñanza en la Iglesia. ¿Por qué







dedicamos tanto tiempo y esfuerzo? Porque creemos en el inmenso poder de la enseñanza para aumentar la fe de las personas y fortalecer a las familias. Considero que una de las cosas más eficaces que podemos hacer para mejorar la enseñanza en la Iglesia es mejorar la enseñanza en el hogar. Enseñar en el hogar nos ayuda a enseñar con más eficacia en la Iglesia, y enseñar en la Iglesia nos ayuda a enseñar más eficazmente en el hogar. En toda la Iglesia hay mesas repletas de material de consulta y cuadernos llenos de ideas para las lecciones que se enseñarán. No existe eso de prepararse demasiado para enseñar el evangelio de Jesucristo, ya que el conocimiento adquirido sobre el Evangelio, se use o no durante la clase, siempre puede enseñarse en el hogar.

El inspirado documento “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” declara:

“El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y de cuidarse el uno al otro, así como a sus hijos. ‘...herencia de Jehová son los hijos’ (Salmo 127:3). Los padres tienen el deber sagrado de criar a sus hijos con amor y rectitud, de proveer para

sus necesidades físicas y espirituales, y de enseñarles a amarse y a servirse el uno al otro, a observar los mandamientos de Dios y a ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan...

“Por designio divino, el padre debe presidir la familia con amor y rectitud y es responsable de proveer las cosas necesarias de la vida para su familia y de proporcionarle protección. La madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos. En estas sagradas responsabilidades, el padre y la madre, como compañeros iguales, están obligados a ayudarse el uno al otro” (véase *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49).

Según “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, los principios de la enseñanza en el hogar que he compartido se aplican a ambos padres, pero son especialmente cruciales en lo que se refiere al papel de la madre. El padre suele pasar gran parte del día fuera de casa, en su empleo. Ésa es una de las muchas razones por las cuales recae sobre la madre la responsabilidad de enseñar en el hogar. Si bien las circunstancias varían y el ideal no siempre es posible, creo que es por

designio divino que en el papel de la madre se recalque el cuidado y la enseñanza de la próxima generación. Enfrentamos muchos retos de influencias que distraen y son destructivas, y buscan desviar a los hijos de Dios. Vemos que muchos jóvenes no tienen las profundas raíces espirituales necesarias para permanecer firmes con fe mientras les rodean las tormentas de incredulidad y desesperanza. Demasiados hijos del Padre Celestial están siendo vencidos por los deseos mundanos. El ataque de la iniquidad contra nuestros hijos es más sutil y a la vez más descarado que nunca. La enseñanza del evangelio de Jesucristo en el hogar agrega otra capa aislante que protege a nuestros hijos de las influencias del mundo.

Dios los bendiga, maravillosos padres y madres de Sión. Él les ha confiado el cuidado de Sus hijos eternos. Como padres, somos copartícipes con Dios y nos asociamos con Él para llevar a cabo Su obra y gloria entre Sus hijos. Nuestro deber sagrado es hacer lo mejor que podamos. Testifico de ello en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder D. Todd Christofferson  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

# La bendición de las Escrituras

*El propósito central de todas las Escrituras es llenar nuestras almas de fe en Dios el Padre y en Su Hijo Jesucristo.*

El 16 de octubre del año 1536, a una figura lastimosa se le condujo de un calabozo del Castillo Vilvorde, cerca de Bruselas, Bélgica. Durante casi año y medio, el hombre había tenido que soportar estar aislado en una celda oscura y húmeda. Ahora, fuera de los muros del castillo, el prisionero fue atado a un poste. Tuvo tiempo de pronunciar en voz alta su oración final: “¡Señor!, abre los ojos del rey de Inglaterra”, tras lo cual fue ahorcado. De inmediato, quemaron su cuerpo en la hoguera. ¿Quién era ese hombre, y cuál era la ofensa por la cual tanto las autoridades políticas como eclesiásticas lo habían condenado? Se llamaba Guillermo Tyndale, y su crimen fue haber traducido la Biblia al inglés y haberla publicado.

Tyndale, nacido en Inglaterra en la época en que Colón zarpó hacia el nuevo mundo, se educó en Oxford y Cambridge y llegó a ser integrante del clero católico. Hablaba ocho idiomas con fluidez, entre ellos griego, hebreo y latín. Tyndale era un ferviente estudioso de la Biblia, y le preocupaba profundamente la ignorancia generalizada sobre las Escrituras que observaba entre sacerdotes y laicos por igual. En una acalorada discusión con un clérigo

que opinaba que no se debían poner las Escrituras al alcance del hombre común, Tyndale juró: “¡Si Dios me concede vida, antes de que pasen muchos años, haré que el joven que conduzca el arado sepa más de las Escrituras que tú mismo!”.

Solicitó la aprobación de las autoridades de la iglesia para preparar una traducción de la Biblia al inglés para que todos pudieran leer la palabra de Dios y llevarla a la práctica. Le fue negada, ya que la opinión que prevalecía era que el acceso directo a las Escrituras por parte de alguien que no fuera del clero ponía en peligro la autoridad de la iglesia y era como echar “perlas delante de los cerdos” (Mateo 7:6).



Sin embargo, Tyndale emprendió la difícil tarea de la traducción. En 1524, viajó a Alemania, bajo un nombre ficticio, donde vivió la mayor parte del tiempo a escondidas, bajo constante amenaza de arresto. Con la ayuda de amigos fieles, Tyndale logró publicar las traducciones al inglés del Nuevo Testamento y más tarde del Antiguo Testamento. Las Biblias se introdujeron clandestinamente en Inglaterra, donde tenían gran demanda y las valoraban grandemente los que podían conseguirlas. Se compartían extensamente, pero en secreto. Las autoridades quemaban todas las copias que encontraban. Sin embargo, en menos de tres años después de la muerte de Tyndale, Dios en verdad abrió los ojos del rey Enrique VIII, y con la publicación de lo que se llamó “La Gran Biblia”, las Escrituras en inglés comenzaron a estar a disposición del público. La obra de Tyndale llegó a ser el fundamento de casi todas las traducciones futuras de la Biblia al inglés, en particular la Versión del Rey Santiago<sup>1</sup>.

Guillermo Tyndale no fue el primero ni el último de los que se han sacrificado, en muchos países e idiomas, aun al grado de morir, para sacar la palabra de Dios de la oscuridad. Les debemos a todos ellos una gran deuda de gratitud. Debemos quizás una deuda aún mayor a aquellos que fielmente registraron y preservaron la palabra a través de las edades, muchas veces con minuciosa labor y sacrificio: Moisés, Isaías, Abraham, Juan, Pablo, Nefi, Mormón, José Smith y muchos más. ¿Qué sabían ellos de la importancia de las Escrituras que nosotros también debamos saber? ¿Qué es lo que entendió la gente de Inglaterra del siglo dieciséis, que pagó enormes sumas de dinero e hizo frente a graves riesgos personales para tener acceso a una Biblia, que nosotros también debamos entender?

Poco antes de morir, el profeta Alma confió los sagrados anales del pueblo a su hijo Helamán. Le recordó a Helamán que las Escrituras habían “ensanchado la memoria de este pueblo, sí, y... convencido a muchos del error de sus caminos, y los han traído





al conocimiento de su Dios para la salvación de sus almas” (Alma 37:8). Le mandó a Helamán que preservara los anales a fin de que mediante ellos, Dios pudiera “manifestar su poder a las generaciones futuras” (Alma 37:14).

Por medio de las Escrituras, Dios verdaderamente “manifiesta su poder” para salvar y exaltar a Sus hijos. Por Su palabra, como dijo Alma, Él ensancha nuestra memoria, arroja luz en la falsedad y el error, y nos lleva al arrepentimiento y a regocijarnos en Jesucristo, nuestro Redentor.

#### **Las Escrituras ensanchan nuestra memoria**

Las Escrituras ensanchan nuestra memoria al ayudarnos a recordar siempre al Señor y nuestra relación con Él y con el Padre. Nos recuerdan lo que sabíamos en nuestra vida premortal, y ensanchan nuestra memoria en otro sentido al enseñarnos acerca de épocas, personas y acontecimientos que no experimentamos personalmente. Ninguno de nosotros estuvo presente para ver partirse el mar Rojo

y cruzar con Moisés al otro lado entre muros de agua. No estuvimos allí para escuchar el Sermón del Monte, para ver a Lázaro al ser levantado de entre los muertos, para ver al Salvador agonizante en Getsemaní y en la cruz; ni oímos, con María, a los dos ángeles testificar en la tumba vacía que Jesús se había levantado de los muertos. Ustedes y yo no avanzamos uno por uno con la multitud en la tierra de Abundancia por invitación del Salvador resucitado, para palpar las marcas de los clavos y bañar Sus pies con nuestras lágrimas. No nos arrodillamos al lado de José Smith en la Arboleda Sagrada ni contemplamos allí al Padre y al Hijo. Sin embargo, sabemos todas esas cosas y mucho más porque tenemos el registro de las Escrituras para ensanchar nuestra memoria, para enseñarnos lo que no sabíamos; y a medida que estas cosas penetren nuestra mente y nuestro corazón, se arraiga nuestra fe en Dios y en Su Hijo Amado.

Las Escrituras también ensanchan nuestra memoria al ayudarnos a no

olvidar lo que nosotros y generaciones anteriores hemos aprendido. Los que no tienen la palabra registrada de Dios o que no hacen caso de ella, con el tiempo dejan de creer en Él y olvidan el propósito de su existencia. Ustedes recordarán lo importante que fue para los del pueblo de Lehi llevar las planchas de bronce consigo cuando partieron de Jerusalén. Esas Escrituras eran clave para que tuvieran conocimiento de Dios y de la futura redención de Cristo. El otro grupo que “salió de Jerusalén” poco después de Lehi no tenía Escrituras, y cuando los descendientes de Lehi los encontraron unos trescientos o cuatrocientos años después, se encuentra registrado que “su idioma se había corrompido... y negaban la existencia de su Creador” (Omni 1:15, 17).

En la época de Tyndale, abundaba la ignorancia en cuanto a las Escrituras porque la gente no tenía acceso a la Biblia, especialmente en un idioma que pudieran entender. Actualmente, la Biblia y otras Escrituras están a la mano y, sin embargo, el analfabetismo



sobre las Escrituras va en aumento porque la gente no abre los libros. Por consiguiente, han olvidado cosas que sus abuelos sabían.

#### **Las Escrituras son la norma para distinguir la verdad y el error**

Dios se vale de las Escrituras para desenmascarar las ideas erróneas, las tradiciones falsas y el pecado con sus devastadores efectos. Él es un padre tierno que desea evitarnos el sufrimiento y el pesar innecesarios, y al mismo tiempo ayudarnos a lograr nuestro divino potencial. Las Escrituras, por ejemplo, desacreditan una antigua filosofía que ahora vuelve a estar de moda: la filosofía de Korihor de que no existen las normas morales absolutas, de que “todo hombre [prospera] según su genio, todo hombre [conquista] según su fuerza; y no [es] ningún crimen el que un hombre [haga] cosa cualquiera” y “que cuando [muere] el hombre, allí [termina] todo” (Alma 30:17–18). Alma, quien había lidiado con Korihor, no dejó a su propio hijo Coriantón con dudas en cuanto a la realidad y a la esencia de un código moral divino. Coriantón había sido culpable de pecado sexual,

y su padre le habló con amor pero con claridad: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?” (Alma 39:5).

En un cambio total de hace un siglo, hoy muchos cuestionarían a Alma acerca de la seriedad de la inmoralidad. Otros alegarían que todo es relativo, o que el amor de Dios es permisivo. Si hay un Dios, dicen ellos, Él justifica todos los pecados y las transgresiones por motivo de Su amor por nosotros; no hay necesidad de arrepentirse o, a lo sumo, basta con una simple confesión. Se han imaginado a un Jesús que quiere que la gente luche por la justicia social pero que no exige nada de su vida y conducta personales<sup>2</sup>. Pero un Dios de amor no nos deja solos para que aprendamos por triste experiencia que “la maldad nunca fue felicidad” (Alma 41:10; véase también Helamán 13:38). Sus mandamientos son la voz de la realidad y nuestra protección contra el dolor que nosotros mismos nos ocasionamos. Las Escrituras son el criterio para medir la exactitud y la verdad y dejan bien

claro que la verdadera felicidad no yace en negar la justicia de Dios o en tratar de evadir las consecuencias del pecado, sino en el arrepentimiento y el perdón mediante la gracia expiatoria del Hijo de Dios (véase Alma 42).

En las Escrituras se nos enseñan los principios y los valores morales que son esenciales para mantener la sociedad civil, incluso la integridad, la responsabilidad, el desinterés, la fidelidad y la caridad. En las Escrituras encontramos vívidos ejemplos de las bendiciones que provienen al honrar los principios verdaderos, así como las tragedias que ocurren cuando las personas y las civilizaciones los desechan. Si se hace caso omiso de las verdades de las Escrituras o éstas se abandonan, el núcleo moral esencial de la sociedad se desintegra y en poco tiempo decae. Con el tiempo, no queda nada para sostener las instituciones que sostienen a la sociedad.

#### **Las Escrituras nos llevan a Cristo, nuestro Redentor**

Al final, el propósito central de todas las Escrituras es llenar nuestras almas de fe en Dios el Padre y en Su Hijo Jesucristo; la fe en que existen;



la fe en el plan del Padre para nuestra inmortalidad y vida eterna; la fe en la expiación y la resurrección de Jesucristo, lo cual da vida a este plan de felicidad; la fe para hacer del evangelio de Jesucristo nuestro estilo de vida; y la fe para llegar a conocer al “único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien [Él ha] enviado” (Juan 17:3).

La palabra de Dios, como dijo Alma, es como una semilla que se planta en nuestro corazón, la cual produce fe a medida que empieza a crecer en nuestro interior (véase Alma 32:27–43; véase también Romanos 10:13–17). La fe no se logrará del estudio de textos antiguos como actividad estrictamente académica. No provendrá de excavaciones ni de descubrimientos arqueológicos; no provendrá de experimentos científicos; ni siquiera provendrá por presenciar milagros. Esas cosas pueden servir para confirmar la fe, o a veces para ponerla a prueba, pero no la crean. La fe viene por el testimonio del Espíritu Santo a nuestra alma, de Espíritu a espíritu, al escuchar o leer la palabra de Dios. Y la fe madura al seguir deleitándonos en la palabra.

Los relatos de las Escrituras sobre la fe de otras personas sirven para fortalecer la nuestra. Recordamos la fe de un centurión que permitió que Cristo sanara a su siervo sin siquiera verlo (véase Mateo 8:5–13), y la curación de la hija de la mujer gentil porque esa humilde madre estuvo dispuesta a aceptar, por así decirlo, incluso las migajas de la mesa del Maestro (véase Mateo 15:22–28; Marcos 7:25–30). Oímos el lamento del sufrido Job: “...aunque él me matare, en él confiaré” (Job 13:15), y lo oímos profesar: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre el polvo. .. [y] aún he de ver en mi carne a Dios” (Job 19:25–26). Cobramos valor al escuchar la determinación de un tierno y joven profeta, odiado e implacablemente perseguido por tantos adultos: “...había visto una visión; yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo” (José Smith—Historia 1:25).

Debido a que las Escrituras exponen la doctrina de Cristo, van acompañadas

del Espíritu Santo, cuya función es dar testimonio del Padre y del Hijo (véase 3 Nefi 11:32). Por lo tanto, el enfrascarnos en las Escrituras es una forma en que recibimos el Espíritu Santo. Naturalmente, el Espíritu Santo es quien da las Escrituras en primer lugar (véase 2 Pedro 1:21; D. y C. 20:26–27; 68:4), y ese mismo Espíritu puede testificarnos a ustedes y a mí de la veracidad de ellas. Estudien las Escrituras de manera detenida y deliberada. Mediten en ellas y oren al respecto. Las Escrituras son revelación y brindarán revelación adicional.

Consideren la magnitud de nuestra bendición de tener la Santa Biblia y unas 900 páginas adicionales de Escritura, incluso el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Luego consideren que, además, las palabras que hablan los profetas cuando son inspirados por el Espíritu Santo en ocasiones como ésta, a las que el Señor llama Escritura (véase D. y C. 68:2–4), fluyen hacia nosotros casi constantemente por televisión, radio, internet, satélite, CD, DVD y material impreso. Supongo que nunca en la historia se ha bendecido a un pueblo con tal cantidad de escritos sagrados, y no sólo eso, sino que todo hombre, mujer y niño puede poseer y estudiar su

propio ejemplar personal de estos textos sagrados, la mayoría en su propio idioma. ¡Qué increíble le habría parecido tal cosa a la gente de la época de Guillermo Tyndale y a los santos de dispensaciones anteriores! Ciertamente, con esta bendición, el Señor nos está diciendo que la necesidad de que recurramos constantemente a las Escrituras es más grande que en cualquier época anterior. Ruego que nos deleitemos continuamente en las palabras de Cristo, las cuales nos dirán todas las cosas que debemos hacer (véase 2 Nefi 32:3). He estudiado las Escrituras, las he escudriñado, y en esta víspera de Pascua de Resurrección, les doy mi testimonio del Padre y del Hijo tal como se revelan Ellos en las Santas Escrituras, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Se consultaron las siguientes fuentes acerca de Guillermo Tyndale: David Daniell, *The Bible in English*, 2003, págs. 140–157; Lenet Hadley Read, *How We Got the Bible*, 1985, págs. 67–74; S. Michael Wilcox, *Fire in the Bones: William Tyndale, Martyr, Father of the English Bible*, 2004; John Foxe, *The New Foxe's Book of Martyrs*, 1997, págs. 121–133; William Tyndale, [http://en.wikipedia.org/wiki/William\\_Tyndale](http://en.wikipedia.org/wiki/William_Tyndale), accedido el 28 de febrero de 2010.
2. Véase entrevista de Richard Neitzel Holzapfel en el artículo de Michael De Groot “Questioning the Alternative of Jesus”, *Deseret News*, nov. 26, 2009, M5.





Por el élder Koichi Aoyagi

De los Setenta

## Manos que ayudan, manos que salvan

*Ruego que sigamos el consejo y el ejemplo del profeta  
y que cada día busquemos a los necesitados.*

Mis hermanos y hermanas, me siento sumamente agradecido por la oportunidad de hablar en esta conferencia. Estoy agradecido por el presidente Thomas S. Monson, y testifico que él es el profeta del Dios viviente. Me impresiona profundamente su maravilloso ejemplo, ya que ha dedicado su vida a ayudar y a salvar a los demás con sus propias manos.

Vivimos en una época en la que muchas personas hacen frente a calamidades y necesitan ayuda debido a los efectos devastadores de terremotos, maremotos, huracanes y otras catástrofes naturales. La Iglesia extiende una mano a estas personas mediante la ayuda humanitaria, y los miembros de la Iglesia fielmente aportan ofrendas de ayuno generosas todos los meses y prestan servicio con un espíritu de amor. Literalmente, ofrecen manos que ayudan a la manera del Señor. Obedecen el mandamiento que dio el Señor de recordar “en todas las cosas a los pobres y a los necesitados, a los enfermos y a los afligidos, porque el que no hace estas cosas no es mi discípulo” (D. y C. 52:40).

Hoy me gustaría centrarme en las manos que ayudan y salvan espiritualmente. La obra y la gloria del Señor

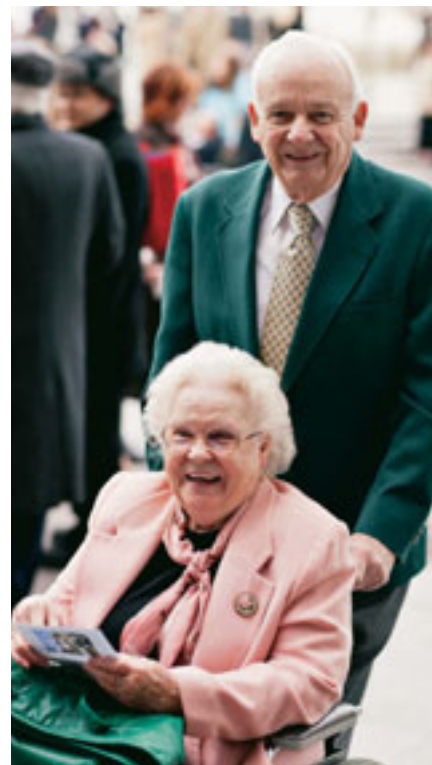
verdaderamente es “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39). Nos rodean muchas personas que necesitan ayuda espiritual. Al extender una mano salvadora a los miembros menos activos, a las familias en las que no todos son miembros y a los que no son de nuestra religión, invitamos a todos a “venir a Cristo”<sup>1</sup>.

Como nuevo converso de la Iglesia, fui rescatado espiritualmente por medio de las manos salvadoras de una fiel miembro de la Iglesia. Me crié en Matsumoto, Japón, cerca de donde tuvieron lugar las Olimpiadas de invierno de Nagano. Mi ciudad se parece mucho a Salt Lake City, ubicada en un valle rodeado de hermosas montañas. Cuando tenía 17 años, conocí a dos misioneros estadounidenses: el élder Carter y el élder Hayashi. Aunque entre nosotros apenas había dos o tres años de diferencia, los élderes tenían algo maravilloso que yo nunca antes había sentido. Eran diligentes, alegres y llenos de amor y luz. Sus cualidades me impresionaron mucho y deseé llegar a ser como ellos. Escuché su mensaje y decidí bautizarme. Mis padres, que eran budistas, se opusieron enérgicamente a que lo hiciera, pero

gracias a la ayuda de los misioneros y del Señor, recibí permiso y me bauticé de manera milagrosa.

Al año siguiente comencé la universidad en Yokohama. Vivía solo, lejos de mi ciudad y de mis conocidos, así que empecé a sentirme solo y me alejé de la Iglesia. Un día me llegó una postal de un miembro de la Iglesia de mi ciudad. Me escribió que se había enterado que yo no asistía a las reuniones, citó un pasaje de las Escrituras y me invitó a regresar a la Iglesia. Las palabras del pasaje me dejaron abrumado. Esto me ayudó a darme cuenta de que tal vez había perdido algo importante, así que medité y tuve una lucha interior durante varios días. Esto también me recordó una promesa que me habían hecho los misioneros: “Si lee el Libro de Mormón y pregunta en oración ferviente si la promesa que se encuentra en Moroni es verdadera, sabrá la verdad por el poder del Espíritu Santo”<sup>2</sup>.

Me di cuenta de que no estaba orando de todo corazón y decidí empezar a hacerlo. Una mañana me levanté temprano, me puse de rodillas en mi pequeño apartamento y oré con sinceridad. Para mi sorpresa, obtuve la confirmación del Espíritu Santo prometida. Me ardió el corazón, mi cuerpo se estremeció y me sentí lleno de gozo. Por el poder del Espíritu Santo, supe que Dios el Padre y Su Hijo







Jesucristo viven y que verdaderamente se le aparecieron a José Smith. Me comprometí de corazón a arrepentirme y a seguir a Jesucristo fielmente durante el resto de mi vida.

¡Esa experiencia espiritual me cambió la vida por completo! Como muestra de gratitud al Señor y a la miembro de la Iglesia que me rescató, decidí prestar servicio en una misión. Después de la misión, me sellé en el templo con una joven maravillosa y hemos sido bendecidos con cuatro hijos. No es coincidencia que ella sea la misma persona que me salvó al mandarme una postal a aquel solitario apartamento de Yokohama hace muchos años. Siempre estaré agradecido por la misericordia del Señor y la ayuda de esta miembro de la Iglesia que me invitó a venir a Cristo<sup>3</sup> nuevamente.

Sé que muchos de ustedes extienden de manera privada y diaria sus amorosas manos que salvan. Esto incluye a una fiel hermana de la Sociedad de Socorro que cuida no sólo de las hermanas que le han asignado como maestra visitante, sino también de cualquier otra hermana que esté enferma o que necesite algún tipo de ayuda; hace visitas con frecuencia y lleva años fortaleciendo la fe de muchos. Pienso en un obispo que

visitaba a menudo a las viudas y a los viudos de su barrio, un modelo de ayuda que siguió poniendo en práctica durante muchos años después de su relevo.

Conozco a un líder del sacerdocio que dedica tiempo a un jovencito que perdió a su padre, acompañándolo a las actividades, enseñándole el Evangelio y ofreciéndole consejos como su propio padre lo haría. Otra familia halla gozo al predicar el Evangelio; tanto los padres como los hijos testifican del Evangelio a los que les rodean, y muchos les tienen cariño.

Mi nieta de cinco años participa en una actividad de la Primaria en la cual, cada vez que hace una buena obra, coloca un grano de maíz para hacer palomitas en una botella grande de vidrio. Al buscar cada día algo bueno que hacer, canta en voz alta la canción de la Primaria que dice: “Sigue al profeta, sigue al profeta, lo que él dice manda el Señor”<sup>4</sup>.

No me alcanzaría el tiempo para contarles todas las cosas buenas que veo hacer a los miembros de la Iglesia. En forma anónima y con alegría siguen los consejos del profeta, no porque sea un deber o una responsabilidad, sino por su propia y libre voluntad.

A veces sentimos que somos débiles y que nos falta la fuerza necesaria para rescatar a otras personas, pero el Señor nos recuerda lo siguiente: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Concluyo mis palabras con una cita del presidente Thomas S. Monson: “Mis hermanos y hermanas, estamos rodeados de personas que necesitan nuestra atención, nuestro estímulo, apoyo, consuelo y bondad, ya sean familiares, amigos, conocidos o extraños. Nosotros somos las manos del Señor aquí sobre la tierra, con el mandato de prestar servicio y edificar a Sus hijos. Él depende de cada uno de nosotros”<sup>5</sup>.

Ruego que sigamos el consejo y el ejemplo del profeta y que cada día busquemos a los necesitados, para que podamos ser las manos del Señor al ayudar y salvar a Sus hijos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Véase *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 1.
2. Véase Moroni 10:4-5.
3. Véase Mateo 11:28.
4. “Sigue al Profeta”, *Canciones para los niños*, 1989, pág. 58.
5. Thomas S. Monson, “¿Qué he hecho hoy por alguien?”, *Liabona*, noviembre de 2009, pág. 86.



Por el élder Bruce A. Carlson

De los Setenta

# Cuando el Señor manda

*La obediencia fiel, sin tener en cuenta cuán grande parezca la tarea, proporcionará la guía, la asistencia y la paz del Señor.*

Se cuenta de dos aficionados a las actividades al aire libre que contrataron una avioneta para que los llevara a un lago remoto en su viaje de pesca anual. Después de una buena pesca, el piloto regresó para recogerlos. Les informó que su pequeño avión no podría soportar el peso de ellos, el del equipo y el de lo que habían pescado. Sería necesario hacer un segundo viaje, por lo que tendría que hacer dos.

Ahora bien, los pescadores no querían pagar otro viaje; así que, después de prometerle que empaquetarían bien todo y de ofrecerle una pequeña paga extra, el piloto aceptó de mala gana intentar el vuelo.

Los pescadores sonrieron con complicidad mientras el piloto forzaba la avioneta para que levantara vuelo. Sin embargo; unos segundos más tarde, el avión no despegó y cayó en una zona pantanosa al final del lago.

El avión había fallado al levantar vuelo a causa de un fenómeno bien conocido llamado “efecto suelo”, el cual se crea cuando el aire se comprime entre las alas del avión y la superficie de la tierra cuando el avión está

muy cerca del suelo. En este caso, al subir lentamente fuera del “efecto suelo”, la avioneta tenía que volar por su propia fuerza, lo cual simplemente no pudo llevar a cabo.

Felizmente, ninguno se lastimó seriamente, y después de recobrase, uno de los pescadores le preguntó al otro: “¿Qué pasó?”, a lo cual su compañero respondió: “Caímos al levantar vuelo. ¡A unos cien metros de donde caímos el año pasado!”.

Al igual que estos dos pescadores, a veces creemos que debe haber una manera más fácil, un atajo o una modificación a los mandamientos del Señor que se ajuste a nuestras propias circunstancias. Pensamientos como éste fallan en reconocer que la estricta obediencia a las leyes de Dios trae Sus bendiciones; y el dejar de obedecer Sus leyes conlleva consecuencias pre- visibles.

Cuando recibió su nombramiento como Presidente de la Iglesia, Harold B. Lee dijo: “La seguridad de la Iglesia descansa en que los miembros guarden los mandamientos... Si guardan los mandamientos, recibirán bendiciones”<sup>1</sup>.

Cuando optamos por desobedecer un mandamiento, generalmente es porque: (1) nos hemos convencido de que el mandamiento no se aplica a nosotros; (2) no creemos que sea importante; o (3) estamos seguros de que es muy difícil obedecerlo.

## 1. Ese mandamiento no se aplica a mí.

En los últimos años del reinado del rey Salomón, el Señor le informó por medio de un profeta: “...arrancaré el reino de ti y lo entregaré a tu siervo”<sup>2</sup>.

Poco después, el profeta Ahías reconoció a ese siervo como Jeroboam, “un hombre laborioso” a quien Salomón había encomendado “toda la carga de la casa de José”<sup>3</sup>. Los deberes de Jeroboam lo llevaron a viajar desde las montañas de Efraín, donde vivía, hasta la capital de Jerusalén. En uno de esos viajes, el profeta se encontró con él en el camino. A través de Ahías, el Señor le dijo: “...a ti te daré diez tribus”<sup>4</sup>. También le instruyó: “...si... andas en mis caminos... guardando mis estatutos y mis mandamientos... estaré contigo... y te entregaré a Israel”<sup>5</sup>.

Al enterarse Salomón de la profecía de Ahías, buscó matar a Jeroboam, por lo que Jeroboam huyó a Egipto<sup>6</sup>. Después de la muerte de Salomón, Jeroboam regresó de su exilio a la parte norte de Israel y comenzó a dirigir a las diez tribus del norte<sup>7</sup>.

No obstante, el plan de Jeroboam para gobernar el reino contenía una mezcla de lo bueno y lo malo. Estableció la capital de la nación en Siquem, una ciudad de gran significado religioso para su pueblo; pero, lamentablemente introdujo rituales satánicos en sus servicios religiosos<sup>8</sup>.

Jeroboam se convenció de que algunos de los mandamientos de Dios no se aplicaban a él y, como resultado de sus acciones, todos sus descendientes fueron asesinados; y por las prácticas paganas que él introdujo en sus ordenanzas sagradas, las diez tribus de Israel fueron finalmente arrancadas de su heredad<sup>9</sup>.

Al igual que el efecto suelo, el tratar de levantar vuelo con más peso de lo que las alas del avión puedan soportar llevará a consecuencias desastrosas,



nuestro cumplimento parcial o selectivo de las leyes de Dios impedirá que recibamos la plenitud de las bendiciones de la obediencia.

## 2. Ese mandamiento no es importante

Varias décadas después, Naamán, un héroe sirio de guerra, un hombre “valeroso en extremo”<sup>10</sup>, viajó desde su país natal a Israel y fue a hablar con el rey Joram, para que lo sanara de la lepra<sup>11</sup>.

Naamán fue enviado entonces al profeta Eliseo quien “...le envió un mensajero, diciendo: Ve y lávate siete veces en el Jordán... y serás limpio”<sup>12</sup>.

A pesar de la promesa profética de que se curaría, Naamán se ofendió porque Eliseo no lo recibió en persona y se sintió aún más insultado con la instrucción del profeta de que se lavara siete veces en el pequeño y fangoso río Jordán. Su orgullo exigía algo más notable y ostentoso, algo que estuviera de acuerdo con su fama y su posición en la comunidad y en la nación.

Afortunadamente para él, uno de sus siervos lo convenció de que si obedecía, sin importar lo que el profeta le había pedido que hiciera, podría recibir las bendiciones del Señor. Naamán se lavó en el río Jordán como se le había mandado y como resultado de su obediencia se sanó de la lepra<sup>13</sup>.

La obediencia a los mandamientos del Señor, a pesar de cuán trivial o sin importancia los consideremos, traerán, sin duda alguna, Sus bendiciones prometidas.

## 3. Ese mandamiento es muy difícil de obedecer

Siguiendo el mandato del Señor, el profeta Lehi condujo a su familia al desierto. Durante los primeros días de la travesía Lehi instruyó a Lemuel para permanecer “firme, constante e inmutable en guardar los mandamientos del Señor”<sup>14</sup>.

Sin embargo, cuando recibieron el mandato profético de volver a Jerusalén a recobrar las planchas de bronce que contenían “los anales de los judíos”<sup>15</sup>, los dos hijos mayores se rebelaron, diciendo: “Es algo difícil”<sup>16</sup>.

A pesar de las murmuraciones de



sus hermanos mayores, la fe de Nefi y su obediencia a los mandamientos del Señor permitió que se obtuvieran esas planchas de bronce. Se edificó una nación, un idioma fue preservado y se enseñó el evangelio de Jesucristo por varias generaciones.

A veces racionalizamos que el Señor comprenderá nuestra desobediencia porque nuestras circunstancias especiales hacen que sea difícil, vergonzoso o incluso doloroso que nos adhiramos a Sus leyes. Sin embargo, la obediencia fiel, sin tener en cuenta cuán grande parezca la tarea, proporcionará la guía, la asistencia y la paz del Señor.

El profeta José Smith imploró dos veces al Señor preguntándole si su prominente amigo, Martin Harris,

podía llevarse las primeras ciento dieciséis páginas manuscritas del material traducido del libro de Lehi desde Harmony, Pennsylvania, hasta Palmyra. Cada vez, el Señor le aconsejó a José que no confiara el manuscrito al señor Harris.

Martin procuraba utilizar el manuscrito traducido como evidencia para evitar que sus conocidos hicieran correr rumores sobre su amistad con José Smith. La tercera vez que José le suplicó, el Señor le concedió lo que pedía<sup>17</sup>.

Martin perdió el manuscrito y como consecuencia se le quitaron al profeta José Smith las planchas durante bastante tiempo. Ésa fue una penosa lección para el profeta, quien dijo: “...me impuse esta regla: *Cuando el Señor te*

lo mande, bazlo”<sup>18</sup>. Ésa debe ser también nuestra regla.

La respuesta del Señor cuando obedezcamos Sus mandamientos está asegurada. Él nos ha prometido esto: “Y si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, tendrás la vida eterna...”<sup>19</sup>.

Además, nos ha dicho: “Yo, el Señor, soy misericordioso y benigno para con los que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en rectitud y en verdad hasta el fin”<sup>20</sup>.

La obediencia a los mandamientos del Señor nos da confianza en el camino que hemos elegido, que nos permite obtener Su guía y dirección al continuar con nuestro empeño y nos ofrece el potencial de llegar a ser como nuestro Salvador Jesucristo y de regresar a la presencia de nuestro Padre.

Ruego que cada día nos encuentre esforzándonos por ser más obedientes a las leyes, las ordenanzas y los mandamientos del evangelio de Jesucristo para que Él nos bendiga más plenamente.

Testifico que la obediencia a los mandamientos de Dios trae las bendiciones del cielo, que nuestro Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo viven, que el Libro de Mormón es la palabra de Dios y que el presidente Thomas S. Monson es el Profeta del Señor para nuestros días. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Sección para los niños, *Liabona*, abril de 1994, pág. 8.
2. 1 Reyes 11:11.
3. 1 Reyes 11:28.
4. 1 Reyes 11:31.
5. 1 Reyes 11:38.
6. Véase 1 Reyes 11:40.
7. Véase 1 Reyes 12:2–3, 20.
8. Véase 1 Reyes 12:25–30.
9. Véase 1 Reyes 14:10, 15–16.
10. 2 Reyes 5:1.
11. Véase 2 Reyes 5:5–6.
12. 2 Reyes 5:10.
13. Véase 2 Reyes 5:11–14.
14. 1 Nefi 2:10.
15. 1 Nefi 3:3.
16. 1 Nefi 3:5.
17. Véase *History of the Church*, Tomo I, págs. 20–21; Doctrina y Convenios 3 y 10.
18. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 170.
19. Doctrina y Convenios 14:7.
20. Doctrina y Convenios 76:5; cursiva agregada.



Por el élder David A. Bednar  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Velando... con toda perseverancia

*Un sistema espiritual y precoz de advertencia... puede ayudar a los padres de Sión a velar y a discernir con respecto a sus hijos.*

Hace poco iba manejando mi auto mientras las gotas de una tormenta empezaban a caer sobre el parabrisas. Al lado del camino, en una señal electrónica aparecía una oportuna advertencia: “Carretera resbaladiza adelante”. La superficie por la que conducía parecía bastante segura, pero esa vital información me permitió prepararme para un posible peligro que no esperaba y que aún no veía. Al proseguir hacia mi destino, reduje la velocidad y miré con atención por si había más señales de peligro.

Las primeras señales de advertencia son evidentes en muchos aspectos de nuestra vida; por ejemplo, la fiebre puede ser el primer síntoma de una enfermedad o dolencia. Varios indicadores económicos y laborales del mercado se utilizan para pronosticar las futuras tendencias en la economía local y nacional y, según la región del mundo en la que vivamos, podemos recibir advertencias de inundaciones, avalanchas, huracanes, maremotos, tornados o tormentas invernales.

También somos bendecidos con señales espirituales tempranas de advertencia como una fuente de

protección y dirección en nuestra vida. Recuerden cómo Dios le advirtió a Noé de cosas aún no vistas, y éste “preparó el arca para que su casa se salvase” (Hebreos 11:7).

A Lehi se le advirtió salir de Jerusalén y llevar a su familia al desierto porque la gente a quien él había declarado el arrepentimiento procuraba matarlo (véase 1 Nefi 2:1–2).

El Salvador mismo fue protegido mediante una advertencia angelical: “...he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños a José, diciendo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allá hasta que yo te lo diga, porque acontecerá







que Herodes buscará al niño para matarlo” (Mateo 2:13).

Consideren el lenguaje del Señor en la revelación conocida como la Palabra de Sabiduría: “Por motivo de las maldades y designios que existen y que existirán en el corazón de hombres conspiradores en los últimos días, os he amonestado y os prevengo, dándoos esta palabra de sabiduría por revelación” (D. y C. 89:4).

Las advertencias espirituales deben conducir a una vigilancia más alerta. Ustedes y yo vivimos en “un día de amonestación” (D. y C. 63:58). Y debido a que se nos ha advertido y que se nos advertirá, debemos estar, como el apóstol Pablo amonestó: “velando... con toda perseverancia” (Efesios 6:18).

Ruego la guía del Espíritu Santo al describir un sistema espiritual y precoz de advertencia que puede ayudar a los padres de Sión a velar y a discernir con respecto a sus hijos. Este sistema precoz de advertencia se aplica a los hijos de todas las edades y tiene tres componentes básicos: (1) leer el Libro de Mormón y hablar de él con los hijos, (2) dar testimonio espontáneamente de las verdades del

Evangelio con los hijos e (3) invitar a los hijos como aprendices del Evangelio a actuar y a que no sólo se actúe sobre ellos. Los padres que hagan esas cosas fielmente serán bendecidos para reconocer las primeras señales del crecimiento espiritual de los hijos o de los desafíos que se tengan con ellos, y estar mejor preparados para recibir inspiración a fin de fortalecer y ayudar a esos hijos.

#### **Componente número 1: Leer el Libro de Mormón y hablar de él.**

El Libro de Mormón contiene la plenitud del evangelio del Salvador y es el único libro que el Señor mismo ha testificado que es verdadero (véase D. y C. 17:6; véase también Russell M. Nelson, “Un testimonio del Libro de Mormón”, *Liabona*, enero de 2000, pág. 84). De hecho, el Libro de Mormón es la piedra clave de nuestra religión.

Los poderes del Libro de Mormón que convencen y convierten provienen tanto de un enfoque central en el Señor Jesucristo así como de la inspirada sencillez y claridad de sus enseñanzas. Nefi declaró: “Mi alma se

deleita en la claridad para con mi pueblo, a fin de que aprenda” (2 Nefi 25:4). En este caso, el término “claridad” denota instrucción que es evidente y fácil de entender.

El Libro de Mormón es el más correcto de todos los libros sobre la tierra porque se centra en la Verdad (véase Juan 14:6; 1 Nefi 13:40), o sea, Jesucristo, y restaura las cosas claras y preciosas que se han quitado del Evangelio verdadero (véase 1 Nefi 13:26, 28–29, 32, 34–35, 40). La combinación singular de esos dos factores —el enfocarse en el Salvador y la claridad de las enseñanzas— invita de manera convincente el testimonio confirmador del tercer miembro de la Trinidad, o sea, el Espíritu Santo. Por consiguiente, el Libro de Mormón se dirige al espíritu y al corazón del lector como ningún otro tomo de Escritura lo hace.

El profeta José Smith enseñó que el obedecer los preceptos que se encuentran en el Libro de Mormón nos serviría para “acercar[nos] más a Dios” que cualquier otro libro (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 67). El leer el Libro de

Mormón con regularidad y hablar en cuanto a él invita al poder para resistir la tentación y producir sentimientos de amor dentro de nuestras familias. Los análisis acerca de las doctrinas y los principios del Libro de Mormón proporcionan oportunidades para que los padres observen a sus hijos, los escuchen, aprendan de ellos y les enseñen.

Los jóvenes de todas las edades, incluso los bebés, pueden responder al espíritu característico del Libro de Mormón, y lo hacen. Los niños quizá no entiendan todas las palabras y los relatos, pero ciertamente pueden sentir la clase de espíritu que describió Isaías (véase Isaías 29:4; véase también 2 Nefi 26:16). Las preguntas que haga el niño, las observaciones que el niño comparta y las conversaciones que surjan proporcionan las primeras señales de advertencia que serán cruciales. Y lo que es más importante, tales conversaciones pueden ayudar a los padres a discernir lo que sus hijos estén aprendiendo, pensando y sintiendo acerca de las verdades que encierra este sagrado tomo de Escritura, así como las dificultades que puedan estar afrontando.

### **Componente número 2:**

#### **Dar testimonio espontáneamente**

El testimonio es un conocimiento personal, basado en la atestiguación del Espíritu Santo, de que ciertos hechos de importancia eterna son verdaderos. El Espíritu Santo es el mensajero del Padre y del Hijo y el maestro de toda verdad y el que guía a ella (véase Juan 14:26; 16:13). Por lo tanto, “por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:5).

El conocimiento y la convicción espiritual que recibimos del Espíritu Santo son el resultado de la revelación. Para buscar y obtener esas bendiciones se requiere un corazón sincero, verdadera intención y fe en Cristo (véase Moroni 10:4). El testimonio personal también implica responsabilidad y el dar cuenta de ella.

Los padres deben velar y estar espiritualmente atentos a las oportunidades que ocurran espontáneamente



para dar testimonio a sus hijos. Esas ocasiones no tienen que programarse, planearse ni dirigirse con un guión. De hecho, cuanto menos estructurada sea la ocasión para compartir tales testimonios, mayor será la probabilidad para edificar y lograr un impacto perdurable. “Ni os preocupéis tampoco de antemano por lo que habéis de decir; mas atesorad constantemente en vuestras mentes las palabras de vida, y os será dado en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre” (D. y C. 84:85).

Por ejemplo, una conversación familiar que se lleve a cabo de manera natural durante la cena puede ser el marco perfecto para que uno de los padres hable de las bendiciones específicas que recibió durante el curso de actividades relativamente cotidianas, y que testifique de ellas. Y un testimonio no siempre tiene que empezar con la frase: “Les doy mi testimonio”. Nuestro testimonio se puede declarar de forma tan sencilla como “Sé que hoy fui bendecido con inspiración en el trabajo” o “La verdad de este pasaje de las Escrituras siempre ha sido una poderosa fuente de guía para mí”. Oportunidades similares para compartir el testimonio también pueden surgir al viajar juntos en el auto o en el autobús o en diversas situaciones.

Las reacciones de los hijos a ese testimonio espontáneo y su entusiasmo o

renuencia a participar son fuentes poderosas de señales precoces de advertencia. La expresión de un hijo sobre una lección que aprendió en el estudio familiar de las Escrituras o una declaración franca de preocupación sobre un principio o práctica del Evangelio puede ser sumamente esclarecedor y ayudar a los padres a entender mejor la pregunta o las necesidades específicas del hijo. Esas conversaciones —especialmente si los padres están tan ansiosos de escuchar como de hablar— pueden fomentar un ambiente de apoyo y de seguridad en el hogar y alentar la comunicación continua sobre temas difíciles.

### **Componente número 3:**

#### **Invitar a los hijos a actuar**

En la gran división de todas las creaciones de Dios, hay “cosas que actúan... [y] aquéllas sobre las cuales se actúa” (2 Nefi 2:14). Como hijos de nuestro Padre Celestial, hemos sido bendecidos con el don del albedrío moral, la capacidad y el poder de actuar en forma independiente. Dotados de albedrío, somos agentes, y principalmente, hemos de actuar y no que se actúe sobre nosotros, especialmente al “[buscar] conocimiento, tanto por el estudio como por la fe” (D. y C. 88:118).

Como aprendices del Evangelio, debemos ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores” (Santiago 1:22). Nuestro corazón se abre a la influencia del Espíritu Santo si ejercemos debidamente el albedrío y actuamos de acuerdo con principios correctos; y por medio de ello invitamos Su enseñanza y Su poder testimonial. Los padres tienen la sagrada responsabilidad de ayudar a los hijos a actuar y a buscar conocimiento por medio de la fe; y un hijo nunca es demasiado pequeño para tomar parte en este modelo de aprendizaje.

Si al hombre se le da un pescado, le da de comer una vez; si al hombre se le enseña a pescar, lo alimentará toda la vida. Como padres e instructores del Evangelio, ustedes y yo no estamos en el negocio de distribuir pescados; más bien, nuestra obra es ayudar a



nuestros hijos a aprender a “pescar” y a llegar a ser espiritualmente firmes. Ese objetivo vital se logra mejor al animar a nuestros hijos a actuar de acuerdo con principios correctos, al ayudarlos a aprender por medio de la acción. “El que quiera hacer la voluntad de él conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo” (Juan 7:17). Tal aprendizaje requiere un esfuerzo espiritual, mental y físico y no sólo una recepción pasiva.

Invitar a los hijos como aprendices del Evangelio a actuar y a que no simplemente se actúe sobre ellos se lleva a cabo al leer y al hablar sobre el Libro de Mormón y al testificar espontáneamente en el hogar. Imagínense, por ejemplo, una noche de hogar en la que se invita y se espera que los hijos vayan preparados para hacer preguntas acerca de lo que leen y aprenden del Libro de Mormón o sobre un tema que recientemente se haya recalado en una conversación sobre el Evangelio o testificado espontáneamente en el hogar. E imagínense, además, que los hijos hagan preguntas que los padres no estén adecuadamente preparados para contestar. Algunos padres quizás sientan algo de aprensión hacia ese método poco estructurado de la noche de hogar. Pero las mejores noches de hogar no son necesariamente el producto de paquetes preparados de antemano, comprados o bajados de internet con bosquejos y ayudas visuales. Qué oportunidad tan gloriosa para que los miembros de la familia escudriñen juntos las Escrituras, busquen conocimiento por el estudio y por la fe y reciban instrucción del Espíritu Santo. “...porque el predicador no era de más estima que el oyente, ni el maestro era mejor que el discípulo... y todos trabajaban, todo hombre según su fuerza” (Alma 1:26).

¿Estamos ustedes y yo ayudando a nuestros hijos a ser agentes que actúan y que buscan conocimiento tanto por el estudio como por la fe, o hemos capacitado a nuestros hijos a que esperen para que se les enseñe y se actúe sobre ellos? Como padres, ¿estamos dando de comer principalmente



a nuestros hijos el equivalente de pescado espiritual, o estamos constantemente ayudándolos a actuar, a aprender por sí mismos y a permanecer firmes e inmutables? ¿Estamos ayudando a nuestros hijos a estar ansiosamente consagrados en pedir, buscar y llamar? (Véase 3 Nefi 14:7.)

El entendimiento espiritual con el que ustedes y yo hemos sido bendecidos, y cuya veracidad se ha confirmado en nuestro corazón, no se puede simplemente dar a nuestros hijos. El precio de la diligencia y del aprendizaje tanto por el estudio como por la fe se debe pagar para obtener y personalmente “poseer” tal conocimiento. Sólo de esa manera lo que se sabe en la mente también se podrá sentir en el corazón. Sólo de esa manera un hijo dejará de depender del conocimiento y de las experiencias espirituales de los padres y adultos y reclamar esas bendiciones para sí mismo. Sólo de esa manera nuestros hijos podrán estar

espiritualmente preparados para los desafíos de la vida mortal.

#### **Promesa y testimonio**

Testifico que los padres que constantemente leen el Libro de Mormón y hablen de él con sus hijos, que compartan su testimonio de manera espontánea con ellos y que los inviten, como aprendices del Evangelio, a actuar y a que no sólo se actúe sobre ellos, serán bendecidos con ojos que vean lejos (véase Moisés 6:27) y con oídos que oigan el sonido de la trompeta (véase Ezequiel 33:2-16). El discernimiento y la inspiración espirituales que ustedes recibirán de la combinación de estos tres hábitos santos les permitirán ser como atalayas en la torre para su familia, “velando... con toda perseverancia” (Efesios 6:18), para bendición de su familia y de su futura posteridad. Se lo prometo y testifico en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

# No hay lugar para el enemigo de mi alma

*Que el gozo de nuestra fidelidad hacia lo más elevado y mejor dentro de nosotros sea nuestro a medida que mantengamos nuestro amor y nuestro matrimonio, nuestra sociedad y nuestra alma, tan puros como se espera que sean.*

Mientras la hermana Holland y yo desembarcábamos hace poco en un lejano aeropuerto, tres bellas jóvenes que descendían del mismo vuelo se apresuraron para saludarnos. Se presentaron como miembros de la Iglesia, lo cual no era de sorprenderse, ya que las personas que no son de nuestra fe por lo general no corren hacia nosotros en los aeropuertos. En una conversación que no habíamos esperado, muy pronto supimos por medio de sus lágrimas que las tres mujeres se habían divorciado recientemente, que en cada caso el esposo había sido infiel y que, en cada caso, la semilla del distanciamiento y la transgresión había comenzado con la atracción a la pornografía.

Con esta sombría introducción a mi mensaje de hoy, uno que supone un desafío, me siento como Jacob de antaño, quien dijo: “Me apena tener que ser tan audaz en mis palabras... delante de... muchos [que]... son de sentimientos sumamente tiernos, castos y delicados”<sup>1</sup>; pero debemos ser audaces. Tal vez fue el padre o quizás el abuelo que hay en mí, pero las lágrimas de

los ojos de aquellas jóvenes hicieron que brotaran lágrimas de los míos y de la hermana Holland, y las preguntas que hicieron me dejaron pensando en: “¿Por qué hay tanta decadencia moral a nuestro alrededor y por qué hay tantas personas y familias, incluso algunas de la Iglesia, que caen como víctimas de esto, siendo trágicamente marcadas por ello?”

Pero, desde luego, yo sabía al menos parte de la respuesta a mi propia pregunta. La mayoría de los días todos nos sentimos agredidos por mensajes inmorales de algún tipo que nos inundan desde todo ángulo. Los lados oscuros de la industria del cine, la televisión y la música incursionan más y más en un lenguaje ofensivo y la

mala conducta sexual. Trágicamente, la misma computadora y el mismo servicio de internet que me permite hacer mi historia familiar y preparar esos nombres para la obra del templo podrían, sin filtros ni controles, permitir a mis hijos o nietos el acceso al pozo séptico global de percepciones que podría causar un verdadero cráter en su mente para siempre.

Recuerden que aquellas jóvenes esposas dijeron que la infidelidad de los esposos comenzó con una atracción a la pornografía; pero la actividad inmoral no es sólo un problema de hombres, y los esposos no son los únicos que comenten esta ofensa. El peligro disponible al clic de un ratón, incluso lo que pueda ocurrir en un encuentro de una sala de conversación virtual, no hace acepción de personas, hombre o mujer, joven o anciano, casado o soltero; y sólo para asegurarse de que la tentación esté cada vez más accesible, el adversario está ocupado extendiendo su cobertura, como lo dicen en la industria, a los teléfonos celulares, los videojuegos y los reproductores MP3.

Si dejamos de cortar las ramas de este problema y acometemos más directamente a la raíz del árbol, no es de sorprender que encontremos la lujuria merodeando furtivamente por allí.

*Lujuria* es una palabra desagradable y ciertamente me es un tema desagradable para tratar, pero hay una buena razón por la que en algunas tradiciones se la conoce como el más mortífero de los siete pecados capitales<sup>2</sup>.

¿Por qué es la lujuria un pecado capital? Y bien, además del impacto espiritual destructor total que ejerce sobre nuestras almas, pienso que es un pecado porque profana la más elevada y la más santa relación que Dios nos da en la vida mortal: el amor que un hombre y una mujer se tienen el uno por el otro y el deseo que esa pareja tiene de traer hijos a una familia con la mira de ser eterna. Alguien dijo una vez que el verdadero amor debe incluir la idea de permanencia. El verdadero amor perdura, pero la lujuria cambia tan rápido como se da vuelta a una página pornográfica o se echa un vistazo a otro posible objeto de gratificación que se nos





cruce, ya sea hombre o mujer. El verdadero amor que nos hace estar fascinados, como yo lo estoy por la hermana Holland, lo pregonamos desde los techos de las casas. Pero la lujuria se caracteriza por la vergüenza y el secreto, y es casi patológicamente clandestina, cuanto más tarde y más oscura sea la hora, mejor; y con puertas con doble cerrojo, por las dudas. El amor instintivamente nos hace acercarnos a Dios y tender la mano a los demás. La lujuria, por otro lado, no es para nada piadosa y celebra la autocomplacencia. El amor trae consigo manos extendidas y un corazón abierto; la lujuria sólo trae consigo un apetito voraz.

Éstas son sólo algunas de las razones por las que prostituir el verdadero significado del amor, ya sea con la imaginación o con otra persona, es tan destructivo; destruye lo que le sigue a nuestra fe en Dios, a saber, la fe en aquellos que amamos. Eso sacude los pilares de la confianza en la que se edifica nuestro amor, presente o futuro, y toma mucho tiempo recuperar esa confianza cuando se pierde. Continúen insistiendo lo suficiente con esa idea —ya sea en un ámbito tan personal como un familiar cercano, o tan público como funcionarios electos, líderes empresariales, estrellas del espectáculo o deportistas famosos— y muy pronto, en el edificio que una vez se construyó para albergar sociedades moralmente responsables, podremos colgar un cartel que diga: “Propiedad vacante”<sup>3</sup>.

Bien sea que seamos solteros o casados, jóvenes o mayores, hablemos por un momento sobre cómo protegernos contra la tentación, en cualquier forma que se presente. Quizás no podamos curar hoy todos los males de la sociedad, pero hablemos de algunas medidas personales que podemos tomar.

- Sobre todo, comiencen separándose de las personas, los materiales y las circunstancias que los dañarán. Como bien saben los que por ejemplo batallan contra el alcoholismo, el efecto de la proximidad puede ser fatal; lo mismo sucede con las cuestiones morales. Como José en



la presencia de la esposa de Potifar<sup>4</sup>, simplemente corran, corran tan lejos como puedan de lo que sea o de quien sea que los seduzca; y por favor, cuando huyan del lugar de la tentación, *no* dejen la dirección del remitente.

- Reconozcan que las personas constreñidas por las cadenas de verdaderas adicciones, con frecuencia necesitan más ayuda que la propia, y eso podría incluirlos a ustedes. Busquen esa ayuda y acéptenla. Hablen con su obispo; sigan su consejo. Pidan una bendición del sacerdote. Utilicen el Servicio para la familia de la Iglesia o busquen otra ayuda profesional. Oren sin cesar; pidan la ayuda de ángeles.
- Junto con los filtros de las computadoras y la represión a los sentimientos, recuerden que el único control real en la vida es el autocontrol. Ejerciten más control incluso en los momentos dudosos que afronten. Si un programa de televisión es indecente, apáguelo; si una película es grosera, váyanse; si se está estableciendo una relación indebida, rómpanla. Muchas de estas influencias, por lo menos inicialmente, tal vez no sean malas, pero pueden nublar nuestro juicio, disminuir nuestra espiritualidad y llevarnos a algo que podría ser malo. Un viejo proverbio dice que un recorrido de mil

kilómetros comienza con un paso<sup>5</sup>, así que miren por dónde caminan.

- Como ladrón en la noche, los pensamientos impropios pueden y tratan de entrar en nuestra mente; ¡pero nosotros no debemos dejar la puerta abierta, servirles té y bizcochos, y decirles dónde se guardan los utensilios! (De todos modos, no deberían estar sirviendo té.) ¡Echen a los granujas de allí! Remplacen los pensamientos lascivos con imágenes de esperanza y recuerdos de gozo; imaginen los rostros de las personas que los aman y que se sentirían destrozadas si ustedes las defraudaran. Más de un hombre se ha salvado del pecado o de la estupidez al recordar el rostro de su madre, de su esposa o su hijo esperándolos en algún lugar de casa. Cualesquiera que sean sus pensamientos, asegúrense de que entren a su corazón “sólo por invitación”. Como dijo un antiguo poeta: deja que tu voluntad rijá tu razón<sup>6</sup>.
- Cultiven el Espíritu del Señor y estén donde Él esté. Asegúrense de que eso incluya su propia casa o apartamento, y que determine el tipo de arte, música y literatura que tengan allí. Si han recibido las inversiones, vayan al templo tan frecuentemente como sus circunstancias lo permitan. Recuerden que el templo los arma del “poder de



[Dios]... los [rodea] [de Su] gloria... y [Sus] ángeles los [guardan]”<sup>7</sup>. Y cuando salgan del templo, recuerden los símbolos y las promesas que lleven consigo, para nunca dejarlos de lado ni olvidarlos.

La mayoría de la gente con problemas termina exclamando: “¿Qué estaba pensando?”. Y bien, sea lo que fuese que estuviesen pensando, no estaban pensando en Cristo. Sin embargo, como miembros de Su Iglesia nos comprometemos cada domingo de nuestra vida para tomar sobre nosotros mismos Su nombre y prometemos “siempre acordarnos de Él”<sup>8</sup>. Así que esforcémonos un poco más por recordarle a Él, en especial que Él “llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... [que fue] molido por nuestras iniquidades; ... y por sus heridas fuimos nosotros sanados”<sup>9</sup>. Ciertamente, nuestras acciones se guiarían de un modo dramático si recordásemos que cada vez que transgredimos no sólo lastimamos a los que amamos, sino también a Él, quien nos ama tanto. Pero aún si pecáramos, por más serio que sea el pecado, podemos ser rescatados por esa misma figura majestuosa, Él, quien lleva el único nombre debajo del cielo por el que *cualquier* hombre o mujer puede ser salvo<sup>10</sup>. Cuando nos enfrentemos a

nuestras transgresiones y cuando nuestra alma se vea atormentada con verdadero dolor, que todos hagamos eco del Alma arrepentido y exclamemos el ruego que cambió su vida: “¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!”<sup>11</sup>.

Hermanos y hermanas, los amo. El presidente Thomas S. Monson y las Autoridades Generales los aman. Mucho más importante aún es que su Padre Celestial los ama. Hoy he tratado de hablar acerca del amor, amor real, verdadero amor, del respeto por él y la forma apropiada de manifestarlo en las sociedades justas que la humanidad ha conocido; la santidad de él entre el hombre y la mujer casados, y en las familias que se crean como resultado de ese amor. He tratado de hablar sobre la manifestación redentora del amor, la caridad personificada, que viene a nosotros mediante la gracia de Cristo mismo. Por necesidad, también he hablado *del Diablo*, el diabólico, el padre de las mentiras y la lujuria, quien hará cualquier cosa que pueda para falsificar el verdadero amor, para profanar o mancillar el verdadero amor, dondequiera o cuando sea que lo encuentre. Y he hablado sobre su deseo de destruirnos si él pudiera hacerlo.

Cuando enfrentemos tales tentaciones en nuestra época, debemos

declarar, como lo hizo el joven Nefi: ¡[No daré] más lugar al enemigo de mi alma!”<sup>12</sup>. Podemos rechazar al malvado. Si lo deseamos con suficiente intensidad y profundidad, ese enemigo puede y será reprendido por el poder redentor del Señor Jesucristo. Es más, les prometo que la luz de Su evangelio sempiterno puede volver y volverá a brillar donde ustedes pensaban que la vida se había tornado en desesperanza y vulnerabilidad tenebrosas. Que el gozo de nuestra fidelidad hacia lo más elevado y mejor dentro de nosotros sea nuestro a medida que mantengamos nuestro amor y nuestro matrimonio, nuestra sociedad y nuestra alma, tan puros como se espera que sean; ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Jacob 2:7.
2. Véase, por ejemplo, el excelente *The Seven Deadly Sins Today*, de Henry Fairlie (1978).
3. Véase *The Seven Deadly Sins Today*, de Fairlie, pág. 175.
4. Véase Génesis 39:1–13.
5. Lao Tzu, en la recopilación de John Bartlett, *Bartlett's Familiar Quotations*, 14 edición, 1968, pág. 74.
6. Véase *The Satires*, sátira 6, línea 223, de Juvenal.
7. Doctrina y Convenios 109:22.
8. Doctrina y Convenios 20:77–79; véase también el versículo 79.
9. Isaías 53:4–5.
10. Véase Hechos 4:12.
11. Alma 36:18.
12. 2 Nefi 4:28.



Por el élder Dallin H. Oaks  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Sanar a los enfermos

*Poseemos este poder del sacerdocio, y todos debemos estar preparados para usarlo debidamente.*

En estos tiempos de conmoción mundial, más y más personas de fe están recurriendo al Señor en busca de bendiciones de consuelo y sanidad. Deseo hablar a este auditorio de poseedores del sacerdocio en cuanto al hecho de sanar a los enfermos mediante la ciencia médica, las oraciones de fe y las bendiciones del sacerdocio.

### I.

Los Santos de los Últimos Días creen en la aplicación del mejor conocimiento y de las técnicas científicas disponibles. Nos valemos de la nutrición, del ejercicio y de otras prácticas para preservar la salud, y conseguimos la ayuda de profesionales que sanan, tales como médicos y cirujanos, para restaurar la salud.

El uso de la ciencia médica no va en desacuerdo con nuestras oraciones de fe ni con nuestra dependencia en las bendiciones del sacerdocio. Cuando una persona solicitaba una bendición del sacerdocio, Brigham Young preguntaba: “¿Ha tomado algún remedio?”. A los que decían que no porque “deseamos que los élderes coloquen sus manos sobre nosotros, y tenemos fe que seremos sanados”, el presidente Young respondía: “Eso es sumamente

contradictorio según mi fe. Si estamos enfermos y le pedimos al Señor que nos sane, y que haga por nosotros todo lo que sea necesario hacer, de acuerdo con mi entendimiento del Evangelio de salvación, bien podría pedirle al Señor que hiciera que mi trigo y maíz crecieran, sin que yo arara la tierra ni plantara la semilla. Me parece lógico aplicar todo remedio del que llegue a enterarme, y [después] pedirle a mi Padre Celestial... que santifique esa aplicación para la sanación de mi cuerpo”<sup>1</sup>.



Naturalmente, no esperamos hasta que se agoten todos los otros métodos antes de orar con fe o dar bendiciones del sacerdocio para sanar. En emergencias, las oraciones y bendiciones vienen primero. Con frecuencia, procuramos todos esos esfuerzos de forma simultánea. Esto va de acuerdo con las enseñanzas de las Escrituras de que debemos “ora[r] siempre” (D. y C. 90:24) y de que todas las cosas se deben hacer con prudencia y orden<sup>2</sup>.

### II.

Sabemos que la oración de fe, pronunciada a solas o en nuestros hogares o lugares de adoración, puede ser eficaz para sanar a los enfermos. En muchos pasajes de las Escrituras se hace referencia al poder de la fe para sanar a una persona. El apóstol Santiago enseñó que debemos “ora[r] los unos por los otros, para que [seamos] sanados”, y agregó: “la oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). Cuando la mujer que tocó a Jesús fue sanada, Él le dijo: “...tu fe te ha sanado” (Mateo 9:22)<sup>3</sup>. Asimismo, en el Libro de Mormón se enseña que el Señor “obra por poder, de acuerdo con la fe de los hijos de los hombres” (Moroni 10:7).

En una reciente encuesta nacional se descubrió que aproximadamente ocho de cada diez estadounidenses “creen que los milagros todavía suceden hoy día como [sucedian] en la antigüedad”. Una tercera parte de las



personas que participaron en la encuesta dijeron que habían “vivido o presenciado una curación divina”<sup>4</sup>. Muchos Santos de los Últimos Días han experimentado el poder de la fe al sanar a los enfermos. Escuchamos también ejemplos de ello entre personas de fe en otras iglesias. Un periodista de Texas describió uno de estos milagros. Cuando una niña de cinco años respiraba con dificultad y le dio fiebre, los padres la llevaron de inmediato al hospital. Para cuando llegó, los riñones y los pulmones ya le habían dejado de funcionar, tenía una fiebre de 41,7° C y tenía el cuerpo de color rojo vivo y cubierto de lesiones color púrpura. Los doctores dijeron que estaba muriendo de síndrome de shock tóxico, por causa desconocida. Al enterarse de ello la familia y los amigos, la gente temerosa de Dios comenzó a orar por ella, y se realizó un servicio especial de oración en la congregación protestante de Waco, Texas, a la que pertenecían. De forma milagrosa, repentinamente regresó del borde de la muerte y fue dada de alta del hospital en poco más de una semana. Su abuelo escribió: “Ella es prueba viviente de que Dios sí contesta las oraciones y obra milagros”<sup>5</sup>.

Verdaderamente, tal como se enseña en el Libro de Mormón, Dios “se manifiesta por el poder del Espíritu Santo a cuantos en él creen; sí, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, obrando grandes milagros... entre los hijos de los hombres, según su fe” (2 Nefi 26:13).

### III.

Para este auditorio —adultos que poseen el Sacerdocio de Melquisedec,

y hombres jóvenes que pronto recibirán este poder— concentraré mis comentarios en las bendiciones de sanidad que tienen que ver con el poder del sacerdocio. Poseemos este poder del sacerdocio, y todos debemos estar preparados para usarlo debidamente. El aumento actual de desastres naturales y desafíos económicos demuestra que necesitaremos este poder aún más en el futuro que en el pasado.

En muchos pasajes de las Escrituras se enseña que los siervos del Señor “sobre los enfermos impondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:18)<sup>6</sup>. Ocurren milagros cuando la autoridad del sacerdocio se utiliza para bendecir a los enfermos. Yo he experimentado estos milagros. De niño y como hombre he visto sanidades tan milagrosas como cualquiera de las que se hallan registradas en las Escrituras, al igual que lo han hecho muchos de ustedes.

El uso de la autoridad del sacerdocio para bendecir a los enfermos consta de cinco partes: (1) la unción, (2) el sellamiento de la unción, (3) la fe, (4) las palabras de la bendición y (5) la voluntad del Señor.

#### La unción

En el Antiguo Testamento se menciona con frecuencia la unción con aceite como parte de una bendición conferida por la autoridad del sacerdocio<sup>7</sup>. Se declaró que las unciones eran para santificación<sup>8</sup> y tal vez también se pueden considerar simbólicas de las bendiciones que se han de derramar del cielo como resultado de este sagrado acto.

En el Nuevo Testamento leemos que los apóstoles de Jesús “ungían con

aceite a muchos enfermos y los sanaban” (Marcos 6:13). En el libro de Santiago se enseña la función de la unción en relación con los otros elementos de una bendición de salud por la autoridad del sacerdocio:

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren ellos por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.

“Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará, y si ha cometido pecados, le serán perdonados” (Santiago 5:14–15).

#### Sellamiento de la unción

Cuando alguien ha sido ungido por la autoridad del Sacerdocio de Melquisedec, la unción es sellada por esa misma autoridad. Sellar algo significa afirmarlo, hacerlo vinculante para el propósito que se ha dispuesto. Cuando los élderes ungen a una persona enferma y sellan la unción, abren las ventanas de los cielos para que el Señor derrame la bendición que Él desea para la persona afligida.

El presidente Brigham Young enseñó: “Cuando pongo mis manos sobre los enfermos, espero que el poder sanador y la influencia de Dios pasen por mi intermedio al paciente y que la enfermedad desaparezca... Cuando estamos preparados, cuando somos vasos sagrados ante el Señor, una corriente de poder puede fluir desde el Todopoderoso a través del tabernáculo del que bendice al sistema del paciente, y el enfermo es restablecido por completo”<sup>9</sup>.

Aunque sabemos de muchos casos en los que las personas bendecidas por la autoridad del sacerdocio han sido sanadas, rara vez hablamos de estas sanidades en reuniones públicas porque en la revelación moderna se nos advierte “que no [nos jactemos] de estas cosas ni [hablemos] de ellas ante el mundo; porque [nos] son dadas para [nuestro] provecho y para salvación” (D. y C. 84:73).

#### Fe

La fe es esencial para sanar mediante los poderes del cielo. En el Libro de Mormón incluso se enseña que “si no





hay fe entre los hijos de los hombres, Dios no puede hacer ningún milagro entre ellos”<sup>10</sup>. En un memorable discurso sobre la bendición a los enfermos, el presidente Spencer W. Kimball dijo: “A menudo se le resta importancia a la necesidad de la fe. Parecería que con frecuencia el afligido y la familia dependen enteramente del poder del sacerdocio y del don de sanidad que esperan que tengan los hermanos que lo bendicen, mientras que la responsabilidad mayor la tiene el que recibe la bendición... El elemento más importante es la fe de la persona cuando ésta es consciente y responsable. ‘Tu fe te ha sanado’ [Mateo 9:22] lo dijo el Maestro con tanta frecuencia que casi se convierte en un refrán”<sup>11</sup>.

El presidente Kimball incluso sugirió que “las bendiciones demasiado frecuentes tal vez sean un indicio de la falta de fe, o de que la persona afligida esté tratando de poner sobre los élderes la responsabilidad de desarrollar la fe, en vez de en sí misma”. Contó sobre una fiel hermana que recibió una bendición del sacerdocio. Cuando al día siguiente le preguntaron si deseaba que le volvieran a dar una bendición, contestó: “No, ya me han ungido y

bendecido. La ordenanza se ha llevado a cabo, y ahora depende de mí reclamar mi bendición por medio de mi fe”<sup>12</sup>.

#### **Palabras de la bendición**

Otra parte de una bendición del sacerdocio son las palabras de la bendición que el élder pronuncia después de que sella la unción. Estas palabras pueden ser sumamente importantes, pero su contenido no es esencial y no se inscriben en los registros de la Iglesia. En algunas bendiciones del sacerdocio —como la bendición patriarcal— las palabras que se hablan son la esencia de la bendición. Pero en una bendición de salud son las otras partes de la bendición —la unción, el sellamiento, la fe y la voluntad del Señor— las que son los elementos esenciales.

En una situación ideal, el élder que oficie estará en tanta armonía con el Espíritu del Señor que sabrá y declarará la voluntad del Señor en las palabras de la bendición. Brigham Young enseñó a los poseedores del sacerdocio: “Ustedes tienen el privilegio y el deber de vivir de tal manera que puedan saber cuándo el Señor les dirige la palabra y cuándo les revela Su voluntad”<sup>13</sup>.

Cuando eso sucede, la bendición que se pronuncia se cumple literal y milagrosamente. En ciertas ocasiones especiales, he experimentado esa certeza de inspiración en una bendición de salud, y he sabido que lo que yo decía era la voluntad del Señor. Sin embargo, como la mayoría de los que ofician en bendiciones de salud, con frecuencia he tenido dificultades con la incertidumbre en cuanto a las palabras que debía decir. Por una variedad de razones, todo élder experimenta altas y bajas en su nivel de sensibilidad a los susurros del Espíritu. Todo élder que da una bendición está sujeto a la influencia de lo que desea para la persona afligida. Cada una de éstas y otras imperfecciones mortales pueden influir en las palabras que hablemos.

Afortunadamente, las palabras expresadas en una bendición de salud no son esenciales para su efecto sanador. Si la fe es suficiente y si el Señor lo dispone, la persona afligida será sanada o bendecida, ya sea que el oficiante pronuncie o no esas palabras. Por el contrario, si el oficiante se deja llevar por su deseo personal o inexperiencia y da mandatos o palabras de bendición por encima de lo que el





Señor elija conceder de acuerdo con la fe de la persona, esas palabras no se cumplirán. Por consiguiente, hermanos, ningún élder debe vacilar nunca para participar en una bendición de salud debido al temor de que no sepa qué decir. Las palabras pronunciadas en una bendición de salud pueden edificar y vigorizar la fe de los que las escuchan, pero el efecto de la bendición depende de la fe y de la voluntad del Señor, no de las palabras pronunciadas por el élder que ofició.

#### La voluntad del Señor

Hombres jóvenes y mayores, les ruego que pongan especial atención a lo que ahora voy a decir. Al ejercer el poder indudable del sacerdocio de Dios y conforme atesoremos Su promesa de que Él escuchará y contestará la oración de fe, siempre debemos recordar que la fe y el poder sanador del sacerdocio no pueden producir un resultado contrario a la voluntad de Aquel de quien es este sacerdocio. Este principio se enseña en la revelación que ordena que los élderes de la Iglesia pongan las manos sobre los enfermos. La promesa del Señor es que “el que tuviere fe en mí para ser

sanado, y *no estuviere señalado para morir*, sanará” (D. y C. 42:48; cursiva agregada). Del mismo modo, en otra revelación moderna el Señor declara que cuando uno “pide en el Espíritu... es hecho conforme a lo que pide” (D. y C. 46:30)<sup>14</sup>.

De todo esto aprendemos que incluso los siervos del Señor, al ejercer Su divino poder en una situación en la que haya suficiente fe para ser sanado, no pueden dar una bendición del sacerdocio que cause que una persona sea sanada si esa sanidad no es la voluntad del Señor.

Como hijos de Dios, al saber de Su gran amor y Su conocimiento supremo de lo que es mejor para nuestro bienestar eterno, confiamos en Él. El primer principio del Evangelio es fe en el Señor Jesucristo, y la fe significa confianza. Sentí esa confianza en un discurso que dio mi primo en el funeral de una adolescente que había muerto a causa de una enfermedad grave. Pronunció estas palabras, que primero me sorprendieron y que después me edificaron: “Sé que fue la voluntad del Señor que ella muriera; tuvo buena atención médica, recibí bendiciones del sacerdocio, su

nombre estaba en la lista de oración del templo y fue objeto de cientos de oraciones para que se restableciera su salud. Sé que hay suficiente fe en esa familia para que ella hubiera sido sanada a menos que fuera la voluntad del Señor llevársela a Su hogar en este momento”. Sentí esa misma confianza en las palabras del padre de otra joven excepcional cuya vida fue arrebatada por el cáncer en su adolescencia. Él declaró: “La fe de nuestra familia radica en Jesucristo, y no depende de los resultados”. Esas enseñanzas me suenan verdaderas. Hacemos todo lo que podemos para que un ser querido sane, y después le confiamos al Señor el resultado.

Testifico del poder del sacerdocio de Dios, del poder de la oración de fe y de la verdad de estos principios. Sobre todo, testifico del Señor Jesucristo, de quien somos siervos, cuya resurrección nos da la certeza de la inmortalidad y cuya expiación nos da la oportunidad de la vida eterna, el más grande de todos los dones de Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. *Discourses of Brigham Young*, selec. de John A. Widtsoe, 1954, pág. 163.
2. Véase Mosiah 4:27.
3. Véase también Marcos 10:46–52; Lucas 18:35–43.
4. *U.S. Religious Landscape Survey: Religious Beliefs and Practices: Diverse and Politically Relevant* (The Pew Forum on Religion and Public Life, June 2008), 34, 54, <http://religions.pewforum.org/reports#>.
5. Véase Steve Blow, “Sometimes, ‘Miracles’ Are Just That”, *Dallas Morning News*, 30 de enero de 2000, 31A.
6. Véase también Mateo 9:18; Marcos 5:23; 6:5; 7:32–35; 16:18; Lucas 4:40; Hechos 9:12, 17; 28:8; Doctrina y Convenios 42:44, 48; 66:9.
7. Véase, por ejemplo, Éxodo 28:41; 1 Samuel 10:1; 16:13; 2 Samuel 5:3.
8. Véase Levítico 8:10–12.
9. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 266; véase también Russell M. Nelson, “No pongan su confianza en el brazo de la carne”, *Liabona*, marzo de 2010, págs. 40–41; Gordon B. Hinckley, *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 474.
10. Véase también 1 Nefi 7:12; Doctrina y Convenios 35:9.
11. Véase “El don de sanidades”, *Liabona*, septiembre de 1982, pág. 43.
12. *Liabona*, septiembre de 1982, pág. 43.
13. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 3.
14. Véase también 1 Juan 5:14; Helamán 10:5.





Por el élder Ronald A. Rasband

De la Presidencia de los Setenta

## El llamamiento divino de un misionero

*El Señor necesita que todo joven capaz se prepare y se vuelva a comprometer, a partir de esta noche, a ser digno de un llamado del profeta de Dios de servir en una misión.*

Buenas noches, mis queridos hermanos del sacerdocio. Esta noche me gustaría hablar del servicio misional. Dirijo mis palabras al enorme ejército de hombres jóvenes que poseen el Sacerdocio Aarónico que están reunidos por todo el mundo, y a los padres, abuelos y líderes del sacerdocio que velan por ellos.

La obra misional es un tema muy querido para mí, como lo es para todos los miembros de los ocho Quórumes de los Setenta, a quienes el Señor ha nombrado para que vayan “delante de sí a toda ciudad y lugar a donde él [ha] de ir”<sup>1</sup>. La obra misional es el alma de la Iglesia y la bendición que salva la vida de todos los que acepten su mensaje.

Cuando el Maestro ministró entre los hombres, llamó a pescadores en Galilea para que dejaran sus redes y lo siguieran, y les declaró: “...os haré pescadores de hombres”<sup>2</sup>. El Señor dio esos llamamientos a hombres humildes para que, por medio de ellos, otros oyeran las verdades de Su evangelio y vinieran a Él.

En junio de 1837, el profeta José Smith llamó a Heber C. Kimball, un

apóstol, a servir en una misión en Inglaterra. El llamamiento del élder Kimball llegó cuando los dos estaban sentados en el Templo de Kirtland, y José habló con autoridad divina: “Hermano Heber, el Espíritu del Señor me ha susurrado: ‘Que mi siervo Heber vaya a Inglaterra y proclame el Evangelio y abra la puerta de la salvación para esa nación’”<sup>3</sup>.

Ese susurro del Espíritu es un ejemplo de cómo llega el llamamiento a los siervos del Señor para enviar misioneros a sus áreas de trabajo.

Hoy los misioneros salen de dos en dos como lo señaló el Señor, llevando el mismo mensaje, con el mismo llamamiento divino de servir, proveniente de un profeta de Dios. Nuestro profeta, el presidente Thomas S. Monson, ha dicho de los que son llamados a servir: “La máxima oportunidad misional de su vida está a su alcance; las bendiciones de la eternidad los aguardan; tienen el privilegio de no ser espectadores sino participantes en el escenario del servicio del sacerdocio”<sup>4</sup>.

El escenario les pertenece, mis queridos jóvenes del Sacerdocio Aarónico. ¿Están listos y dispuestos a desempeñar su papel? El Señor necesita que todo joven capaz se prepare y se vuelva a comprometer, a partir de esta noche, a ser digno de un llamado del profeta de Dios de servir en una misión.

Recuerdo con cariño la gran alegría de toda nuestra familia cuando dos de nuestros hijos recibieron sus llamamientos para servir como misioneros de tiempo completo. Nuestro corazón estaba lleno de entusiasmo y expectativa cuando cada uno abrió la carta especial del profeta de Dios. Nuestra hija Jenessa fue llamada a servir en la Misión Michigan Detroit; y nuestro



Buenos Aires, Argentina



días, élder Reier o hermana Yang. ¿Cómo está usted hoy?”.

Me dijo que le gustaba imaginarse dónde concluirían su misión los misioneros; eso le ayudaba a saber a dónde se les debía asignar. Luego, el élder Eyring analizaba los comentarios de los obispos y los presidentes de estaca, las notas médicas y otros aspectos relacionados con cada misionero.

Después, miraba otra pantalla en donde aparecían las áreas y las misiones alrededor del mundo. Finalmente, según le indicaba el Espíritu, asignaba al misionero o a la misionera a su área de trabajo.

De otros miembros de los Doce he aprendido que ese método general es usual cada semana cuando los Apóstoles del Señor asignan a muchos misioneros a dar servicio por todo el mundo.

En vista de que años atrás yo había prestado servicio como misionero en mi país, en la Misión de los Estados del Este, esa experiencia me conmovió profundamente. Además, al haber servido como presidente de misión, estaba agradecido de tener otra confirmación en el corazón de que los misioneros que había recibido en la ciudad de Nueva York se me habían enviado por revelación.

Después de asignar a varios misioneros, el élder Eyring se dirigió a mí mientras reflexionaba sobre un misionero en particular y dijo: “Hermano Rasband, ¿a dónde cree que debe ir este misionero?”. ¡Me sobresalté! Le indiqué suavemente que no sabía, ¡y que tampoco sabía si yo podía saber! Me miró de frente y simplemente me dijo: “Hermano Rasband, preste más atención, ¡y también podrá saber!”. Después de eso, acerqué mi silla un poco más al élder Eyring y a los monitores, ¡y sí presté mucho más atención!

Un par de veces más al continuar el proceso, el élder Eyring se volvió hacia mí y me preguntó: “Bueno, hermano Rasband, ¿a dónde siente que debe ir este misionero?”. Yo le nombraba una misión en particular y el élder Eyring me miraba pensativo y decía: “¡No, no es esa!”, y asignaba al misionero a la misión a la que él

hijo Christian a la Misión Rusia Moscú Sur. ¡Qué experiencias tan emocionantes que a la vez nos hicieron sentir humildes!

Hace algunos años, cuando mi esposa y yo tuvimos el privilegio de presidir la Misión Nueva York Nueva York Norte, me maravillaba al ver llegar a los misioneros a la ciudad de Nueva York.

Al entrevistarlos el primer día de su misión, sentía profunda gratitud por cada misionero. Sentía que su llamamiento a nuestra misión había sido diseñado por Dios para ellos, y para mí, como su presidente de misión.

Al concluir nuestra asignación misional, el presidente Gordon B. Hinckley me llamó a servir como Setenta de la Iglesia. Como parte de mi capacitación inicial como nueva Autoridad General, tuve la oportunidad de sentarme con algunos miembros de los Doce cuando asignaban a misioneros para servir en una de las más de 300 misiones de esta gran Iglesia.

Con el permiso del presidente Henry B. Eyring, y alentado por él, me gustaría contarles una experiencia muy especial que tuvimos hace varios años cuando él era miembro del Quórum de los Doce. Cada uno de

los apóstoles tiene las llaves del reino y las ejerce bajo la dirección y asignación del Presidente de la Iglesia. El élder Eyring estaba asignando misioneros a sus respectivas áreas de trabajo y, como parte de mi capacitación, se me invitó a observar.

Me reuní con el élder Eyring temprano por la mañana en un cuarto donde se habían preparado varios monitores grandes de computadoras para la sesión. También se encontraba allí un miembro del personal del Departamento Misional a quien se le había asignado ayudarnos ese día.

Primero nos arrodillamos juntos en oración. Recuerdo que el élder Eyring utilizó palabras muy sinceras al pedir al Señor que lo bendijera para saber “perfectamente” a qué lugar se debía asignar a los misioneros. La palabra “perfectamente” indica mucho en cuanto a la fe que el élder Eyring mostró ese día.

Para comenzar el proceso, aparecía en el monitor de la computadora la foto del misionero o la misionera a quien se daría la asignación. Al aparecer cada foto, me parecía como si el misionero o la misionera estuviera en el cuarto con nosotros. Entonces el élder Eyring saludaba al misionero con su voz gentil y agradable: “Buenos

había sentido que debía ir.

Casi al finalizar las asignaciones, apareció la foto de cierto misionero en la pantalla. Tuve una impresión muy fuerte, la más fuerte de toda la mañana, de que ese misionero que teníamos enfrente debía ser asignado a Japón. Yo no sabía si el élder Eyring me iba a preguntar sobre ese misionero, pero increíblemente lo hizo. Con vacilación y humildad le dije: “¿A Japón?”. El élder Eyring respondió de inmediato: “Sí, vamos allí”. Aparecieron en el monitor las misiones de Japón, y en el acto supe que el misionero debía ir a la Misión Japón Sapporo.

El élder Eyring no me preguntó el nombre exacto de la misión, pero asignó al misionero a la Misión Japón Sapporo.

En lo profundo de mi corazón me sentí muy conmovido y sinceramente agradecido al Señor por permitirme tener esa impresión, y saber a dónde debía ir ese misionero.

Al terminar la reunión, el élder Eyring me testificó del amor que el Salvador tiene por cada uno de los misioneros asignados a salir al mundo a predicar el Evangelio restaurado. Dijo que es por el gran amor del Salvador que Sus siervos saben a dónde deben ir a prestar servicio esos maravillosos hombres y mujeres jóvenes, misioneros mayores y matrimonios misioneros. Recibí un testimonio más esa mañana de que cada misionero a quien se llama en esta Iglesia, y que se asigna o reasigna a una misión en particular, es llamado por revelación del Señor Dios Todopoderoso mediante uno de éstos, Sus siervos.

Concluyo con las palabras del Señor a los hermanos Whitmer, que desempeñaron un papel muy importante en los inicios de la Restauración. Ellos fueron testigos de las planchas de oro, y sus testimonios firmados se encuentran en las primeras páginas de cada ejemplar del Libro de Mormón. Ellos formaron parte del primer grupo de misioneros llamados por un profeta de Dios en 1829 para predicar el evangelio del Señor Jesucristo.

En el prefacio de la sección 14 de Doctrina y Convenios dice: “Tres de



los hijos de la familia Whitmer, habiendo recibido cada uno de ellos un testimonio en cuanto a la autenticidad de la obra, se interesaron profundamente en el asunto de su deber individual”.

A John y Peter Whitmer, hijo, el Señor les dijo esto: “Porque muchas veces has deseado saber de mí lo que para ti sería de mayor valor”<sup>5</sup>.

Supongo que muchos de ustedes, jóvenes, se han hecho la misma pregunta. Aquí está la respuesta del Señor: “Y ahora bien, he aquí, te digo que lo que será de mayor valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que traigas almas a mí, para que con ellas reposes en el reino de mi Padre”<sup>6</sup>.

A estas alturas de su vida, mis jóvenes amigos, un llamamiento misional

del Señor es la obra más importante que pueden hacer. Prepárense ahora, vivan con rectitud, aprendan de su familia y de sus líderes de la Iglesia, y únense a nosotros para edificar el reino de Dios sobre la tierra: acepten su nombramiento divino en “una causa tan grande”<sup>7</sup>. Ésta es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Lucas 10:1.
2. Mateo 4:19.
3. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 347.
4. Thomas S. Monson, “That All May Hear”, *Ensign*, mayo de 1995, pág. 49; véase también “...Haced discípulos a todas las naciones”, *Liabona*, julio de 1995, pág. 55.
5. Doctrina y Convenios 15:4; 16:4.
6. Doctrina y Convenios 15:6; 16:6.
7. Doctrina y Convenios 128:22.





Por David L. Beck  
Presidente General de los Hombres Jóvenes

# El magnífico Sacerdocio Aarónico

*Es urgente que cumplan su deber a Dios, y confío en que lo harán.*

**M**e siento honrado de dirigirme a los increíbles hombres jóvenes de la Iglesia. He tenido la bendición de conocer a muchos de ustedes alrededor del mundo; su entusiasmo es contagioso.

Ustedes afrontan los desafíos con gran fortaleza y valor. Les expreso mi amor y la confianza que tengo en ustedes.

Ustedes inspiran a quienes los rodean más de lo que se imaginan. Escuchen las palabras de un joven que no es de nuestra religión al tratar de describir a su amigo que tiene el Sacerdocio Aarónico: “Noto algo diferente en Luis... no es en absoluto... como otras personas. Se ve algo en él... ni siquiera sé qué es, pero él es diferente de todos los demás. Es algo que se siente; no es [algo]... que se alcance a ver; simplemente se siente”.

Hay algo muy importante que distingue a Luis y a ustedes de los demás hombres jóvenes; han recibido el Sacerdocio Aarónico. Es un don sagrado, y muchos no lo aprecian plenamente. Esta tarde les ayudaré a ver cómo pueden descubrir por ustedes mismos la magnificencia del Sacerdocio Aarónico.

## I. Dios confía en ustedes

Cuando Dios les confía Su sagrado sacerdocio, demuestra gran confianza en ustedes. Sabe que puede confiar en que usarán el sacerdocio para servir a los demás, así como ha confiado en otros jóvenes para realizar partes clave de Su obra.

Por ejemplo, el mundo no tendría el poderoso testimonio de Jesucristo que contiene el Libro de Mormón si no fuera por dos jóvenes en quienes Dios confió. Mormón, el profeta que recopiló este registro sagrado, tenía sólo 10 años cuando se le asignó observar y después registrar la historia de su pueblo. A los 15 años, fue visitado “por el Señor, y [probó] y [conoció] la bondad de Jesús” (Mormón 1:15).



El Libro de Mormón fue traducido y publicado por José Smith, quien fue llamado a su gran obra a los 14 años, cuando recibió la visita del Padre Celestial y de Jesucristo.

El presidente Thomas S. Monson dijo: “...se esperan grandes cosas de ustedes... Como el llamado del clarín llega la palabra del Señor a ustedes, y a mí, y a todos los poseedores del sacerdocio en todas partes: ‘Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado’ (D. y C. 107:99)” (“El llamado al valor”, *Liabona*, mayo de 2004, págs. 54, 57).

## II. El nuevo programa *Mi Deber a Dios*

Para ayudarles a responder a ese llamado urgente, la Iglesia va a presentar un nuevo programa *Mi Deber a Dios*, como lo anunció hoy el presidente Henry B. Eyring; estoy entusiasmado con este programa. Se enviarán los materiales a los obispos y presidentes de rama a partir de junio, y ustedes deberán comenzar a usarlos en cuanto los reciban.

Como diáconos, maestros y presbíteros, participarán en actividades que les ayudarán a fortalecerse espiritualmente y a aprender y cumplir sus deberes del sacerdocio. Cada actividad sigue este modelo sencillo:

Primero **aprenden** acerca de un principio del Evangelio o deber del sacerdocio. Descubren lo que el Padre Celestial desea que hagan y se esfuerzan por obtener una confirmación espiritual de su importancia.

Luego, hacen planes para **actuar** de acuerdo con lo que aprendieron. Se les insta a basar sus planes en sus propias necesidades, circunstancias y oportunidades de servir a los demás. Es una gran oportunidad de hacerse responsables de su propio crecimiento y de desarrollar la autosuficiencia espiritual.

Luego **comparten** con los demás lo que han aprendido y experimentado. Al hacerlo, fortalecerán su testimonio y aumentarán la fe de quienes los rodean; también aumentarán su capacidad de hablar del Evangelio con otras personas.



Estoy agradecido a un joven por compartir conmigo la siguiente experiencia. Él y otro poseedor del Sacerdocio Aarónico recibieron la asignación de administrar la Santa Cena a un hermano muy enfermo que no podía salir de la casa. Llegaron allí sin saber que los recientes tratamientos médicos le impedían ingerir alimentos, ni siquiera un pedazo de pan sacramental. Tras bendecir el pan, el joven ofreció la Santa Cena al débil hombre. Él tomó el pedazo de pan bendecido, esperó un momento, y luego lo puso contra sus labios. El joven dijo que cuando vio a ese fiel hermano expresar su reverencia por la Santa Cena, sintió como si lo viera besar los pies del Salvador. Se dio cuenta de que el hermano amaba al Salvador.

La importancia de la Santa Cena quedó grabada en este joven de manera inolvidable ese día. Ustedes tendrán experiencias sagradas, igual que ese joven.

Sus padres, sus líderes y los miembros de su quórum tienen un papel importante en el programa *Mi Deber a Dios*. Las reuniones de quórum los domingos les darán oportunidades de aprender, actuar y compartir. El nuevo programa *Mi Deber a Dios* los guiará

en su camino para cumplir su deber a Dios y descubrir la magnificencia del Sacerdocio Aarónico.

### III. Cumplir su deber a Dios

Los viajes que he llevado a cabo durante el año pasado han cambiado para siempre mi forma de verlos a ustedes y al Sacerdocio Aarónico. Estoy entusiasmado por que ustedes descubran por sí mismos lo que yo descubrí. Aprenderán por qué el Sacerdocio Aarónico es tan importante en su vida y lo vital que es para la Iglesia. Aprenderán por qué nos referimos a él como una de las “cabezas principales” del sacerdocio (véase D. y C. 107:6). Entenderán mejor el significado de las llaves del sacerdocio, del ministerio de ángeles y del Evangelio preparatorio (véase D. y C. 13; 84:26).

Satanás desea que piensen que son demasiado jóvenes o que son muy pocos para hacer cosas significativas con el Sacerdocio Aarónico. Nada de eso es verdad.

Las palabras de Dios a Moisés son para ustedes hoy: “He aquí, tú eres mi hijo... Y tengo una obra para ti” (Moisés 1:4, 6).

Él les ha dado Su poder para hacer grandes cosas. Al cumplir su deber a

Dios, fortalecerán y bendecirán a su familia, lo cual es su máximo deber del sacerdocio. Escuchen a una madre describir el impacto que su hijo ha tenido en la familia: “Leo tiene el sacerdocio en nuestro hogar y es una inmensa bendición. Es un buen ejemplo para sus hermanos... se asegura de que siempre oren. Reparte la Santa Cena los domingos y su hermano menor lo ve. Ayuda... con la oración familiar. Sé que seguirá siendo una bendición a medida que crezca. Podrá bautizar a su hermano menor. Es un consuelo y un don para nosotros”.

Al cumplir su deber a Dios, extenderán una mano a sus amigos que no son de nuestra religión y los ayudarán a prepararse para unirse a la Iglesia. Como verdaderos hermanos, velarán por ellos y los fortalecerán. Liderarán el rescate de otros jóvenes que se han extraviado.

Al cumplir su deber a Dios, serán una fuerza para bien en todo momento y en toda circunstancia. Su ejemplo de rectitud y su fiel servicio en el sacerdocio serán una forma poderosa de invitar a todos los que conozcan a venir a Cristo.

Los nefitas, en su momento más crítico, recurrieron al liderazgo y a la

inspiración del joven Mormón (véase Mormón 2:1–2). Hoy confiamos en ustedes para que sean una gran fortaleza para la Iglesia y una fuerza benéfica en la tierra. Esto es lo que el Señor espera.

#### IV. Llegar a ser un hombre fiel del sacerdocio

Testifico que sentirán que su corazón cambia a medida que se conviertan en hombres fieles del sacerdocio. Procurarán ser completamente limpios y administrar dignamente la Santa Cena. Tratarán a todas las jovencitas con bondad y respeto. Honrarán a sus padres. Evitarán ofender al Espíritu con lo que piensen, digan o hagan. Llegarán a conocer al Señor, a quien sirven, y siempre se esforzarán por ser como Él.

Testifico que su fiel servicio en el Sacerdocio Aarónico cambiará la vida de las personas a las que sirvan. Hay quienes necesitan su servicio del sacerdocio. Su familia, su quórum, la Iglesia y el mundo los necesitan.

Es urgente que cumplan su deber a Dios, y confío en que lo harán.

Una fría mañana hace unas semanas, corrí junto al río Tajo, en Lisboa, Portugal, y llegué a un monumento dedicado a los exploradores portugueses de siglos atrás. Me detuve mientras el sol salía y derramaba su cálida luz sobre ese monumento imponente y sobre mí. Me sentí inspirado al observar los rostros decididos de los exploradores que miraban más allá del agua. Eran hombres dispuestos a hacer cosas que pocos habían hecho. Dejaron un mundo conocido y cómodo y valientemente salieron al océano desconocido a descubrir tierras nuevas. Cambiaron el mundo.

Cuando pienso en ese monumento a los valientes exploradores, los veo a ustedes; los veo en un viaje personal que pocos en el mundo de hoy eligen emprender; los veo cumpliendo su deber a Dios.

Ruego que todos comprendamos el magnífico Sacerdocio Aarónico y confiemos, como lo hace Dios, en los que lo poseen. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf  
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

## Continuemos con paciencia

*Las lecciones que aprendamos de la paciencia cultivarán nuestro carácter, elevarán nuestra vida y aumentarán nuestra dicha.*

En la década de 1960, un profesor de la Universidad de Stanford dio inicio a un modesto experimento para poner a prueba la fuerza de voluntad de los niños de cuatro años. Puso frente a ellos un bombón grande y les dijo que podían comerlo enseguida o que, si esperaban 15 minutos, podían comer dos.

Entonces dejó a los niños solos y los observó desde el otro lado de un espejo falso: algunos comieron el bombón de inmediato, otros no esperaron más que unos minutos antes de ceder a la tentación y sólo un treinta por ciento logró esperar todo el tiempo.

Fue un experimento de leve interés, y el profesor pasó a otras áreas de investigación porque, en sus propias palabras: “no es mucho lo que se puede hacer con niños que están tratando de no comer bombones”. Pero siguió el rastro de los niños con el pasar del tiempo y se empezó a percatar de una correlación interesante: los niños que no pudieron esperar enfrentaron dificultades en etapas posteriores de la vida y exhibieron más problemas de comportamiento; mientras que los que esperaron

demonstraron la tendencia a ser más positivos y tener mayor motivación, mejores calificaciones, ingresos superiores y relaciones más sanas.

Lo que comenzó como un sencillo experimento con niños y bombones se convirtió en un estudio trascendental que sugiere que la facultad de esperar —de ser paciente— es un rasgo clave de la personalidad que puede predecir el éxito posterior en la vida<sup>1</sup>.

#### Esperar puede ser difícil

Esperar puede ser difícil. Los niños lo saben, al igual que los adultos. Vivimos en un mundo que ofrece comida rápida, mensajería instantánea, películas a pedido y respuestas inmediatas a las preguntas más triviales y a las más profundas. No nos gusta esperar. Algunos incluso sienten que les sube la presión si la fila que están haciendo en el supermercado se mueve más despacio que las otras.

La paciencia —la capacidad de aplazar por un tiempo nuestros deseos— es una virtud preciada e inusual. Queremos lo que queremos y lo queremos ya. Por tanto, la idea en sí de la paciencia puede parecer





desagradable y, a veces, amarga.

No obstante, sin paciencia no podemos agrandar a Dios; no podemos llegar a ser perfectos. De hecho, la paciencia es un proceso purificador que refina el entendimiento, aumenta la felicidad, centra la acción y ofrece la esperanza de la paz.

Como padres, sabemos cuán imprudente sería satisfacer todos los deseos de nuestros hijos; pero los niños no son los únicos que se echan a perder cuando siempre reciben satisfacción inmediata. Nuestro Padre Celestial ya sabe lo que los buenos padres comprenden con el tiempo: para que los hijos maduren y logren su potencial, deben aprender a esperar.

#### **La paciencia es más que esperar**

Cuando tenía 10 años de edad, los de mi familia llegaron a ser refugiados en un nuevo país. Siempre había sido un buen alumno... por lo menos hasta que llegamos a Alemania Occidental. Allí, mis vivencias educativas fueron muy diferentes. La geografía que estudiábamos en clase era distinta. También era muy distinta la historia que estudiábamos. Antes

aprendía ruso como segundo idioma, y ahora era inglés. Eso era difícil para mí; es más, había momentos en que de veras pensaba que mi lengua sencillamente no tenía la forma necesaria para hablar inglés.

Debido a que gran parte del programa de estudios me resultaba nuevo y extraño, me atrasé. Por primera vez en mi vida empecé a preguntarme si tendría la inteligencia suficiente para los estudios.

Por fortuna, tuve un maestro que me enseñó a ser paciente. Me enseñó que el trabajo firme y constante —la perseverancia paciente— me ayudaría a aprender.

Con el tiempo, las materias difíciles empezaron a tener más sentido, incluso inglés. Poco a poco, empecé a darme cuenta de que si me aplicaba de forma constante, podría aprender. No sucedió de inmediato, pero con paciencia, lo logré.

De esa experiencia aprendí que la paciencia era más que sencillamente esperar a que algo pasara. La paciencia exigía esmerarse de forma activa por lograr metas dignas y no desalentarse cuando los resultados no se dieran de

inmediato o sin esfuerzo.

Aquí tenemos un concepto importante: la paciencia no es ni una resignación pasiva, ni es dejar de actuar por causa de nuestros temores. Ser paciente significa esperar y perseverar de forma activa. Significa persistir en algo y hacer todo cuanto podamos: trabajar, tener esperanza, ejercer la fe y enfrentar las dificultades con fortaleza, incluso cuando los deseos de nuestro corazón se ven demorados. ¡La paciencia no es simplemente sobrellevar las cosas, sino hacerlo bien!

La impaciencia, por otra parte, es síntoma de egoísmo. Es una característica de los absortos en sí mismos. Es el resultado de una afección demasiado común conocida como el Síndrome de “creerse el centro del universo”, el cual lleva a las personas a creer que el mundo gira en torno a ellas y que todos los demás son simplemente actores de reparto en esa gran pieza teatral de la vida mortal en la cual sólo ellas tienen el papel protagónico.

Cuán diferente es esto, mis queridos hermanos, de la norma que el Señor nos ha puesto como poseedores del sacerdocio.

## La paciencia: un principio del sacerdocio

Como poseedores del sacerdocio y representantes del Señor Jesucristo, debemos servir a los demás de una forma acorde con Su ejemplo. Por algo es que tarde o temprano prácticamente toda lección sobre el liderazgo en el sacerdocio hace referencia a la sección 121 de Doctrina y Convenios. Allí, en unos pocos versículos, el Señor dicta un curso magistral sobre el liderazgo en el sacerdocio. “Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero”<sup>2</sup>.

Las prácticas y los rasgos de personalidad que se describen en estos versículos son el cimiento de la paciencia según Dios, y se encuentran conectados de manera inseparable al servicio eficaz en el sacerdocio y como patriarcas. Estos atributos les darán fuerza y sabiduría al magnificar sus llamamientos, al predicar el Evangelio, al hermanar a los integrantes del quórum y al prestar el más importante de los servicios en el sacerdocio, que es sin duda el afectuoso servicio dentro de las paredes de su propio hogar.

Siempre recordemos que una de las razones por las que Dios nos ha confiado el sacerdocio es con el fin de ayudar a prepararnos para recibir bendiciones eternas a medida que refinamos nuestra naturaleza mediante la paciencia que exige el servicio del sacerdocio.

Así como el Señor es paciente con nosotros, seamos pacientes con aquellos a quienes sirvamos. Comprendamos que ellos, igual que nosotros, son imperfectos. Ellos, igual que nosotros, cometen errores. Ellos, igual que nosotros, quieren que los demás no los juzguen de inmediato.

Nunca pierdan la esperanza en nadie, y eso incluye que no pierdan la esperanza en ustedes mismos.

Creo que en algún momento de nuestra vida cada uno de nosotros puede identificarse con el siervo de la parábola de Cristo que le debía dinero al rey y le rogaba diciendo: “Señor, ten paciencia conmigo”<sup>3</sup>.



## A la manera y en el momento del Señor

Los hijos de Israel esperaron 40 años en el desierto antes de poder entrar en la tierra prometida. Jacob esperó siete largos años a Raquel. Los judíos esperaron 70 años en Babilonia antes de poder regresar a reconstruir el templo. Los nefitas esperaron una señal del nacimiento de Cristo, incluso sabiendo que si la señal no llegaba, perecerían. Las pruebas que enfrentó José Smith en la cárcel de Liberty hicieron que incluso el profeta de Dios se preguntase: “¿Hasta cuándo?”<sup>4</sup>.

En todos esos casos, el Padre Celestial tenía un propósito al pedir a Sus hijos que esperaran.

A cada uno de nosotros se nos pide que esperemos de una u otra manera. Esperamos respuestas a nuestras oraciones; esperamos cosas que en ese momento nos parecen tan correctas y buenas que no logramos entender por qué el Padre Celestial se demora en contestar.

Recuerdo cuando me preparaba para recibir capacitación como piloto de combate. Dedicamos gran parte de nuestra capacitación militar preliminar a hacer ejercicio físico. Todavía no me queda del todo claro por qué se consideraba que correr sin parar fuera una parte tan esencial de la preparación para ser un piloto. Pero corrimos y corrimos, y corrimos un poco más.

Mientras corría, empecé a darme

cuenta de algo que, francamente, me perturbaba. Una y otra vez, me pasaban hombres que fumaban, bebían y hacían todo tipo de cosas que eran contrarias al Evangelio, y en especial a la Palabra de Sabiduría.

Recuerdo que pensé: “¡Un momento! ¿No se supone que soy yo el que tiene que poder correr sin desmayar?”. Pero *me sentía* agotado, como para desmayarme, y me pasaban personas que definitivamente no seguían la Palabra de Sabiduría. Confieso que en ese entonces eso me perturbaba. Me preguntaba: “¿Es verdad la promesa o no?”.

La respuesta no llegó de inmediato, pero con el tiempo descubrí que las promesas de Dios no siempre se cumplen con la velocidad o de la forma que nos gustaría, sino en el momento y a la manera de Él. Años después tuve una evidencia clara de las bendiciones temporales que llegan a los que obedecen la Palabra de Sabiduría, además de las bendiciones espirituales que enseguida llegan al obedecer cualquiera de las leyes de Dios. En perspectiva, sé con certeza que las promesas del Señor, si bien no siempre son rápidas, siempre son seguras.

## La paciencia requiere fe

Brigham Young enseñó que cuando surgía algo que él no lograba comprender plenamente, oraba para que el Señor: “... [le diera] paciencia para esperar hasta que [pudiera] entenderlo por [sí] mismo”<sup>5</sup>. Y luego Brigham seguía orando hasta que lograba comprenderlo.

Debemos aprender que, en el plan del Señor, nuestro entendimiento llega “línea sobre línea, precepto tras precepto”<sup>6</sup>. En resumidas cuentas, el precio del conocimiento y del entendimiento es la paciencia.

Los profundos valles de nuestro presente suelen comprenderse sólo al mirarlos desde la perspectiva de las montañas de nuestras vivencias futuras. Con frecuencia no podemos ver la mano del Señor en nuestra vida sino hasta mucho después de que pasen las pruebas. A menudo, las épocas más difíciles de nuestra vida son los

componentes básicos de los cimientos de nuestro carácter y sirven para preparar el camino hacia las oportunidades, el entendimiento y la felicidad en lo futuro.

### La paciencia, fruto del Espíritu<sup>7</sup>

La paciencia es un atributo divino que puede sanar almas, abrir tesoros de conocimiento y entendimiento y convertir a personas comunes y corrientes en santos y ángeles. La paciencia es verdaderamente un fruto del Espíritu.

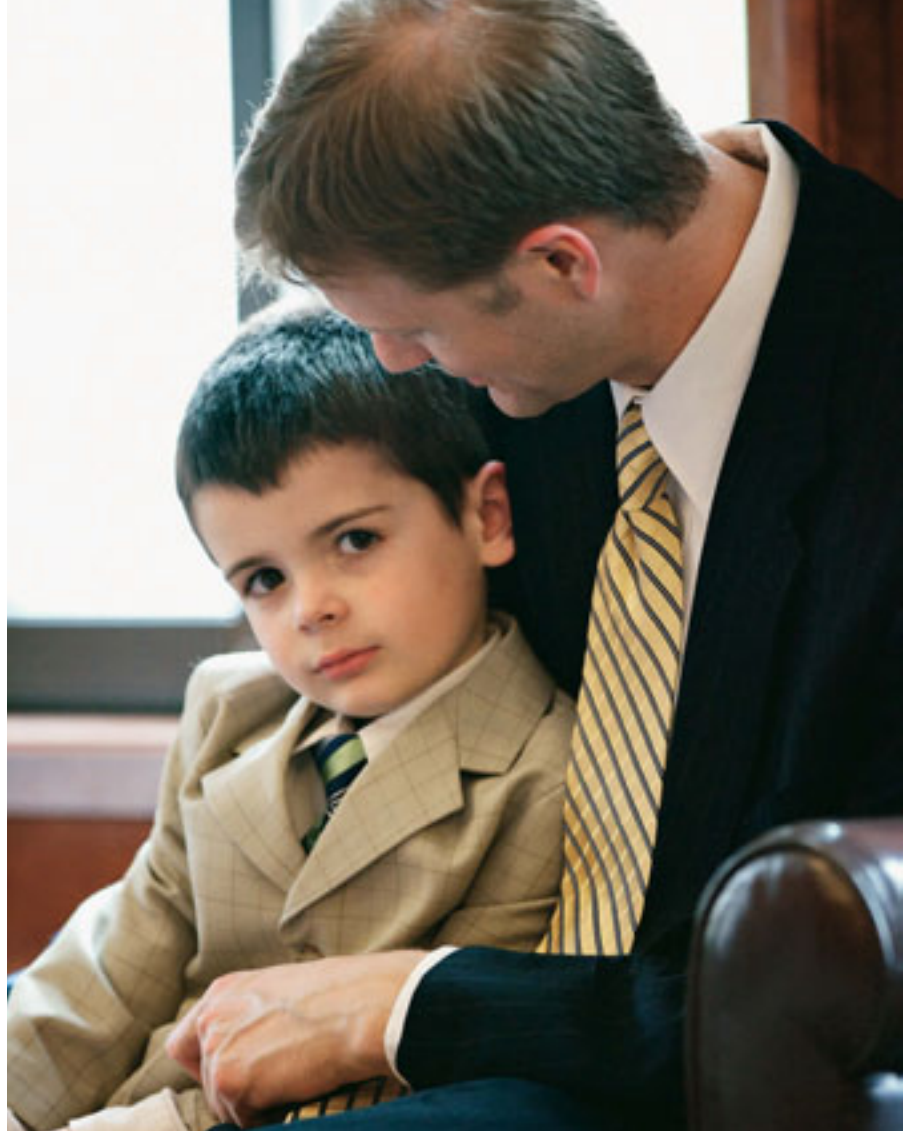
Paciencia es seguir con algo hasta el fin; es postergar el placer inmediato a fin de recibir bendiciones futuras. Es controlar la ira y refrenarse de decir cosas hirientes. También es resistir el mal incluso cuando éste parezca enriquecer a los demás.

Paciencia significa aceptar lo que no se puede cambiar y encararlo con valor, gracia y fe. Significa estar “[dispuestos] a [someternos] a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre [nosotros], tal como un niño se somete a su padre”<sup>8</sup>. En última instancia, paciencia significa ser “firme, constante e inmutable en guardar los mandamientos del Señor”<sup>9</sup> a toda hora de cada día, incluso cuando hacerlo sea difícil. Como dijo Juan el Revelador: “Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”<sup>10</sup>.

La paciencia es un proceso de perfección. El Salvador mismo dijo que con nuestra paciencia ganaremos nuestras almas<sup>11</sup>, o como dice otra traducción del texto griego: “con vuestra paciencia ganaréis *dominio* de vuestras almas”<sup>12</sup>. Paciencia quiere decir perseverar en la fe, sabiendo que a veces es al esperar y no al recibir que más crecemos. Así era en los días del Salvador y sigue siendo así en nuestra época, porque en estos últimos días se nos manda: “Continuad con paciencia hasta perfeccionaros”<sup>13</sup>.

### El Señor nos bendice cuando demostramos paciencia

Parafraseando al salmista de antaño: si pacientemente esperamos a Jehová, se inclinará a nosotros, oírá nuestro



clamor, nos sacará del pozo turbulento y pondrá nuestros pies sobre una roca sólida; pondrá en nuestra boca cántico nuevo y cantaremos alabanzas a nuestro Dios. Muchos verán esto y confiarán en Jehová<sup>14</sup>.

Mis queridos hermanos, la esencia de la obra de la paciencia es ésta: guardar los mandamientos, confiar en Dios nuestro Padre Celestial, servirlo con mansedumbre y amor cristiano, ejercer la fe y la esperanza en el Salvador y nunca darnos por vencidos. Las lecciones que aprendamos de la paciencia cultivarán nuestro carácter, elevarán nuestra vida y aumentarán nuestra dicha. Nos ayudarán a ser poseedores dignos del sacerdocio y discípulos fieles de nuestro Maestro Jesucristo.

Mi ruego es que la paciencia sea un rasgo distintivo de los que poseemos el sacerdocio del Dios Todopoderoso;

que con valentía confiemos en las promesas del Señor y en Su tiempo; que actuemos hacia los demás con la paciencia y la compasión que buscamos para nosotros mismos, y que continuemos con paciencia hasta perfeccionarnos (véase D. y C. 67:13). En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

### NOTAS

1. Véase Jonah Lehrer, “Don’t; The Secret of Self-Control”, *New Yorker*, 18 de mayo de 2009, págs. 26–27.
2. Doctrina y Convenios 121:41; véanse también los versículos 39–45.
3. Mateo 18:26.
4. Doctrina y Convenios 121:2.
5. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young* (1997), pág. 81.
6. Doctrina y Convenios 98:12.
7. Véase Gálatas 5:22, 23.
8. Mosíah 3:19.
9. 1 Nefi 2:10.
10. Apocalipsis 14:12.
11. Véase Lucas 21:19.
12. Véase Lucas 21:19, nota b al pie de página.
13. Doctrina y Convenios 67:13.
14. Véase Salmo 40:1–3.





**Por el presidente Henry B. Eyring**  
Primer Consejero de la Primera Presidencia

# Obrar con toda diligencia

*Debemos aprender nuestro deber del Señor, y luego debemos obrar con toda diligencia y nunca ser perezosos ni holgazanes.*

**H**ermanos, estoy agradecido por estar con ustedes esta noche y me siento humilde por lo que sé de su servicio fiel en el sacerdocio. Esta noche les hablaré de la diligencia cuando estamos al servicio del Señor. Experiencias recientes me han llevado a tomar esta decisión.

Una de ellas fue mi cuidadoso estudio del extraordinario librito nuevo para el Sacerdocio Aarónico, sobre el cual habló el hermano David L. Beck. Lleva el título *Cumplir Mi Deber a Dios*. Al leer y meditar acerca de lo que se espera que los hombres jóvenes hagan y lleguen a ser, me di cuenta de que describía lo que el presidente Brigham Young prometió al poseedor del sacerdocio que sea diligente a lo largo de toda la vida: “El individuo que posee el sacerdocio y se conserva fiel a su llamamiento, que se regocija de continuo en hacer todo lo que Dios requiere de él y sigue cumpliendo cada deber a través de su vida, obtendrá no sólo el privilegio de recibir sino también el conocimiento de saber cómo recibir las cosas de Dios, de tal manera que pueda entender siempre la voluntad de Dios”<sup>1</sup>.

Tan sólo hace algunas semanas, vi a un nuevo diácono emprender el sendero de la diligencia. Su padre me mostró un diagrama que su hijo había creado, donde aparecía cada fila de su salón sacramental, un número para cada diácono que sería asignado para repartir la Santa Cena y la ruta que tendrían que seguir en el salón sacramental para repartirles la Santa Cena a los miembros. El padre y yo sonreímos al pensar que un joven, sin que se le pidiera, había creado un plan para

asegurarse de que tendría éxito en su servicio en el sacerdocio.

En su diligencia reconocí el modelo del nuevo librito *Mi Deber a Dios*: saber qué espera el Señor de ustedes, diseñar un plan para lograrlo, poner el plan en práctica con diligencia y luego compartir con los demás cómo su experiencia los cambió y bendijo a otras personas.

El diácono creó ese diagrama con el fin de asegurarse de que podría hacer aquello para lo cual el Señor lo había llamado. Al inicio de su servicio en el sacerdocio, el Señor le estaba enseñando a regocijarse continuamente en “hacer todo lo que Dios requiere de él”<sup>2</sup>.

La otra experiencia que me llevó a hablarles de la diligencia esta noche fue el haber observado a un hombre que estaba cerca del final de su servicio en el sacerdocio, en esta vida. Él había sido obispo dos veces. Su primer llamamiento de obispo había sido cuando era joven, años antes de que yo lo conociera. En aquel momento, ya era anciano y lo habían relevado del llamamiento de obispo por segunda vez. Sus limitaciones físicas eran cada vez mayores, por lo cual cualquier servicio del sacerdocio era muy difícil.

Sin embargo, él tenía un plan para obrar con diligencia: cada domingo que podía llegar hasta la capilla, se sentaba cerca de la fila más cercana a la puerta por donde entraban la mayoría de las personas para la reunión sacramental. Llegaba temprano para asegurarse de que hubiera un asiento



libre. Cada persona que llegaba podía ver en sus ojos amor y sentimientos de bienvenida como los habían visto cuando se sentaba en el estrado como su obispo. Su influencia nos animaba y nos elevaba porque teníamos algo de conocimiento acerca del precio que pagaba por servir. Su tarea como obispo había concluido, pero su servicio en el sacerdocio no había terminado.

Ustedes han visto ejemplos así de grandes siervos en el sacerdocio. Esta noche intentaré contarles qué he aprendido de ellos. Todo comienza cuando aprenden al servicio de quién se encuentran y con qué fin. Cuando eso les llega al corazón, ya nada es igual.

Primero, hablaré directamente a los hombres jóvenes del Sacerdocio Aarónico. Ustedes llegarán a ser más diligentes cuando sientan la magnitud de la confianza que Dios ha depositado en ustedes. En el librito *Mi Deber a Dios*, hay un mensaje de la Primera Presidencia para ustedes: “Nuestro Padre Celestial tiene gran confianza en ti, cuenta contigo y tiene una importante misión para que cumplas; te ayudará si acudes a Él en oración, escuchas los susurros del Espíritu, obedeces los mandamientos y guardas los convenios que has hecho”<sup>3</sup>.

Juan el Bautista regresó a la tierra para restaurar el sacerdocio que ustedes, jóvenes, poseen. Él contaba con las llaves del Sacerdocio Aarónico. Fue a Juan a quien Jesús acudió para ser bautizado. Juan sabía quién lo había llamado. Él le dijo al Señor: “Yo necesito ser bautizado por ti”<sup>4</sup>.

Juan sabía que el Sacerdocio Aarónico “tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados” cuando el Señor lo mandó ordenar a José Smith y a Oliver Cowdery el 15 de mayo de 1829<sup>5</sup>. Él sabía quién lo había llamado y para qué glorioso propósito había sido enviado.

El sacerdocio les permite repartir los emblemas de la Santa Cena del Señor a los miembros de Su Iglesia hoy en día. Ése es el mismo privilegio que el Salvador les concedió a Sus



Doce Apóstoles durante Su ministerio terrenal, y volvió a hacerlo al llamar doce discípulos después de Su resurrección para dirigir Su Iglesia.

El Señor mismo, como se describe en el Libro de Mormón, proveyó los emblemas de Su sacrificio infinito y los administró a la gente. Piensen en Él y en cómo Él los honra cuando llevan a cabo su servicio en el sacerdocio. Al recordarlo, tendrán la determinación de efectuar ese servicio sagrado, de la manera más similar posible y tan bien y fielmente como Él lo hizo<sup>6</sup>.

Esto podría llegar a ser un modelo en la vida de ustedes, el cual aumentará su poder para ser diligentes en cada servicio del sacerdocio para el cual el Señor los esté preparando y al cual los llame. Esa determinación los ayudará a prepararse para recibir el Sacerdocio de Melquisedec, que en la antigüedad se llamaba el “Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios”<sup>7</sup>.

Ahora deseo hablarles a quienes han sido llamados a prestar servicio en el Sacerdocio de Melquisedec y que tienen el honor de hacerlo. Al igual que el Sacerdocio Aarónico, el Sacerdocio de Melquisedec implica más que el encargo de hacer lo que el Señor haría. Es una invitación a llegar a

ser como Él es. Su promesa es la siguiente:

“Porque quienes son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los cuales he hablado, y magnifican su llamamiento, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos.

“Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón, y la descendencia de Abraham, y la iglesia y reino, y los elegidos de Dios.

“Y también todos los que reciben este sacerdocio, a mí me reciben, dice el Señor;

“porque el que recibe a mis siervos, me recibe a mí;

“y el que me recibe a mí, recibe a mi Padre;

“y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado”<sup>8</sup>.

Hay un modelo por el cual todos los poseedores del sacerdocio llegan a ser merecedores de esa bendición gloriosa. La sección 107 de Doctrina y Convenios es uno de los pasajes de las Escrituras donde el Señor nos da ese modelo:

“Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado.





“El que sea perezoso no será considerado digno de permanecer, y quien no aprenda su deber y no se presente aprobado, no será considerado digno de permanecer. Así sea. Amén”<sup>9</sup>.

Debemos aprender nuestro deber del Señor, y luego debemos obrar con toda diligencia y nunca ser perezosos ni holgazanes. El modelo es simple, pero no es fácil seguirlo. Nos distraemos con tanta facilidad. Estudiar las noticias del día puede parecer más interesante que el manual de clases del sacerdocio. Sentarse a descansar puede ser más atractivo que el fijar citas para visitar a aquellas personas que necesitan nuestro servicio del sacerdocio.

Cuando siento que me aparto de mis deberes del sacerdocio por otros intereses y cuando mi cuerpo suplica un descanso, me digo a mí mismo estas palabras de ánimo: “Acuérdate de Él”. El Señor es nuestro ejemplo perfecto de diligencia en el servicio del sacerdocio. Él es nuestro capitán. Él nos llamó. Él va delante de nosotros. Él nos eligió para seguirlo y para que traigamos a otras personas con nosotros.

Esta noche Lo recuerdo y mi corazón se conmueve. Ésta es la noche del sábado que precede al domingo de Pascua de Resurrección, cuando conmemoramos Su resurrección.

Recuerdo Su ejemplo durante los días anteriores.

Por amor a Su padre y a nosotros, se ofreció para sufrir más allá de la capacidad de un hombre mortal. Él nos dijo parte de lo que el sacrificio infinito requirió de Él. Recordarán las palabras:

“Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

“mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo;

“padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

“Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres”<sup>10</sup>.

Desde la cruz en el Calvario, el Señor anunció: “¡Consumado es!”<sup>11</sup>. Entonces Su Espíritu dejó Su cuerpo y Sus restos mortales fueron depositados con amor en una tumba. Él nos enseñó una gran lección con lo que hizo en tres días en el mundo de los espíritus, antes de Su resurrección, lo cual recuerdo cuando estoy tentado a sentir que he terminado una tarea difícil en Su servicio y merezco un descanso.

El ejemplo del Salvador me infunde valor para continuar. Su obra en la vida terrenal había terminado, pero Él entró en el mundo de los espíritus con la determinación de continuar Su gloriosa obra de salvar almas: organizó la obra de los espíritus fieles para rescatar a aquellos que aún podían llegar a ser partícipes de la misericordia por medio de Su sacrificio expiatorio. Recuerden las palabras de la sección 138 de Doctrina y Convenios:

“Mas he aquí, organizó sus fuerzas y nombró mensajeros de entre los justos, investidos con poder y autoridad, y los comisionó para que fueran y llevaran la luz del evangelio a los que se hallaban en tinieblas, es decir, a todos los espíritus de los hombres; y así se predicó el evangelio a los muertos;

“y los mensajeros escogidos salieron a declarar el día aceptable del Señor, y a proclamar la libertad a los cautivos que se hallaban encarcelados; sí, a todos los que estaban dispuestos a arrepentirse de sus pecados y a recibir el evangelio”<sup>12</sup>.

Cada vez que recordamos al Señor, se vuelve más fácil resistir la tentación de desear tomar un descanso de nuestra labor en el sacerdocio. Hoy debemos de haberlo recordado, ya que nos hallamos aquí para aprender cuáles



son nuestros deberes, determinados a hacer lo que hemos hecho convenio de hacer con toda diligencia. Y gracias a Su ejemplo perseveraremos hasta el fin en las tareas que Él nos dé en esta vida, y estaremos comprometidos a hacer la voluntad de Su Padre para siempre, así como estuvo y está Él.

Ésta es la Iglesia del Señor. Él nos ha llamado y ha confiado en nosotros a pesar de las debilidades que sabía que teníamos. Él conocía las pruebas que pasaríamos. Mediante el servicio fiel y por medio de Su expiación, llegaremos a desear lo que Él desea y ser lo que debemos ser para bendecir a aquellos a quienes servimos por Él. Si le prestamos servicio durante el tiempo que sea necesario y lo hacemos con diligencia, seremos cambiados. Podremos llegar a ser más como Él es.

He visto la evidencia de ese milagro en la vida de Sus siervos. La vi hace unas pocas semanas en la sala de estar de un fiel poseedor del sacerdocio.

Lo conocí como diácono, padre, obispo y miembro de una presidencia de estaca. Durante décadas he observado su diligencia al servir a los hijos del Señor por medio de su sacerdocio.

Su familia estaba reunida a su alrededor en la sala de estar de su casa. Él sonreía, vestido de camisa blanca, traje y corbata. Me sorprendió, ya que me encontraba allí porque me habían dicho que estaba en medio de tratamientos médicos dolorosos que aún no le habían curado.

No obstante, me había recibido como debe de haber recibido a otros miles de visitantes durante el transcurso de una vida de servicio en el sacerdocio: con una sonrisa. Yo había ido a ayudarlo con las tribulaciones que padecía, pero, como muchas veces sucede en el servicio del sacerdocio, yo fui quien recibió la ayuda y aprendió.

Nos sentamos y conversamos gratamente. Me contó que su padre había cuidado de mi madre cuando ella estaba por morir. Yo no lo sabía. Entonces me di cuenta de que, en su niñez, él había aprendido de su padre, un diligente poseedor del sacerdocio, cómo dar socorro. El pensar en eso me hizo

estar agradecido por las ocasiones en que llevé a mis hijos conmigo, cuando eran pequeños, a hacer visitas del sacerdocio para dar consuelo y bendecir.

Después de unos minutos, él me preguntó en voz baja: “¿Sería apropiado si le pidiera que me dé una bendición?”. Su ex presidente de estaca, con quien había servido por años, ungió su cabeza con aceite consagrado por el poder del Sacerdocio de Melquisedec.

Al sellar la bendición, el Santo Espíritu me hizo sentir parte, al menos, de lo que el Señor ya había hecho por ese fiel poseedor del sacerdocio. Él estaba limpio y sus pecados habían sido lavados. Su naturaleza había cambiado y deseaba lo mismo que el Salvador. No temía a la muerte. El deseo de su corazón era vivir para prestar servicio a su familia y a otros hijos del Padre Celestial que lo necesitaran.

Esa noche salí de allí agradecido por haber sido testigo de la bondad del Señor hacia Sus siervos que son constantemente diligentes en el sacerdocio. Él cambia el corazón de ellos a fin de que deseen lo que Él desea y actúen como Él actuaría.

Termino ahora con este consejo para los siervos del Señor en el sacerdocio. Mediten profunda y diligentemente en las Escrituras y en las palabras de los profetas vivientes. Perseveren en la oración para que el Santo Espíritu les revele la naturaleza de Dios el Padre y de Su Hijo Amado. Supliquen que el Espíritu les muestre

lo que el Señor quiere que hagan. Planeen hacerlo. Prométanle que obedecerán. Obren con determinación hasta haber hecho lo que Él haya pedido. Y después oren para agradecerle la oportunidad de servir y para saber qué podrían hacer a continuación.

Testifico que nuestro Padre Celestial y Jesucristo viven. Ellos son seres resucitados y glorificados que nos aman y nos cuidan. Las llaves del sacerdocio fueron restauradas por mensajeros celestiales al profeta José Smith, las cuales han pasado en una línea ininterrumpida hasta el presidente Thomas S. Monson. Esas llaves las posee cada uno de los apóstoles vivientes.

Les dejo mi bendición para que puedan llegar a sentir por el Espíritu la magnitud de la confianza y de las promesas que han recibido como siervos ordenados del sacerdocio en la Iglesia verdadera del Señor. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, 1997, pág. 138.
2. *Ibidem*.
3. *Cumplir Mi Deber a Dios: Para poseedores del Sacerdocio Aarónico*, librito, 2010, pág. 5.
4. Mateo 3:14.
5. Véase Doctrina y Convenios 13.
6. Véase 3 Nefi 20:3-9.
7. Doctrina y Convenios 107:3; véase también Alma 13:1-9.
8. Doctrina y Convenios 84:33-38.
9. Doctrina y Convenios 107:99-100.
10. Doctrina y Convenios 19:16-19.
11. Juan 19:30.
12. Doctrina y Convenios 138:30-31.





Por el presidente Thomas S. Monson

## La preparación trae bendiciones

*Pensemos en nuestros llamamientos, reflexionemos en nuestras responsabilidades y sigamos a Jesucristo.*

**H**ermanos, es un panorama inspirador ver a los que se encuentran en el Centro de Conferencias de Salt Lake City. Es asombroso darse cuenta de que en miles de capillas por todo el mundo, otros como ustedes, poseedores del sacerdocio de Dios, están recibiendo esta transmisión vía satélite. Las nacionalidades varían, y los idiomas son muchos, pero nos une un vínculo común. Se nos ha confiado portar el sacerdocio y actuar en el nombre de Dios. Somos los beneficiarios de una confianza sagrada y es mucho lo que se espera de nosotros.

Uno de mis recuerdos más vívidos es cuando asistí a la reunión del sacerdocio como diácono recién ordenado y canté el primer himno “Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio”<sup>1</sup>. Esta tarde hago eco del espíritu de ese himno especial y les digo: Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio; pensemos en nuestros llamamientos, reflexionemos en nuestras responsabilidades y sigamos a Jesucristo, nuestro Señor.

Hace veinte años asistí a una reunión sacramental en la que los niños presentaron el tema “Yo soy de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”. Esos niños y niñas

demonstraron que se estaban capacitando para servir al Señor y a los demás. La música fue hermosa, los discursos se presentaron de manera excepcional y el espíritu fue enviado del cielo. Uno de mis nietos, que en aquel entonces tenía once años, había hablado de la Primera Visión al presentar su parte en el programa. Después, cuando se acercó a sus padres y abuelos, le dije: “Tommy, creo que estás casi listo para ser misionero”.

Él respondió: “Todavía no; tengo mucho que aprender”.

A lo largo de los años, Tommy aprendió, gracias a sus padres,

a sus maestros y asesores de la Iglesia que fueron dedicados y diligentes. Cuando tuvo la edad suficiente, fue llamado a servir en una misión, lo cual hizo de la manera más honorable.

Jóvenes, los exhorto a que se preparen para dar servicio como misioneros. Hay muchos medios que los ayudarán a aprender las lecciones que les serán de provecho, y que al mismo tiempo los ayudarán a vivir la clase de vida que tendrán que haber vivido para ser dignos. Uno de esos medios es el librito titulado *Para la Fortaleza de la Juventud*, publicado bajo la dirección de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles. Contiene normas extraídas de los escritos y las enseñanzas de los líderes de la Iglesia y de las Escrituras, la observancia de las cuales nos traerán a cada uno las bendiciones de nuestro Padre Celestial y la guía de Su Hijo.

Además, hay manuales de clase, cuidadosamente preparados con oración y reflexión. Las familias efectúan noches de hogar en las que se enseñan los principios del Evangelio. Casi todos ustedes tienen la oportunidad de asistir a clases de seminario impartidas por maestros dedicados que tienen mucho conocimiento para compartir.

Empiecen a prepararse para el matrimonio en el templo, así como para una misión; una parte de esa preparación es las salidas apropiadas en pareja. En las culturas en las que sea aceptable salir en pareja, no lo hagan hasta que cumplan dieciséis años. No todos los adolescentes tienen que salir con jóvenes del sexo opuesto ni desean hacerlo... Cuando empiecen a salir, háganlo en grupo o con varias parejas. Asegúrense de que sus padres conozcan a la persona con la que vayan a salir y que se familiaricen con ella. Y puesto que las salidas en pareja les preparan para el matrimonio, “[salgan] únicamente con personas que tengan normas elevadas”<sup>2</sup>.

Asegúrense de ir a lugares donde haya un buen ambiente, donde no se enfrentarán con la tentación.

Un padre sabio le dijo a su hijo: “Si alguna vez te encuentras en un lugar donde no debes estar, ¡sal de ahí!”.



Es buen consejo para todos.

Los siervos del Señor siempre nos han aconsejado vestir de manera apropiada para demostrar respeto por nuestro Padre Celestial y por nosotros mismos. Su forma de vestir transmite mensajes a los demás y a menudo influye en la forma de actuar de ustedes y de otras personas. Vistan de tal forma que exprese lo mejor de ustedes y de las personas que los rodean. Eviten los estilos extremos en la ropa y la apariencia, incluso los tatuajes y las perforaciones en el cuerpo.

Todos necesitan buenos amigos. El círculo de amigos influirá grandemente en su modo de pensar y en su comportamiento, al igual que el de ustedes influirá en los de ellos. Si comparten valores comunes con sus amigos, pueden fortalecerse y alentarse mutuamente. Traten a todos con bondad y dignidad. Muchos se han convertido a la Iglesia a través de amigos con quienes han participado en actividades de la Iglesia.

El repetido adagio “La honradez es la mejor norma”<sup>3</sup> sigue siendo verdadero. Un joven Santo de los Últimos Días vive lo que enseña y lo que cree; es honrado con los demás, consigo mismo y con Dios. Es honrado por hábito y por costumbre. Si hay que tomar una decisión difícil, nunca se pregunta: “¿Qué pensarán los demás?”, sino, “¿Qué pensaré de mí mismo?”.

A algunos les llegará la tentación de faltar a una norma personal de honradez. En una clase de derecho empresarial de la universidad a la que yo asistía, recuerdo a un compañero en particular que nunca se preparaba para los análisis de clase. Yo pensaba: “¿Cómo va a pasar el examen final?”.

Descubrí la respuesta cuando llegué al salón el día del examen final, un día de invierno, calzando sólo un par de sandalias. Me sorprendí y lo observé mientras empezaba la clase. Siguiendo las instrucciones, habíamos colocado todos nuestros libros en el piso. Él se quitó las sandalias y después, con dedos que había adiestrado y preparado con glicerina, diestramente volvió las páginas de uno de los libros que había puesto en el piso, por lo que pudo ver



las respuestas del examen.

Recibió una de las calificaciones más altas en ese curso de derecho empresarial, pero le llegó la hora de la verdad. Más tarde, mientras se preparaba para tomar el examen global, por primera vez el decano de esa disciplina particular dijo: “Este año me apartaré de lo acostumbrado y llevaré a cabo una prueba oral, en vez de escrita”. A nuestro amigo de los dedos diestros de nada le sirvió su método en aquella ocasión y reprobó el examen.

Su forma de hablar y las palabras que usen dicen mucho en cuanto a la imagen que ustedes eligen transmitir. Utilicen un lenguaje que aliente y edifique a las personas que los rodean. El lenguaje profano, vulgar o soez, y los chistes inapropiados o indecentes son

ofensivos para el Señor. Nunca usen incorrectamente el nombre de Dios ni el de Jesucristo. El Señor dijo: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”<sup>4</sup>.

Nuestro Padre Celestial nos ha aconsejado aspirar a todo lo “virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza”<sup>5</sup>. Cualquier cosa que lean, escuchen o vean deja una impresión en ustedes.

La pornografía es especialmente peligrosa y adictiva. La exploración de la pornografía por curiosidad puede convertirse en un hábito dominante que llevará al uso de material aún más obsceno y a la transgresión sexual. Eviten la pornografía a toda costa.

Que no les dé miedo salirse de un cine, apagar el televisor o cambiar la





queremos controlar nuestras acciones, debemos controlar lo que pensamos”. Hermanos, llenen sus mentes de buenos pensamientos y sus acciones serán apropiadas. Ruego que cada uno de ustedes pueda hacer eco sincero de la frase de Tennyson, pronunciada por el caballero Galahad: “Tengo la fuerza de diez porque mi corazón es puro”<sup>7</sup>.

Hace poco, el autor de un ensayo sobre la sexualidad de los adolescentes resumió su investigación diciendo que la sociedad da a los jóvenes mensajes confusos: la propaganda y los medios de comunicación transmiten “mensajes sumamente fuertes de que la actividad sexual es aceptable y admisible”, persuasiones que a veces sofocan las advertencias de los expertos y las súplicas de los padres. El Señor derriba todos esos mensajes con palabras claras y precisas cuando nos declara: “Sed limpios”<sup>8</sup>.

Cuando sobrevenga la tentación, recuerden el sabio consejo del apóstol Pablo, quien declaró: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”<sup>9</sup>.

Cuando se les confirmó miembros de la Iglesia, recibieron el derecho a la compañía del Espíritu Santo. Él los puede ayudar a tomar decisiones correctas. Cuando tengan pruebas o tentaciones, no tienen por qué sentirse solos. Recuerden que la oración es el pasaporte al poder espiritual.

Si alguno ha tropezado a lo largo del camino, hay una manera de volver. El proceso se llama arrepentimiento. Nuestro Salvador murió para proporcionarnos a ustedes y a mí ese bendito don. Aunque la senda es difícil, la promesa es verdadera: “...aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos”<sup>10</sup>.

No arriesguen perder la vida eterna. Guarden los mandamientos de Dios. Si han pecado, cuanto más pronto empiecen a tratar de volver, tanto más pronto encontrarán la dulce paz y el

estación de radio si lo que se está presentando no concuerda con las normas del Padre Celestial. En una palabra, si no están seguros de que una película, un libro o cualquier otra forma de diversión sea apropiada, no la vean, no lo lean ni participen en ella.

El apóstol Pablo declaró: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?... el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”<sup>6</sup>. Hermanos, es nuestra responsabilidad mantener nuestros templos limpios y puros.

Las drogas ilícitas, el uso indebido de las drogas lícitas, el alcohol, el café, el té y los productos de tabaco destruyen el bienestar físico, mental y espiritual. Cualquier forma de alcohol es perjudicial para su espíritu y su cuerpo. El tabaco los puede esclavizar, debilitar sus pulmones y acortarles la vida.

La música los puede ayudar a acercarse a su Padre Celestial; se puede utilizar para educar, edificar, inspirar y unir. Sin embargo, la música, por su tempo, ritmo, intensidad y letra, puede entorpecer su sensibilidad espiritual. Ustedes simplemente no se pueden dar el lujo de llenar su mente de música indigna.

Debido a que la intimidad sexual es tan sagrada, el Señor requiere el auto dominio y la pureza antes del matrimonio, al igual que la plena fidelidad después del matrimonio. En el noviazgo y las salidas en pareja, traten con respeto a su pareja y exijan ese mismo respeto. La transgresión inevitablemente va seguida de lágrimas.

El presidente David O. McKay, noveno Presidente de la Iglesia, aconsejó: “Les imploro que tengan pensamientos puros”. Después declaró esta importante verdad: “Toda acción va precedida de un pensamiento. Si



gozo que se reciben con el milagro del perdón. La felicidad se logra al vivir como el Señor desea que vivamos y al servir a Dios y a los demás.

Muchas veces la fortaleza espiritual se logra por medio del servicio abnegado. Hace años visité lo que en aquel entonces era la Misión California, donde entrevisté a un joven misionero del estado de Georgia. Recuerdo que le pregunté: “¿Les escribe a sus padres todas las semanas?”.

Contestó: “Sí, hermano Monson”.

Entonces pregunté: “¿Le agrada recibir cartas de su casa?”.

No contestó. Después de un rato, pregunté: “¿Cuándo fue la última vez que recibió una carta de casa?”.

Con voz trémula, respondió: “Nunca he recibido una carta de casa; papá sólo es diácono y mamá no es miembro de la Iglesia. Me rogaron que no viniera; dijeron que si salía a una misión, no me escribirían. ¿Qué debo hacer, hermano Monson?”.

En silencio ofrecí una oración a mi Padre Celestial: “¿Qué le digo a este joven siervo Tuyo, que ha sacrificado todo para servirte?”. La inspiración llegó; le dije: “Élder, escriba una carta a sus padres todas las semanas de su misión; cuénteles lo que está haciendo; dígales cuánto los quiere y después expreseles su testimonio”.

Él preguntó: “¿Entonces me escribirán?”.

Le respondí: “Entonces le escribirán”.

Nos despedimos y seguí mi camino. Meses más tarde, me encontraba en una conferencia de estaca en el sur de California cuando un joven misionero se me acercó y me dijo: “Hermano Monson, ¿se acuerda de mí? Soy el misionero que no había recibido carta de mi madre ni de mi padre durante los primeros nueve meses de la misión. Usted me dijo: ‘Escriba una carta a sus padres todas las semanas, élder, y sus padres le escribirán’”. Entonces preguntó: “¿Recuerda esa promesa, élder Monson?”.

Sí recordaba, y le pregunté: “¿Ha tenido noticias de sus padres?”.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de cartas atadas con una goma elástica; tomó la carta de arriba del montón y dijo: “¿Qué si me han escrito? Escuche esto de mi madre: ‘Hijo, disfrutamos tanto de tus cartas. Estamos orgullosos de ti, nuestro misionero. ¿Sabes una cosa? A tu papá lo ordenaron presbítero, y se está preparando para bautizarme. Estoy recibiendo las lecciones de los misioneros, y dentro de un año queremos ir a California cuando termines la misión porque, junto contigo, queremos ser una familia

eterna yendo al templo del Señor’”. Ese joven misionero preguntó: “Hermano Monson, ¿contesta siempre nuestro Padre Celestial las oraciones y cumple las promesas de los apóstoles?”.

Le contesté: “Cuando alguien tiene la fe que usted ha demostrado, nuestro Padre Celestial oye y contesta las oraciones a Su propia manera”.

Unas manos limpias, un corazón puro y una mente dispuesta habían conmovido al cielo. Una bendición de los cielos había contestado la ferviente oración del humilde corazón de un misionero.

Hermanos, ruego que vivamos de tal modo que nosotros también podamos conmover al cielo y ser igualmente bendecidos, cada uno de nosotros, en el nombre del Dador de toda bendición, aun Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. “Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio”, *Himnos*, núm. 206.
2. *Para la Fortaleza de la Juventud*, librito, 2001, págs. 24, 25.
3. Miguel de Cervantes, en John Bartlett, comp., *Familiar Quotations*, 14a. edición, 1968, pág. 197.
4. Éxodo 20:7.
5. Artículos de Fe 1:13.
6. 1 Corintios 3:16–17.
7. Alfred Lord Tennyson, en *Familiar Quotations*, pág. 647.
8. Doctrina y Convenios 38:42.
9. 1 Corintios 10:13.
10. Isaías 1:18.





**Por el presidente Dieter F. Uchtdorf**  
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

## “Ustedes son Mis manos”

*Como discípulos de Jesucristo, nuestro Maestro, se nos llama a apoyar y a sanar en vez de condenar.*

Se cuenta que en el bombardeo de una ciudad durante la Segunda Guerra Mundial una estatua de Jesucristo resultó sumamente dañada. Cuando los habitantes hallaron la estatua entre los escombros, se lamentaron porque había sido un amado símbolo de su fe y de la presencia de Dios en su vida.

Los expertos lograron reparar la mayor parte de la estatua, pero las manos estaban tan dañadas que no las pudieron restaurar. Algunos sugirieron contratar a un escultor para que hiciera manos nuevas, pero otros querían dejarla así, como recordatorio permanente de la tragedia de la guerra. Al final, la estatua permaneció sin manos; sin embargo, la gente de la ciudad agregó en la base de la estatua de Jesucristo una placa con estas palabras: “Ustedes son Mis manos”.

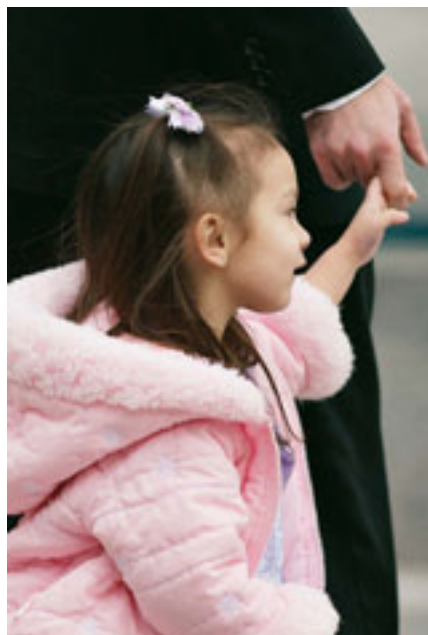
### **Nosotros somos las manos de Cristo**

Esa historia encierra una profunda lección. Cuando pienso en el Salvador, a menudo me lo imagino con las manos extendidas para consolar, sanar, bendecir y amar. Él siempre hablaba *con* la gente, y no les hablaba *mal*.

Amaba a los humildes y a los mansos y anduvo entre ellos, ministrándoles y ofreciendo esperanza y salvación.

Eso es lo que hizo durante Su vida mortal; es lo que estaría haciendo si viviera entre nosotros hoy; y es lo que debemos estar haciendo como discípulos Suyos y miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Esta hermosa mañana de Pascua de Resurrección, nuestros pensamientos y corazones se dirigen hacia Él, la Esperanza de Israel y la Luz del Mundo.



Al emular Su ejemplo perfecto, nuestras manos pueden ser Sus manos; nuestros ojos, Sus ojos; y nuestro corazón, Su corazón.

### **Nuestras manos pueden abrazar**

Me admira profundamente la forma en que los miembros de la Iglesia se ponen a disposición de los demás. Cuando nos enteramos de sus sacrificios desinteresados y de su enorme compasión, nuestros corazones se llenan de gratitud y felicidad. Ustedes son una luz brillante para el mundo, y se les conoce por su bondad y compasión en todo el planeta.

Desafortunadamente, de vez en cuando también nos enteramos de miembros que se desaniman y que posteriormente dejan de ir a las reuniones de la Iglesia y de participar en ellas porque no se sienten integrados.

Cuando yo era pequeño, después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania estaba destruida y en ruinas. Había mucha gente hambrienta, enferma y moribunda. Recuerdo bien los envíos humanitarios de alimentos y ropa que llegaron de la Iglesia en Salt Lake City. Hasta el día de hoy, puedo recordar el olor de la ropa y aún puedo probar la dulzura de los duraznos enlatados.

Algunos se unieron a la Iglesia por los bienes que recibían en esa época. Algunos de los miembros menospreciaban a esos nuevos conversos; incluso les dieron un apodo ofensivo: *Büchsen Mormonen*, o “Mormones Enlatados”. Resentían a esos nuevos miembros porque creían que una vez satisfechas sus necesidades temporales, se apartarían.

Aunque algunos sí se fueron, muchos se quedaron: vinieron a la Iglesia, probaron la dulzura del Evangelio y sintieron el tierno abrazo de buenos hermanos y hermanas. Descubrieron un “hogar”. Y ahora, tres o cuatro generaciones después, el origen de muchas familias en la Iglesia se remonta a esos conversos.

Espero que recibamos y amemos a todos los hijos de Dios, incluso a los que tal vez tengan otra apariencia o forma de vestir, de hablar y de hacer



las cosas. No está bien hacer sentir a los demás como si fuesen deficientes; elevemos a los que nos rodean. Extendamos una mano de bienvenida. Depositemos sobre nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia una medida especial de humanidad, compasión y caridad para que los haga sentir que, después de tanto tiempo, por fin han llegado a casa.

Cuando sintamos la tentación de juzgar, pensemos en el Salvador, quien “ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a *todos* los hombres a él...”

“[Y] Él dice: Venid a mí, vosotros, todos los extremos de la tierra... [porque] *todo* hombre tiene tanto privilegio como cualquier otro, y nadie es excluido”<sup>1</sup>.

Al leer las Escrituras, me parece que los que reciben la más fuerte reprimenda del Salvador son con frecuencia los que se consideran a sí mismos en gran estima a causa de su riqueza, influencia o supuesta rectitud.

En una ocasión, el Salvador enseñó una parábola de dos hombres que fueron al templo a orar. Uno de ellos, un respetado fariseo, oró: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano”.

El otro, un odiado publicano, se detuvo a cierta distancia, “no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, ten compasión de mí, pecador”.

Y Jesús dijo: “Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro”<sup>2</sup>.

En verdad, “todos [hemos pecado] y [estamos] destituidos de la gloria de Dios”<sup>3</sup>; todos necesitamos misericordia. En el día final, cuando se nos llame ante el tribunal de Dios, ¿no esperamos que se nos perdonen todas nuestras imperfecciones? ¿No añoramos sentir el abrazo del Salvador?

Lo apropiado y lo correcto es que hagamos a los demás lo que tanto deseamos para nosotros mismos.

No sugiero que aceptemos el pecado ni que pasemos por alto el mal en



nuestra vida personal ni en el mundo; sin embargo, en nuestro afán, a veces confundimos el pecado con el pecador y condenamos con demasiada prisa y con muy poca compasión. Sabemos por las revelaciones modernas que “el valor de las almas es grande a la vista de Dios”<sup>4</sup>. No podemos calcular el valor de otra alma así como no podemos medir la extensión del universo. Toda persona que conocemos es de suma importancia para nuestro Padre Celestial. Una vez que lo entendamos, podemos comenzar a comprender cómo debemos tratar a nuestros semejantes.

Una mujer que había pasado años de pruebas y dolor dijo a través de las lágrimas: “He llegado a comprender que soy como un viejo billete de 20 dólares: arrugada, hecha trizas, sucia, maltratada y cicatrizada; pero sigo siendo un billete de 20 dólares. Tengo valor. Aunque parezca que no valgo nada, y aunque me hayan golpeado y maltratado, todavía tengo un valor íntegro de 20 dólares”.

#### **Nuestras manos pueden consolar**

Con esto en mente, extendamos nuestros corazones y nuestras manos en compasión hacia los demás, porque todos andan por su propio sendero difícil. Como discípulos de Jesucristo, nuestro Maestro, se nos llama a apoyar y a sanar en vez de condenar. Se nos manda “llorar con los que lloran” y “consolar a los que necesitan de consuelo”<sup>5</sup>.

Como cristianos, es indigno de nosotros pensar que los que sufren se merecen su sufrimiento. El domingo de Pascua de Resurrección es un buen día para recordar que nuestro Salvador voluntariamente tomó sobre Sí el dolor, la enfermedad y el sufrimiento de todos, incluso los que parecemos merecer nuestro sufrimiento<sup>6</sup>.

En el libro de Proverbios leemos que “en todo tiempo ama un amigo, y el hermano nace para el tiempo de angustia”<sup>7</sup>. Amemos en todo momento y, en especial, tendamos una mano a nuestros hermanos y hermanas durante épocas de angustia.



### El verdadero amor requiere acción

El verdadero amor requiere acción. Podemos hablar del amor todo el día —escribir notas o poemas que lo proclamamos, entonar canciones que lo alaben y predicar sermones que lo promuevan— pero hasta que no manifestemos ese amor con hechos, nuestras palabras no son más que “metal que resuena o címbalo que retiñe”<sup>11</sup>.

Cristo no sólo habló del amor, sino que lo demostró cada día de Su vida. No se alejó de las multitudes, sino que al estar entre la gente Jesús sirvió a las personas individualmente. Rescató al perdido. No enseñó simplemente una lección acerca de dar servicio con amor para después delegar el trabajo a los demás. No sólo enseñó sino que también nos demostró cómo “[socorrer] a los débiles, [levantar] las manos caídas y [fortalecer] las rodillas debilitadas”<sup>12</sup>.

Cristo sabe cómo ministrar a los demás con perfección. Cuando el Salvador extiende Sus manos, aquellos a los que toca son edificados y por ello llegan a ser personas más excelentes, más fuertes y mejores.

Si nosotros somos Sus manos, ¿no debemos hacer lo mismo?

### Nosotros podemos amar como Él amó

El Salvador reveló las perfectas prioridades para nuestra vida, nuestros hogares, nuestros barrios, nuestras comunidades y naciones cuando habló del amor como el gran mandamiento del cual “dependen toda la ley y los profetas”<sup>13</sup>. Podemos pasar los días obsesionándonos por los más ínfimos detalles de la vida y de la ley, y con una larga lista de cosas por hacer; pero si desatendemos los grandes mandamientos, no hemos entendido y somos nubes sin agua, las cuales son llevadas de acá para allá por los vientos; árboles... sin fruto<sup>14</sup>.

Sin ese amor por Dios el Padre y por nuestros semejantes, somos únicamente la forma de Su Iglesia, pero no la substancia. ¿De qué sirve nuestra enseñanza sin amor? ¿De qué sirve la obra misional, del templo o de Bienestar sin amor?

### Nuestras manos pueden dar servicio

Una antigua leyenda judía cuenta de dos hermanos, Abram y Zimri, que tenían un campo que trabajaban juntos. Acordaron dividir la labor y la cosecha en partes iguales. Una noche, al terminar la cosecha, Zimri no podía dormir porque no parecía justo que Abram, que tenía una esposa y siete hijos a quienes mantener, recibiera sólo la mitad de la cosecha, mientras que él, que estaba solo, tuviera tanto.

Así que Zimri se vistió y calladamente se fue al campo, donde tomó una tercera parte de su cosecha y la colocó en la porción de su hermano. Después regresó a acostarse, satisfecho de que había hecho lo correcto.

Mientras tanto, Abram tampoco podía dormir. Pensó en su pobre hermano Zimri, que estaba muy solo y no tenía hijos para ayudarlo con su labor. No le parecía justo que Zimri, que

trabajaba tanto por sí mismo, recibiera sólo la mitad de la cosecha. Eso seguramente no complacía a Dios. Así que Abram fue en silencio al campo, tomó una tercera parte de su cosecha y la puso en la porción de su amado hermano.

A la mañana siguiente, los hermanos fueron al campo y se asombraron al ver que sus porciones todavía parecían ser del mismo tamaño. Esa noche los dos salieron de sus casas para repetir lo que habían hecho la noche anterior, pero esta vez se descubrieron el uno al otro, y cuando eso sucedió, lloraron y se abrazaron. Ninguno pudo hablar, porque sus corazones rebotaban de amor y gratitud<sup>8</sup>.

Ése es el espíritu de la compasión: que amemos a los demás como a nosotros mismos<sup>9</sup>, que procuremos su felicidad y hagamos con ellos lo que esperaríamos que ellos hicieran con nosotros<sup>10</sup>.







# Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

## LA PRIMERA PRESIDENCIA

Abril de 2010



Henry B. Eyring  
Primer Consejero



Thomas S. Monson  
Presidente



Dieter F. Uchtdorf  
Segundo Consejero

## EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packard



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen



Ronald A. Rasband



Claudio R. M. Costa



Steven E. Snow



Walter F. González



L. Whitney Clayton



Joy E. Jensen



Donald L. Hallstrom

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA



Marcos A. Adiklanis



Carlos H. Amado



Mervyn B. Arnold



David S. Baxter



Shayne M. Bowen



Gérald Causse



Yoon Hwon Choi



Craig C. Christensen



Gary J. Coleman



Spencer J. Condie



Wilford W. Andersen



Koichi Aoyagi



Todd R. Callister



Craig A. Corbin



Lawrence E. Corbridge



Benjamin De Hoyos



John B. Dickeyson



Kevin R. Durcan



David F. Evans



Enrique P. Falabella



Eduardo Gavaret



Carlos A. Govey



Christófolo Golden Jr.



Gerrit W. Gong



Bruce A. Grison



Don R. Clarke



Keith R. Edwards



Stanley G. Ellis



C. Scott Grow



Bruce C. Hafen



James J. Homula



Keith K. Hilbig



Richard G. Hinkleley



Marlin K. Jensen



Daniel L. Johnson



Kenneth Johnson



Paul V. Johnson



Patrick Kearon



Bradley D. Foster



Larry W. Gibbons



Spencer V. Jones



Won Young Ko



Yoshihiko Kikuchi



Paul E. Koelliker



Erich W. Kopischke



Richard J. Moynes



Marcus B. Nusch



Brent H. Nielson



Glenn L. Pace



Allan F. Packer



Kevin W. Pearson



Anthony D. Perkins



Larry R. Lawrence



Per G. Molim



James B. Marritino



Jairo Mazzagorani



Paul B. Pieper



Rafael E. Pino



Bruce D. Ponier



Carl B. Pratt



Dale G. Reinlund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Scharf



Ulisses Soares



Wolfgang H. Paul



Kent F. Richards



Gregory A. Schwitzer



Lowell M. Snow



Gary E. Stevenson



Michael John U. Teb



José A. Teixeira



Octaviano Tenorio



Juan A. Uceda



Francisco J. Virias



William R. Walker



F. Michael Watson



Lance B. Wickman



Jorge F. Zaballón



Paul K. Szyrowsky



Kent D. Watson

EL SEGUNDO QUÓRUM DE LOS SETENTA



Claudio D. Živic



W. Craig Zwick

**EL OBISPO PRESIDENTE**

Richard C. Edgley  
Primer Consejero

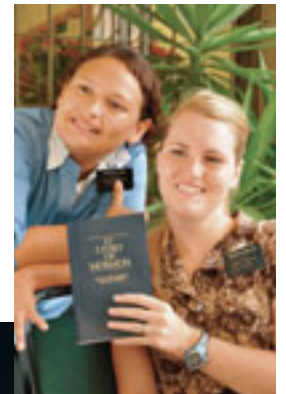
H. David Burton  
Obispo Presidente

Keith B. McMullin  
Segundo Consejero





**Miembros de la Iglesia se reúnen en todo el mundo para la Conferencia General Anual número 180. Desde arriba, de izquierda a derecha, y terminando en el centro, aparecen Santos de los Últimos Días de Navotas, Filipinas; Carcasona, Francia; Formosa, Argentina; São Paulo, Brasil; São Paulo, Brasil; Santiago, Chile; y Praga, República Checa.**





El amor es lo que inspiró a nuestro Padre Celestial a crear nuestros espíritus; es lo que llevó a nuestro Salvador al Jardín de Getsemaní para ser Él mismo el rescate por nuestros pecados. El amor es el gran motivo del plan de salvación; es la fuente de felicidad, la siempre renovadora primavera de la curación, la valiosa fuente de la esperanza.

Al extender nuestras manos y nuestro corazón hacia los demás con amor cristiano, nos sucede algo maravilloso. Nuestro propio espíritu llega a ser sanado y se vuelve más refinado y fuerte. Somos más felices, más pacíficos y más receptivos a los susurros del Santo Espíritu.

Con todo mi corazón y mi alma agradezco a nuestro Padre Celestial Su amor por nosotros, el don de Su Hijo, la vida y el ejemplo de Jesús el Cristo y Su sacrificio desinteresado y sin pecado. Me regocijo en el hecho de que Cristo no está muerto, isino que se ha levantado del sepulcro! Él vive y ha regresado a la tierra para restaurar Su autoridad y Evangelio al hombre. Nos ha dado el ejemplo perfecto de la clase de hombres y mujeres que debemos ser.

En este domingo de Pascua de Resurrección, y todos los días, al contemplar con reverencia y asombro la forma en que nuestro Salvador nos abraza, nos consuela y nos sana, comprometámonos a ser Sus manos, para que, por medio de nosotros, las demás personas sientan Su amoroso abrazo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. 2 Nefi 26:24, 25, 28; cursiva agregada.
2. Véase Lucas 18:9–14.
3. Romanos 3:23.
4. Doctrina y Convenios 18:10.
5. Véase Mosíah 18:9.
6. Véase Alma 7:11–3; Doctrina y Convenios 19:16.
7. Proverbios 17:17.
8. Véase Clarence Cook, “Abram and Zimri”, en *Poems by Clarence Cook*, 1902, págs. 6–9.
9. Véase Mateo 22:39.
10. Véase Mateo 7:12.
11. 1 Corintios 13:1.
12. Doctrina y Convenios 81:5.
13. Mateo 22:40.
14. Véase Judas 1:12.



Por el élder Richard G. Scott  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## ¡Él vive, y yo lo honraré!

*Nuestro entendimiento de la expiación de Jesucristo y nuestra fe en ella proporcionarán la fortaleza y la capacidad necesarias para tener una vida de éxito.*

Es la mañana de Pascua, ese día santo designado en todo el cristianismo para conmemorar la victoria de Jesucristo sobre la muerte. Su resurrección rompió lo que hasta ese punto habían sido las rígidas cadenas de la muerte. Él abrió el sendero por medio del cual cada uno de los hijos del Padre Celestial que nace en la tierra tuviera la oportunidad de levantarse de la muerte y vivir otra vez.

Cuánto debe haberse regocijado nuestro Padre Celestial ese día sagrado, cuando Su Hijo, totalmente obediente y completamente digno, destrozó las cadenas de la muerte. ¿Qué propósito eterno habría tenido el plan de felicidad de nuestro Padre si no hubiese cobrado vida mediante la Expiación eterna e infinita de Su obediente y glorioso Hijo? ¿Qué propósito eterno hubiera tenido la Creación de la tierra, donde las inteligencias revestidas de espíritu recibirían un cuerpo, si la muerte fuese el fin de la existencia y nadie resucitara? Qué momento glorioso fue el de esa mañana para todos los que entendieron su significado.

La Pascua es esa época sagrada en la que el corazón de cada cristiano

devoto se vuelve en humilde gratitud hacia nuestro amado Salvador. Es una época que debería llevar paz y gozo a todos los que lo aman y lo demuestran al obedecer Sus mandamientos. La Pascua trae pensamientos de Jesús, de Su vida, de Su Expiación, de Su resurrección, de Su amor. Él se ha levantado de los muertos “con [sanidad] en sus alas” (Malaquías 4:2; 3 Nefi 25:2). Ah, cuánto necesitamos todos esa sanidad que el Redentor puede proporcionar. El mío es un mensaje de esperanza basado en los principios comprendidos en las enseñanzas del Maestro de maestros, Jesucristo.

Los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entienden más plenamente el alcance de la sanidad que proporciona Su Expiación porque tenemos la plenitud de Su doctrina. Nos damos cuenta de que lo que Él ha hecho voluntariamente con sufrimiento y sacrificio inmensos nos afectará no sólo en esta vida, sino a lo largo de toda la eternidad.

En esta Pascua, cuando recuerdes la Resurrección y el precio que se pagó y la dádiva que se dio mediante



Sus mandamientos obtendrán las bendiciones más gloriosas que se pueda imaginar.

Sin la Expiación, el plan de felicidad del Padre Celestial no podría haberse llevado a efecto en su plenitud. La Expiación da toda oportunidad de superar las consecuencias de errores cometidos en la vida. Cuando obedecemos una ley, recibimos una bendición. Cuando quebrantamos una ley, no hay nada que haya sobrado de la obediencia anterior que satisfaga las demandas de la justicia por dicha ley quebrantada. La expiación del Salvador nos permite arrepentirnos de cualquier desobediencia y así evitar la pena que la justicia nos hubiera impuesto.

Mi reverencia y gratitud para con la Expiación del Santo de Israel, el Príncipe de Paz y nuestro Redentor, continúan expandiéndose a medida que me esfuerzo por entender más acerca de la Expiación. Me doy cuenta de que ninguna mente mortal puede concebir adecuadamente, ni puede lengua humana expresar con propiedad, el significado total de todo lo que Jesucristo ha hecho por los hijos de nuestro Padre Celestial mediante Su Expiación. Aún así, es vital que cada uno de nosotros aprenda lo que pueda acerca de ella. La Expiación es ese ingrediente esencial del plan de felicidad de nuestro Padre Celestial sin el cual ese plan no se podría haber activado. Tu entendimiento de la Expiación y la perspectiva que ésta te proporcione realzarán grandemente el uso productivo de todo el conocimiento, la experiencia y las aptitudes que adquieras en tu vida mortal.

Pienso que sería instructivo tratar de imaginar lo que la Expiación requirió tanto del Padre como de Su obediente Hijo. Tres de los desafíos que afrontó el Salvador fueron:

Primero, un enorme sentido de responsabilidad, puesto que Él comprendía que si ésta no se llevaba a cabo perfectamente ninguno de los hijos de Su Padre Celestial podría regresar a Él. Serían desterrados para siempre de Su presencia dado que no habría forma de arrepentirse de leyes quebrantadas y porque ninguna cosa impura puede

la Expiación, medita en lo que las Escrituras enseñan sobre esos acontecimientos sagrados. Tu testimonio personal de esa realidad se fortalecerá. Ésos deben ser más que principios que memorices, deben entretenerse en cada fibra de tu ser como un poderoso baluarte contra la creciente marea de la abominación que infecta nuestro mundo.

El profeta Lehi declaró una profunda verdad cuando dijo: “Por tanto, la redención viene en el Santo Mesías y por medio de él, porque él es lleno de gracia y de verdad. He aquí, él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley” (2 Nefi 2:6–7). Esa Escritura

indica que para los orgullosos y los altaneros es como si nunca se hubiera efectuado una Expiación.

Jesucristo vive; Él es nuestro Salvador, nuestro Redentor. Él es un ser glorioso, resucitado; tiene la capacidad de comunicar un amor que es tan poderoso, tan conmovedor que sobrepasa la capacidad de la lengua humana para expresarlo en forma adecuada. Él dio Su vida para romper las ligaduras de la muerte. Su Expiación hizo que se activara plenamente el plan de felicidad de Su Padre Celestial.

Jesús administra el balance que existe entre la justicia y la misericordia, lo que está condicionado por nuestra obediencia a Su evangelio. Él es la luz para toda la humanidad. Él es la fuente de toda verdad. Él cumple con todas Sus promesas. Todos los que obedecen



existir en la presencia de Dios. El plan de Su Padre habría fracasado y cada hijo espiritual habría estado bajo el control y el tormento eternos de Satanás.

Segundo, en Su mente y corazón absolutamente puros, Él tuvo que sentir personalmente las consecuencias de todo lo que la humanidad afrontaría, incluso los pecados más depravados e infames.

Tercero, Él tenía que soportar los despiadados ataques de las hordas de Satanás mientras se encontraba presionado al límite física y emocionalmente. Entonces, por razones que no conocemos plenamente, mientras se encontraba en el extremo de Su capacidad, en el momento en que el Salvador más necesitaba socorro, Su Padre permitió que Él cargara la onerosa responsabilidad sólo con Su propia fortaleza y capacidad.

Trato de imaginar qué momento de intenso dolor debe haber sido para nuestro Padre Celestial cuando el Salvador clamó desde la cruz: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Yo no creo que el Padre Celestial haya abandonado a Su Hijo en la cruz. Sí creo que la exclamación surgió cuando el Hijo sintió que le faltaba el apoyo sustentador que siempre había gozado de Su Padre. Su Padre sabía que el Salvador debía llevar a cabo la Expiación total y completamente por Sí solo, sin apoyo externo. El Padre no abandonó a Su Hijo. Él hizo posible que Su Hijo perfecto ganara los frutos eternos de la Expiación.

Ninguno de nosotros podrá apreciar jamás adecuadamente en la vida mortal la plenitud de las consecuencias beneficiosas de la Expiación.

Existe la necesidad imperativa de que cada uno de nosotros fortalezca su entendimiento sobre el significado de la expiación de Jesucristo para que llegue a ser un fundamento inquebrantable sobre el cual edificar nuestras vidas. A medida que el mundo llegue a ser más carente de normas fundamentales, y el honor, la virtud y la pureza se dejen cada vez más a un lado para ir en pos de apetitos,



nuestro entendimiento de la expiación de Jesucristo y nuestra fe en ella proporcionarán la fortaleza y la capacidad necesarias para tener una vida de éxito. Ello también traerá confianza en épocas de prueba y paz en momentos de confusión.

Con gran energía, te animo a establecer un plan de estudio personal para entender y apreciar mejor las incomparables, eternas e infinitas consecuencias del cumplimiento perfecto del llamamiento divinamente designado de Jesucristo como nuestro Salvador y Redentor. La meditación personal profunda de las Escrituras, acompañada de la oración inquisitiva y sincera, fortalecerá tu entendimiento y tu agradecimiento por Su Expiación invaluable. Otro medio poderoso para aprender de Jesucristo y Su

Expiación es mediante la asistencia constante al templo.

Que cada uno de nosotros renueve su determinación de enseñar principios verdaderos dentro de la santidad de nuestros hogares. Al hacer eso, proporcionaremos la oportunidad más grande de felicidad a los espíritus que se hayan confiado a nuestro cuidado. Utilicen la Iglesia como una herramienta de rectitud para fortalecer el hogar, pero reconozcan que, como padres, tenemos la responsabilidad y el privilegio primordiales de ser guiados por el Señor en la crianza de los hijos espirituales que Él nos ha confiado a nuestro cuidado.

La importancia vital de enseñar la verdad en el hogar es fundamental. La Iglesia es importante, pero es en el hogar donde los padres proporcionan el

entendimiento y la dirección requeridos para los hijos. Se ha dicho con toda justicia que los llamamientos más importantes por tiempo y eternidad son los de padre y madre. Con el tiempo, se nos relevará de toda otra asignación, pero nunca de la que tenemos como padre o madre.

Cuando medites, no sólo cuando leas, sino cuando medites y reflexiones en los pasajes de las Escrituras, el poder del Espíritu Santo destilará verdades en tu mente y tu corazón como un fundamento seguro en estos tiempos de incertidumbre en los que vivimos. Como padre o madre, prepara a tus hijos para los desafíos que ellos encontrarán. Enséñales la verdad, anímalos a vivirla y ellos estarán bien, sin importar cuán fuerte sea sacudido el mundo.

En esta Pascua, toma la resolución de hacer que el Señor Jesucristo sea el centro de tu hogar. Asegúrate de que cada decisión que tomes, ya sea de naturaleza espiritual o física, sea guiada por el pensamiento: “¿Qué desearía el Señor Jesucristo que yo hiciera?”. Cuando el Salvador es el centro de tu hogar, éste se llena de paz y serenidad; hay un espíritu de segura calma que domina el hogar y la sienten tanto los niños como los adultos.

La mejor manera de realizar un cambio permanente para bien es hacer que Jesucristo sea tu modelo y que Sus enseñanzas sean tu guía para la vida.

Si has sido desobediente a Sus mandamientos y te sientes indigno, reconoce que fue por eso que el Señor Jesucristo dio Su vida. Mediante Su expiación, Él ha abierto para siempre la oportunidad de vencer esos errores, de arrepentirnos de decisiones impropias y de conquistar los efectos negativos de una vida contraria a Sus enseñanzas.

El Salvador nos ama a cada uno de nosotros y hará posible que se satisfaga toda necesidad nuestra al hacernos merecedores, mediante la obediencia, de todas las bendiciones que Él quiere que tengamos en esta tierra. Yo lo amo y lo adoro. Como Su siervo autorizado, testifico solemnemente con todas las facultades de mi ser que Él vive, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Donald L. Hallstrom

De la Presidencia de los Setenta

## Volverse al Señor

*Nunca permitan que una circunstancia terrenal los incapacite espiritualmente.*

Hace muchos años, fui testigo de una experiencia desgarradora, la cual se convirtió en una tragedia. La llegada del primer hijo de una joven pareja estaba cerca. Su vida estaba llena de expectativas y entusiasmo debido a esa extraordinaria experiencia. Durante el parto, se presentaron algunas complicaciones y el bebé falleció. La congoja se convirtió en un profundo dolor, el profundo dolor en enojo, el enojo en recriminación y la recriminación en venganza contra el médico, a quien consideraban totalmente responsable. Los padres y otros familiares se involucraron mucho en el asunto y juntos procuraron arruinarle la reputación y la carrera al médico. A medida que las semanas y luego los meses de amargura iban consumiendo a la familia, su amargura se extendió hasta el Señor. “¿Cómo es que Él permitió que ocurriera algo tan horrible?”. Rechazaron el reiterado empeño de los líderes y los miembros de la Iglesia en consolarlos emocional y espiritualmente y, con el tiempo, se desvincularon de la Iglesia. Ya van cuatro generaciones de esa familia que resultan afectadas. Donde una vez hubo fe y devoción hacia el Señor y Su Iglesia, no ha habido actividad espiritual por parte de ningún integrante de la familia durante décadas.

A menudo, en las circunstancias más difíciles de la vida, hay sólo una fuente de paz: el Príncipe de Paz, Jesucristo; Él extiende Su gracia con la invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Además promete: “Mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14:27).

Mis abuelos paternos tuvieron dos hijos: un varón (mi padre) y una mujer. Después de prestar servicio en una misión y en el servicio militar en Hawai, mi padre volvió a las islas en 1946 para establecerse profesionalmente y criar a su familia. Sus padres vivían en Salt Lake City, al igual que su hermana. Ella se casó en 1946 y cuatro años más tarde estaba embarazada. Esto es algo muy especial para los padres cuya hija (en este caso, su única hija) está por dar a luz por primera vez. Nadie sabía que estaba esperando gemelos. Lamentablemente, ella y los gemelos fallecieron durante el parto.

Mis abuelos estaban devastados; sin embargo, su profundo dolor los volvió de inmediato hacia el Señor y Su Expiación. Sin pensar demasiado en por qué había sucedido algo así ni en quién tenía la culpa, se concentraron en llevar una vida recta. Mis abuelos nunca tuvieron riquezas, nunca estuvieron entre la élite social, nunca



ocuparon posiciones elevadas en la Iglesia; sencillamente eran Santos de los Últimos Días devotos.

En 1956, después de jubilarse profesionalmente, se mudaron a Hawai para estar junto a su única posteridad. Durante las décadas que siguieron, amaron a su familia, prestaron servicio en la Iglesia y, principalmente, disfrutaron de estar juntos. No les gustaba separarse e incluso hablaban de que quien muriese primero debería buscar la manera de ayudar a que se reunirían pronto. Cuando estaban cerca de cumplir noventa años, tras 65 años de matrimonio, fallecieron con pocas horas de diferencia por causas naturales. Dado que era su obispo, yo dirigí el

funeral doble.

La fidelidad del abuelo Art y la abuela Lou, en especial al enfrentar dificultades, ha influido en las cuatro generaciones que ya han pasado. Influyó de manera directa y profunda en su hijo (mi padre) y en mi madre cuando su propia hija, la menor, falleció debido a complicaciones causadas al dar a luz. A los 34 años, falleció diez días después del parto, y dejó cuatro hijos, que tenían entre diez días y ocho años. Gracias al ejemplo que habían visto en la generación anterior, mis padres —sin vacilar— se volvieron al Señor en busca de consuelo.

En todo el mundo y entre los miembros de la Iglesia, abundan el

gozo y el dolor. Ambos son parte del plan. Sin uno, no podemos conocer el otro. “...existen los hombres para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25) y “porque es preciso que haya una oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11) no son conceptos contradictorios, sino que se complementan. Alma, hijo, al describir cómo se sintió cuando se volvió al Señor, dijo: “...mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor” (Alma 36:20).

A algunas personas las vencen los problemas graves; otras dejan que las cosas pequeñas se vuelvan grandes. Symonds Ryder, que era un líder campbelita, se enteró de la existencia de la Iglesia y tuvo una reunión con José Smith. Conmovido por la experiencia, se unió a la Iglesia en junio de 1831. Inmediatamente después, fue ordenado élder y llamado a prestar servicio en una misión. Sin embargo, en su carta de llamamiento de la Primera Presidencia, y en su comisión oficial para predicar, escribieron mal su nombre: se equivocaron en una letra. Su apellido figuraba como R-i-d-e-r, y no R-y-d-e-r, que era lo correcto. Eso lo llevó a cuestionar su llamamiento y a aquellos de quienes éste procedía. Decidió no ir a la misión y apostató, lo cual no demoró en conducirlo al odio y a una gran oposición contra José y la Iglesia. En marzo de 1832, cuando, durante la noche, una enfurecida turba tomó por la fuerza a José Smith y a Sidney Rigdon de la casa, y los untaron con brea y los cubrieron con plumas, se escuchó una voz que gritaba: “Simonds, Simonds [sic.], *¿dónde está el balde de brea?*” (*History of the Church*, Tomo I, págs. 262–263). En menos de diez meses, Symonds Ryder pasó de ser un converso entusiasta a ser el líder de una turba; su deterioro espiritual comenzó cuando se sintió ofendido porque se habían equivocado en una letra de su nombre. Sin importar cuál sea la dimensión del asunto, la forma en la que reaccionamos ante él puede cambiar el curso de nuestra vida.

El profeta José Smith estableció un modelo para manejar las tragedias personales y la oposición. La siguiente





guía divina se le reveló mientras se encontraba en el entorno inhumano de la cárcel de Liberty (ésta, en parte, era una descripción de la vida de José hasta ese momento y también una advertencia): Si “los necios se burla[n] de ti... Si te es requerido pasar tribulaciones;... si te acometen tus enemigos;... si eres echado en el foso o en manos de homicidas;... y todos los elementos se combinan para obstruir la vía; y sobre todo, si las puertas mismas del infierno se abren de par en par para tragarte, entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien” (D. y C. 122:1, 5–7). Y luego la profunda declaración: “El Hijo del Hombre ha descendido debajo de todo ello. ¿Eres tú mayor que él?” (versículo 8). A esto le siguen instrucciones claras y grandes promesas. “Por tanto, persevera en tu camino, ... no temas, pues, lo que pueda hacer el hombre, porque Dios estará contigo para siempre jamás” (versículo 9).

Durante los años siguientes, José Smith continuó soportando una vida llena de adversidad. Él ofreció esta

perspectiva llena de fe: “En cuanto a los peligros por los que se me requiere pasar, me parecen cosa pequeña... suelo nadar en aguas profundas...

[Me glorío] en la tribulación, porque... Dios... me ha librado de todo ello, y de aquí en adelante me librará” (D. y C. 127:2). La confianza de José para vencer la constante oposición se basaba en su capacidad para volverse al Señor constantemente.

Si sienten que alguien ha sido injusto con ustedes —un familiar, un amigo, otro miembro de la Iglesia, un líder de la Iglesia, un compañero de trabajo— o que algo lo ha sido —el fallecimiento de un ser querido, problemas de salud, un revés económico, el abuso, las adicciones—, ocúpense del asunto directamente y con toda la fuerza que tengan. “Persever[en] en [su] camino” (D. y C. 122:9); el darse por vencidos no es una opción. Y, sin demora, vuélvanse al Señor. Ejerciten toda la fe que tengan en Él. Permítanle compartir su carga. Permitan que Su gracia aligere su carga. Se nos ha prometido que “[no padeceremos] ningún género de aflicciones que no

fuesen consumidas en el gozo de Cristo” (Alma 31:38). Nunca permitan que una circunstancia terrenal los incapacite espiritualmente.

Su acto más ejemplar, la Expiación, requirió que Jesús descendiera “debajo de todo” (D. y C. 88:6) y sufriera “los dolores de todos los hombres” (2 Nefi 9:21). De este modo, comprendemos que la Expiación tiene un objetivo más amplio que el proporcionarnos un medio para vencer el pecado. Éste, el mayor de todos los logros, le da al Salvador el poder para cumplir con esta promesa: “Mas si os tornáis al Señor con íntegro propósito de corazón, y ponéis vuestra confianza en él, y le servís con toda la diligencia del alma, si hacéis esto, él... os librará del cautiverio” (Mosíah 7:33).

Al celebrar esta mañana de Pascua de Resurrección, volvámonos al Señor, nuestra “estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16). Testifico que Él siempre iluminará nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida (véase Juan 14:6). En el nombre de Jesucristo. Amén. ■





Por Cheryl C. Lant

Recientemente relevada como Presidenta General de la Primaria

# Que nuestros niños puedan ver la faz del Salvador

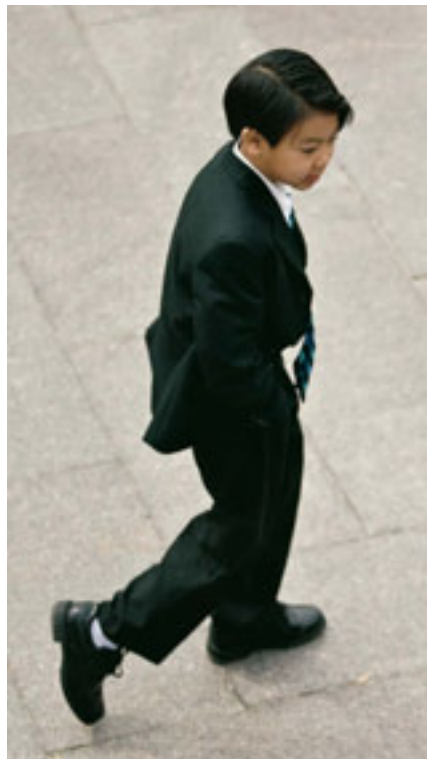
*Es nuestra sagrada responsabilidad, como padres y líderes, traer a esta nueva generación de niños al Salvador para que puedan ver Su rostro.*

Hace algunos años, enseñaba a un grupo de líderes de guardería cómo impartir una lección corta sobre el Evangelio a niños muy pequeños. Una de las líderes tenía a su hijo pequeño en el regazo. Yo tenía una lámina del Salvador en la mano y, para demostrarles cómo hablarles a los niños pequeños, empecé a hablar acerca de Jesús. El pequeñito se bajó del regazo de su madre, caminó hacia mí, miró fijamente la lámina y tocó la cara en el retrato. En ese momento pregunté: “¿Quién es Él?”. Con una sonrisa en los labios, el niño respondió: “Jesús”.

El pequeño ni siquiera tenía la edad para decir su propio nombre, pero reconoció la imagen y sabía el nombre del Salvador. Al escuchar esa dulce respuesta, pensé en las palabras del Salvador cuando dijo: “...buscad siempre la faz del Señor, para que con paciencia retengáis vuestras almas, y tendréis vida eterna” (D. y C. 101:38).

¿Qué significa buscar la faz del Salvador? Ciertamente significa más que tan sólo reconocer una imagen de

Él. La invitación de Cristo de buscarlo implica saber quién es Él, lo que ha hecho por nosotros y lo que nos ha pedido que hagamos. Venir a Cristo, y finalmente ver Su rostro, sólo se consigue al acercarnos a Él por medio de la fe y las acciones; es el resultado de



una vida de esfuerzo. Por lo tanto, ¿cómo lo buscamos a Él en esta vida para que podamos ver Su rostro en la venidera?

Tenemos el relato en Tercer Nefi sobre un pueblo que en verdad vio la faz del Salvador en esta vida. Y aunque nosotros no lleguemos a verlo ahora, tal vez podamos aprender de las experiencias de ellos. Después de la muerte del Salvador, Él se apareció a este pueblo, les enseñó y les bendijo. Y luego: “...aconteció que mandó que trajesen a sus niños pequeñitos” (3 Nefi 17:11).

Es nuestra sagrada responsabilidad, como padres y líderes, traer a esta nueva generación de niños al Salvador para que puedan ver Su rostro y también el de nuestro Padre que está en los cielos. A medida que lo hagamos, también nosotros nos acercaremos a Ellos.

Nuevamente formulo la pregunta: ¿Cómo lo logramos, especialmente cuando estamos en un mundo lleno de distracciones? En Tercer Nefi, los padres amaban al Señor; eran creyentes; tenían fe en los milagros que Cristo efectuaba. Amaban a sus niños, los reunieron para que escucharan las palabras del Señor, y obedecieron el mandamiento que Él les dio de que le trajeran a los niños.

Una vez que los trajeron, Cristo pidió a los padres que se arrodillaran. Luego hizo por ellos lo que ha hecho por todos nosotros. Oró por ellos al Padre y, al hacerlo, se dice que Su oración fue “tan grande y maravillosa” que no se podía describir con palabras (3 Nefi 17:16). Al venir al Salvador y aceptar Su expiación, esos padres se fortalecieron para hacer todo lo que fuera necesario para “traer” a sus niños.

Una cosa más que Cristo les pidió a esos padres que hicieran se encuentra en 3 Nefi 22:13: “...todos tus hijos serán instruidos por el Señor; y grande será la paz de tus hijos”.

Así que, siguiendo las experiencias que ellos mismos habían tenido con el Salvador, esos padres nefitas enseñaron a sus niños acerca de Él. Les enseñaron a amar al Señor; les enseñaron



“¿Ven la imagen del Salvador reflejada en mi rostro gracias a la manera en que vivo?”.

Recuerden, ninguno de nosotros será un ejemplo perfecto para nuestros hijos, pero todos podemos llegar a ser padres y líderes dignos. Nuestra lucha por ser dignos constituye un ejemplo en sí. En ocasiones quizá sintamos que estamos fallando, pero podemos seguir esforzándonos. Con el Señor y por medio de Él, podemos ser fortalecidos para ser quienes debemos ser. Podremos hacer lo que tengamos que hacer.

Y tercero, tenemos el proceso de traer a nuestros hijos al Salvador al enseñarles las verdades del Evangelio en las Escrituras y las palabras de los profetas, y al ayudarlos a sentir y a reconocer el Espíritu. Aun los niños muy pequeños pueden comprender y aceptar las cosas de naturaleza eterna. Aman las Escrituras y aman al profeta. De manera intuitiva desean ser buenos. Es nuestra responsabilidad ayudarles a mantener abierta la comunicación con el cielo. Tenemos la responsabilidad de protegerlos de las influencias que los separen del Espíritu. Podemos encontrar guía e inspiración en las Escrituras y luego enseñar a nuestros hijos a encontrar sus propias respuestas en ellas. Podemos enseñarles principios correctos y ayudarlos a aplicar esos principios en su vida. Los podemos dirigir hacia el Espíritu para que ellos reciban su propio testimonio de las verdades que están aprendiendo. Podemos ayudarlos a hallar el gozo de vivir el Evangelio, y así edificarán cimientos firmes de fe y obediencia en sus vidas que los fortalecerán.

Ahora bien, esto no es algo fácil de hacer. El relato de los nefitas dice que esas familias tuvieron 200 años de paz, pero de seguro tuvieron que hacer un gran esfuerzo. Requiere mucho trabajo y paciencia y fe, pero no hay nada más importante o gratificante. Y el Señor nos ayudará, pues Él ama a estos niños aún más que nosotros. Los ama y los bendecirá.

Se acordarán que Él bendijo a los hijos de los nefitas uno por uno y oró

Su evangelio; les enseñaron a vivirlo. Les enseñaron tan bien que hubo rectitud y paz en la tierra durante doscientos años (véase 4 Nefi 1:1–22).

Ahora, les pido que miren a su alrededor a sus seres queridos. Lo más importante es nuestra familia. Estoy segura que más que nada ustedes desean que esa familia sea suya eternamente. El relato en Tercer Nefi nos puede ayudar a traer a nuestros hijos a Él porque nos da un modelo a seguir. Primero, debemos amar al Señor con todo el corazón y amar a nuestros hijos. Segundo, debemos llegar a ser ejemplos dignos para ellos al buscar continuamente al Señor y al esforzarnos por vivir el Evangelio. Tercero, debemos enseñar a nuestros hijos el Evangelio y cómo vivir las enseñanzas del mismo.

El seguir ese modelo de llevar a nuestros hijos al Salvador es un

proceso. Examinémoslo nuevamente. Primero, debemos aprender a amar al Señor y a nuestra familia, lo cual requiere tiempo, experiencia, fe y servicio desinteresado. Y así, a medida que nos llenemos del amor del Señor, podemos amar. Tal vez Él llore por lo que hagamos, pero nos ama y siempre está allí para ayudarnos. Así es como debemos aprender a amar a nuestros hijos.

Segundo, debemos ser ejemplos dignos; esto también es un proceso. Si deseamos que nuestros hijos vengan a Cristo para que puedan ver Su rostro, es importante que nosotros también nos esforcemos por verlo. Tenemos que conocer el camino para poder mostrárselo. Debemos poner nuestra propia vida en orden para que los hijos vean nuestro ejemplo y lo sigan. Quizá nos preguntemos: “¿Qué ven mis hijos cuando miran mi rostro?”.



por ellos (véase 3 Nefi 17:14–17, 21). Luego: “...habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeñitos.

“Y he aquí, al levantar la vista para ver, dirigieron la mirada al cielo, y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles les ministraron” (3 Nefi 17:23–24).

¿Cómo pueden nuestros hijos recibir bendiciones como éstas en la actualidad? El élder M. Russell Ballard dijo: “Es evidente que a quienes se nos han confiado esos preciados hijos hemos recibido una sagrada y noble mayordomía, porque fue a nosotros a quienes Dios llamó para que rodeáramos a los niños de esta época con amor y con la luz de la fe, como así también con el conocimiento de saber quiénes son en realidad” (“Mirad a vuestros pequeñitos”, *Liabona*, octubre de 1994, pág. 40).

Hermanos y hermanas, nosotros somos los ángeles que el Padre Celestial ha enviado en estos días para bendecir a los niños, y podemos ayudarles para que un día vean el rostro del Salvador si les enseñamos los principios del Evangelio y llenamos nuestro hogar del gozo de vivirlos. Juntos podemos llegar a conocerle a Él. Podemos sentir Su amor y Sus bendiciones, y a través de Él podemos regresar a la presencia del Padre. Lo logramos cuando estamos dispuestos a ser obedientes, fieles y diligentes al seguir Sus enseñanzas.

“De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que desee sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy” (D. y C. 93:1).

Hermanos y hermanas, yo sé que Dios vive; Jesucristo es Su Hijo, nuestro Salvador y Redentor. Nos ha invitado a venir a Él y nos ha mandado traer a nuestros hijos para que juntos logremos ver Su rostro y vivamos eternamente con Él y con nuestro Padre Celestial. Es mi oración que todos trabajemos para recibir esa gran bendición, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder **Quentin L. Cook**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Nosotros seguimos a Jesucristo

*Nos regocijamos por todo lo que el Salvador ha hecho por nosotros. Él ha hecho posible que cada uno de nosotros obtenga la salvación y la exaltación.*

Es una responsabilidad significativa hablar en domingo de Pascua a los Santos de los Últimos Días por el mundo, quienes aman a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Esta mañana celebramos Su victoria sobre la muerte. Atesoramos nuestro entendimiento del sacrificio expiatorio que el Salvador realizó voluntariamente a nuestro favor y sentimos un sincero agradecimiento por ello. Su aquiescencia a la voluntad de Su Padre logró la victoria divina sobre la muerte y es el acontecimiento más trascendente en la historia de la humanidad. Agradezco esta oportunidad de hablar acerca de seguir al Salvador.



Los dos últimos días del ministerio mortal del Salvador antes de Su crucifixión son profundamente importantes y, en cierta forma, más allá de toda comprensión. Mucho de lo que es esencial para nuestro destino eterno ocurrió el jueves y luego el viernes, día en que Cristo fue crucificado. La Última Cena, la cena de la Pascua, el “instituto memorial del rescate de Israel de la servidumbre” comenzó el jueves por la noche<sup>1</sup>. En la Última Cena se iniciaron ordenanzas y doctrinas de gran importancia. Mencionaré sólo tres: Primero, el Salvador instaura la ordenanza de la Santa Cena. Él tomó pan, lo partió, oró sobre él y lo repartió a Sus discípulos diciendo: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí”<sup>2</sup>. De esa manera instituyó la Santa Cena. Segundo, Su hincapié dominante fue en las doctrinas que enseñaban el amor como un principio preeminente. Él enseñó: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros”<sup>3</sup>. Tercero, mediante la intercesión o dirección de Cristo, “se les prometió a los apóstoles el Espíritu Santo” como otro Consolador<sup>4</sup>.



Subsecuentemente, el Salvador efectuó la Expiación. Tomó sobre sí la “carga de los pecados de todo el género humano” y “... los horrores que Satanás... pudo infligirle”<sup>5</sup>. En ese proceso, soportó los fraudulentos tribunales que se habían tramado y los terribles y trágicos eventos que condujeron a Su crucifixión. Esto finalmente culminó en la triunfante resurrección de Cristo el domingo de Pascua. Cristo cumplió Su misión sagrada como Salvador y Redentor. Nosotros resucitaremos de la muerte y nuestro espíritu se reunirá con nuestro cuerpo. En base a nuestra dignidad personal podremos, mediante Su gracia, tener la gloriosa oportunidad de entrar nuevamente en la presencia de Dios<sup>6</sup>.

El profeta José Smith, al hablar de estos acontecimientos de la Pascua, dijo: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y de los profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó al tercer día y ascendió a los cielos, y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente apéndices de eso”<sup>7</sup>.

Aun cuando nos regocijamos en el significado divino de Getsemaní y del Calvario, nuestro enfoque siempre ha sido en el Señor resucitado. Frederic Farrar, el teólogo y creyente inglés, testificó que la primera generación de creyentes de la Iglesia Cristiana primitiva

celebraba al Salvador como “...el Resucitado, el Eterno, el Cristo glorificado”, y “lo contemplaron, no como si estuviera en la cruz, sino en un trono”<sup>8</sup>.

El presidente Gordon B. Hinckley enseñó que nuestro mensaje al mundo es que ¡Él vive! El símbolo de Cristo para los Santos de los Últimos Días se encontrará en la expresión significativa de nuestra fe y en la forma en que vivamos Su evangelio<sup>9</sup>.

Al meditar sobre lo que significa ser cristianos hoy en día, piensen qué requerirá de nosotros nuestro sendero como discípulos. Les sugiero que consideremos y emulemos, en forma apropiada, lo que hizo el Salvador en esos dos últimos días de su vida mortal.

Primero, consideren la instauración de la Santa Cena por el Salvador. El Salvador sabía lo que iba a sucederle. Su misión sagrada y expiatoria, que comenzó con la guerra en los cielos en la vida premortal, iba a desenvolverse esa noche y al día siguiente. Aún así, ante la inminencia de los tribunales de Sus adversarios, no existe ni la más leve evidencia de que Él estaba preparando una defensa contra las acusaciones falsas. En lugar de ello, el Salvador instauró la sagrada ordenanza de la Santa Cena entre Sus discípulos. Al contemplar esa solemne ocasión, mis sentimientos están profundamente conmovidos. La reunión sacramental es la reunión más sagrada y santa de

todas las reuniones de la Iglesia. Después de Su resurrección, el Salvador instituyó la Santa Cena entre los nefitas<sup>10</sup>. Si vamos a ser Sus discípulos y miembros dedicados de Su Iglesia, debemos recordar y reverenciar la Santa Cena; ella permite que cada uno de nosotros exprese con un corazón quebrantado y un espíritu contrito nuestra disposición de seguir al Salvador, de arrepentirnos y llegar a ser santos mediante la expiación de Cristo<sup>11</sup>. La Santa Cena nos permite testificar a Dios que recordaremos a Su Hijo y guardaremos Sus mandamientos al renovar nuestro convenio bautismal<sup>12</sup>. Esto incrementa nuestro amor y aprecio tanto por el Padre como por el Hijo.

El Salvador también hizo hincapié en el amor y la unidad, y declaró que seríamos reconocidos como Sus discípulos si nos amamos unos a otros. Ante esa Expiación de consecuencias eternas que Él estaba por llevar a cabo, dicho mandamiento requiere nuestra obediencia. Manifestamos nuestro amor por Dios cuando guardamos Sus mandamientos y prestamos servicio a Sus hijos. No comprendemos plenamente la Expiación, pero podemos dedicar nuestra vida a tratar de ser más amorosos y bondadosos, sea cual sea la adversidad que afrontemos.

El mandato del Señor a Sus discípulos de amarse unos a otros, y el modo dramático y poderoso en que enseñó este principio en la Última Cena, es uno de los episodios más conmovedores y hermosos de los últimos días de Su vida mortal.

Él no estaba enseñando una clase sencilla de comportamiento ético. Éste era el Hijo de Dios suplicando a Sus apóstoles y a todos los discípulos que vendrían después de ellos, que recordaran y siguieran la más fundamental de Sus enseñanzas. La forma en que nos relacionamos con los demás y los tratamos es una medida de nuestra disposición de seguir a Jesucristo.

Al escuchar los mensajes de esta conferencia se conmovieron nuestros corazones y haremos resoluciones y compromisos de ser mejores. Pero el lunes por la mañana regresaremos al



trabajo, a la escuela, al vecindario y a un mundo que, en muchos casos, está en confusión. Muchos en este mundo se sienten atemorizados y enojados unos con otros. Si bien comprendemos esos sentimientos, debemos ser corteses en nuestro modo de hablar y respetuosos al tratar con los demás; esto se aplica especialmente cuando no estamos de acuerdo. El Salvador nos enseñó que amáramos aun a nuestros enemigos<sup>13</sup>. La gran mayoría de nuestros miembros hace caso a este consejo; pero hay algunos que piensan que expresar su enojo personal o sus opiniones más recónditas es más importante que comportarse como vivió y enseñó Jesucristo. Invito a cada uno de nosotros, en forma personal, a reconocer que la forma en que discrepamos es una verdadera medida de quiénes somos y de si verdaderamente seguimos al Salvador. Es apropiado estar en desacuerdo, pero no es apropiado ser desagradable. La violencia y el vandalismo no son la respuesta a los desacuerdos. Si demostramos amor y respecto, incluso en circunstancias

adversas, llegaremos a ser más como Cristo.

La promesa del Espíritu Santo que el Salvador hizo a los Doce es de importancia suprema para reconocer la función preeminente del Espíritu Santo, el tercer miembro de la Trinidad. El Espíritu Santo es un personaje de espíritu, el Consolador, que da testimonio del Padre y del Hijo, revela la verdad de todas las cosas y santifica a quienes se hayan arrepentido y bautizado. A Él se lo llama el Santo Espíritu de la Promesa y, como tal, confirma la aceptación de Dios de los hechos, ordenanzas y convenios justos de cada uno de nosotros<sup>14</sup>. Aquellos que son sellados por el Santo Espíritu de la Promesa reciben todo lo que el Padre tiene<sup>15</sup>.

Vivimos en un mundo ruidoso y contencioso donde es posible ver u oír información, música e incluso puras insensateces prácticamente a toda hora del día. Si queremos tener la inspiración del Espíritu Santo, debemos encontrar tiempo para aminorar la marcha, meditar, orar y vivir de modo

que seamos dignos de recibir Sus susurros y actuar en base a ellos. Evitaremos cometer grandes errores si hacemos caso a Sus advertencias. Es nuestro privilegio como miembros el recibir luz y conocimiento de Él hasta el día perfecto<sup>16</sup>.

Las pruebas expiatorias que el Salvador afrontó en Getsemaní y en la cruz son un gran ejemplo para nosotros. Él afrontó aflicciones mentales, físicas y espirituales más allá de nuestra comprensión. En el Jardín, Él oró a Su Padre diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”<sup>17</sup>. Como Sus discípulos, habrá tiempos en que seremos probados y perseguidos injustamente, se burlarán de nosotros inmerecidamente y afrontaremos tormentas temporales y espirituales de tal magnitud que parecerán imposibles de sobrellevar; experimentaremos amargas copas por las que oraremos para que pasen de nosotros. Nadie está exento de las tormentas de la vida.

Nos estamos preparando para la segunda venida del Salvador. Las Escrituras son claras con respecto a que nadie sabe cuándo ocurrirá eso; pero las Escrituras nos dicen que en los últimos días, entre las amargas copas que afrontaremos, habrá “... terremotos en diferentes lugares”<sup>18</sup> y “... las olas del mar que se precipita[rán] allende sus límites”<sup>19</sup>.

Recientemente han ocurrido terremotos y maremotos devastadores en varios lugares, entre ellos en Chile, Haití y las islas del Pacífico. Hace unas semanas, el obispo presidente H. David Burton, el élder Tad R. Callister y yo nos reunimos con los santos que habían perdido a seres queridos como resultado del maremoto que asoló el lado este de Samoa el septiembre pasado. La capilla estaba llena y fue una emotiva reunión; nos fue posible asegurar a esos miembros selectos que, debido a la expiación de Jesucristo, ellos podrán reunirse nuevamente con los seres queridos que han perdido.

El presidente de estaca, Sonny Purcell, estaba conduciendo su automóvil cuando vio una enorme ola





acercarse a lo lejos en el mar. Tocó el claxon o bocina, detuvo a los niños en la calle que se dirigían a la escuela y les advirtió que corrieran hacia terrenos más elevados y lugares seguros tan rápido como pudieran; los niños siguieron sus instrucciones. Manejó de manera desesperada, buscó a su hija de cuatro años, la puso en el auto y luego trató de llegar hasta su madre. Antes de alcanzar a su madre, la pared de agua levantó el auto y lo arrastró más de 90 metros, depositándolo sobre un árbol. Se apresuró a asegurar a su hija sobre el techo del auto y nadó para rescatar a su madre que se encontraba tomada de la rama de otro árbol cerca de su casa. Con gran esfuerzo nadó con ella hasta el automóvil, a un lugar seguro. Muchos no fueron tan afortunados. No tuvieron tiempo de llegar a terrenos más elevados, a un lugar seguro. Muchos perdieron la vida, en particular los jóvenes y ancianos.

Les dijimos a las familias samoanas que miembros de todo el mundo habían expresado amor y preocupación, y habían orado por ellos y contribuido a las ofrendas de ayuno y a la ayuda humanitaria, tanto para los miembros como para sus vecinos. Lo mismo ocurrió con los miembros y sus vecinos en Chile y en Haití. Hacemos eso porque seguimos a Jesucristo.

Al reunirnos con las familias en Samoa, el significado espiritual de subir a terrenos más elevados, de vivir una vida mejor y aferrarnos a las

ordenanzas salvadoras fue sumamente claro. El ejemplo y la vida del Salvador nos enseñan a evitar espiritualmente los senderos bajos donde dominan las cosas de este mundo. Al estrechar la mano de los miembros después de nuestra reunión, una hermana me dijo que su familia no había ido al templo y habían perdido a una hija. Con lágrimas, me dijo que la meta de ellos ahora era prepararse para recibir las sagradas ordenanzas del templo, de modo que pudieran estar juntos eternamente.

Al meditar sobre lo que esa hermana dijo y en las condiciones actuales del mundo, he sentido la urgencia de aconsejar a cada uno de ustedes a que busquen los terrenos más elevados, el refugio y la protección eterna del templo.

El domingo de Pascua del 3 de abril de 1836, una semana después de la dedicación del Templo de Kirtland, los Doce oficiaron en el reparto de los emblemas de la Santa Cena del Señor a los miembros. Después de la reunión, seguido de una solemne y silenciosa oración, el Salvador apareció en majestuosidad al profeta José y a Oliver Cowdery y, por medio de Moisés, Elías y Elías el profeta, se inició la restauración de llaves adicionales del sacerdocio, entre ellas el sagrado poder de sellar que une a las familias por la eternidad<sup>20</sup>.

Hoy, en esta mañana de Pascua, nos regocijamos por todo lo que el

Salvador ha hecho por nosotros. Él ha hecho posible que cada uno de nosotros obtenga la salvación y la exaltación; pero nosotros, como los niños samoanos, debemos correr lo más rápido posible al terreno elevado que Él nos ha proporcionado para nuestra seguridad y paz.

Una de las maneras de hacerlo es al adherirnos a las enseñanzas de nuestro profeta viviente, el presidente Thomas S. Monson. Él es un ejemplo excelente de alguien que sigue al Salvador.

En esta gloriosa mañana de Pascua, resuenan dentro de mí las atesoradas palabras escritas por Eliza R. Snow, una fiel servidora de la Restauración:

*¡Oh cuán glorioso y cabal,  
el plan de redención,  
merced, justicia y amor  
en celestial unión!*<sup>21</sup>.

Doy mi testimonio apostólico de que Jesucristo vive y es el Salvador y Redentor del mundo. Él ha proporcionado la senda a la verdadera felicidad. De eso testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, 1982, pág. 625.
2. Lucas 22:19.
3. Véase Juan 13:34-35.
4. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 634; véase también Juan 14:16-17.
5. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 644.
6. Véase 2 Nefi 9:6-24.
7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, págs. 51-52; véase también Doctrina y Convenios 20:22-25.
8. Frederic W. Farrar, *The Life of Lives—Further Studies in the Life of Christ*, 1900, pág. 209.
9. Gordon B. Hinckley, “Esta resplandeciente mañana de la Pascua de Resurrección”, *Liabona*, julio de 1996, pág. 70; “El símbolo de nuestra fe”, *Liabona*, abril de 2005, págs. 2-6.
10. Véase 3 Nefi 18:1-11.
11. Véase Mosiah 3:19.
12. Véase Mosiah 18:8-10; Doctrina y Convenios 20:37, 77-79.
13. Véase Mateo 5:44.
14. Véase Doctrina y Convenios 132:7.
15. Véase Romanos 8:16-17; Efesios 1:13-14; Doctrina y Convenios 76:51-60.
16. Véase Doctrina y Convenios 50:24.
17. Mateo 26:39.
18. Mateo 24:7; José Smith—Mateo 1:29.
19. Doctrina y Convenios 88:90.
20. Véase Doctrina y Convenios 110.
21. “Jesús, en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116.





Por el presidente Thomas S. Monson

## ¡Ha resucitado!

*La tumba vacía de esa primera mañana de Pascua era la respuesta a la pregunta de Job: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”.*

Ésta ha sido una sesión extraordinaria. Por parte de todos los que han participado hasta ahora con palabras o música, en calidad de Presidente de la Iglesia, deseo sencillamente decirles en este momento una palabra, la más importante de nuestro idioma. A la hermana Cheryl Lant y a sus consejeras, al coro, los músicos, los discursantes, esa palabra es: “Gracias”.

Hace muchos años, mientras estaba en Londres, Inglaterra, visité la famosa galería de arte Tate. Las obras de Gainsborough, Rembrandt, Constable y otros renombrados artistas se exhibían sala tras sala. Admiré su belleza y reconocí la destreza que se había requerido para crear esas obras de arte. Sin embargo, colgado aparte, en un tranquilo rincón del tercer piso, había una pintura que no sólo captó mi atención, sino que capturó mi corazón. El artista, Frank Bramley, había pintado una humilde casita frente a un mar azotado por el viento. Dos mujeres, la madre y la esposa de un pescador ausente, habían vigilado y esperado toda la noche el regreso de él. Ahora, la noche había pasado y se daban cuenta de que él se había perdido en el mar y no regresaría. Arrodiada al lado de su suegra, con

la cabeza sepultada en el regazo de la anciana mujer, la joven esposa lloraba desesperadamente. La vela derretida en el marco de la ventana describía la infructuosa vigilia.

Sentí el dolor de la joven mujer; percibí su pena. La inquietante y vívida inscripción que el artista le dio a su obra describía la trágica historia; decía: *Amanecer sin esperanza*.

Ah, cuánto anhelaba la joven mujer el consuelo, incluso la realidad, del “Réquiem” de Robert Louis Stevenson:

*El marinero ha regresado  
del mar;  
y el cazador ha vuelto al bogar<sup>1</sup>.*

De todos los hechos de la vida mortal, ninguno es tan cierto como su fin. La muerte nos llega a todos; es nuestra “herencia universal. Puede reclamar a su[s] víctima[s] en la infancia o en la juventud; [puede visitarnos] en la flor de la vida; o su cita puede diferirse hasta que las nieves de la edad se acumulen sobre la... cabeza; podría ocurrir como consecuencia de accidente o enfermedad,... o... por causas naturales; pero llegar, ha de llegar”<sup>2</sup>. Ella inevitablemente representa la pérdida dolorosa de una relación y, en particular con los pequeños, es un golpe apabullante de sueños truncados, de aspiraciones fallidas y de esperanzas desvanecidas.

¿Qué ser mortal, enfrentado con la pérdida de un ser querido o, por cierto, contemplando él mismo el umbral del infinito, no ha meditado en lo que yace más allá del velo que separa lo visto de lo que no se ha visto?

Hace siglos Job —por tanto tiempo bendecido con todo don material y ahora afligido por todo lo que le puede suceder a un ser humano— sentado con sus compañeros, pronunció la eterna y clásica pregunta: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”<sup>3</sup>. Job preguntaba lo que todo hombre o mujer viviente se ha preguntado.

En esta gloriosa mañana de Pascua, me gustaría examinar la pregunta de Job: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”, y proporcionar la respuesta que viene no sólo de una reflexiva consideración, sino también de la palabra revelada de Dios. Empiezo con lo esencial.



Si existe un diseño en este mundo en el que vivimos, tiene que haber un Diseñador. ¿Quién puede contemplar las muchas maravillas del universo sin creer que haya un diseño para toda la humanidad? ¿Quién puede dudar de que haya un Diseñador?

En el libro de Génesis aprendemos que el Gran Diseñador creó los cielos y la tierra. “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”.

“Haya luz”, dijo el Gran Diseñador, “y hubo luz”. Él creó el firmamento; separó la tierra de las aguas y dijo: “Produzca la tierra hierba verde... árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su especie”.

Dos lumbreras Él creó: el sol y la luna. Aparecieron las estrellas por su diseño. Mandó que hubiera criaturas vivientes en el agua y aves que volaran sobre la tierra. Y fue así. Hizo el ganado, las bestias y los animales que se arrastran. El diseño estaba casi completo.

Por último, creó al hombre a Su propia imagen, varón y hembra, con dominio sobre todos los demás seres vivientes<sup>4</sup>.

Sólo el hombre recibió inteligencia, un cerebro, una mente y un alma. Sólo el hombre, con estos atributos, tenía la capacidad de tener fe y esperanza, inspiración y aspiraciones.

¿Quién podría alegar persuasivamente que el hombre, la obra más noble del Gran Diseñador, con dominio sobre todos los seres vivientes, con cerebro y voluntad, con mente y alma, con inteligencia y divinidad, llegaría a su fin cuando el espíritu abandonara su templo terrenal?

Para entender el significado de la muerte, debemos apreciar el propósito de la vida. La tenue luz de la creencia debe dar paso al brillante sol de la revelación, por la cual sabemos que vivíamos antes de nacer en la vida mortal. En nuestro estado premortal, sin duda fuimos de los hijos y las hijas de Dios que nos regocijamos por la oportunidad de venir a esta existencia mortal difícil pero necesaria<sup>5</sup>. Sabíamos que nuestro propósito era obtener un cuerpo físico, vencer las pruebas y

probar que guardaríamos los mandamientos de Dios. Nuestro Padre sabía que, debido a la naturaleza de la vida mortal, seríamos tentados, pecaríamos y no seríamos perfectos. Así que, para que tuviéramos toda oportunidad de éxito, Él proporcionó a un Salvador que sufriría y moriría por nosotros, y no sólo expiaría nuestros pecados, sino que, como parte de esa Expiación, también vencería la muerte física a la que estaríamos sujetos debido a la Caída de Adán.

Y así, hace más de dos mil años, Cristo, nuestro Salvador, nació en la vida mortal en un establo de Belén. El Mesías predicho por tanto tiempo había venido.

Se escribió muy poco en cuanto a la niñez de Jesús. Me encanta el pasaje de Lucas: “Y Jesús crecía en sabiduría, y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres”<sup>6</sup>. Y en el libro de Hechos hay una breve frase concierne al Salvador que tiene un significado monumental: “...anduvo haciendo bienes”<sup>7</sup>.

Fue bautizado por Juan en el río Jordán. Llamó a los Doce Apóstoles. Bendijo a los enfermos. Hizo que los cojos caminaran, que los ciegos vieran, que los sordos oyeran. Incluso levantó a los muertos a vida. Él enseñó, testificó y dio un ejemplo perfecto que debemos seguir.

Y entonces, la misión mortal del Salvador del mundo llegó a su fin. Una última cena con los Apóstoles se llevó a cabo en el aposento alto. Por delante yacían Getsemaní y la cruz del Calvario.

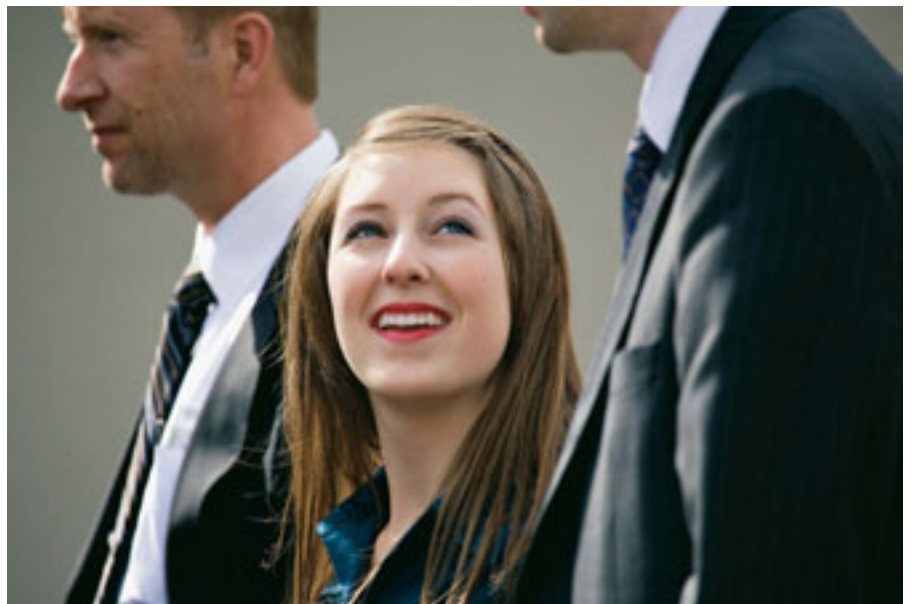
Ningún ser mortal puede concebir la trascendencia total de lo que Cristo hizo por nosotros en Getsemaní. Él mismo describió más tarde la experiencia: “[El] padecimiento... hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu”<sup>8</sup>.

Después de la agonía de Getsemaní, agotado y sin fuerzas, fue apresado por manos ásperas y rudas, y se le llevó ante Anás, Caifás, Pilato y Herodes. Fue acusado y maldecido. Los despiadados golpes debilitaron aún más su dolorido cuerpo. La sangre surcó su rostro cuando se le puso forzosamente en la cabeza una vil corona de espinas que desgarró Su frente. Y entonces, una vez más, fue llevado ante Pilato, quien cedió ante los gritos de la iracunda multitud: “¡Crucifícale, crucifícale!”<sup>9</sup>.

Se le fustigó con un azote de múltiples tiras de cuero en las que se entrelazaban metales y huesos filosos. Al levantarse de la crueldad del azote, con pasos vacilantes llevó su propia cruz hasta que no pudo avanzar más y otra persona llevó la carga por Él.

Finalmente, en un cerro llamado Calvario, mientras los seguidores lo miraban impotentes, Su cuerpo herido fue clavado en la cruz. Sin piedad, se burlaron de Él, lo maldijeron y lo escarnecieron. Y aún así, él clamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”<sup>10</sup>.

Las agonizantes horas pasaron mientras Su vida se consumía; y de Sus labios reseco procedieron las





palabras: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”<sup>11</sup>.

Librándolo de los pesares de la vida mortal la serenidad y el solaz de una muerte misericordiosa, Él regresó a la presencia de Su Padre.

A último momento, el Maestro podría haberse vuelto atrás; pero no lo hizo. Pasó por debajo de todas las cosas, para que pudiera salvar todas las cosas. Después, Su cuerpo inerte fue puesto rápida y cuidadosamente en un sepulcro prestado.

No hay palabras en la Cristiandad que signifiquen más para mí que las pronunciadas por el ángel a las acongojadas María Magdalena y la otra María cuando, el primer día de la semana, fueron a la tumba para atender el cuerpo de Su Señor. Dijo el ángel:

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

“No está aquí, sino que ha resucitado”<sup>12</sup>.

Nuestro Salvador volvió a la vida. El acontecimiento más glorioso, reconfortante y tranquilizador de la historia de la humanidad se había llevado a cabo: la victoria sobre la muerte. El dolor y la agonía de Getsemaní y del Calvario se habían borrado; la salvación de la humanidad se había asegurado; la Caída de Adán se había resuelto.

La tumba vacía de esa primera mañana de Pascua era la respuesta a la pregunta de Job: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”. A todos los que estén al alcance de mi voz, declaro: si un hombre muere, volverá a vivir. Lo sabemos, pues tenemos la luz de la verdad revelada.

“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.

“Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados”<sup>13</sup>.

He leído y creo los testimonios de aquellos que experimentaron el dolor de la crucifixión de Cristo y el gozo de Su resurrección. He leído y creo los testimonios de los que estaban en el Nuevo Mundo, quienes fueron visitados por el mismo Señor resucitado.



Creo el testimonio de aquél que, en esta dispensación, habló con el Padre y el Hijo en la arboleda que ahora llamamos sagrada, y que dio su vida, sellando ese testimonio con su sangre. Él declaró:

“Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

“Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre”<sup>14</sup>.

La obscuridad de la muerte siempre se puede disipar con la luz de la verdad revelada. “Yo soy la resurrección y la vida”, dijo el Maestro<sup>15</sup>. “La paz os dejo, mi paz os doy”<sup>16</sup>.

A lo largo de los años he oído y leído muchos testimonios, demasiados para contar, que han compartido conmigo personas que testificaban de la realidad de la Resurrección, y que han recibido, en los momentos de mayor necesidad, la paz y el consuelo prometidos por el Salvador.

Mencionaré sólo parte de uno de esos relatos. Hace dos semanas recibí una carta conmovedora de un padre de siete hijos que escribió acerca de su familia y, en particular, acerca de su hijo Jason, quien había contraído una enfermedad a los once años de edad. En los años siguientes, la enfermedad de Jason se hizo recurrente varias veces. Este padre comentó la actitud positiva de Jason y su temperamento



alegre a pesar de los problemas de salud. Jason recibió el Sacerdocio Aarónico a los doce años y “siempre magnificó sus responsabilidades con buena voluntad y de forma excelente, se sintiera bien o no”. A los catorce años logró el rango de “Águila” en el Escultismo.

El verano pasado, poco después de que Jason cumpliera quince años, tuvieron que volver a internarlo en el hospital. En una de sus visitas, el padre encontró a Jason con los ojos cerrados. Sin saber si su hijo estaba dormido o despierto, comenzó a hablarle en voz baja. “Jason”, le dijo, “sé que has pasado por muchas dificultades en tu corta vida y que tu condición actual es difícil. Aunque tienes una gran batalla por delante, quiero que nunca pierdas tu fe en Jesucristo”. El padre dijo que se sobresaltó cuando Jason abrió los ojos de inmediato y dijo: “¡Nunca!” con voz clara y resuelta. Luego Jason cerró los ojos y no dijo nada más.

Su padre escribió: “Con esa sencilla declaración, Jason expresó uno de los testimonios de Jesucristo más poderosos y puros que yo haya escuchado... Cuando su afirmación ‘¡Nunca!’ se grabó en mi alma ese día, mi corazón se llenó de gozo

porque mi Padre Celestial me había bendecido con ser el padre de un joven tan grandioso y noble... [Ésa] fue la última vez que lo oí declarar su testimonio de Cristo”.

Aunque la familia esperaba que esa fuese sólo otra hospitalización de rutina, Jason falleció en menos de dos semanas. En ese momento, servían como misioneros un hermano y una hermana mayores de Jason. Otro hermano, Kyle, acababa de recibir su llamamiento misional; de hecho, el llamamiento llegó antes de lo esperado y el 5 de agosto, sólo una semana antes de que Jason falleciera, la familia se reunió en el cuarto del hospital para abrir la carta del llamamiento misional de Kyle y compartirlo con toda la familia.

En la carta que me escribió este padre, también envió una fotografía de Jason en la cama del hospital con su hermano mayor Kyle a su lado con el llamamiento misional en la mano. Al pie de la fotografía habían escrito: “Llamados a servir sus misiones juntos, a ambos lados del velo”.

El hermano y la hermana de Jason que servían en la misión enviaron a casa hermosas cartas de consuelo para que se leyeran en el funeral. Su hermana, que servía en la Misión Argentina

Buenos Aires Oeste, escribió en la carta: “Sé que Jesucristo vive, y porque Él vive, todos nosotros, incluso nuestro querido Jason, también viviremos otra vez... Podemos recibir consuelo por el conocimiento seguro que tenemos de que hemos sido sellados como familia eterna... Si nos esforzamos al máximo para obedecer y ser mejores en esta vida, lo veremos [otra vez]”. Continuó: “[Un] pasaje de las Escrituras que siempre he amado ahora cobra nuevo significado e importancia para mí... Apocalipsis, capítulo 21, versículo 4: ‘Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de ser’”.

Mis queridos hermanos y hermanas, en el momento de nuestro más hondo pesar, nos pueden brindar profunda paz las palabras del ángel en esa primera mañana de Pascua de Resurrección: “No está aquí, sino que ha resucitado”<sup>17</sup>.

*¡Cristo ha resucitado!  
Proclamad con voz triunfal.  
Se unió al tercer día  
con Su cuerpo inmortal.  
Cristo libertad nos dio,  
y la muerte conquistó*<sup>18</sup>.

En calidad de uno de Sus testigos especiales en la tierra hoy, este glorioso domingo de Pascua, declaro que esto es verdad, en Su sagrado nombre, sí, el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador. Amén. ■

#### NOTAS

1. Robert Louis Stevenson, “Réquiem,” en *An Anthology of Modern Verse*, ed. A. Methuen, 1921, pág. 208.
2. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 20.
3. Job 14:14.
4. Véase Génesis 1:1–27.
5. Véase Job 38:7.
6. Lucas 2:52.
7. Hechos 10:38.
8. Doctrina y Convenios 19:18.
9. Lucas 23:21.
10. Lucas 23:34.
11. Lucas 23:46.
12. Lucas 24:5–6.
13. 1 Corintios 15:21–22.
14. Doctrina y Convenios 76:22–23.
15. Juan 11:25.
16. Juan 14:27.
17. Mateo 28:6.
18. “Himno de la Pascua de Resurrección”, *Himnos*, núm. 121.





**Por el élder Russell M. Nelson**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

# Generaciones entrelazadas con amor

*Nuestros anhelos innatos por tener conexiones familiares se hacen realidad cuando nos entrelazamos con nuestros antepasados mediante las ordenanzas sagradas del templo.*

La correspondencia que recibimos en Pascua o en Navidad proporciona recuerdos reconfortantes de amigos y parientes queridos. Algunos de esos mensajes van acompañados de preciadas fotografías de familiares. Aquí hay una que, me llamó mucho la atención.

Ella es una de nuestras bisnietas. La llamaré “Querida Ruby”. Esta fotografía me recuerda a su madre cuando más o menos tenía la misma edad. De mis archivos saqué esta foto de una de nuestras nietas, la madre de “Querida Ruby”.

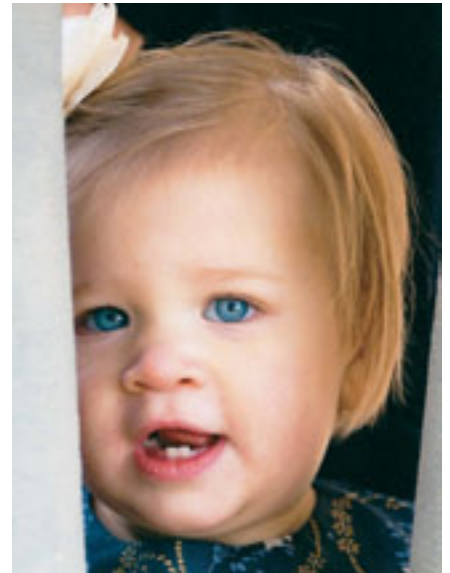
Le tomé esta foto a la madre de “Querida Ruby” hace unos 29 años. Sus ojos aún son azules.

Me vinieron a la mente caros recuerdos de hace medio siglo cuando la abuela de “Querida Ruby”, una de nuestras hijas, era en ese entonces el miembro más nuevo de nuestra familia. Ésta es una fotografía de ella cuando era bebé. Ahora, ella es una abuela amorosa y yo soy el bisabuelo de “Querida Ruby”. (No les mostraré mi fotografía de bebé; eso no

ayudará.) Estas fotografías sugieren el amor que entrelaza a nuestras cuatro generaciones.

Cuando pienso en el amor que siento por cada miembro de nuestra familia, percibo, en cierto grado, el amor que nuestro Padre Celestial tiene por Sus hijos. Mientras que la familia está siendo atacada por el mundo, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días proclama, fomenta y protege la verdad de que la familia es fundamental en el plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos. *La familia: Una proclamación para el mundo* y nuestros amplios esfuerzos en historia familiar son sólo dos evidencias de cómo esta Iglesia brinda esperanza y ayuda a la sagrada institución de la familia.

Enseñamos que el amor de Dios por Sus hijos es infinito. Sin importar la raza, la nacionalidad o el sexo, Él los ama a todos<sup>1</sup>. Él lo ha hecho desde el principio y continuará haciéndolo. Él invita a todos a obtener la exaltación eterna para sus respectivas familias. Su obra y Su gloria es llevar a cabo la



**“Querida Ruby”, la bisnieta del élder Nelson**



**La madre de “Querida Ruby”, y nieta del élder Nelson**



**La abuela de “Querida Ruby”, e hija del élder Nelson**



**Tarjetas de ordenanzas del templo**

inmortalidad y la vida eterna —la exaltación— de Sus hijos<sup>2</sup>. “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”<sup>3</sup>.

La expiación de Su Hijo Amado hizo posible que ambos objetivos del Padre fueran cumplidos. Sin la Expiación, no habría inmortalidad. Sin la Expiación, no habría regreso a la presencia del Padre y no habría continuación de la familia más allá de la tumba.

Debido a la Expiación, cada hijo de Dios que obedezca Sus leyes eternas puede lograr estas bendiciones supremas. A lo largo de las épocas, muchos

de Sus hijos han tenido acceso a esas bendiciones del Evangelio, pero muchos otros no lo han tenido. Antes de la fundación del mundo, nuestro Padre Celestial instituyó la ordenanza del bautismo para quienes hubieran muerto sin el conocimiento del Evangelio<sup>4</sup>. Él ama a esos hijos también.

Además, Él proporcionó una vía para que ellos fueran parte de una familia eterna. Todo ser humano que viene a la tierra es el producto de generaciones de padres. Tenemos un anhelo natural de conectarnos con nuestros antepasados. Ese deseo mora en nuestros corazones, sin importar la edad.

Consideremos las conexiones espirituales que se establecen cuando una joven ayuda a su abuela a ingresar información de la familia en una computadora o cuando un joven ve el nombre de su bisabuelo en un registro de censo. Cuando nuestro corazón se vuelve a nuestros antepasados, algo cambia dentro de nosotros; nos sentimos parte de algo más grande que nosotros mismos. Nuestros anhelos innatos por tener conexiones familiares se hacen realidad cuando nos entrelazamos con nuestros antepasados mediante las ordenanzas sagradas del templo.

Debido a la importancia de esta obra, la Iglesia ha edificado templos más cerca de la gente<sup>5</sup>, y la investigación de historia familiar se ha facilitado como nunca se había hecho antes. Los métodos para encontrar nombres y prepararlos para las ordenanzas del templo también están mejorando. En la conferencia de octubre de 2005, el presidente Gordon B. Hinckley anunció un emocionante paso hacia adelante en la obra de historia familiar y del templo. Él dijo: “Uno de los aspectos más complicados de nuestra actividad en el templo es que, al tener cada vez más templos... por la tierra, hay una duplicación de trabajo en la obra vicaria... Por ese motivo, desde hace un tiempo, nos hemos embarcado en una tarea muy difícil... la solución consiste en recurrir a una tecnología computarizada compleja”<sup>6</sup>.

Desde entonces, no sólo la duplicación se ha reducido, sino que los procedimientos se han simplificado, de manera que prácticamente todo miembro de la Iglesia puede participar en la obra del templo y de historia familiar. Han quedado atrás los días en que esta obra sagrada se efectuaba sólo por especialistas. Sin importar su situación, ustedes pueden hacer de la historia familiar una parte de su vida ahora mismo. Los niños de la Primaria pueden dibujar un árbol genealógico familiar; los jóvenes pueden participar en bautismos vicarios; éstos también pueden ayudar a la generación de personas mayores a trabajar con computadoras. Los padres pueden



relatar historias de su vida a su posteridad. Los miembros adultos dignos pueden tener una recomendación para el templo y efectuar las ordenanzas del templo a favor de sus propios familiares.

El profeta José Smith dijo: “La responsabilidad mayor que Dios ha puesto sobre nosotros en este mundo es ocuparnos de nuestros muertos”<sup>7</sup>. La nueva tecnología hace que sea más fácil que nunca cumplir con esa responsabilidad. La obra del templo y de historia familiar ahora se facilita mediante un sistema conocido como el “nuevo *FamilySearch*”<sup>8</sup>. Este sistema de internet ayuda a los miembros a localizar a sus antepasados, a determinar qué obra de las ordenanzas se necesita efectuar por ellos y a preparar los nombres para el templo. Se puede acceder a él desde el hogar, desde un centro de historia familiar<sup>9</sup> o desde cualquier sitio donde haya internet. Los pasos son fáciles de seguir<sup>10</sup>.

Primero deben localizar a las personas por quienes desean efectuar la obra del templo.

Después, deben imprimir un formulario de Solicitud de ordenanzas familiares. Ese documento les proporciona la información que el templo va a necesitar y elimina la necesidad de llevar discos de computadora con ustedes.

Con el formulario de Solicitud de ordenanzas familiares se imprimen las tarjetas de las ordenanzas en el templo. Después que se efectúe una ordenanza, se registra y se ingresa en el nuevo *FamilySearch* ese mismo día.

Ahora bien, ¿qué sucede con las personas que no tengan acceso a una computadora o que prefieran no utilizar esa tecnología? ¡No se preocupen! Den un paso a la vez; comiencen en el hogar. Empiecen con una caja de cartón vacía, como lo sugirió el presidente Boyd K. Packer<sup>11</sup>. En la caja, pongan datos importantes acerca de ustedes y de su familia. Añadan datos recopilados por otros familiares. Entonces consigan la ayuda de un consultor de historia familiar de su barrio o rama. El nuevo *FamilySearch* permite al consultor efectuar todas las funciones de computadora en lugar de ustedes,



**Los santos de la Estaca Ilopango, San Salvador, El Salvador, asisten al Templo de la Ciudad de Guatemala, Guatemala.**

incluso preparar los nombres para el templo. Aproximadamente 60.000 consultores prestan servicio por el mundo. Uno de ellos, de su barrio o rama, puede ser de gran ayuda para ustedes.

El sistema nuevo *FamilySearch* cambia la dinámica de la obra de historia familiar al facilitar la creación de un cuadro genealógico común. En el pasado, una persona trabajaba en forma separada y guardaba sus propios registros de familia. A menudo, uno trabajaba en ello sin saber qué estaban haciendo otros miembros de la familia. Ahora, cada persona puede contribuir información mientras coordina con los demás al elaborar su árbol genealógico familiar.

Aunque el nuevo *FamilySearch* es un paso gigantesco hacia adelante, es sólo un paso. Hay mucho trabajo por delante. Debido a que el sistema facilita acceso a la información que se envió a la Iglesia durante muchas décadas, desde diferentes fuentes de información, el nuevo *FamilySearch* puede exponer datos repetidos o errores que no se habían previamente reconocido. Esta función es especialmente útil para quienes tengan antepasados pioneros. Las duplicaciones y

los errores se deben corregir, y no hay nadie mejor para hacerlo que cada persona por su propia familia.

Puede que sientan frustración al trabajar en medio de esos desafíos. Permítanme asegurarles de que sus inquietudes se entienden bien. La Iglesia, bajo el inspirado liderazgo del presidente Thomas S. Monson, está trabajando diligentemente para ayudarlos a resolver esos problemas. Juntos estamos esforzándonos para organizar el árbol genealógico familiar para todos los hijos de Dios. Ésta es una enorme empresa con enormes recompensas.

Ésta es una obra gozosa. Miren la fotografía de estos nuevos conversos realizando la obra del templo por sus familiares. Estos queridos santos son de la Estaca Ilopango, San Salvador, El Salvador, y están asistiendo al Templo de la Ciudad de Guatemala por primera vez. En sus manos tienen sus propias tarjetas del templo, cada una con el nombre de un familiar fallecido por el cual han efectuado un bautismo vicario.

Para que los esfuerzos de historia familiar de la Iglesia tengan éxito, la dirección y el liderazgo del sacerdocio son esenciales. Los líderes enseñan y



con sus antepasados. Esos eslabones, unidos mediante sagradas ordenanzas, conducen a nuestras familias a la exaltación<sup>16</sup>. Que esa meta sagrada pueda lograrse para cada uno de nosotros, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Véase 1 Corintios 12:13; Gálatas 3:28; 2 Nefi 26:33.
2. Véase Moisés 1:39.
3. Juan 3:16.
4. Véase Doctrina y Convenios 124:33.
5. El presidente Thomas S. Monson dijo recientemente que el 83 por ciento de los miembros de la Iglesia viven a unos 320 kilómetros de un templo (véase “Bienvenidos a la conferencia”, *Liabona*, noviembre de 2009, pág. 4).
6. Gordon B. Hinckley, “Discurso de apertura”, *Liabona*, noviembre de 2005, pág. 6.
7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 507.
8. En la actualidad está disponible en español, alemán, francés, inglés y portugués. Estará disponible en chino, coreano y japonés más adelante este año.
9. Tenemos más de 4.000 centros de historia familiar en el mundo.
10. Si tienen acceso a una computadora, vayan a [new.familysearch.org](http://new.familysearch.org). Para inscribirse por primera vez, se requerirá su número de cédula de miembro y la fecha de nacimiento. Esta información se puede solicitar al secretario de barrio o rama. Una vez que hayan entrado en el sistema, pueden verificar que la información de sus antepasados se encuentre en el sistema y ver qué ordenanzas del templo se necesitan. Pueden encontrar antepasados que no conozcan y agregarlos a su árbol genealógico. Impriman un formulario Solicitud de ordenanzas familiares para llevar al templo y así abrir el camino para que se efectúen las ordenanzas necesarias.
11. Véase Boyd K. Packer, “Su historia familiar: Cómo empezar”, *Liabona*, agosto de 2003, págs. 12–17.
12. Bajo la dirección de la presidencia de estaca, se asigna a uno o más miembros del sumo consejo para supervisar la obra del templo y de historia familiar en la estaca. A nivel de barrio o rama, el líder del grupo de sumos sacerdotes o el presidente del quórum de élderes guían el camino. Hay muchos recursos disponibles, impresos y en línea, para ayudar a los consultores de historia familiar y a los líderes del sacerdocio a cumplir con sus deberes.
13. Otros nuevos recursos útiles son la *Guía para los miembros sobre la obra del templo y de historia familiar* (artículo N° 36795 002), y *Guía para el instructor sobre la obra del templo y de historia familiar* (artículo N° 35804 002) y el DVD de ese curso. Esas guías se pueden bajar de internet, verlas en línea en [lds.org](http://lds.org) o pedir las por medio de los Servicios de Distribución.
14. Doctrina y Convenios 128:24.
15. Véase Isaías 61:1; Lucas 4:18; Doctrina y Convenios 138:18, 31, 42.
16. Véase Doctrina y Convenios 128:18.

testifican acerca de la doctrina sobre la cual se basa esta sagrada obra<sup>12</sup>. Ellos extienden llamamientos y se aseguran de que haya instrucción disponible<sup>13</sup>. Ven la actividad del templo y de historia familiar como un medio de elevar el espíritu de su barrio, fortalecer las raíces espirituales de los nuevos conversos y bendecir la vida de todos los miembros.

Aunque la obra del templo y de historia familiar tiene el poder para bendecir a los que están más allá del velo, tiene el mismo poder para bendecir a las personas que están vivas. Tiene una influencia refinadora en aquellos que participan de ella. Éstos literalmente están ayudando a exaltar a su familia.

Somos exaltados cuando podemos morar juntos con todos nuestros familiares en la presencia del Dios Todopoderoso. El profeta José Smith previó nuestro deber: “...está a punto

de llegar el gran día del Señor”, dijo él. “Ofrezcamos, pues, como iglesia y como pueblo, y como Santos de los Últimos Días, una ofrenda al Señor en rectitud; y presentemos en su santo templo... un libro que contenga el registro de nuestros muertos, el cual sea digno de toda aceptación”<sup>14</sup>.

La preparación de ese registro es nuestra responsabilidad individual y colectiva. Al trabajar juntos, podemos hacerlo digno de toda aceptación del Señor. Ese registro permite que se efectúen las ordenanzas y que sean aceptadas por nuestros antepasados fallecidos, si ellos así lo deciden. Esas ordenanzas pueden llevar la libertad a los cautivos que están del otro lado del velo<sup>15</sup>.

Nuestros hijos, nietos, “Querida Ruby” y todos nuestros demás bisnietos están entrelazados con amor. También están entrelazados con amor





Por el élder Robert D. Hales  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

# Nuestro deber a Dios: La misión de padres y líderes para con la nueva generación

*Es nuestro deber imperioso ayudar a los jóvenes a comprender y creer el Evangelio de una forma profundamente personal.*

Esta tarde deseo alentar a los padres y a todos los que han sido llamados a orientar y a servir a la juventud de este mundo. El Señor reveló a José Smith que tenemos "...una obligación imperiosa... para con la generación que va creciendo" (D. y C. 123:11).

En el transcurso de mi vida como padre y abuelo, he meditado en la pregunta: ¿Cuál es mi *deber a Dios* con relación a los jóvenes? Quisiera compartir con ustedes algo de lo que he aprendido por medio de la reflexión y el testimonio.

Para todos nosotros, el cumplir nuestro deber a Dios como padres y líderes empieza por guiar mediante el ejemplo, o sea, vivir los principios del Evangelio con constancia y dedicación en casa, lo cual requiere determinación y diligencia diarias.

Para los jóvenes, no hay nada mejor que vernos vivir el Evangelio en la vida

diaria. Los jóvenes guerreros no tuvieron que preguntarse lo que sus padres creían. Ellos dijeron: "No dudamos que nuestras madres lo sabían" (véase Alma 56:47-48). ¿Están enterados nuestros hijos de lo que nosotros sabemos?

Una vez uno de mis nietos me pidió que lo acompañara a ver una película popular que no era apropiada. Le dije que yo no tenía edad para verla. Quedó desconcertado hasta que su abuela le explicó que la clasificación de las películas según la edad de la persona no se aplicaba al abuelo. Entonces él vino y me dijo: "Ya entiendo, abuelo. Nunca vas a tener la edad para ver esa película, ¿verdad?". ¡Y tenía razón!

Además de mostrar a los jóvenes la senda por medio del ejemplo, los guiamos al comprender su corazón y al caminar a su lado en el sendero del Evangelio. Para realmente comprender

su corazón, debemos hacer mucho más que sólo estar en el mismo cuarto o asistir a las mismas actividades familiares y de la Iglesia. Debemos planificar y aprovechar momentos de enseñanza que generen un impacto profundo y perdurable en su mente y en su corazón.

Por ejemplo, los líderes de la Iglesia planean con regularidad actividades del sacerdocio y también clases y campamentos de escultismo, pero ¿se logra siempre el objetivo más importante de esas actividades? He aprendido que lo que hace que una actividad del sacerdocio o de escultismo sea más significativa para el muchacho no es sólo obtener una insignia de mérito, sino tener la oportunidad de sentarse y hablar con un líder que se interese en él y en su vida.

De manera similar, madres y padres, al llevar a sus hijos a la escuela o a sus diversas actividades, en el auto o caminando, ¿aprovechan el tiempo para hablar con ellos de las esperanzas, sueños, temores y dichas de ellos? ¿Se toman el tiempo para hacerles quitarse los audífonos conectados a tantos aparatos para que puedan escucharle a usted y sentir su amor? Cuanto más vivo, más reconozco que los momentos de enseñanza de mi juventud, especialmente los que tuve con mis padres, han moldeado mi vida y me han hecho quien soy.

Es imposible sobreestimar la influencia de los padres que comprenden el corazón de sus hijos. Las investigaciones científicas demuestran que durante las transiciones más importantes de la vida—incluso los períodos en que es más probable que los jóvenes se alejen de la Iglesia— la mayor influencia no proviene de una entrevista con el obispo o con algún otro líder, sino de la interacción regular, cálida, amigable y cariñosa con los padres.

Considerando esto, cuando nos sentamos a la mesa para cenar, ¿está presente toda la familia? Recuerdo que cuando era joven pedí permiso para jugar béisbol a la hora de la cena. "Sólo pon mi comida en el horno", le dije a mi mamá. Ella respondió: "Robert, realmente quiero que tomes





mejilla: “Últimamente he trabajado con mi cuarta hija haciendo los proyectos junto con ella. Esto ha tenido un gran impacto en nuestra vida y nuestra relación; pero qué tristeza siento cuando me doy cuenta de lo que me perdí por no haber hecho lo mismo con mis otras tres hijas”. El dicho más triste, hablado o escrito, es el que expresa: “¡Pudo haber sido!”<sup>1</sup>.

Los miembros adultos de la Iglesia deben comprender que los requisitos del Progreso Personal y de Mi Deber a Dios no son sólo una larga lista de tareas a realizar y firmar, sino metas personales que cada hombre y mujer joven se fija para llegar a ser dignos de recibir las ordenanzas del templo, servir en misiones, contraer matrimonio eterno y disfrutar de la exaltación. *Pero que quede bien claro: ¡el que los hombres y las mujeres jóvenes traten de lograr esas metas solos sería una gran pérdida y tragedia!*

Padres, madres y líderes de los jóvenes, les instamos a participar en el Progreso Personal y en Mi Deber a Dios con sus hijos y con los jóvenes. No sólo progresarán ellos, sino ustedes también. Igualmente importante es que progresarán juntos en un lazo de fe y amistad que les permitirá fortalecerse mutuamente y mantenerse en la senda del Evangelio para siempre, para ser en realidad una familia eterna.

Una parte igualmente importante del cumplimiento de nuestro deber maternal y paternal ante Dios es enseñar a nuestros hijos el Evangelio y prepararlos para participar plenamente en la Iglesia restaurada del Salvador. Recuerden la lección del pueblo del rey Benjamín. Como resultado de las enseñanzas de él, muchos adultos tuvieron un gran cambio en el corazón (véase Mosiah 5:2). Pero luego dice que “había muchos de los de la nueva generación que no pudieron entender las palabras del rey Benjamín, pues eran niños pequeños en la ocasión en que él habló a su pueblo; y no creían... y se endurecieron sus corazones” (Mosiah 26:1, 3).

Es nuestro *deber imperioso* ayudar a los jóvenes a comprender y crear el

un descanso, vengas a casa y cenas con la familia, y luego te puedes ir a jugar béisbol hasta que obscurezca”. Nos enseñó a todos que en las comidas familiares lo más importante no son los alimentos, sino la interacción con la familia, la cual nutre el alma. Mi madre enseñó que el amor más grande se da dentro del hogar.

Para que nuestras interacciones con los jóvenes realmente tengan un efecto en su corazón, tenemos que ponerles atención de la misma forma que lo haríamos con un colega de confianza o un amigo íntimo. Lo más importante es hacerles preguntas, dejarles hablar, y después estar dispuestos a escuchar —sí, escuchar, y luego escuchar más— incluso ¡escuchar con oídos espirituales! Hace varios años estaba leyendo el periódico cuando uno de mis nietecitos se acurrucó a mi lado. Mientras

leía, me dio gusto escuchar su dulce voz charlar en el fondo. Imagínense mi sorpresa cuando, unos momentos después, se puso entre el periódico y yo, me tomó de la cara y con la nariz puesta contra la mía me preguntó: “¡Abuelo! ¿Estás ahí?”.

Madres y padres, ¿están ahí? Abuelos y abuelas, ¿están ahí? Estar *abí* significa comprender el corazón de los jóvenes y conectarse con ellos. Y conectarse con ellos significa no sólo conversar con ellos, sino también hacer cosas juntos.

Hace poco escuché a una madre contar cómo había ayudado a sus primeras tres hijas a cumplir los requisitos del Progreso Personal haciendo lo que se esperaba de ella: mantenerse informada y firmar cuando se completaran los proyectos. Luego tiernamente explicó, con lágrimas surcando su

Evangelio de una forma profundamente personal. Les podemos enseñar a andar en la luz, pero esa luz no puede ser prestada; tienen que ganársela. Ellos deben obtener su propia luz de testimonio directamente de la fuente de luz espiritual, que es Dios mismo, a través de la oración, el estudio y la reflexión. Deben comprender quiénes son y lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguen a ser. ¿Cómo los ayudamos?

Al tener una noche de hogar, un consejo familiar o una conversación edificante del Evangelio con nuestros hijos, tenemos la oportunidad de verlos a los ojos y decirles que los amamos y que nuestro Padre Celestial los ama. En esos entornos sagrados, también podemos ayudarles a comprender, en lo profundo del corazón, quiénes son y lo afortunados que son de haber venido a esta tierra y a nuestro hogar, y de participar en los convenios que hemos hecho en el templo de ser una familia para siempre. En

toda interacción que compartamos, demostramos los principios y las bendiciones del Evangelio.

En estos tiempos peligrosos, no es suficiente que nuestros jóvenes sólo *sepan*; deben *actuar*. La participación entusiasta en ordenanzas, en quórumes y organizaciones auxiliares, en programas inspirados y actividades que fortalecen, ayuda a los jóvenes a ponerse toda la armadura de Dios. ¿Les ayudaremos a ponerse esa armadura para que resistan los ardientes dardos del adversario? Para realmente escoger el camino del Señor, ellos deben conocer ese camino. Y para que realmente conozcan Su camino, debemos enseñarles y guiarles a actuar, participar y hacer.

*La obra misional más grande que realicemos será en nuestro propio hogar.* Los hogares, los quórumes y las clases forman parte del campo misional. Los hijos y nietos son nuestros investigadores más importantes.

*La obra de historia familiar más grande que realicemos será dentro de nuestro propio hogar.* La preparación espiritual de nuestros hijos que son de la nueva generación, mediante su obediencia, será lo que garantizará la preservación y la perpetuidad eternas de nuestra familia para las generaciones venideras.

*El rescate y la activación más grandes se realizarán en nuestro propio hogar.* Si alguien de su familia anda por senderos extraños, ustedes son rescatadores que participan en el mayor esfuerzo de rescate que la Iglesia haya conocido. Les testifico por experiencia propia: El único fracaso es darnos por vencidos. Nunca es demasiado tarde ni demasiado temprano para comenzar. No se preocupen por lo que haya ocurrido en el pasado. Hagan una llamada; escriban una nota; hagan una visita; invítenlos a regresar a casa. No tengan miedo ni vergüenza. Su hijo es hijo de nuestro Padre





Celestial. Ustedes están haciendo la obra de Dios. Él ha prometido juntar a Sus hijos, y está con ustedes.

*La mayor fe que tengamos será dentro del bogar al permanecer fuertes en las pruebas y tribulaciones de ser padres.* Hace poco el presidente Monson le dijo a un pequeño grupo de madres: “A veces juzgamos demasiado pronto el efecto de nuestros éxitos y fracasos”. Y yo quisiera agregar que no consideremos eternas las pruebas de hoy. Nuestro Padre Celestial hace Su obra a largo plazo. “[Hay] mucho en lo futuro”, dijo el profeta José Smith. “Por tanto... hagamos con buen ánimo cuanta cosa esté a nuestro alcance; y entonces podremos permanecer tranquilos, con la más completa seguridad, para ver la salvación de Dios y que se revele su brazo” (D. y C. 123:15, 17).

Este domingo de Pascua espero que tengamos la oportunidad de dar testimonio de que sabemos que Dios vive y que Jesús es el Cristo. Espero que demos nuestro testimonio para que nuestros hijos sepan lo que es importante para nosotros y que los amamos. *El amor más grande y las enseñanzas más grandes deben existir en nuestro hogar.*

Invoco las bendiciones del Señor para los padres y las madres, y para los jóvenes que son criados en hogares fieles, para que comprendan el gozo de vivir en un hogar y con una familia donde puedan ser amados, encaminados y guiados. Ruego que tengamos familias eternas y estemos juntos para siempre en la presencia de Dios el Padre y de Su Hijo, Jesucristo.

Doy mi testimonio especial de que Jesucristo vive. Él es el pastor de las ovejas perdidas, el rescatador del alma desamparada, el sanador del corazón herido, la esperanza de toda la humanidad. Que con Él como Maestro, cumplamos nuestro deber a Dios con fe en Él y en Su eterno amor por cada uno de nosotros, lo suplico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTA

1. Véase “Maud Muller”, *The Complete Poetical Works of John Greenleaf Whittier*, 1876, pág. 206.



Por el élder Bradley D. Foster

De los Setenta

## Mamá me lo dijo

*Quizás la razón por la que respondemos de un modo tan universal al amor de nuestra madre sea porque éste representa el amor de nuestro Salvador.*

El Señor ha dado a los padres la responsabilidad primordial de la nutrición espiritual de sus hijos. A veces esta responsabilidad recae sobre uno de los padres. Mi propia madre era relativamente joven cuando mi padre murió, dejándola sola con cuatro hijos. Sin embargo, ella afrontó su adversidad con fe y valor, prometiéndonos que si permanecíamos en la senda de la verdad, el final sería mejor que el principio. Al igual que los hijos de madres valientes del Libro de Mormón, “No dudábamos que nuestra madre lo sabía” (véase Alma 56:48). Hermanos y hermanas, comprendo de manera personal la gran influencia de las madres.

Mi buen amigo, Don Pearson, compartió una experiencia que destaca esa influencia. Una noche, su hijo de cuatro años, le pidió que le leyera un cuento antes de dormirse. Eric había escogido su libro preferido en cuanto a las aventuras de la familia de un puerquito que vivía en las islas del mar y viajaban de isla a isla en un globo de aire caliente. Era un libro de ilustraciones sin texto, así que el hermano Pearson inventaba las palabras del cuento.

“El puerquito está en un globo de aire caliente; está a punto de aterrizar

en una isla; está dejando caer un cable por el costado del globo”.

Eric lo interrumpió. “Papá, no es un cable”, le dijo, “es una *cuerda*”.

El hermano Pearson miró a Eric y luego otra vez al libro ilustrado y siguió adelante: “El puerquito se está saliendo del globo y bajando del árbol. ¡Ay, no! ¡Se le enganchó el abrigo en una rama!”.

Nuevamente Eric lo detuvo. “Papá, no es un abrigo; es una *chaqueta*”.

A esta altura, el hermano Pearson estaba algo perplejo, le dijo: “Eric, en este libro no hay palabras, sólo dibujos. ¿Por qué insistes en que es una chaqueta?”

Eric respondió: “Porque mamá me lo dijo”.

Su padre cerró el libro y dijo: “Eric, ¿quién crees que tiene la última palabra y la autoridad máxima en esta casa?”.

Esta vez Eric pensó con detenimiento antes de contestar: “Tú, papá”.

El hermano Pearson le sonrió complacido. ¡Qué respuesta excepcional! “¿Cómo lo supiste?”.

Eric respondió rápidamente: “Mamá me lo dijo”.

Como dijo el presidente James E. Faust: “No existe un bien mayor en la tierra que el que proviene de la maternidad. La influencia de una madre en



la vida de sus hijos es incalculable” (*Liabona*, julio de 1993, pág. 41).

Por designio divino, la crianza parece ser parte del legado espiritual dado a las mujeres. Lo he visto en mis hijas, y ahora lo veo en mis nietas; incluso antes de que aprendieran a caminar, querían sostener a sus muñecas y cuidarlas.

En mi profesión de agricultor y ganadero, he observado de cerca el modo en que el afecto natural de una madre se manifiesta incluso en la naturaleza. Cada primavera llevamos una manada de vacas y sus nuevos becerros a lo largo de la ribera del río Snake de Idaho, donde pastan aproximadamente un mes; después de rodearlas, las llevamos por un camino que conduce al corral, donde las cargan en camiones que las llevan a las pasturas de verano en Montana.

Un día de primavera particularmente caluroso, yo estaba ayudando a rodear la manada y cabalgaba detrás de ella conforme iba por el polvoriento camino hacia el corral. Mi tarea era reunir a los becerros que se hubieran desviado del camino. La marcha era lenta y me daba tiempo para pensar.

Debido a que hacía mucho calor, los becerritos constantemente corrían hacia los árboles en busca de sombra. Mis pensamientos se tornaron hacia los jóvenes de la Iglesia que a veces se desvían del sendero estrecho y angosto. También pensé en los que han dejado la Iglesia o quienes quizás sientan que la Iglesia se ha alejado de su corazón, mientras estaban distraídos. Se me ocurrió que una distracción no tiene que ser mala para ser eficaz: a veces puede ser simplemente sombra.

Después de varias horas de reunir becerros descarriados, y con la cara llena de sudor, les grité a los becerros con frustración: “¡Sigán a sus madres! ¡Ellas saben a dónde van! ¡Ya han andado por este camino!” Sus madres sabían que aunque por ahora el sendero estuviera caluroso y polvoriento, el final sería mejor que el principio.

Tan pronto como metimos la manada al corral, nos fijamos que tres de las vacas caminaban nerviosamente enfrente del portón; no podían hallar a sus becerros y parecían percibir que se habían quedado en alguna parte del camino. Uno de los vaqueros preguntó qué debíamos hacer, y le dije: “Creo que sé dónde están; a medio kilómetro de aquí hay una pequeña arboleda; estoy seguro de que los encontraremos allí”.

Y, como sospechaba, hallamos a los becerros perdidos dormidos bajo la sombra. Nuestra llegada los sobresaltó y se resistieron a que los rodeáramos. ¡Estaban atemorizados porque *no éramos* sus madres! Cuanto más nos esforzábamos por dirigirlos hacia el corral, más obstinados se ponían. Finalmente les dije a los vaqueros: “Lo siento, muchachos; sé que hay una manera mejor de hacerlo. Volvamos y dejemos que sus madres salgan del corral; las vacas vendrán y reunirán a sus becerros, y éstos las seguirán”. Estaba en lo correcto: las vacas supieron con exactitud a dónde ir para hallar a sus becerros, y los condujeron al corral, como yo lo esperaba.

Hermanos y hermanas, en un mundo donde a todos se nos concede el albedrío, algunos de nuestros seres queridos podrán descarriarse por una temporada. Pero no podemos darnos nunca por vencidos. Debemos regresar a buscarlos siempre; nunca debemos dejar de hacerlo. Nuestro profeta, el presidente Thomas S. Monson, nos ha suplicado que rescatemos a nuestros seres queridos que estén perdidos (véase, por ejemplo, “Permanece en el lugar que se te ha designado”, *Liabona*, mayo de 2003, págs. 54–57). Con la ayuda de los líderes del sacerdocio, los padres deben seguir regresando a buscar a sus seres perdidos,





(Rock Me to Sleep, *The Family Library of Poetry and Song*, editado por William Cullen Bryant, 1870, págs. 190–191; puntuación actualizada).

Quizás la razón por la que respondemos de un modo tan universal al amor de nuestra madre sea porque éste representa el amor de nuestro Salvador. Como el presidente Joseph F. Smith dijo: “El amor de una buena madre se aproxima más al amor de Dios que cualquier otra clase de amor” (“The Love of Mother”, *Improvement Era*, enero de 1910, pág. 278).

Como en todas las cosas, el Salvador dio el ejemplo perfecto mediante el amor que mostró por Su madre terrenal. Incluso en el momento más crucial de Su vida mortal —tras la angustia del Getsemaní, del falso juicio, de la corona de espinas y de la pesada cruz a la que se le clavó brutalmente— Jesús miró hacia abajo desde la cruz y vio a Su madre, María, quien había venido a estar con su Hijo. Su último acto de amor antes de morir fue asegurarse de que se cuidara de Su madre, al decirle a Su discípulo: He ahí tu madre, y de allí en adelante el discípulo la recibió en su casa. Tal cual se dice en las Escrituras, entonces Jesús supo que “ya todo se había consumado”, e inclinó la cabeza y murió (véase Juan 19:27–28, 30).

Hoy estoy ante ustedes para testificar que Jesucristo es el verdadero Salvador y Redentor del mundo. Ésta es Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Nuestro Padre Celestial desea que todos Sus hijos regresen a Él. Sé esto inequívocamente debido al testimonio del Espíritu Santo a mi corazón. No siempre lo supe; cuando era más joven debía confiar en el testimonio de mis padres. Mi madre me aseguró que si permanecía en la senda de la verdad, aun cuando pareciera calurosa y polvorienta, aun cuando hubiera distracciones, el fin sería mejor que el principio. Estaré eternamente agradecido porque mi madre me lo dijo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

asegurándoles que siempre habrá un “hogar” en la familia y en la Iglesia que espera su regreso. No sabemos cuándo podrá cambiar un corazón; no sabemos cuándo un alma podría estar cansada y desgastada por el mundo. Cuando eso suceda, parece que nuestros hijos casi siempre se tornan primeramente a su madre, con emociones como las que se expresan en un poema de Elizabeth Akers Allen:

*Atrás, vuelve atrás, oh tiempo que vuelas,  
Qué agobiada estoy de afanes y lágrimas...*

*Cansada de lo vano, lo vulgar  
y lo vil,  
Madre, oh, madre, imi corazón te anhela!...*

*Mi corazón, en los días pasados,  
Amor como el maternal jamás ha abrazado;*

*Nadie cual madre desvanece  
angustias  
Del espíritu afligido y del mundo bastiado.*

*La dulce calma del sueño mis ojos  
rendidos subyuga;  
¡Arrúllame, oh, madre, mi sueño acuna!*



Por el élder James B. Martino

De los Setenta

# Todas las cosas obrarán juntamente para su bien

*Quizá en esta vida nunca sepamos por qué tenemos que pasar por ciertas circunstancias, pero podemos estar seguros de que podremos crecer gracias a la experiencia.*

Cuando era joven, todos los años esperaba la llegada de la primavera. Cuando se iba el frío, ya estaba listo para jugar al béisbol. Como la mayoría de los niños, hubiera deseado convertirme en un gran jugador de béisbol. Acude a mi memoria la historia de un niño con sueños parecidos. Con el deseo de convertirse en la nueva estrella del béisbol, decidió salir a practicar. Tomó la pelota con una mano, el bate con la otra y lanzó la pelota al aire. Con la intención de enviarla lo más lejos posible, la lanzó muy fuerte, pero la pelota cayó al suelo sin siquiera rozar la madera del bate. No conforme con el fracaso, volvió a intentarlo. Mientras se disponía a lanzar la pelota al aire, su determinación aumentó al imaginarse un fuertísimo golpe, pero, desafortunadamente, el resultado fue el mismo: la pelota cayó al suelo. No obstante, como todo buen jugador de béisbol sabe, se pueden hacer tres intentos antes de perder el turno. Se concentró aún más, tiró la pelota al aire y la lanzó de la

forma más potente que jamás había intentado. Cuando la pelota cayó al suelo una vez más, los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas. Entonces, de repente le surgió una gran sonrisa y dijo en voz alta: “¡Qué gran lanzador!”.

Cada uno de nosotros afrontará pruebas y retos y, como sucedió en este sencillo ejemplo, lo que determinará nuestro éxito y nuestra felicidad es la forma en que reaccionemos ante dichas dificultades. Cada uno de nosotros pasará adversidades, sin importar dónde nos encontremos. En las Escrituras se nos enseña que “es

preciso que haya una oposición en todas las cosas”<sup>1</sup>. Cada uno de nosotros afrontará momentos de dificultad, y lo importante no es cuándo los enfrentaremos, sino cómo lo haremos.

El apóstol Pablo enseñó una lección interesante sólo unos años antes de que los santos de Roma sufrieran una de las persecuciones más violentas de toda la era cristiana. Pablo les recordó a los santos que “para los que aman a Dios, todas las cosas obrarán juntamente para su bien”<sup>2</sup>. Nuestro Padre Celestial, quien nos ama de manera completa y perfecta, deja que tengamos experiencias que nos permitan desarrollar las características y los atributos que necesitamos para ser cada vez más parecidos a Cristo. Nuestras pruebas tienen muchas formas diferentes, pero cada una nos permitirá llegar a ser cada vez más parecidos al Salvador en la medida en que aprendamos a reconocer las cosas buenas que surgen de cada experiencia. Al comprender esta doctrina, podemos adquirir mayor certeza del amor de nuestro Padre. Quizá en esta vida nunca sepamos por qué tenemos que pasar por ciertas circunstancias, pero podemos estar seguros de que podremos crecer gracias a la experiencia.

Ahora bien, soy consciente de que es mucho más fácil mirar hacia atrás cuando ya ha terminado la prueba y ver qué hemos aprendido de nuestra experiencia; pero el desafío es obtener una perspectiva eterna mientras estamos en medio de las pruebas. A algunas personas les puede parecer que las pruebas por las que nosotros pasamos no son grandes, pero para cada uno de los que enfrentamos esas





pruebas, son reales y requieren que nos humillemos ante Dios y aprendamos de Él.

En este domingo de Pascua de Resurrección, recordamos la vida de nuestro Salvador. Es a Él a quien deseamos emular en todos nuestros actos. Permítanme mencionar cinco cosas que podemos aprender de las últimas horas de la vida del Salvador en la tierra, que pueden ayudarnos a afrontar nuestras propias pruebas.

Primero, Él no procuró hacer Su propia voluntad, sino únicamente la de Su Padre. Él se mantuvo fiel a Su sagrada misión incluso durante la tribulación. Al caer de rodillas en el jardín de Getsemaní, suplicó: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no haga mi voluntad, sino la tuya”<sup>3</sup>. A veces pasamos por dolores y penas con el fin de crecer y estar preparados para posibles pruebas del futuro. Les hago una pregunta a las madres: “¿Serían capaces de hacer algo que produjera dolor e hiciera llorar a sus hijos aunque ellos no hayan hecho nada malo?”.

¡Por supuesto que sí! Cuando las madres llevan a sus pequeños hijos al médico para vacunarlos, casi todos los niños salen del consultorio llorando. ¿Por qué hacen esto? Porque saben que un ligero dolor ahora los protegerá de posibles dolores y sufrimientos en el futuro. Nuestro Padre Celestial conoce el fin desde el principio. Debemos seguir el ejemplo del Salvador y confiar en Él.

Segundo, cuando afrontamos pruebas, debemos aprender a no quejarnos ni murmurar. Nefi, después de una gran visión del sacrificio del Salvador, nos dijo: “Por tanto, lo azotan, y él lo soporta; lo hieren y él lo soporta. Sí, escupen sobre él, y él lo soporta, por motivo de su amorosa bondad y su longanimidad para con los hijos de los hombres”<sup>4</sup>. Siempre debemos procurar corregir el problema y superar la tribulación, pero en vez de preguntarnos “¿Por qué a mí?” o “¿Qué he hecho para merecer esto?”, quizá la pregunta debería ser: “¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo aprender de esta experiencia? ¿Qué debo cambiar?”.

Hace varios años, mientras mi espo-



sa y yo prestábamos servicio en Venezuela, nuestro hijo menor dejó la comodidad de su escuela secundaria para acompañarnos. Aunque no se quejaba, era evidente que le resultaba difícil ir a ese país donde todo era nuevo para él; pero ocurrió un asombroso cambio y la experiencia dejó de ser una prueba y se convirtió en una enorme bendición en su vida. Esto lo logró al cambiar su propia actitud y tomar la determinación de alcanzar el éxito.

Tercero, al afrontar nuestros desafíos, debemos buscar una mayor ayuda de Dios. Incluso el Salvador de todos nosotros sintió la necesidad de orar “más intensamente” cuando se encontraba en el jardín de Getsemaní<sup>5</sup>. Si hacemos esto, podemos aprender a obtener más fe. Debemos recordar que, a menudo, las respuestas de nuestro Padre Celestial no nos liberan de la prueba, sino que Él nos ayuda a soportar la experiencia. Como hizo con los seguidores de Alma, el Señor

puede aliviar “las cargas que pongan sobre [nuestros] hombros, de manera que no [podremos] sentir las sobre [nuestras] espaldas”<sup>6</sup>. En nuestras pruebas, evitemos caer en la amargura o abandonar nuestra dedicación y sigamos el ejemplo del Salvador para llegar a ser más serios, más sinceros y más fieles.

Cuarto, aprendamos a servir a los demás y a pensar en ellos incluso en las épocas de tribulación. Cristo fue el máximo ejemplo de servicio. Su vida estuvo llena de ejemplos de ayuda y de servicio a los demás, y Su mayor don fue lo que hizo por nosotros. Como Él dijo: “Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten”<sup>7</sup>. Debemos arrepentirnos y luego seguir Su ejemplo de servicio. Cuando servimos a los demás, nos olvidamos de nuestros propios problemas, y al esforzarnos por aliviar el dolor o el malestar de otras personas, nos fortalecemos a nosotros mismos.

En nuestra última Conferencia General, nuestro amado profeta, el presidente Thomas S. Monson, dijo: “Creo que el Salvador nos está diciendo que a menos que nos perdamos en dar servicio a los demás, nuestra propia vida tiene poco propósito. Aquellos que viven únicamente para sí mismos al final se marchitan y, en sentido figurado, pierden la vida, mientras que aquellos que se pierden a sí mismos en prestar servicio a los demás progresan y florecen... y en efecto salvan su vida”<sup>8</sup>.

Quinto, perdonemos a los demás y evitemos culparlos por la situación en la que nos encontramos. A veces nos gusta decir: “Si no hubieran hecho esto, yo no habría reaccionado como reaccioné”. El hombre natural tiene la tendencia de culpar a los demás para no hacerse responsable de sus propios actos. El Salvador miró a los que lo habían clavado en la cruz y rogó a Su Padre Celestial que los “perd[onara] porque no sab[ían] lo que hac[ían]”<sup>9</sup>. ¿Acaso nosotros no podemos ser más indulgentes?

Al pasar por las pruebas de la vida, mantengamos una perspectiva eterna, no nos quejemos, seamos más dedicados a la oración, sirvamos a los demás y perdonémonos los unos a los otros. Al hacer esto sucederá que “para los que ama[mos] a Dios, todas las cosas obrarán juntamente para [nuestro] bien”<sup>10</sup>. Testifico solemnemente y con certeza que nuestro Padre nos ama y que envió a Su Hijo para que nos mostrara y allanara el camino. Él sufrió, murió y resucitó a fin de que podamos vivir y desea que “teng[amos] gozo”<sup>11</sup>, incluso durante las pruebas de nuestra vida. Digo esto en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. 2 Nefi 2:11.
2. Romanos 8:28.
3. Lucas 22:42.
4. 1 Nefi 19:9.
5. Lucas 22:44.
6. Mosiah 24:14.
7. Doctrina y Convenios 19:16.
8. Thomas S. Monson, “¿Qué he hecho hoy por alguien?”, *Liabona*, noviembre de 2009, pág. 85.
9. Véase Lucas 23:34.
10. Romanos 8:28.
11. 2 Nefi 2:25.



Por el élder Gregory A. Schwitzer

De los Setenta

## Cultivar el buen discernimiento y no juzgar a los demás

*Se necesita buen discernimiento no sólo para comprender a las personas, sino también para enfrentarnos con decisiones que muchas veces nos acercan a nuestro Padre Celestial o nos alejan de Él.*

Vivimos en un mundo en el que muchas situaciones requieren que emitamos juicios; esto no siempre es cosa sencilla. Sin embargo, el Salvador dio el mandamiento de “no juzg[ar]”<sup>1</sup> a nuestros semejantes. ¿Cómo podemos lograrlo y aún así ejercer el buen juicio en un mundo lleno de engaño y corrupción? Debemos juzgar bien al tomar decisiones críticas en cada etapa de nuestra vida, como escoger amigos, encontrar un compañero eterno o elegir una ocupación que nos permita cuidar de nuestra familia y servir al Señor. A pesar de que el Señor nos ha pedido que no juzguemos a los demás, espera que hagamos uso de un excelente discernimiento.

Quizá a veces juzgamos rápidamente a las personas, lo cual puede cambiar o redefinir nuestra relación con ellas. Con frecuencia se emiten juicios incorrectos porque contamos con información limitada o porque no vemos más allá de lo que está inmediatamente frente a nosotros.

Como ejemplo, a menudo se cuenta la historia de la ocasión en que Jesús visitó la casa de María y de Marta, que vivían en Betania con su hermano Lázaro. Era un lugar grato para el Maestro, donde podía descansar y disfrutar del entorno de un hogar recto. Durante una de Sus visitas, Marta estaba ocupada preparando la comida y María decidió sentarse a los pies del Maestro para ser instruida por Él.

“Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres; y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola?”

“Pero respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.

“Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”<sup>2</sup>.

Se han dado muchas lecciones dominicales haciendo uso de este relato que muestra a Marta en una condición menor en cuanto a su fe. Pero hay otro relato de esta gran mujer, Marta, que





tual, que tenía un testimonio audaz y osado de la misión del Salvador y de Su poder divino sobre la vida. El juzgar incorrectamente a Marta quizá nos haya llevado a no conocer la verdadera naturaleza de esta maravillosa mujer.

En lo personal, cuando era un médico joven aprendí una gran lección en cuanto a emitir juicios apresurados. Mientras trabajaba a la medianoche en la sala de emergencias, llegaron un hombre joven y su esposa porque ella tenía un dolor muy fuerte. Por su vestimenta e higiene, era fácil darse cuenta de que habían tenido una vida difícil. Él tenía el pelo muy largo y desarreglado, la ropa de ambos hacía bastante que no se lavaba y, en sus rostros, se reflejaban los efectos de una vida difícil.

Después de examinarla, me senté con él para explicarle cuál era el problema y para hablar del tratamiento. Este hombre me miró con un profundo amor que era evidente y que no se ve muy a menudo, y me preguntó con todo el amor de un esposo amoroso: “Doctor, ¿va a estar bien mi amada esposa?”. En ese momento, sentí al Espíritu testificar que él era un hijo de Dios y vi en sus ojos la presencia del Salvador. Este hombre realmente mostraba amor por otra persona, y yo lo había juzgado mal. Fue una lección que dejó en mí una impresión perdurable.

Se necesita buen discernimiento no sólo para comprender a las personas, sino también para enfrentarnos con decisiones que muchas veces nos acercan a nuestro Padre Celestial o nos alejan de Él. Al recordar mi propia vida, veo muchas ocasiones en las que un pequeño cambio de rumbo, basado en una mala determinación, me hubiera alejado mucho de donde el Señor quería que estuviera. Las decisiones como tener una familia mientras estudiaba, ser activo en todos los aspectos del Evangelio, pagar diezmos y ofrendas cuando los ingresos eran sumamente limitados, y aceptar llamamientos en épocas difíciles me ayudaron a entender mejor el sacrificio. Muchas bendiciones en la vida se pierden por aplicar un

nos da una perspectiva más profunda de su comprensión y su testimonio. Ocurrió cuando el Salvador llegó para resucitar a su hermano Lázaro de entre los muertos. En esta ocasión fue Marta quien acudió a Jesús “cuando oyó” que Él venía. Al encontrarse con Él, le dijo que “sabía” que “todo lo que le [pidiera] a Dios, Dios [se] lo [daría]”.

Cristo entonces compartió con Marta la gran doctrina de la resurrección diciendo:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

“Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?”.

Ella respondió con su fuerte testi-

monio: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”<sup>3</sup>.

¿Cuántas veces, incorrectamente, hemos juzgado a Marta como una persona que se preocupaba más por los deberes que por el Espíritu? Sin embargo, su testimonio durante la prueba de la muerte de su hermano muestra claramente la profundidad de su entendimiento y de su fe.

Más de una hermana ha escuchado el primer relato y se ha preguntado si es una María o una Marta, pero la verdad radica en conocer a la persona y en ejercer buen discernimiento. Al aprender más en cuanto a Marta, nos damos cuenta de que en realidad era una persona de carácter profundamente espiri-

criterio mundano a lo que en realidad es una decisión espiritual.

Las personas que han cultivado el buen discernimiento se caracterizan por muchas cosas. Me gustaría ofrecer cuatro pautas para cultivar el buen discernimiento al tomar decisiones importantes.

**Primero, ajusten sus normas personales de acuerdo con el evangelio de Jesucristo.** Una persona nunca podrá juzgar bien si no tiene el evangelio de Jesucristo como punto de referencia. El Evangelio tiene una larga y exitosa trayectoria de guiar a las personas a la felicidad. Algunas de las ideas del mundo dejan a la humanidad a la deriva para que ellos traten de definir sus propias normas y, a causa de eso, escuchamos frases como “una nueva moralidad”. ¡Esa frase es engañosa! Las normas de la moralidad son eternas y no han cambiado; y tampoco debemos procurar descubrir una nueva interpretación de ellas. Para los jóvenes, estas normas están escritas en el folleto *Para la Fortaleza de la Juventud*, las cuales claramente se ajustan al evangelio de Jesucristo y deben seguirse observando en la vida adulta. Quizá sería bueno que los adultos estudiáramos y pusiéramos en práctica las normas de este folleto.

**Segundo, escuchen los mensajes del profeta viviente.** ¿Cuántas malas decisiones financieras se hubieran evitado si hubiéramos escuchado los consejos que por años nos han dado nuestros profetas en cuanto a evitar las especulaciones riesgosas y en cuanto a tener un presupuesto prudente a fin de evitar las deudas? ¿Cuántos matrimonios se hubieran salvado si se hubiera ejercido buen discernimiento al evitar los medios de comunicación que llevan a la adicción a la pornografía y al dolor? Cada conferencia general y revista de la Iglesia contiene consejos de los profetas, que, si los aplicamos, nos conducirán al buen juicio. Cuando hacemos caso omiso de ellos, no tenemos justificación.

**Tercero, cultiven una relación con el Espíritu Santo en la que lo escuchan.** Después de bautizarnos, recibimos el don del Espíritu Santo, pero

muchas veces lo dejamos guardado y nos olvidamos de que Él nos ayudará en las decisiones más importantes de nuestra vida. El Señor nos dio este don porque sabía que afrontaríamos decisiones difíciles en la vida. El escuchar esta voz es vital para cultivar el buen discernimiento. Una relación en la que se escuche a menudo requiere que haya un ambiente tranquilo donde podamos tomarnos el tiempo para meditar y escuchar la voz suave y apacible. Este ambiente de paz es tanto externo como interno. Por lo tanto, requiere más que apagar la música del mundo o el estruendo de otros medios de comunicación; también requiere apagar el ruido del pecado que proviene de nuestra alma. Esto dará comienzo a la comunicación con el Espíritu que tanto necesitamos.

Cristo dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”<sup>4</sup>. La paz que proviene de escuchar al Santo Espíritu elimina el temor de emitir un juicio equivocado en la vida.

**Cuarto, guarden los mandamientos.** El deseo de guardar los mandamientos de Dios nos abre la puerta a muchas bendiciones prometidas. El

Libro de Mormón, además de ser otro testamento de Jesucristo, es un libro en el que se habla acerca de los resultados de guardar y de no guardar los mandamientos. El Señor le dijo a Nefi en el segundo capítulo de su primer libro: “Según guardéis mis mandamientos, prosperaréis”<sup>5</sup>.

Esta misma promesa la han repetido casi todos los principales profetas del Libro de Mormón. De este modo, se han registrado mil años de historia que testifican que estas cosas son verdaderas, y el mismo mensaje se aplica a nosotros en la actualidad. El buen discernimiento se aprende y se practica mejor dentro de los límites que el Señor fija por medio de los mandamientos que nos da.

Testifico que, en la medida en que nos enfrentemos con decisiones difíciles y sigamos estas normas, podremos saber mejor cuál debe ser nuestra forma de juzgar. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Mateo 7:1. Véase también Mateo 7:1, nota al pie de página a; de la Traducción de José Smith, donde el Salvador nos manda “no juzg[ar] injustamente”.
2. Lucas 10:40–42.
3. Véase Juan 11:20–27.
4. Juan 14:27.
5. 1 Nefi 2:20.







Por el élder Francisco J. Viñas

De los Setenta

## Cosas concernientes a la rectitud

*Los padres y líderes debemos velar por nuestros miembros y nuestras familias para ayudarles a mantenerse alejados de lo que podría conducirlos a una muerte espiritual.*

Se nos dice en Doctrina y Convenios que después del testimonio de los siervos de Dios, vendrá el testimonio de terremotos y el testimonio de otros acontecimientos. “Y todas las cosas estarán en conmoción; y de cierto, desfallecerá el corazón de los hombres, porque el temor vendrá sobre todo pueblo” (D. y C. 88:91; véanse también los versículos 88–90).

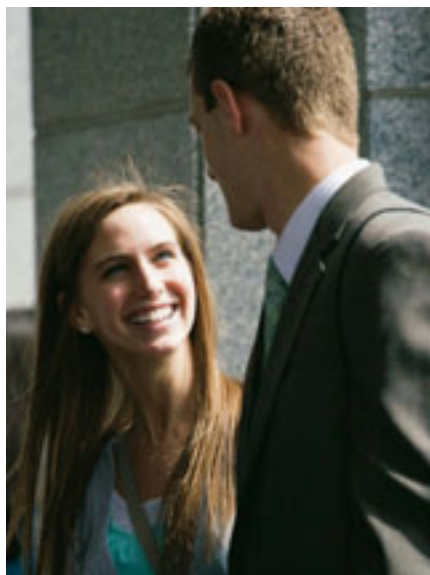
Como miembro de la presidencia del Área Caribe, fui testigo personal de cómo los fieles santos cambiaron el temor por la fe. Las lecciones aprendidas en Haití se pueden comparar a ejemplos del Libro de Mormón.

La impresión de esa terrible destrucción me trajo a la mente las palabras del capítulo veintiocho de Alma: “...fue un tiempo en que se oyó gran llanto y lamentación por toda la tierra” (Alma 28:4).

Cuarenta y dos miembros perdieron la vida, mientras que sus familias y amigos “lamentan por cierto la pérdida de sus parientes; no obstante, se regocijan y se alegran en la esperanza, y aun saben, según las promesas del Señor, que serán levantados para

morar a la diestra de Dios, en un estado de felicidad perpetua” (Alma 28:12).

La Iglesia envió ayuda inmediata a miembros y no miembros, la cual se distribuyó bajo la dirección de los líderes locales del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro. No sólo recibieron asistencia médica, alimentos, agua y otros artículos básicos, sino que también obtuvieron consejo, guía y consuelo de sus líderes locales. Tienen el apoyo de los miembros de la Iglesia de todo el mundo que “[lloran] con los que lloran; sí, y... [consuelan] a los que necesitan de consuelo” (Mosíah 18:9).



Diversos profetas de diferentes épocas nos advirtieron de otra tragedia que es menos perceptible, pero no menos importante, y es la “terrible muerte [que] sobreviene a los inicuos; porque mueren en cuanto a las cosas concernientes a la rectitud; pues son impuros, y nada impuro puede heredar el reino de Dios” (Alma 40:26).

Nefi enseñó este principio a sus hermanos cuando les dijo que los que “morían en su iniquidad, tendrían que ser desechados también, con respecto a las cosas que son espirituales, las cuales se relacionan con la rectitud” (1 Nefi 15:33).

El profeta Samuel el Lamanita enseñó que “el que no se arrepienta será talado y echado en el fuego; y viene otra vez sobre ellos una muerte espiritual; sí, una segunda muerte, porque quedan nuevamente separados de las cosas que conciernen a la justicia” (Helamán 14:18).

La tragedia de morir en cuanto a las cosas que son *espirituales* tiene un mayor impacto para los que “[han] sido [iluminados] por el Espíritu de Dios, y [han] poseído un gran conocimiento de las cosas concernientes a la rectitud, y entonces [caen] en el pecado y la transgresión[;] [llegan] a ser más [empedernidos], y así su condición es peor que si nunca [hubiesen] conocido estas cosas” (Alma 24:30).

Los padres y líderes debemos velar por nuestros miembros y nuestras familias para ayudarles a mantenerse alejados de lo que podría conducirlos a una muerte espiritual. También procuramos rescatar a quienes actualmente están muertos en cuanto a las cosas espirituales y ayudarles a “nacer otra vez; sí, nacer de Dios, ser cambiados de su estado carnal y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, convirtiéndose en sus hijos e hijas” (Mosíah 27:25).

La curación espiritual de aquellos que han estado muertos en cuanto a las cosas concernientes a la rectitud viene mediante el poder de la Expiación, la conversión a la verdad y la observancia de los principios de la rectitud.



El enseñar a los miembros y a nuestra familia en cuanto a las cosas concernientes a la rectitud es esencial en el proceso de lograr una conversión duradera, ya que puede llevarlos a obtener un conocimiento correcto de los mandamientos del Señor, los principios y las doctrinas del Evangelio, y los requisitos y las ordenanzas que debemos cumplir a fin de lograr la salvación en el reino del Señor.

Existen muchos ejemplos en las Escrituras que confirman la importancia de enseñar las “cosas concernientes a la rectitud” para ayudar a obtener una conversión duradera. En la relación que se da de Ammón y sus hermanos mientras predicaban el Evangelio entre los lamanitas, leemos: “Y Ammón predicó al pueblo del rey Lamoni; y aconteció que les enseñó todas las cosas concernientes a la rectitud” (Alma 21:23).

Observamos los resultados de la enseñanza diligente de todas las cosas concernientes a la rectitud al seguir leyendo este relato en el capítulo 23, donde dice: “...cuantos creyeron, o sea, cuantos llegaron al conocimiento de la verdad... fueron convertidos al Señor [y] nunca más se desviaron” (Alma 23:6).

Cuando Alma, padre, estableció la Iglesia, consagró a hombres dignos como sacerdotes y maestros que “velaban por su pueblo, y lo sustentaban con cosas pertenecientes a la rectitud” (Mosiah 23:18).

Los padres desempeñan una función esencial en ayudar a sus hijos a comprender las cosas concernientes a la rectitud. En el Libro de Mormón encontramos que Alma, hijo, apesadumbrado por la iniquidad, las guerras y las contenciones que existían, y afligido por la dureza de corazón de su pueblo, “hizo que sus hijos se reunieran para dar a cada uno de ellos su encargo, separadamente, *respecto de las cosas concernientes a la rectitud*” (Alma 35:16; cursiva agregada).

Es interesante observar que enseñó y dio su encargo a sus hijos separadamente, y adaptó sus instrucciones a cada hijo, de acuerdo con sus necesidades respectivas. Les testificó y les



enseñó doctrina y principios, y los preparó para predicar esos mismos principios a los demás.

En una época en que las fuerzas del mal atacan a la familia y en que las condiciones en que vivimos no son tan diferentes de las que Alma experimentó, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce han expuesto en “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” lo siguiente: “Los padres tienen el deber sagrado de criar a sus hijos con amor y rectitud” (véase *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49).

Esto implica criar a los hijos con amor, apoyarlos y enseñarles *en cuanto a todas las cosas concernientes a la rectitud* para que se mantengan firmes, con los lomos ceñidos con la verdad, “llevando puesta la coraza de la rectitud y calzados [los] pies con la

preparación del evangelio de paz” (D. y C. 27:16).

Tal como en la época de Alma, nuestros líderes también velan por los miembros de la Iglesia y los nutren con las *cosas concernientes a la rectitud*, las cuales nos ayudarán a obtener una conversión duradera. En el documento “Énfasis en la Capacitación de Líderes”, que se revisó el 10 de diciembre de 2009, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce piden a los líderes tanto del sacerdocio como de las organizaciones auxiliares que “insten a todos los miembros de la familia, a padres e hijos, a estudiar las Escrituras, a orar con regularidad y a vivir el evangelio de Jesucristo” (Carta de la Primera Presidencia, 15 de diciembre de 2009).

Estudiar las Escrituras, orar con regularidad y vivir el evangelio de

Jesucristo son obras de rectitud, y el Señor ha revelado esta maravillosa promesa: "...el que hiciere obras justas recibirá su galardón, sí, la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero" (D. y C. 59:23).

Para enseñar con más eficacia *las cosas concernientes a la rectitud*, es importante comprender que, además de impartir información, debemos favorecer la revelación. De este modo, la persona a la que se enseñe puede sentir el deseo de conocer estos principios por sí misma.

El Señor reveló a Hyrum Smith lo siguiente por medio de su hermano, el profeta José Smith:

"Te daré de mi Espíritu, el cual iluminará tu mente y llenará tu alma de gozo;

"y entonces conocerás... todas las cosas que de mí desearas, que corresponden a la rectitud, con fe, creyendo en mí que recibirás" (D. y C. 11:13–14).

Como conclusión, las Escrituras nos advierten del peligro de morir en cuanto a las cosas concernientes a la rectitud, y de las graves consecuencias que esto implica para los que, habiendo sido iluminados por el Espíritu de Dios, caen en el pecado y la transgresión.

El enseñar *las cosas concernientes a la rectitud* es un elemento importante para ayudar a las personas a llegar a un conocimiento de la verdad, ser convertidas y permanecer firmes en la fe de Cristo hasta el fin.

Los padres tienen el deber sagrado de enseñar a sus hijos en cuanto a las *cosas concernientes a la rectitud*. Los líderes y maestros pueden velar por los miembros de la Iglesia que estén bajo su cuidado y nutrirlos, enseñándoles diligentemente todas las *cosas concernientes a la rectitud*.

Esto se puede lograr más eficazmente si se favorece la revelación durante el proceso de la enseñanza, creando así en las personas el deseo de ser iluminadas por el Espíritu de Dios. Entonces, al ejercer la fe, el Espíritu puede darles a conocer *las cosas concernientes a la rectitud*. Testifico de ello en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Neil L. Andersen  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Dime la historia de Cristo

*Una fe personal más firme en Jesucristo... preparará [a sus hijos] para los retos que sin duda enfrentarán.*

Cuando a alguien se le asigna hablar al final de la última sesión de la conferencia general, escucha cada palabra, pensando qué partes del discurso que ha preparado se mencionarán antes de que le toque el turno. No se asignan temas ni se llega a acuerdos sobre dichos temas. La manera del Señor, naturalmente, es siempre la mejor. Él toma los esfuerzos personales y devotos de cada orador y compone una sinfonía espiritual llena de revelación y poder. Los temas que se repiten, los principios que se edifican los unos sobre los otros, las amonestaciones proféticas y las promesas edificantes: ¡la divina armonía es un milagro! Testifico que en esta conferencia hemos escuchado y hemos sentido la mente y la voluntad del Señor.

El presidente Monson ha descrito a los de la nueva generación como "los mejores que [hemos] tenido"<sup>1</sup>, y ha dicho a nuestros jóvenes: "Ustedes han venido a esta tierra en una época gloriosa. Las oportunidades que tienen por delante son casi ilimitadas"<sup>2</sup>. Pero también advirtió: "Se nos ha mandado a la tierra en tiempos difíciles"<sup>3</sup>. "Es una época de permisividad, en que la sociedad en general no tiene en cuenta las leyes de Dios y las quebranta de

manera habitual"<sup>4</sup>. Estamos rodeados de muchísimas cosas cuya finalidad es distraernos. "El adversario se vale de todo medio posible para atraparnos en su red de engaños"<sup>5</sup>.

Sostenemos en nuestros brazos a los integrantes de la nueva generación; vienen a esta tierra con responsabilidades importantes y con grandes capacidades espirituales. No podemos tomar una actitud despreocupada en la forma de prepararlos. Nuestro reto, como padres y maestros, no es crear un núcleo espiritual en el alma de ellos, sino avivar la llama del núcleo espiritual que ya arde con el fuego de su fe premortal.

Esta tarde deseo recalcar el ruego de un niño en una canción de la Primaria:

*Dime la historia de Cristo,  
hazme sentir  
cosas que yo de sus labios  
quisiera oír*<sup>6</sup>.

En nuestro mundo actual, todo niño, todo hombre joven y toda mujer joven necesitan su propia conversión a la verdad. Cada uno precisa su propia luz, su propia fe "firme e inamovible"<sup>7</sup> en el Señor Jesucristo,





independientemente de los padres, de los líderes de la juventud y de los amigos que lo sostienen.

Las historias de Cristo pueden ser como un viento que aviva las brasas de fe en el corazón de nuestros hijos y nuestras hijas. Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida”<sup>8</sup>. Los relatos sobre Cristo repetidos una y otra vez promueven la fe en el Señor Jesucristo y fortalecen los cimientos del testimonio. ¿Se les ocurre un regalo de más valor para nuestros hijos?

¿Se encuentran la vida y las enseñanzas de Jesucristo grabadas en la mente y el alma de nuestros hijos? ¿Piensan ellos en la vida del Salvador cuando se preguntan qué hacer en su propia vida? Esto será más y más importante en los años venideros.

¿Han visualizado nuestros hijos el concilio premortal<sup>9</sup> donde Jesús —el más grande de todos— declaró: “Heme aquí; envíame a mí”<sup>10</sup>.

¿Perciben su propia voluntad de prestar servicio como el hecho de que siguen el ejemplo de Él?

¿Piensan en Su humilde nacimiento<sup>11</sup>, con el Salvador del mundo

acostado en un pesebre<sup>12</sup>. ¿Les permiten las circunstancias de Él comprender mejor el lugar apropiado de las posesiones materiales?

¿Saben que Jesús con frecuencia enseñó: “pedid, y recibiréis”<sup>13</sup>. ¿Fluyen por la mente de nuestros hijos las oraciones de agradecimiento de Él<sup>14</sup>, así como Sus súplicas al Padre<sup>15</sup>, cuando ellos se arrodillan en oración con sus propias inquietudes?

¿Les hemos dicho cuánto ama Jesús a los niños, cómo los tuvo en Sus brazos, rogó por ellos y lloró<sup>16</sup>. ¿Saben nuestros hijos que Jesús espera “con los brazos abiertos para recibir [los]”<sup>17</sup>.

¿Se fortalecen por medio de las historias del ayuno de Cristo<sup>18</sup>, a medida que les enseñamos le ley del ayuno?

Al sentirse solos, ¿saben nuestros hijos de la soledad que sintió el Salvador cuando Sus amigos lo abandonaron y cuando les preguntó a Sus apóstoles: “¿También vosotros queréis irnos?”<sup>19</sup>

¿Han sentido nuestros hijos el poder de los milagros del Salvador? Jesús sanó al leproso<sup>20</sup>, dio vista a los

ciegos<sup>21</sup>, alimentó a los 5.000<sup>22</sup>, calmó el mar<sup>23</sup> y levantó a Lázaro de entre los muertos<sup>24</sup>. ¿Creen nuestros hijos que “es por la fe que se obran milagros”<sup>25</sup> y ¿oran pidiendo milagros en su vida?

¿Les han dado ánimo a nuestros hijos las palabras del Salvador al principal de la sinagoga: “No temas, cree solamente”<sup>26</sup>.

¿Saben nuestros hijos acerca de Su vida perfecta<sup>27</sup>, de Su abnegado ministerio, de que fue traicionado y de la cruel Crucifixión<sup>28</sup>. ¿Les hemos testificado acerca de la certeza de Su resurrección<sup>29</sup>, de Su visita a los nefitas en las Américas<sup>30</sup>, de Su aparición al profeta José Smith en la Arboleda Sagrada<sup>31</sup>.

¿Esperan ellos el retorno majestuoso de Él, cuando todo volverá a ser como debe ser y toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesús es el Cristo<sup>32</sup>.

¿Dicen nuestros hijos: “Cosas de Cristo quiero escuchar”<sup>33</sup>.

A los jóvenes y a los niños: Vivan a la altura de sus importantes responsabilidades y gran capacidad espiritual. Procuren saber más sobre Jesucristo; abran las Escrituras. Una idea podría

ser leer otra vez el libro de Juan, y después analizarlo con sus padres, maestros o entre ustedes.

A los padres y a las madres, a abuelos y abuelas, y a aquellos que no tengan hijos propios pero que nutran con amor a jóvenes y niños, mi consejo es que hablen con mayor frecuencia sobre Jesucristo. Su santo nombre tiene gran poder espiritual. “No [hay] otro nombre, ni otra senda... por el cual la salvación llegue a los hijos de los hombres, sino en el nombre de Cristo, el Señor Omnipotente, y por medio de ese nombre”<sup>34</sup>.

A las madres que crían a sus hijos sin un padre en el hogar, les prometo que cuando hablen de Jesucristo, sentirán que el poder de los cielos las bendice.

Después del fallecimiento de su esposo, la hermana Stella Oaks crió sola a sus tres pequeños hijos (entre ellos

al élder Dallin H. Oaks<sup>35</sup>). Ella dijo una vez: “Se me hizo saber que el Señor me amaba y que yo estaría a la altura de mi misión. Me sentí rodeada de amor... [y supe] que Él [nos sostenría] a través de la oposición que [surgiría]”<sup>36</sup>.

A los padres hago una súplica especial: Por favor, tomen parte importante en hablarles a sus hijos acerca del Salvador. Ellos necesitan que ustedes les expresen la confirmación de la fe que tienen, junto con la de sus madres.

Aunque habrá ocasiones en que el niño no escuche con un corazón creyente, el testimonio que ustedes expresen sobre Jesús permanecerá en su mente y en su alma. ¿Recuerdan la historia de Alma, que había escogido el sendero errado? Al volver, dijo:

“...me acordé de... mi padre [que hablaba]... concierne a la venida

de... Jesucristo... para expiar los pecados del mundo.

“Y al concentrarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!”<sup>37</sup>.

Si el hijo no escucha, no se desesperen. El tiempo y la verdad están del lado de ustedes. En el momento adecuado, sus palabras harán eco como si vinieran del cielo mismo. Su testimonio jamás abandonará a sus hijos.

Cuando hablen con reverencia sobre el Salvador, ya sea en el automóvil, en el autobús, a la mesa, al arrodillarse para orar, durante el estudio de las Escrituras o en conversaciones a entradas horas de la noche, el Espíritu del Señor acompañará sus palabras<sup>38</sup>.

En la medida en que pongan lo mejor de su parte, el testimonio de Jesús destilará dulcemente sobre el corazón de sus hijos. Acudirán al Padre Celestial en humilde oración y sentirán Su influencia mediante el poder del Espíritu Santo. Una fe personal más firme en Jesucristo los preparará para los retos que sin duda enfrentarán<sup>39</sup>.

Conocí a Bill Forrest y a Debbie Hutchings cuando éramos estudiantes en la Universidad Brigham Young. Cuando Bill volvió de la misión, él y Debbie se enamoraron y se casaron en el Templo de Oakland California. Fueron a vivir a Mesa, Arizona, y fueron bendecidos con cinco hijos varones y dos hijas. Billy y Debbie enseñaron a sus hijos a amar al Señor Jesucristo como ellos lo amaban. El hijo de ellos, el élder Daniel Forrest, que actualmente presta servicio en la Misión México Oaxaca, dijo: “Todas las mañanas, sin falta, antes de ir a la escuela nos sentábamos a la mesa para leer y analizar las Escrituras”.

Kara, una de las hijas, ya casada y con dos hijos, aún recuerda claramente que su padre la llevaba temprano por la mañana a las actividades de la escuela secundaria. Ella dijo: “A mi padre le gustaba aprender de memoria citas, pasajes de las Escrituras y poemas, [y durante esos viajes temprano por la mañana] practicábamos repetirlos”. Uno de sus pasajes preferidos







era: "...recordad, ... recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos... [él] no tenga poder para arrastraros... a causa de la roca sobre la cual estáis edificados"<sup>40</sup>.

El viernes antes del domingo de Pascua de Resurrección del año 2000, exactamente hace diez años, Bill Forrest era el obispo del Barrio Estate Groves de Arizona. Camino al trabajo, a unos dos kilómetros de su casa, un camión grande que transportaba grava chocó su vehículo. Debbie y los hijos salieron de la casa poco después de Bill y, sin saberlo, llegaron al lugar del trágico accidente. Bill no había sobrevivido el impacto. El espíritu inmortal de este amado esposo y padre súbitamente había regresado a casa de Aquel que venció la muerte, el Hijo de Dios, cuya gloriosa resurrección habrían celebrado juntos aquel domingo de Pascua.

¿Cómo encontraron Debbie y sus siete hijos (el más pequeño de sólo cinco años) la fortaleza que necesitaban? Kara, que tenía quince años

cuando falleció su padre, me dijo hace poco: "Estoy agradecida a mi [madre y a mi padre] por las formas en que me enseñaron [acerca del Salvador]. Abrían las Escrituras conmigo, oraban conmigo y fueron un ejemplo de la caridad, del amor y de la paciencia [del Salvador]... Cada año, la Pascua de Resurrección es una tierna época en la que reflexiono en la vida, la misión y resurrección de nuestro Salvador, y recuerdo la vida de mi padre terrenal".

El élder Daniel Forrest expresó: "Yo tenía diez años cuando falleció mi padre. Fue una época difícil... Mi madre siempre ha sido un ejemplo de las enseñanzas del Salvador. Llevo conmigo la placa de identificación de mi padre de cuando era misionero en España. [Dos] de las citas de mi padre que más me gustan [son]: 'Dos hombres pueden hacer cualquier cosa, siempre y cuando uno de ellos sea el Señor' y 'El Salvador debe ser nuestro cimiento; sin eso, nos hundimos'".

La fe en Jesucristo ha llenado el corazón de los hijos del matrimonio Forrest. Este fin de semana de Pascua de Resurrección, diez años después del fallecimiento de su padre, lo

extrañan muchísimo, pero el agujón de su muerte "es consumido en Cristo"<sup>41</sup>. Ellos saben que, gracias a la invaluable dádiva del Salvador, pueden volver a estar con su padre terrenal y con su Padre Celestial.

Dime la historia de Cristo.

En un momento escucharemos al Profeta de Dios. Refiriéndose a Su profeta, el Señor dijo: "...recibiréis su palabra... como si viniera de mi propia boca"<sup>42</sup>. Testifico que el presidente Thomas S. Monson es el portavoz del Señor en la tierra.

Testifico que Jesús es el Cristo, el Salvador de toda la humanidad. Su vida, Su expiación, Su resurrección, Su anhelado regreso son tan seguros y ciertos como la salida del sol. Su nombre sea alabado para siempre jamás<sup>43</sup>. En el santo nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Thomas S. Monson, "Verdades constantes para tiempos cambiantes", *Liabona*, mayo de 2005, pág. 19.
2. Thomas S. Monson, "Tengan valor", *Liabona*, mayo de 2009, págs. 123-127.
3. Thomas S. Monson, "Ejemplos de rectitud", *Liabona*, mayo de 2008, págs. 65-68.
4. Thomas S. Monson, "Palabras de clausura", *Liabona*, noviembre de 2009, pág. 109.



5. Thomas S. Monson, “Hasta que nos volvamos a ver”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 113.
6. “Dime la historia de Cristo”, *Canciones para los niños*, pág. 36.
7. Véase Alma 1:25.
8. Juan 14:6.
9. Véase Abraham 3:2–28.
10. Abraham 3:27.
11. Véase Lucas 2.
12. Véase Lucas 2:7.
13. 3 Nefi 27:29.
14. Véase Lucas 10:21.
15. Véase Lucas 11:2–4.
16. Véase 3 Nefi 17:11–24.
17. Mormón 6:17.
18. Véase Lucas 4:1–13.
19. Juan 6:67. Al dirigirse a la juventud el año pasado, el presidente Monson dijo: “...tendrán que defender aquello en lo que creen. A menos que las raíces de su testimonio estén firmemente arraigadas, les resultará difícil soportar las burlas de los que cuestionen su fe” (*Liabona*, mayo de 2009, pág. 126).
20. Véase Marcos 1:40–42.
21. Véase Lucas 18:35–43.
22. Véase Marcos 6:34–44.
23. Véase Marcos 4:35–41.
24. Véase Juan 11:8–53.
25. Moroni 7:37.
26. Marcos 5:36.
27. Véase 1 Pedro 2:21–25.
28. Véase Lucas 22:47–48; 23:32–46.
29. Véase Juan 20:11–23.
30. Véase 3 Nefi 11–26.
31. Véase José Smith—Historia 1:17.
32. Véase Doctrina y Convenios 88:104.
33. “Dime la historia de Cristo”, *Canciones para los niños*, pág. 36.
34. Mosíah 3:17.
35. El élder Dallin H. Oaks dijo en una ocasión: “Cuando era niño, pasaba casi todas las horas del anochecer leyendo libros. Uno de los favoritos era *La historia de la Biblia, de Hurlbut*,... [un libro de] 168 relatos de la Biblia. Esos relatos me encantaban y los leí muchas veces” (véase “Historias bíblicas y protección personal”, *Liabona*, enero de 1993, pág. 41).
36. Stella Oaks, “Thy Will Be Done”, en Leon R. Hartshorn, recopilador, *Remarkable Stories from the Lives of Latter-day Saint Women*, 2 tomos, 1973–75, tomo II, págs. 183–184.
37. Alma 36:17–18.
38. En nuestro mundo actual, necesitamos más que nunca que las palabras que Enós dijo de su padre sean las palabras que nuestros hijos digan de nosotros: “...las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna... penetraron mi corazón profundamente. Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor” (Enós 1:3–4).
39. El presidente Monson hizo esta promesa a la juventud: “Si su testimonio del Evangelio del Salvador y de nuestro Padre Celestial está bien cimentado, influirá en todo lo que hagan a lo largo de la vida... Su testimonio, si lo nutren constantemente, [los] mantendrá a salvo” (*Liabona*, mayo de 2009, pág. 126).
40. Helamán 5:12.
41. Véase Mosíah 16:8.
42. D. y C. 21:5.
43. Véase Alma 26:12.



Por el Presidente Thomas S. Monson

## Palabras de clausura

*El faro del Señor envía señales que fácilmente se pueden reconocer y que nunca fallan.*

**H**a sido una maravillosa sesión de clausura. Pocas veces he escuchado excelentes sermones en tan pocas palabras tales como los hemos escuchado hoy. Todos nosotros estamos aquí porque amamos al Señor y queremos servirle. Nuestro Padre Celestial nos tiene presentes, de eso les testifico. Reconozco Su mano en todas las cosas.

Una breve Escritura:

“Confía en Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.

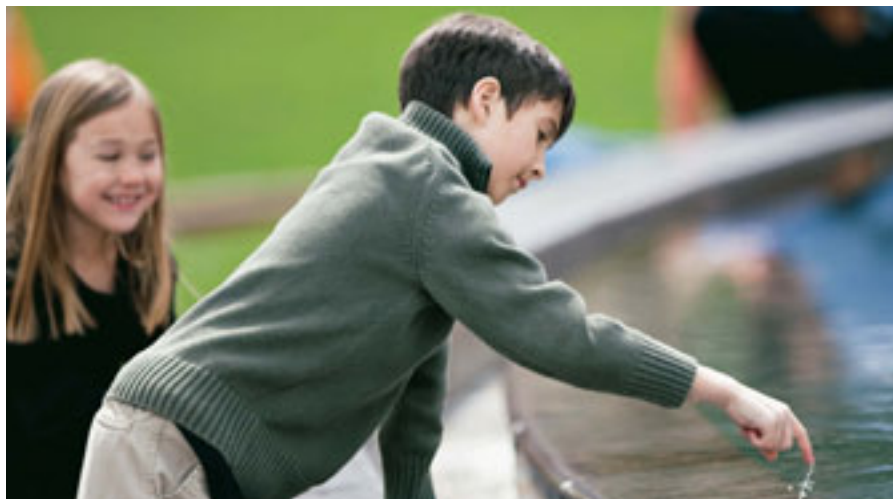
“Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”<sup>1</sup>.

Ésa ha sido la historia de mi vida.

Mis queridos hermanos y hermanas,

llegamos ahora a la conclusión de una conferencia sumamente edificante e inspiradora. Después de escuchar los consejos y los testimonios de los que nos han hablado, creo que hemos sido ricamente bendecidos y todos estamos más resueltos a vivir los principios del evangelio de Jesucristo. Ha sido de provecho estar aquí. Expresamos nuestra gratitud a cada uno de los que han tomado la palabra, así como a los que han ofrecido las oraciones.

La música ha sido espléndida. Acude a mi mente el pasaje de Doctrina y Convenios: “Porque mi alma se deleita en el canto del corazón; sí, la canción de los justos es una oración para mí, y será contestada con





una bendición sobre su cabeza”<sup>2</sup>.

Tengan presente que los mensajes que hemos escuchado durante esta conferencia se imprimirán en los ejemplares de las revistas *Ensign* y *Liabona*. Los exhorto a estudiar los mensajes, a meditar sus enseñanzas y después a aplicarlos en su vida.

Sé que ustedes se unen a mí para expresar gratitud a estos hermanos y hermanas que han sido relevados durante esta conferencia. Han servido bien y han hecho un aporte significativo a la obra del Señor. Su dedicación ha sido completa. Les agradecemos desde el fondo de nuestro corazón.

Y ahora hemos sostenido, al levantar la mano, a hermanos y hermanas que han sido llamados a nuevos puestos durante esta conferencia. Queremos que sepan que esperamos con ansias trabajar con ellos en la causa del Maestro.

Mis hermanos y hermanas, al contemplar hoy día el mundo que nos rodea, hacemos frente a problemas que son graves y de gran preocupación para nosotros. El mundo parece haberse soltado del ancla de seguridad y alejado del puerto de paz.

El libertinaje, la inmoralidad, la pornografía, la deshonestidad y una infinidad de males son la razón por la

que muchos son zarandeados en un mar de pecado y azotados contra los escabrosos arrecifes de oportunidades perdidas, bendiciones abandonadas y sueños destrozados.

Mi consejo a todos nosotros es que miremos hacia el faro del Señor; no hay niebla demasiado densa, ni noche tan oscura, ni viento demasiado fuerte, ni marinero tan perdido que la luz de ese faro no pueda rescatar; nos hace un llamado a través de las tormentas de la vida. El faro del Señor envía señales que fácilmente se pueden reconocer y que nunca fallan.

Me encantan las palabras que se encuentran en Salmos: “Jehová, roca mía y baluarte mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en quien me refugio;... Invocaré a Jehová... [para ser] salvo de mis enemigos”<sup>3</sup>.

El Señor nos ama, mis hermanos y hermanas, y nos bendecirá si invocamos Su nombre.

Cuán agradecidos estamos por el evangelio restaurado de Jesucristo y por todo lo bueno que trae a nuestra vida. El Señor ha derramado Sus bendiciones sobre nosotros, Su pueblo. Les doy mi testimonio de que esta obra es verdadera, de que nuestro Salvador vive, y de que Él guía y

dirige Su Iglesia sobre la tierra.

Ahora bien, al llegar a los momentos finales de esta conferencia, mi corazón está rebosante y mis sentimientos están tiernos. Les expreso mi amor y mi gratitud; gracias por sus oraciones por mí y por todas las Autoridades Generales de la Iglesia. El Señor oye nuestras oraciones, nos bendice y nos dirige en los asuntos de Su reino aquí sobre la tierra. Estamos profundamente agradecidos por ello.

Al salir de esta conferencia, invoco las bendiciones del cielo sobre cada uno de ustedes. Al volver a sus hogares en todas partes del mundo, ruego que nuestro Padre Celestial les bendiga a ustedes y a sus familias. Ruego que los mensajes y el espíritu de esta conferencia se manifiesten en todo lo que hagan en sus hogares, en su trabajo, en sus reuniones y en todos sus quehaceres.

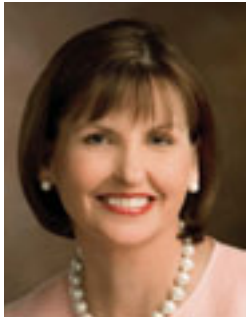
Les amo; oro por ustedes. Ruego que Dios les bendiga; que Su promesa de paz esté con ustedes ahora y siempre, en el nombre de Jesucristo.

Amén. ■

#### NOTAS

1. Proverbios 3:5-6.
2. Doctrina y Convenios 25:12.
3. Véase Salmos 18:2, 3.





Por Ann M. Dibb

Segunda Consejera de la Presidencia  
General de las Mujeres Jóvenes

## Sé valiente

*[Las] pautas del libro de Josué se combinarán para brindarnos la más potente fuente de valor y fortaleza que existe: la fe en nuestro Padre Celestial y en Su Hijo Jesucristo.*

Muchas veces, cuando las Autoridades Generales se dirigen a los hermanos del sacerdocio en la conferencia general, comienzan diciendo que sienten que se están dirigiendo a un “gran ejército” de poderosos líderes del sacerdocio. Esta noche, siento que estoy frente a un “gran ejército” de hijas escogidas de Dios. Ustedes han sido escogidas para ir hacia adelante al lado de esos valientes poseedores del sacerdocio, en rectitud en estos últimos días. Son una vista imponente y hermosa.

Me gustaría comenzar esta tarde con un repaso breve del contexto histórico de nuestro lema, Josué 1:9: “... [esfuérzate y sé] valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas”.

Moisés fue el gran profeta que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, donde habían sido esclavos y habían sido inducidos a adorar a dioses falsos. Después de 40 años de privaciones en el desierto, estaban ya muy cerca de su nuevo hogar, donde serían libres para adorar al Dios verdadero y viviente. Tras la muerte de Moisés, Josué fue llamado por Dios

para ser el profeta que finalizaría ese milagroso trayecto.

Josué era un líder de mucha influencia. En el *Diccionario Bíblico*, en inglés, se lo define como “la clase más alta del guerrero devoto” e indica que su nombre significa “Dios es ayuda” (*Diccionario Bíblico en inglés*, “Joshua”). Su liderazgo inspirado fue muy necesario, ya que aún había muchos ríos que cruzar y batallas que ganar antes de que pudieran realizar y obtener todo lo que el Señor había prometido a los hijos de Israel.

El Señor sabía que el profeta Josué y los hijos de Israel tendrían que ser

muy valientes en esa época. En el primer capítulo del libro de Josué, el Señor le dice varias veces que se esfuerce y que sea valiente. La palabra “valor” se define como “fuerza mental o moral para ...perseverar y resistir el peligro, el temor o las dificultades” (*Merriam-Webster’s Collegiate Dictionary*, decimoprimer edición, 2003, “courage”, cursiva agregada). Mediante el valor y la obediencia, Josué y los hijos de Israel pudieron entrar a la tierra prometida y hallar felicidad en las bendiciones del Señor.

Josué y los hijos de Israel vivieron hace mucho, mucho tiempo; pero en la actualidad, también nos esforzamos por entrar a una “tierra de promisión”. Nuestra meta máxima es obtener la vida eterna con nuestro Padre Celestial. En el primer capítulo del libro de Josué, encontramos cuatro pautas seguras que nos ayudan a vencer obstáculos, a completar la jornada y a disfrutar las bendiciones del Señor en nuestra “tierra de promisión”.

Primero, en el versículo 5, el Señor le promete a Josué: “...no te dejaré, ni te desampararé”. Podemos encontrar fuerza y valor en esta promesa de que el Señor siempre estará allí para apoyarnos y que nunca nos dejará solos. Se nos enseña que nuestro Padre Celestial conoce y ama a cada uno de Sus hijos. Como una de Sus preciadas hijas, ustedes tienen acceso a Su seguridad y guía mediante el poder de la oración. En *Doctrina y Convenios* leemos: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones” (D. y C. 112:10).



Creo estas palabras y les prometo que nuestro Padre Celestial sí escucha y responde nuestras oraciones. Sin embargo, a menudo se requiere paciencia cuando estamos "...esperan[do] al Señor" (véase Isaías 40:31). Cuando esperamos, podemos llegar a creer que se nos ha abandonado o que no se han escuchado nuestras oraciones, o posiblemente que no somos dignos de recibir una respuesta. Eso no es verdad. Me encantan las palabras consoladoras del rey David: "Pacientemente esperé a Jehová, y él se inclinó a mí y oyó mi clamor" (Salmo 40:1).

No importa lo que lleguen a afrontar en su jornada personal, la primera pauta que se da en Josué nos recuerda que oremos, seamos pacientes y recordemos la promesa de Dios: "...no te dejaré, ni te desampararé" (Josué 1:5).

La segunda pauta se encuentra en el versículo 7, donde el Señor le dice a Josué: "...[cuida] de hacer conforme a toda la ley... no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que prosperes en todas las cosas que emprendas". El Señor instruye a Josué que obedezca los mandamientos estrictamente, y que no se desvíe del camino del Señor. El presidente Howard W. Hunter enseñó: "Josué sabía que su obediencia traería éxito, y aunque no sabía exactamente cómo lograría ese éxito, ya tenía confianza en que obtendría los resultados. Sin duda las experiencias de los grandes profetas [que se encuentran en las Escrituras] se han registrado [y preservado] para ayudarnos a comprender la importancia de escoger el camino de la obediencia estricta" ("Nuestro compromiso con Dios", *Liabona*, enero de 1983, pág. 109).

Hace un mes visité a un grupo de mujeres jóvenes y les pregunté a las de más edad qué consejo darían a una nueva abejita para ayudarle a mantenerse fiel y virtuosa en toda situación en que se encontrase. Una de las jóvenes dijo: "Cuando camines por los pasillos de la escuela, es posible que veas, de reojo, algo que te llame la atención, algo que no parezca estar



bien del todo. Quizá sientas curiosidad y quieras mirar, pero mi consejo es éste: No mires. Te prometo que si miras, te arrepentirás. Hazme caso, mira sólo hacia el frente".

Al escuchar a esta jovencita, supe que estaba escuchando el consejo del Señor a Josué: "...no te apartes de [él] ni a la derecha ni a la izquierda" (véase Josué 1:7), aplicado a una situación cotidiana en estos últimos días. Jovencitas, eviten las tentaciones que las rodean mediante la obediencia estricta a los mandamientos. Miren directamente al frente hacia su meta eterna. La segunda pauta nos recuerda que al hacerlo, estarán protegidas y "prosper[arán] en todas las cosas que emprenda[n]" (Josué 1:7).

El versículo 8 contiene la tercera pauta. En ella, el Señor se refiere al "libro de la ley" y le dice a Josué: "...de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito... y todo te

saldrá bien". El Señor está instruyendo a Josué, y a todos nosotros, que leamos las Escrituras. El estudio diario de las Escrituras, en especial el leer el Libro de Mormón, establece un compromiso firme para que ustedes desarrollen un testimonio de Jesucristo y de Su Evangelio; también invita al Espíritu a su vida. El presidente Harold B. Lee aconsejó: "Si no estamos leyendo a diario las Escrituras, nuestro testimonio está disminuyendo, [y] nuestra espiritualidad no está aumentando en profundidad" (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2001, pág. 73).

Dentro de las páginas de las Escrituras se encuentran innumerables indicaciones, promesas, soluciones y recordatorios que nos ayudarán en nuestra jornada hacia la "tierra de promisión". La tercera pauta nos indica que leamos las Escrituras y que las meditemos diariamente, a fin de que podamos encontrar prosperidad y éxito.





**Santiago, Chile**

Después de que el Señor termina de hablar con Josué, éste se dirige a los hijos de Israel. Al final de su discurso, en el versículo 16, los hijos de Israel responden a sus palabras y nos brindan la cuarta pauta. Ellos dicen: “Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos mandes”.

Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, tenemos la oportunidad de hacer el mismo compromiso de seguir a nuestro profeta, al presidente Thomas S. Monson, que nos acompaña esta noche. Por medio de la oración y la confirmación del Espíritu, cada una de nosotras puede obtener un testimonio personal del profeta viviente. Ese testimonio crecerá conforme escuchemos y observemos sus enseñanzas, y tengamos el valor de aplicarlas a nuestra vida.

El escuchar y obedecer el consejo de nuestro profeta, nos permite tener acceso a bendiciones especiales. Escuchen algunas de las promesas proféticas que el presidente Monson nos extendió en la última conferencia general: “Que Dios los bendiga; que la paz que Él ha prometido los acompañe ahora y siempre...” (“Palabras de clausura”, *Liabona*, noviembre de 2009, pág. 110). “...nos esperan grandes promesas si somos leales y fieles...” (“Se prudente... a tu alma

governad”, *Liabona*; noviembre de 2009, pág. 69). “...invoco las bendiciones del cielo sobre cada uno de ustedes” (*Liabona*, noviembre de 2009, pág. 110).

Las invito a que escuchen la próxima semana en la conferencia general las instrucciones y las promesas dadas por medio de nuestro Profeta y de los Apóstoles. Luego, apliquen la cuarta pauta al comprometerse a seguir el consejo del profeta y al reafirmar: “haremos todas las cosas que nos [ha] mandado, e iremos adondequiera que nos [mande]” (Josué 1:16).

En este momento, estas cuatro pautas: la oración, la obediencia a los mandamientos de Dios, el estudio diario de las Escrituras, y el compromiso de seguir al Profeta viviente, pueden parecer cosas pequeñas y sencillas. Les recuerdo el pasaje de las Escrituras que se encuentra en Alma: “...he aquí, te digo que por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas” (Alma 37:6). Cuando aplicamos en nuestra vida diaria esas cuatro “pequeñas y sencillas” pautas del libro de Josué, éstas se combinarán para brindarnos la más potente fuente de valor y fortaleza que existe: la fe en nuestro Padre Celestial y en Su Hijo Jesucristo.

Nuestro Padre Celestial sabe que nuestra jornada personal no es fácil. Cada día nos enfrentamos a situaciones

que requieren valor y fortaleza. Un artículo reciente en el diario *Church News*, me llamó la atención:

“Una maestra de secundaria hace unos meses comenzó su instrucción un día pidiendo a aquellos de sus alumnos que apoyaran un argumento político que se pusieran de pie a un lado del aula, y a los que se opusieran, que se pusieran de pie al otro lado.

“Después de que los alumnos se ubicaron, la maestra adoptó la postura de los que se oponían. Señalando a una joven del lado de los que estaban a favor, la maestra comenzó a atacarla a ella y a los otros compañeros por sus puntos de vista.

“La jovencita, que era una Damita de su barrio, resistió el ataque que criticaba sus creencias.

“[Permaneció] tranquila frente a un ataque público dirigido por alguien que tenía autoridad” (“What youth need”, *Church News*, 6 de marzo de 2010).

Esta jovencita demostró gran valor en su propio campo de batalla, que ese día resultó ser el aula de su escuela. Dondequiera que se encuentren y sea lo que sea lo que afronten, espero que aprovechen las pautas que se encuentran en el libro de Josué para que puedan confiar en la promesa del Señor: “...[esfuérzate y sé] valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas” (véase Josué 1:9).

Deseo dejarles mi testimonio de que nuestro Padre Celestial conoce y ama a cada una de ustedes. Si se allegan a Él, ino les fallará! Las bendicirá con la fortaleza y el valor que necesitan para completar la jornada de regreso a Él. Estoy agradecida por las Escrituras y por los poderosos ejemplos como el del profeta Josué. Estoy agradecida por el presidente Monson, que se esfuerza por guiarnos a salvo de regreso a nuestro Padre Celestial. Es mi oración que, como los hijos de Israel, entremos a nuestra “tierra de promisión” y encontremos descanso en las bendiciones del Señor. Digo estas cosas en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



**Por Mary N. Cook**

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

# ¡Nunca, nunca, nunca se den por vencidas!

*¿Qué es lo que el Señor desea que hagan? Quiere que cada una sea una hija de Dios valiente y virtuosa, dedicada a vivir diariamente de tal manera que sea digna de recibir las bendiciones del templo.*

El pasado agosto llevamos a algunos de nuestros nietos al monumento nacional Timpanogos Cave, uno de los paseos más populares de Utah. Para llegar a la cueva hay que emprender una extenuante caminata de casi dos kilómetros y medio, pero bien vale la pena el esfuerzo para contemplar las formaciones en espiral de la cueva. Yo estaba segura de que Ruthie, de nueve años, no tendría muchas dificultades, pero me preguntaba si Caroline, de seis, tendría la fortaleza y la resistencia para llegar hasta el final.

Todos estábamos muy entusiasmados por empezar la caminata y, al principio, avanzábamos rápidamente por el sendero pavimentado. Llegamos rápidamente a la cuarta parte del camino, pero nos llevó más tiempo llegar hasta la mitad. Caroline comenzó a desanimarse. Ruthie iba bien y alentaba a Caroline para que continuara. Aminoramos la marcha para que Caroline pudiera seguirnos el ritmo. De repente, parecía que todo salía mal: se levantó un viento fuerte y el polvo no nos permitía ver. La situación

era un tanto inquietante y, como si eso fuera poco, nos encontramos con un letrero que decía: “Víboras de cascabel. No se aparte del sendero. Permanezca en un lugar seguro”.

Seguimos caminando trabajosamente hasta completar las tres cuartas partes del camino, pero todavía nos faltaba la porción más empinada de la montaña. Cansada, asustada y dudando de su capacidad, Caroline se sentó y, entre lágrimas, dijo: “¡Me doy por vencida! ¡No puedo dar un paso más!”.

Nos sentamos y hablamos acerca de qué debíamos hacer. Ideamos un plan: decidimos contar los pasos y ver cómo nos sentíamos después de llegar a

cien. Ruthie y yo le aseguramos a Caroline que la ayudaríamos. Nos propusimos buscar algo en el camino que nos hiciera felices y compartir lo que descubriéramos; incluso cantamos algunas canciones de la Primaria.

La situación cambió. Caroline decidió seguir el plan. Los cien pasos convirtieron una tarea que parecía imposible en algo factible. Caroline sabía que la ayudaríamos y, al buscar las cosas buenas que nos rodeaban y entonar canciones, nos sentimos más felices.

¿Alguna vez se han sentido asustadas y desanimadas al enfrentarse con un desafío cuya solución parecía superar su capacidad? ¿Alguna vez han querido darse por vencidas?

Imagínense cómo se habrá sentido Josué, el sucesor del gran profeta Moisés, al saber que tenía que conducir a los hijos de Israel a la tierra prometida. Estoy segura de que hubo momentos en que deseó darse por vencido. Pero el Señor lo reconfortó recordándole tres veces que se esforzara y fuese valiente (véase Josué 1:6-9). Con fe en que Dios estaría con ellos, los hijos de Israel se comprometieron: “...haremos todas las cosas que nos has mandado” (Josué 1:16).

Las Escrituras están llenas de relatos de hombres y mujeres que demostraron gran valor para hacer lo que fuera que el Señor les mandara, aunque la tarea pareciera imposible y aun cuando quizá desearan darse por vencidos.

¿Qué es lo que el Señor desea que hagan? Desea que cada una sea una hija de Dios valiente y virtuosa, dedicada a vivir diariamente de tal manera que sea digna de recibir las bendiciones del





templo y de regresar a Él. En el mundo de hoy, eso requerirá valor. Ustedes tienen el plan de salvación que hace que esto sea posible. El albedrío moral, o la capacidad de escoger, es una parte esencial de este plan. Ustedes ya han tomado algunas buenas decisiones: antes de nacer, escogieron venir a la tierra a recibir un cuerpo y ser probadas; tomaron la decisión de bautizarse, que es la primera ordenanza que se requiere en el sendero hacia la vida eterna. Ahora están en la vida terrenal, donde continúan tomando decisiones, aprendiendo y progresando. Otro paso importante del plan es hacer convenios sagrados y recibir las ordenanzas del templo.

A medida que van creciendo, jovencitas, el camino se va haciendo más empinado y tal vez deseen darse por vencidas. La vida se va volviendo más difícil, llena de decisiones y tentaciones a cada paso. Satanás levantará vientos de confusión que pueden causarles dudas en cuanto a si éste es el sendero que desean seguir; quizá se sientan tentadas a tomar otra ruta aunque en ella haya señales de peligro. Tal vez duden de su capacidad y se pregunten, como una joven se preguntó: “¿Es realmente posible mantener la virtud en el mundo actual?”. La respuesta, mis jóvenes amigas, es: “¡Sí!”. Y el consejo que les doy es similar al que dio Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial: ¡Nunca, nunca, nunca se den por vencidas! (véase “Never Give In”, [discurso, Harrow School, Londres, Inglaterra, 29 de octubre de 1941]).

Esto requerirá gran valor, pero ustedes tienen Su plan! ¿Qué cosas las ayudarán a seguir el plan y ser hijas de Dios valientes y virtuosas? Primero, obtengan un testimonio fuerte, paso a paso. Segundo, busquen la ayuda del Padre Celestial, de Jesucristo, de su familia y de otras personas que las apoyarán en su decisión de seguir el plan. Y, por último, lleven una vida digna de la compañía del Espíritu Santo.

Refiriéndose a la importancia de obtener un testimonio fuerte, el presidente Thomas S. Monson prometió a las jovencitas: “Su testimonio, si lo

nutren constantemente, las mantendrá a salvo” (“Tengan valor”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 126).

Su testimonio se fortalece “gradualmente, con las experiencias que tenga[n]. Nadie lo recibe completamente de la noche a la mañana” (*Leales a la fe: Una referencia del Evangelio*, 2004, pág. 194). Recordarán que, a fin de avanzar en la parte más empinada de la montaña, enfrentamos nuestro objetivo un paso a la vez. Para obtener un testimonio, deben nutrirlo paso a paso. “[Su] testimonio aumentará a medida que tome[n] decisiones de guardar los mandamientos. Al inspirar y fortalecer a los demás, verá[n] que [su] testimonio continuará creciendo”. Al establecer el hábito personal de orar... estudiar las Escrituras, obedecer los mandamientos y servir a los demás, “será[n] bendicid[as] con momentos de inspiración que [fortalecerán su] propio testimonio” (*Leales a la fe*, pág. 194).

El *Progreso Personal* es un recurso magnífico para nutrir su testimonio paso a paso. Las experiencias y los proyectos con un valor son pequeños pasos que nutrirán su testimonio de Jesucristo a medida que aprendan Sus enseñanzas y las apliquen con frecuencia en su vida. Ese alimento constante las mantendrá a salvo en el sendero.

Segundo, busquen la ayuda de otras personas que les brinden fortaleza y apoyo. En primer lugar, diríjense a su Padre Celestial en oración. Son Sus hijas y Él las conoce y las ama; Él escucha y contesta sus oraciones. Infinidad de veces se nos enseña en las

Escrituras que debemos “ora[r] siempre” (véase, por ejemplo, D. y C. 90:24). Cuando oren, el Señor *estará* con ustedes como estuvo con Josué.

Cada una de nosotras necesita la ayuda del Salvador para seguir el plan y regresar a nuestro Padre Celestial. Quizá hayan cometido algunos errores o tomado otro camino. “[Ustedes] puede[n] arrepentir[se] debido a que el Salvador [las] ama y ha dado Su vida por [ustedes]... El sacrificio expiatorio del Salvador ha hecho posible que sea[n] perdonada[s] de [sus] pecados” (véase *Mujeres Jóvenes, Progreso Personal*, libro, 2009, pág. 71). “Cuanto más pronto se arrepientan, más pronto encontrarán las bendiciones que provienen del perdón” (véase *Para la Fortaleza de la Juventud*, folleto, 2001, pág. 30).

Tomen la determinación ahora de hacer lo que se requiere para arrepentirse. “Particip[en] dignamente de la Santa Cena cada semana” y... llen[en su] vida de actividades virtuosas que [les] brindarán poder espiritual. Al hacerlo, [se] fortalecerá[n] en [su] habilidad para resistir la tentación, guardar los mandamientos y llegar a ser más como Jesucristo” (*Mujeres Jóvenes, Progreso Personal*, pág. 71).

También están los profetas de los últimos días en la tierra para ayudarlas. Los profetas hablan para esta época. Interésense en sus palabras; ellos les proporcionarán las señales que las advertirán del peligro y las mantendrán a salvo en el camino. Las señales que son específicamente para ustedes se encuentran en el folleto *Para la Fortaleza de la Juventud*. “Sigue al profeta, lo que él dice manda el Señor” (*Canciones para los niños*, “Sigue al profeta”, págs. 58–59).

Una de las grandes bendiciones del plan es que estamos organizados en familias. Ustedes tienen padres cuya mayor sabiduría y experiencia las ayudarán a alcanzar su potencial divino. Confíen en ellos. Ellos desean lo mejor para ustedes.

Aprendan de su madre, de sus abuelas y de otras mujeres rectas que tengan un testimonio fuerte. En el plan, la función de la madre es ser





educadora. Madres, nadie ama a sus hijas como ustedes las aman. Ustedes son su mejor líder, mentora y ejemplo. Esperamos que acepten la invitación de trabajar con su hija en el *Progreso Personal*. Al trabajar con el Valor Virtud junto a mi madre, aprendí al igual que ustedes aprenderán que la relación entre ambas se fortalecerá y las dos serán bendecidas por el amor, el apoyo y el aliento de la una a la otra.

Jovencitas, elijan buenos amigos que las apoyen en su decisión correcta de seguir el plan. Como Ruthie, que dio ánimo a Caroline, sabemos que no es poco lo que muchas de ustedes pueden hacer para fortalecerse mutuamente. Después de recibir su “Reconocimiento a la mujer virtuosa”, les tocará a ustedes ser la “hermana mayor”. El trabajar por obtener la “Abejita de Honor” les dará oportunidades de fortalecer a otra jovencita con su buen ejemplo y testimonio al guiarla en su *Progreso Personal*.

Por último, lleven una vida digna de la compañía del Espíritu Santo. Al ayudar a Caroline a buscar las cosas buenas que nos rodeaban e incluso cantar

canciones de la Primaria, invitamos al Espíritu; sentimos amor, gozo y paz, que son los frutos del Espíritu (véase Gálatas 5:22). Necesitarán esa paz y esa seguridad cuando Satanás trate de confundirlas con sus vientos de dudas, cuando estén tentadas a seguir otro sendero o cuando otras personas sean crueles y se burlen de sus creencias.

Permítanme contarles la experiencia de Julie, una jovencita que pudo enfrentar una dificultad al seguir las impresiones del Espíritu Santo. Un día estaba estudiando el Antiguo Testamento y le vino a la mente este pensamiento: “Lee Mateo 5. Lee Mateo 5”. Ella pensó: “¿Por qué habré tenido la idea de leer el Nuevo Testamento?”. Hizo caso a esa impresión y leyó en Mateo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

Al día siguiente, tuvo algunas dificultades con sus amigas que fueron crueles y la traicionaron. Al principio, estaba muy enojada, pero luego pensó: “Se me preparó para esto. El

Espíritu me inspiró a leer Mateo, y debo amar y orar por mis amigas”. El pequeño paso de leer las Escrituras la preparó para responder de manera cristiana. Por esa experiencia, tuvo la seguridad de que el Señor la conocía y, mediante las impresiones del Espíritu Santo, supo qué debía hacer.

Mis queridas jóvenes, he conocido a muchas de ustedes que, como Julie, no se han dado por vencidas al enfrentar circunstancias difíciles, sino que han decidido seguir el plan. Ruego que, paso a paso, continúen fortaleciendo su testimonio. Busquen la ayuda de nuestro Padre Celestial, de Jesucristo, de los profetas y de otras personas que las apoyarán en su decisión de seguir el plan. Lleven una vida virtuosa que les permita tener la compañía del Espíritu Santo para guiarlas de modo seguro. Les testifico que si hacen estas cosas, el Señor estará con ustedes y podrán permanecer en el sendero que conduce al templo y a la vida eterna. “Esfuér[cense] y s[e]an valiente[s]”, y inunca, nunca, nunca se den por vencidas! En el nombre de Jesucristo. Amén. ■





Por Elaine S. Dalton

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

## ¡Recuerden quiénes son!

*No hay nada más bello que una mujer joven que, como resultado de ser virtuosa, resplandece con la luz del Espíritu, se siente segura de sí misma y es valiente.*

Somos hijas de nuestro Padre Celestial; Él nos ama y nosotras lo amamos a Él<sup>1</sup>. Me siento humilde y agradecida de estar en la presencia de ustedes. El Señor me ha bendecido con un claro entendimiento de quiénes son y la razón por la que están en la tierra en esta época. El Señor las ama y sé que ustedes lo aman a Él; lo veo en su rostro, en su modestia, en su deseo de escoger lo correcto y en su cometido de permanecer virtuosas y puras.

Juntas hemos compartido muchos momentos especiales y espirituales. Hemos expresado nuestro testimonio alrededor de hogueras de campamento, en capillas y en charlas fogoneras. Hemos sido reconfortadas por el fuego de nuestra fe. Hemos escalado montañas y desplegado estandartes dorados —desde Brasil hasta Bountiful— expresando el cometido en lo profundo de nuestro corazón de permanecer virtuosas y de ser siempre dignas de entrar en el templo. Hemos orado, leído el Libro de Mormón y sonreído cada día y, junto con nuestras madres, abuelas y líderes, estamos trabajando en

nuestro *Progreso Personal*. ¡Y apenas comenzamos!

Ésta es una época maravillosa para estar en la tierra y ser una mujer joven. Nuestra visión sigue siendo la misma; es la de ser dignas de hacer y cumplir convenios sagrados y recibir las ordenanzas del templo. ¡Ésa es nuestra meta excepcional! Por lo tanto, seguiremos guiando al mundo en el regreso a la virtud: el regreso a la castidad y a la pureza moral. Seguiremos haciendo todo lo que esté a nuestro alcance por ayudarnos unas a



otras a “[permanecer] en lugares santos”<sup>2</sup> y a recibir el Espíritu Santo, reconocerlo y confiar en él.

Seguiremos hablando de Cristo y regocijándonos en Cristo, para que cada una de nosotras sepa a qué fuente hemos de acudir para la remisión de nuestros pecados<sup>3</sup>. Y sí, seguiremos firmes a pesar de las tormentas que rugirán a nuestro alrededor, porque sabemos y testificamos que “...es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, que [debemos] establecer [nuestro] fundamento... un fundamento sobre el cual, si [edificamos], no [caeremos]”<sup>4</sup>.

El consejo que el Señor le dio a Josué es el que hoy les da a ustedes, la “juventud bendita”<sup>5</sup>. “...te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas”<sup>6</sup>. ¡No están solas! Aunque sean las únicas personas miembros de la Iglesia en su escuela o en su grupo de amistades, o incluso en su familia, no están solas. Pueden confiar en la fortaleza del Señor. Como Josué les dijo a los israelitas: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros”<sup>7</sup>. Ése fue el llamado de Josué de regresar a la virtud, y es el mismo que se nos hace hoy. Simplemente no podemos hacer la obra para la que se nos ha reservado y preparado, a menos que tengamos acceso a la fortaleza y la seguridad en nosotras mismas que provienen del vivir una vida virtuosa.

Ustedes son jovencitas de gran fe; trajeron esa fe consigo al venir a la tierra. Alma nos enseña que en los reinos preterrenales ustedes demostraron “fe excepcional y buenas obras”<sup>8</sup>, y lucharon con fe y testimonio para defender el plan que Dios presentó. Sabían que el plan era bueno y sabían que el Salvador haría lo que dijo que haría, ¡porque lo conocían! Ustedes se pusieron del lado de Él y esperaron ansiosas la oportunidad de venir a la tierra. Sabían lo que se esperaba de ustedes; sabían que sería difícil y, sin embargo, confiaban no sólo en que podrían lograr su misión divina, sino que podrían tener un impacto. Ustedes son “espíritus selectos que fueron reservados



para nacer en el cumplimiento de los tiempos, a fin de participar en la colocación de los cimientos de la gran obra de los últimos días, incluso la construcción de templos y la efectuación en ellos de las ordenanzas”<sup>9</sup>.

Y ahora están aquí para hacer lo que han sido reservadas y preparadas para hacer. Al mirarlas esta noche, me pregunto si así se habrían visto las novias de los jóvenes guerreros de Helamán! Con razón Satanás ha intensificado sus ataques contra la identidad y la virtud de ustedes. Si logra abatirlas, desanimarlas, distraerlas, retrasarlas o incapacitarlas para que no sean dignas de recibir la guía del Espíritu Santo o de entrar en el santo templo del Señor, él gana.

Mujeres jóvenes de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ¡recuerden quiénes son! Son elegidas; son hijas de Dios. No pueden ser una generación de mujeres jóvenes que sólo se contenten con “ser parte del grupo”; deben tener el valor de des-

taçar, de levantarse y brillar, para que su luz sea un estandarte a las naciones<sup>10</sup>. El mundo quiere que ustedes crean que no tienen importancia, que están pasadas de moda y que no están al tanto de lo que ocurre a su alrededor. El mundo las llama con voces incesantes y estridentes a que “vivan la vida”, “prueben todo”, “experimenten y sean felices”. Por el contrario, el Espíritu Santo susurra y el Señor las invita a “andar por las sendas de la virtud”, [desechar] las cosas de este mundo” y “[adherirse] a [sus] convenios”<sup>11</sup>.

Siempre me ha gustado la historia del hijo del Rey Luis XVI de Francia porque él tenía un conocimiento inquebrantable de su identidad. Cuando era joven, fue secuestrado por hombres perversos que habían destronado a su padre, el rey. Esos hombres sabían que si lograban destruirlo moralmente, no heredaría el trono. Durante seis meses lo sometieron a todas las cosas ruines de la vida y, no obstante, él nunca cedió ante la presión. Eso dejó perplejos a los

secuestradores quienes, después de hacer todo lo que pudieron, le preguntaron por qué tenía tal entereza moral. Su respuesta fue sencilla. Dijo: “No puedo hacer lo que me piden, ya que nací para ser rey”<sup>12</sup>.

Así como el hijo del rey, cada una de ustedes ha heredado una primogenitura real; cada una tiene un patrimonio divino. “Son literalmente hijas reales de nuestro Padre Celestial”<sup>13</sup>. Cada una de ustedes nació para ser una reina.

Cuando asistía a la Universidad Brigham Young, aprendí lo que realmente significa ser una reina. Se me brindó la singular oportunidad, junto con un pequeño grupo de estudiantes, de conocer al profeta, el presidente David O. McKay. Me dijeron que llevara ropa de domingo y que estuviera lista para viajar temprano a la mañana siguiente a Huntsville, Utah, donde vivía el profeta. Jamás olvidaré la experiencia que tuve. Tan pronto como entramos en la casa, sentí el espíritu que allí reinaba. Nos sentamos en la sala,





son virtuosas, castas y moralmente limpias, su belleza interior brilla en sus ojos y en su rostro. Mi abuelo solía decir: “Si vives cerca de Dios y de Su gracia infinita, no tienes que mencionarlo, ya que se refleja en tu rostro”<sup>14</sup>. Cuando son dignas de la compañía del Espíritu Santo, tienen confianza en sí mismas y su belleza interior resplandece. Así que “...deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios... [y el] Espíritu Santo será tu compañero constante”<sup>15</sup>.

Se nos ha enseñado que “el don del Espíritu Santo... despierta todas las facultades intelectuales, aumenta, ensancha, expande y purifica todas las pasiones y afectos naturales... Inspira virtud, amabilidad, bondad, ternura, gentileza y caridad; *desarrolla la belleza de la persona, de la figura y de los rasgos*”<sup>16</sup>. ¡Ése es un gran secreto de belleza! Es la clase de belleza que observé en la casa de un profeta. Ese día aprendí que la belleza que vi en la hermana McKay era la única belleza que de verdad importa y la única que perdura.

Alma hace una pregunta penetrante que debemos considerar: “¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros?”<sup>17</sup>.

Recientemente un grupo de mujeres jóvenes visitó mi oficina; al final de la visita, una de ellas confesó, con lágrimas en los ojos: “Nunca había pensado que era bella; siempre me consideré una persona común, pero hoy, al pasar frente al espejo de su oficina, me miré en él y me vi hermosa!” Ella *era* hermosa porque su rostro brillaba con el Espíritu. Se vio a sí misma como nuestro Padre Celestial la ve; había recibido la imagen de Él en su rostro. Ésa es la “belleza profunda”.

Mujeres jóvenes, mírense en el espejo de la eternidad. ¡Recuerden quiénes son! Véanse a sí mismas como nuestro Padre Celestial las ve. Ustedes son electas; son de noble linaje. No comprometan su patrimonio divino; ustedes nacieron para ser reinas. Vivan de tal manera que sean dignas de entrar en el templo y allí recibir “todo lo

alrededor del profeta. El presidente McKay llevaba un traje blanco y a su lado estaba sentada su esposa. Nos pidió a cada uno que nos acercáramos y le dijéramos algo de nosotros. Al acercarme, me tendió la mano y sostuvo la mía y, al contarle de mi vida y mi familia, me miró profundamente a los ojos.

Al terminar, se reclinó en la silla, tomó la mano de su esposa y dijo: “Ahora bien, jovencitas, quiero que conozcan a *mi reina*”. Allí a su lado estaba su esposa, Emma Ray McKay. Aunque no llevaba puesta una corona de diamantes centelleantes, ni estaba sentada en un trono, yo *sabía* que era en verdad una reina. Su cabello cano era su corona, y sus ojos puros brillaban como joyas. Mientras el presidente y la hermana McKay hablaban en cuanto a su familia y a su vida juntos, sus manos entrelazadas dejaban ver su gran amor. Sus rostros irradiaban alegría. La belleza de ella no se podía comprar, ya que provenía de años de procurar los mejores dones, de obtener una buena educación, de buscar conocimiento tanto por el estudio como por la fe; provenía de años de

trabajo arduo, de soportar fielmente las pruebas con optimismo, confianza, fortaleza y valor; provenía de su inquebrantable devoción y fidelidad a su esposo, a su familia y al Señor.

Aquel día otoñal en Huntsville, Utah, se me recordó mi identidad divina y aprendí acerca de lo que ahora llamo la “belleza profunda”, la clase de belleza que brilla de *adentro* para afuera. Es la clase de belleza que uno no se puede pintar, ni se puede crear quirúrgicamente ni comprar; es la clase de belleza que no se quita al lavarse con agua: es el atractivo *espiritual*. La belleza profunda emana de la virtud; es la belleza de ser castas y moralmente limpias; es la clase de belleza que se aprecia en los ojos de mujeres virtuosas como sus madres y abuelas; es la belleza que se gana mediante la fe, el arrepentimiento y el honrar los convenios.

El mundo pone mucho énfasis en el atractivo físico y quiere que ustedes crean que deben parecerse a la fugaz modelo de la portada de una revista. El Señor les diría que cada una es singularmente bella. Cuando

que [el] padre tiene”<sup>18</sup>. Desarrollen la belleza profunda. No hay nada más bello que una mujer joven que, como resultado de ser virtuosa, resplandece con la luz del Espíritu, se siente segura de sí misma y es valiente.

Recuerden que son hijas de nuestro Padre Celestial; Él las ama tanto que envió a Su Hijo para mostrarles la manera de vivir, a fin de que pudieran volver a Él algún día. Les testifico que al acercarse al Salvador, la infinita expiación de Él hace posible que se arrepientan, cambien, sean puras y reciban Su imagen en el rostro. Su Expiación les permitirá ser fuertes y valientes a medida que sigan elevando su estándar de virtud. Ustedes son de oro; *son* el estándar!

Y ahora concluyo con las palabras del Señor a cada una de nosotras, Sus preciadas hijas: “He aquí... eres una dama elegida a quien he llamado”<sup>19</sup>. “Anda por las sendas de la virtud... [desecha] las cosas [del] mundo... adhírete a los convenios que has hecho... Guarda mis mandamientos continuamente, y recibirás una corona de justicia”<sup>20</sup>. De esto doy mi testimonio, en el santo nombre de nuestro Salvador Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. Véase “Lema de las Mujeres Jóvenes”, *Mujeres Jóvenes: Progreso Personal*, libro, 2009, pág. 3.
2. Doctrina y Convenios 87:8.
3. Véase 2 Nefi 25:26.
4. Helamán 5:12.
5. Véase “A vencer”, *Himnos*, núm. 167.
6. Josué 1:9.
7. Josué 3:5; véase también *Guía para el Estudio de las Escrituras*, “Santificación”.
8. Alma 13:3.
9. Doctrina y Convenios 138:53–54.
10. Doctrina y Convenios 115:5.
11. Doctrina y Convenios 25:2, 10, 13.
12. Véase Vaughn J. Featherstone, “The King’s Son”, *New Era*, noviembre de 1975, pág. 35.
13. Ezra Taft Benson, “A las Mujeres Jóvenes de la Iglesia”, *Liabona*, enero de 1987, pág. 86.
14. Autor desconocido; véase Elaine S. Dalton, “En su rostro se refleja”, *Liabona*, mayo de 2006, pág. 109.
15. Doctrina y Convenios 121:45–46.
16. Parley P. Pratt, *Key to the Science of Theology*, 10a. ed., 1965, pág. 101; cursiva añadida.
17. Alma 5:14.
18. Doctrina y Convenios 84:38.
19. Doctrina y Convenios 25:3.
20. Doctrina y Convenios 25:2, 10, 13, 15.

# Presentación en video: Tengo un propósito

*Lo siguiente es una transcripción del video que se mostró durante la reunión general de las Mujeres Jóvenes que tomó lugar el 27 de marzo de 2010.*

**Presidente Thomas S. Monson**  
“Mis queridas jóvenes hermanas, aunque siempre ha habido desafíos en el mundo, muchos de los que ustedes afrontan son exclusivos de esta época”<sup>1</sup>.

**Elaine S. Dalton, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes:**  
“Para ser y permanecer virtuosas, deben ser fieles a su identidad divina y establecer modelos de pensamiento y conducta basados en elevadas normas morales”<sup>2</sup>.

**Presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia:**  
“Ruego de todo corazón que aumente su fe en que son hijas de un Dios amoroso”<sup>3</sup>.

**Mary N. Cook, primera consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes:** “Mis queridas jovencitas, ya han tomado muchas buenas decisiones. Ahora deben establecer modelos de virtud que las mantengan en este sendero toda la vida”<sup>4</sup>.

**Presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de la Primera Presidencia:** “Hermanas, confíen en el Espíritu y dependan de Él. Si aprovechan las oportunidades comunes de la vida diaria y crean algo bello y útil, mejorarán no sólo el mundo que las rodea, sino también su mundo interior”<sup>5</sup>.

**Ann M. Dibb, segunda consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes:** “Las cosas pequeñas



y sencillas que elijan hacer hoy se magnificarán y mañana serán grandes y gloriosas bendiciones”<sup>6</sup>.

**Elaine S. Dalton, Presidenta**

**General de las Mujeres Jóvenes:**

“¿Puede una jovencita recta cambiar el mundo? La respuesta es un rotundo, ‘¡Sí!’ . Lo que hagan habitualmente las fortalecerá para ser líderes y ejemplos: la oración diaria, el estudio diario de las Escrituras, la obediencia diaria, el servicio diario al prójimo. Al realizar todo eso, se acercarán más al Salvador y llegarán a ser cada vez más como Él”<sup>7</sup>.

**Presidente Thomas S. Monson** “Mis jóvenes amigas, sean fuertes... Ustedes saben lo que es bueno y lo que es malo, y ningún disfraz, por atractivo que sea, puede cambiar esa verdad. Si sus supuestos amigos las instan a hacer algo que ustedes saben que es malo, ustedes defiendan lo correcto, aunque sean las únicas”<sup>8</sup>. ■

#### NOTAS

1. Véase Thomas S. Monson, “Tengan valor”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 127.
2. Véase Elaine S. Dalton, “Venid, y subamos al monte del Señor”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 121.
3. Véase Henry B. Eyring, “Andemos en la luz”, *Liabona*, mayo de 2008, pág. 125.
4. Véase Mary N. Cook, “Una vida virtuosa, paso a paso”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 117.
5. Véase Dieter F. Uchtdorf, “La felicidad es un legado”, *Liabona*, noviembre de 2008, pág. 119.
6. Véase Ann M. Dibb, “Se ejemplo de los creyentes”, *Liabona*, mayo de 2009, pág. 116.
7. Véase Elaine S. Dalton, “En su rostro se refleja”, *Liabona*, mayo de 2006, pág. 109.
8. Véase Thomas S. Monson, “Ejemplos de rectitud”, *Liabona*, mayo de 2008, pág. 65.



**Por el presidente Dieter F. Uchtdorf**

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

## Ser felices para siempre

*Nuestro Padre Celestial les ofrece el don más grande de todos, la vida eterna, y la oportunidad e infinita bendición de tener sus propios “felices para siempre”.*

**M**is queridas jóvenes hermanas alrededor del mundo, me siento agradecido y honrado por estar hoy con ustedes. El presidente Monson y todos los líderes de la Iglesia las aman; oramos por ustedes y nos regocijamos en su fidelidad.

A lo largo de los años, he estado expuesto a muchos idiomas hermosos: cada uno de ellos es fascinante y extraordinario; cada uno tiene su encanto especial; pero sin importar cuán diferentes sean esos idiomas, suelen tener cosas en común. Por ejemplo, en la

mayoría de los idiomas existe una frase, tan mágica y prometedora como quizá ninguna otra en el mundo. Esa frase es: “Érase una vez”.

¿No son esas palabras maravillosas para comenzar un relato? “Érase una vez” nos promete algo: un relato de aventura y romance, un relato de príncipes y princesas. Puede incluir historias de valor, esperanza y amor eterno; en muchos de esos relatos, lo agradable vence a lo desagradable, y el bien vence al mal. Pero quizá, más que nada, me gusta cuando llegamos a la última página, miramos las últimas líneas y vemos las encantadoras palabras “y vivieron felices para siempre”.

¿Acaso no es eso lo que todos deseamos: ser los héroes y las heroínas de nuestro propio relato, triunfar sobre la adversidad; experimentar la vida en toda su hermosura; y, finalmente, vivir felices para siempre?

Hoy quiero que presten atención a algo muy significativo, sumamente extraordinario. En la primera página de su libro del *Progreso Personal de las Mujeres Jóvenes* encontrarán estas palabras: “Eres una hija amada de nuestro Padre Celestial, preparada







para venir a la tierra en esta época precisa para un propósito sagrado y glorioso”<sup>1</sup>.

¡Hermanas, esas palabras son verdaderas! ¡No son el invento de un cuento de hadas! ¿No es extraordinario saber que nuestro Padre Eterno las conoce a ustedes, las escucha, vela por ustedes y las ama con un amor infinito? De hecho, Su amor por ustedes es tan grande que Él les ha concedido esta vida terrenal como un precioso obsequio de “Érase una vez” lleno de su propio y real relato de aventuras, pruebas y oportunidades de grandeza, nobleza, valor y amor; y lo más glorioso de todo: Él les ofrece un don invaluable que supera precio y comprensión. Nuestro Padre Celestial les ofrece el don más grande de todos, la vida eterna, y la oportunidad e infinita bendición de tener sus propios “felices para siempre”.

Pero dicha bendición no viene sin un precio; no se da simplemente porque ustedes la deseen. Viene solamente al entender quiénes son y qué deben llegar a ser a fin de ser dignas de ese don.

### **Las pruebas son parte de la jornada**

Por un momento, piensen en su cuento de hadas preferido. En ese relato, el personaje principal podría ser una princesa o una campesina; podría ser una sirena o una lechera, una soberana o una sirvienta; pero encontrarán una cosa que todas tienen en común: deben vencer la adversidad.

Cenicienta tiene que soportar a sus malvadas madrastra y hermanastras. Se le obliga a pasar largas horas de servidumbre y ridículo.

En “La Bella y la Bestia”, Bella se convierte en cautiva de una bestia de apariencia temible para salvar a su padre. Ella sacrifica su hogar y su familia, todo lo que ella aprecia, con el fin de pasar varios meses en el castillo de la bestia.

En el relato de “Rumpelstiltskin”, un pobre molinero le promete al rey que su hija, al hilar, puede convertir paja en oro. El rey inmediatamente manda buscarla y la encierra en una habitación con una pila de paja y una rueca. Más tarde en el relato, se enfrenta al peligro de perder a su primer hijo a menos que pueda adivinar el

nombre de la criatura mágica que la ayudó con esa tarea imposible.

En cada una de esas historias, Cenicienta, Bella y la hija del molinero tienen que sufrir tristeza y pruebas antes de llegar a “ser felices para siempre”. Piensen. ¿Ha habido alguna persona que no haya tenido que pasar por su propio valle oscuro de tentación, pruebas y pesar?

Entre el “Érase una vez” y el “felices para siempre”, todas tenían que experimentar una gran adversidad. ¿Por qué todos debemos experimentar tristeza y tragedia? ¿Por qué no podíamos simplemente vivir con dicha y paz, cada día lleno de maravillas, gozo y amor?

Las Escrituras nos dicen que es preciso que haya una oposición en todas las cosas, ya que sin ella no podríamos diferenciar lo dulce de lo amargo<sup>2</sup>. ¿Sentiría el que corre maratones el triunfo de terminar la carrera si no hubiera sentido el dolor de las horas al esforzarse más allá de sus límites? ¿Sentiría gozo el pianista al dominar una intrincada sonata sin las minuciosas horas de práctica?

En los relatos, como en la vida, la adversidad nos enseña cosas que no podemos aprender de otro modo. La adversidad ayuda a cultivar una profundidad de carácter que no viene de ninguna otra manera. Nuestro amoroso Padre Celestial nos puso en un mundo lleno de desafíos y pruebas para que, mediante la oposición, aprendamos sabiduría, seamos más fuertes y experimentemos gozo.

Permítanme compartir una experiencia que tuve cuando era adolescente, mientras mi familia asistía a la Iglesia en Fráncfort, Alemania.

Un domingo, los misioneros llevaron a nuestras reuniones a una familia nueva que jamás había visto. Era una madre con dos hermosas hijas. Me pareció que esos misioneros estaban haciendo un muy, muy buen trabajo.

Me llamó particular atención la hija que tenía un bellissimo cabello oscuro y grandes ojos color café; se llamaba Harriet y creo que me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi. Lamentablemente, esa hermosa joven no parecía sentir lo mismo por mí. Había muchos jóvenes que deseaban conocerla y empecé a preguntarme si algún día me consideraría algo más que un amigo. Pero no dejé que eso me desalentara. Me las ingení para estar donde ella estaba. Cuando repartía la Santa Cena, me aseguraba de estar en la posición correcta para que fuera yo quien se la diera a ella.

Cuando teníamos actividades especiales en la capilla, iba en bicicleta hasta la casa de Harriet y tocaba el timbre. Por lo general, contestaba la madre de Harriet; de hecho, abría la ventana de la cocina de su apartamento en el cuarto piso y me preguntaba qué quería. Yo le preguntaba si a Harriet le gustaría que la llevara a la capilla en mi bicicleta; y ella contestaba: “No, ella irá más tarde, pero a mí me encantaría ir contigo a la capilla”. Aunque no era exactamente lo que yo tenía en mente, ¿cómo iba a negarme?

Así que fuimos juntos a la capilla. Tengo que admitir que yo tenía una bicicleta admirable. La madre de Harriet se sentaba en la barra y yo intentaba ser el conductor de bicicleta más

elegante sobre las calles de desaparejos adoquines.

El tiempo pasaba. Mientras la hermosa Harriet salía con muchos otros jóvenes, parecía que yo nunca tenía ningún progreso con ella.

¿Me sentía desilusionado? Sí.

¿Me daba por vencido? ¡Por supuesto que no!

Es más, al recordarlo me doy cuenta de que no hace ningún mal estar en buenos términos con la madre de la joven de tus sueños.

Años más tarde, cuando ya había terminado mi entrenamiento como piloto de combate de la fuerza aérea, experimenté un milagro moderno con la respuesta de Harriet ante mi cortejo constante. Un día me dijo: “Dieter, has madurado mucho durante los últimos años”.

Después de eso, actué rápido y, pocos meses después, me casé con la mujer que había amado desde la primera vez que la vi. El proceso no había sido fácil: hubo momentos de sufrimiento y desesperación; pero, finalmente, mi felicidad fue total, y todavía lo es, incluso más que antes.

Mis queridas jóvenes hermanas, deben saber que experimentarán sus propias adversidades. Ninguno está exento. Sufrirán, tendrán tentaciones y cometerán errores. Aprenderán por ustedes mismas lo que cada heroína ha aprendido: que, al vencer los desafíos, llega el crecimiento y la fortaleza.

Es cómo reaccionan ante la adversidad, no la adversidad en sí, lo que determina la manera en que su historia se llevará a cabo.

Hay muchas entre ustedes que, aunque son jóvenes, ya han sufrido una medida total de congoja y pesar. Mi corazón está lleno de compasión y amor por ustedes. ¡Cuán preciadas son para la Iglesia! ¡Cuán las ama el Padre Celestial! Aunque parezca que estén solas, hay ángeles que las cuidan. Aunque quizá sientan que nadie entiende la profundidad de su desesperación, nuestro Salvador Jesucristo entiende. Él sufrió más de lo que aun podemos imaginarnos, y lo hizo por nosotros; lo hizo por ustedes. No están solas.

Si alguna vez sienten que su carga resulta demasiado grande de llevar, eleven su corazón a su Padre Celestial y Él las sostendrá y bendecirá. Él les dice, como le dijo a José Smith: “Tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento; y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará”<sup>3</sup>.

El soportar la adversidad no es lo único que deben hacer para tener una vida feliz. Permítanme repetir que la forma en que reaccionen ante la adversidad y la tentación es un factor crítico que determinará si llegarán o no a su propio “ser felices para siempre”.

### **Permanezcan leales a lo que saben que es correcto**

Hermanas, jóvenes hermanas, amadas jóvenes hermanas, permanezcan leales a lo que saben que es correcto. Dondequiera que hoy miren, encontrarán promesas de felicidad. Los anuncios de las revistas prometen una dicha total con sólo comprar ciertas prendas, champú o maquillaje. En ciertos espectáculos se trata de dar un aire sofisticado a las personas que abrazan la maldad o que ceden a instintos deshonorosos. A menudo se representa a estas mismas personas como modelos de éxito y logro.

En un mundo que muestra lo malo como bueno y lo bueno como malo, a veces es difícil discernir la verdad. En cierto modo, es casi como el dilema de Caperucita Roja: uno no está seguro de si lo que está viendo es una querida abuelita o un peligroso lobo.

Pasé muchos años en la cabina de mando de un avión. Mi tarea consistía en que un avión grande llegara a salvo desde cualquier parte del mundo hasta nuestro destino deseado. Yo sabía con certeza que, si quería ir de Nueva York a Roma, debía volar hacia el este. Si alguien me decía que debía ir hacia el sur, sabía que no había verdad en sus palabras. No confiaría en esa persona porque yo lo sabía por mí mismo. Ninguna dosis de persuasión, ninguna dosis de halagos, el soborno ni las amenazas podían convencerme de que volar hacia el sur me llevaría a mi destino, porque yo lo sabía.

Todos buscamos felicidad y tratamos de encontrar nuestro “ser felices para siempre”. La verdad es que, ¡Dios sabe cómo llegar allí! Y ha creado un mapa para ustedes; Él conoce el camino. Él es el amado Padre Celestial de ustedes, quien procura su bien, su felicidad. Él desea con todo el amor de un Padre perfecto y puro que lleguen a su destino divino. El mapa está a disposición de todos. Da indicaciones explícitas de qué hacer y adónde ir a cualquiera que se esfuerce por venir a Cristo y “ser [testigo] de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar”<sup>4</sup>. Todo lo que tienen que hacer es confiar en su Padre Celestial. Confiar lo suficiente en Él para seguir Su plan.

No obstante, no todos seguirán el mapa. Puede que lo miren. Puede que piensen que es razonable y tal vez hasta que sea verdadero; pero no siguen las direcciones divinas. Muchos creen que cualquier camino los llevará a “ser felices para siempre”. Algunas personas pueden que hasta se enojen cuando otras que conocen el camino traten de ayudarlas y explicarles. Suponen que ese consejo es anticuado, irrelevante, fuera de tono con respecto a la vida moderna.

Hermanas, ellas suponen mal.

### El Evangelio es el camino hacia el “ser felices para siempre”

Entiendo que, a veces, algunas personas podrían preguntarse por qué asisten a las reuniones de la Iglesia o por qué es tan importante leer las Escrituras regularmente u orar al Padre Celestial a diario. Aquí está mi respuesta: Ustedes hacen esas cosas porque son parte del sendero que Dios tiene para ustedes; y ese sendero las llevará hasta su destino de “ser felices para siempre”.

“Ser felices para siempre” no es algo que encontramos sólo en los cuentos de hadas. ¡Ustedes pueden tenerlo! ¡Está a su disposición! Pero deben seguir el mapa del Padre Celestial.

Hermanas, ¡por favor, abracen el evangelio de Jesucristo! Aprendan a amar a su Padre Celestial con todo su corazón, fuerza y mente. Llenen sus almas de virtud, y amen la bondad.



Esfuércense siempre por suscitar lo mejor en ustedes mismas y en los demás.

Aprendan a aceptar los valores de las Mujeres Jóvenes y a ejercitarlos. Vivan las normas de *Para la Fortaleza de la Juventud*. Estas normas las guiarán y dirigirán hacia el “ser felices para siempre”. Vivir estas normas las preparará para hacer convenios sagrados en el templo y para establecer su propio legado de bondad en sus circunstancias personales. “Permane[zc]an en lugares santos y no se[an] movid[as]”<sup>5</sup> a pesar de las tentaciones o las dificultades. Les prometo que las generaciones futuras les agradecerán y alabarán su nombre por su valor y fidelidad durante esta época crucial de su vida.

Mis queridas jóvenes hermanas, a ustedes que defienden la verdad y la rectitud, que buscan la bondad, que han entrado en las aguas del bautismo y andan en los caminos del Señor, nuestro Padre que está en los cielos ha prometido que ustedes “levantarán las alas como águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán”<sup>6</sup>. “No será[n] engañad[as]”<sup>7</sup>. Dios las bendecirá y las prosperará<sup>8</sup>. “Las puertas del infierno no prevalecerán contra [ustedes]; sí, y Dios el Señor dispersará los poderes de las tinieblas de ante [ustedes], y hará sacudir los cielos para [su] bien y para la gloria de su nombre”<sup>9</sup>.

Hermanas, las amamos. Oramos por ustedes. Sean fuertes y de buen ánimo. Ustedes son en verdad hijas espirituales de la realeza del Dios Todopoderoso. Son princesas, destinadas a ser reinas. Su propio relato maravilloso ya ha comenzado. Su “érase una vez” es ahora.

Como apóstol del Señor Jesucristo, les dejo mi bendición y les prometo que, en la medida en que acepten y vivan los valores y principios del evangelio restaurado de Jesucristo, “estar[án] preparadas para fortalecer el hogar y la familia, hacer convenios sagrados y cumplirlos, recibir las ordenanzas del templo y gozar de las bendiciones de la exaltación”<sup>10</sup>. Y vendrá el día en que, al llegar a las últimas páginas de su propio y glorioso relato, leerán y experimentarán el cumplimiento de esas benditas y maravillosas palabras: “y vivieron felices para siempre”. De esto testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

#### NOTAS

1. *Mujeres Jóvenes Progreso Personal*, librito, 2009, pág. 1.
2. Véase 2 Nefi 2:11, 15.
3. Doctrina y Convenios 121:7–8.
4. Mosiah 18:9.
5. Doctrina y Convenios 87:8.
6. Isaías 40:31.
7. José Smith—Mateo 1:37.
8. Véase Mosiah 2:22–24.
9. Doctrina y Convenios 21:6.
10. *Mujeres Jóvenes Progreso Personal*, pág. 3.



# Hagamos de la conferencia parte de nuestra vida

*Considera la posibilidad de utilizar algunas de estas declaraciones, actividades y preguntas como punto inicial para el análisis o la meditación personal.*

**P**uedes encontrar los discursos de la conferencia general en línea, en [conference.lds.org](http://conference.lds.org). Además, puedes ver y compartir secciones de los discursos de la conferencia pasada en [mormonmessages.org](http://mormonmessages.org).

**Nota:** Los números de página que aparecen a continuación corresponden a la primera página del discurso.

## Para los niños

- ¡Todos pueden participar de la obra de historia familiar! El élder Russell M. Nelson sugirió que los niños pueden dibujar árboles familiares (página 91). Los padres pueden ayudarlos a agregar los nombres de sus antepasados.

- Lean o vuelvan a relatar la historia del élder Quentin L. Cook acerca de los niños samoanos

que huyeron del maremoto (página 83). Pídanles a los integrantes de la familia que simulen que el agua de la inundación está entrando en la casa e instenlos a buscar un “terreno más elevado”, como una cama o una silla. Hablen acerca de los lugares donde podemos encontrar un terreno espiritual más elevado en medio de la inundación de iniquidad que experimentamos en la actualidad.

- El élder D. Todd Christofferson habló acerca de William Tyndale, que tradujo la Biblia al inglés (página 32). Pídale a los niños más grandes que lean un versículo de las Escrituras en un idioma que no sepan hablar.

Cuando digan que no pueden hacerlo, invítelos a leer en su lengua materna. Hablen acerca



de la importancia de tener a nuestra disposición las Escrituras en nuestro propio idioma.

- Con su familia, repasen alguno de los muchos discursos de la conferencia general que hablan acerca de Jesucristo. Canten “Dime la historia de Cristo”, (*Canciones para los niños*, pág. 36) Reparta papel y lápices o crayones. Invite a sus hijos a dibujar alguna de sus historias preferidas de Jesús. Juntos, lean el relato en las Escrituras.

## Para los jóvenes

- Repasa el discurso del presidente Dieter F. Uchtdorf acerca de la paciencia (página 56). ¿Cuáles son algunos de los principios y las prácticas del Evangelio que nos enseñan a ser pacientes? Piensa, por ejemplo, en el ayuno o el no salir en citas con jóvenes del sexo opuesto hasta los dieciséis años. ¿De qué manera han resultado beneficiados tú y los integrantes de tu familia al demostrar paciencia al seguir estos y otros principios?

- El élder M. Russell Ballard, el élder Bradley D. Foster, la hermana Julie B. Beck y la hermana Elaine S. Dalton enseñaron acerca de la naturaleza divina de las mujeres (páginas 18, 10, 98 y 120). Si eres mujer, ¿de qué manera influyen estos discursos en cómo te sientes con respecto a ti misma? ¿Qué has aprendido acerca de tu propósito y tus dones? Si eres hombre, ¿de qué manera han influido estos mensajes en la forma en que ves a tu madre, tus hermanas, tus amigas y otras mujeres que forman parte de tu vida?

- El élder Jeffrey R. Holland enseñó: “Si un programa de televisión es indecente, apáguelo; si una película es grosera, váyanse; si se está estableciendo una relación indebida, rómpanla. Muchas de estas influencias... pueden nublar nuestro juicio, disminuir nuestra espiritualidad y llevarnos a algo que podría ser malo” (página 44). Como





## Las Escrituras en la Conferencia General

Al estudiar los mensajes de la conferencia general, quizá desee buscar los siguientes pasajes de las Escrituras, que fueron los más citados durante la conferencia:

- **Josué 1:9**
- **Juan 14:6, 27; 19:30**
- **Gálatas 5:22**
- **2 Nefi 2:11**
- **Mosiah 18:9**
- **Helamán 5:12**
- **Doctrina y Convenios 13:1; 19:16; 25:13**
- **Moisés 1:39**

A continuación aparecen los versículos de Dominio de las Escrituras de seminario que se mencionaron durante la conferencia general:

- **Génesis 39:9**
- **Job 19:25**
- **Proverbios 3:5–6**
- **Isaías 1:18; 53:4–5**
- **Mateo 25:40**
- **Juan 7:17; 17:3**
- **1 Corintios 10:13; 15:21–22**
- **2 Nefi 2:25; 32:3**
- **Mosiah 3:19**
- **Alma 37:6; 41:10**
- **Helamán 5:12**
- **Moroni 10:4–5**
- **Doctrina y Convenios 14:7; 18:10; 19:16–19; 25:12; 76:22–23; 82:10; 84:33–38**
- **Moisés 1:39**
- **José Smith—Historia 1:17**

A continuación aparecen algunos relatos de las Escrituras que se contaron durante la conferencia general:

- **Gedeón y sus trescientos soldados (presidente Packer, pág. 6)**
- **Alma y Korihor (élder Christofferson, pág. 32)**
- **Ahías y Jeroboam (élder Carlson, pág. 38)**
- **Eliseo y Naamán (élder Carlson, pág. 38)**
- **Lamán y Lemuel (élder Carlson, pág. 38)**
- **Parábola de los fariseos y los publicanos (presidente Uchtdorf, pág. 68)**
- **La Pascua y la Expiación (élder Scott, pág. 75 y presidente Monson, pág. 87)**
- **José Smith en la cárcel de Liberty (élder Hallstrom, pág. 78)**
- **Jesús y los niños nefitas (hermana Lant, pág. 81)**
- **La Última Cena (élder Cook, pág. 83)**
- **Jesús y Su madre (élder Foster, pág. 98)**
- **María y Marta (élder Schwitzer, pág. 103)**

familia, hablen acerca de qué pueden hacer a fin de que su hogar sea un lugar donde el Espíritu pueda morar. Examinen el arte, la música, los libros, los juegos de video y otros artículos de entretenimiento que tengan y desháganse de todo lo que no sea apropiado.

### Para los adultos

• Con su familia, repasen la historia que el presidente Thomas S. Monson contó acerca del joven llamado Jason y su familia (página 87). Hablen acerca de cómo el conocer el plan de salvación puede bendecirnos.

• El élder L. Tom Perry contó cómo su madre les enseñaba a sus hijos usando parte del mismo material que usaba para enseñar en la Sociedad de Socorro (página 29). ¿Cuáles son algunas de las formas en que podría coordinar su servicio en la Iglesia con sus responsabilidades familiares?

• El élder Robert D. Hales hizo hincapié en la importancia de hablar con los niños y los jóvenes y escucharlos (página 95). ¿Qué oportunidades puede crear con el fin de hablar con sus hijos? ¿Qué ha aprendido al escucharlos?

¿De qué manera puede demostrarles que está dispuesto a escuchar? ¿En qué formas podría aprovechar la oportunidad

para expresar su testimonio de manera espontánea a sus hijos

pequeños y jóvenes? En el discurso del élder David A. Bednar (página 40) puede encontrar ejemplos.

• Varios discursantes hablaron acerca de la importancia de Mi Deber a Dios y el Progreso Personal (véanse las páginas 22, 54, 60, 95 y 117). ¿Qué puede hacer usted para ayudar a que los jóvenes que forman parte de su vida se beneficien de estos programas? ■





# Aprender, actuar y compartir: Hacer tu Deber a Dios

Se nos ha confiado portar el sacerdocio y actuar en el nombre de Dios. Somos los beneficiarios de una confianza sagrada y es mucho lo que se espera de nosotros... Pensemos en nuestros llamamientos, reflexionemos en nuestras responsabilidades y sigamos a Jesucristo, nuestro Señor.

Presidente Thomas S. Monson, “La preparación trae bendiciones”, pág. 64.

Tan sólo algunas semanas atrás, vi a un nuevo diácono emprender el sendero de la diligencia. Su padre me mostró un diagrama que su hijo había creado, donde aparecía cada fila de su salón sacramental, un número para cada diácono que sería asignado para repartir la Santa Cena y la ruta que tendrían que seguir en el salón sacramental para repartirles la Santa Cena a los miembros. El padre y yo sonreímos al pensar que un joven, sin que se le pidiera, había creado un plan para asegurarse de que tendría éxito en su servicio en el sacerdocio.

En su diligencia reconocí el patrón del nuevo librito *Mi Deber a Dios*: saber qué espera el Señor de ustedes, diseñar un plan para lograrlo, poner el plan en práctica con diligencia y luego compartir con otros cómo su experiencia los cambió y bendijo a otras personas.

Presidente Henry B. Eyring, *Primer Consejero de la Primera Presidencia*, “Obrar con toda diligencia”, pág. 60.

Los miembros adultos de la Iglesia deben comprender que los requisitos del Progreso Personal y de Mi Deber a Dios no son sólo una larga lista de tareas a realizar y firmar, sino metas personales que cada hombre y mujer

joven se fija para llegar a ser dignos de recibir las ordenanzas del templo, servir en misiones, contraer matrimonio eterno y disfrutar de la exaltación.

*Pero que quede bien claro: ¡el que los hombres y las mujeres jóvenes traten de lograr esas metas solos sería una gran pérdida y tragedia!*

Padres, madres y líderes de los jóvenes, les instamos a participar en el Progreso Personal y en Mi Deber a Dios con sus hijos y con los jóvenes. No sólo progresarán ellos, sino ustedes también. Igualmente importante es que progresarán juntos en un lazo de fe y amistad que les permitirá fortalecerse mutuamente y mantenerse en la senda del Evangelio para siempre.

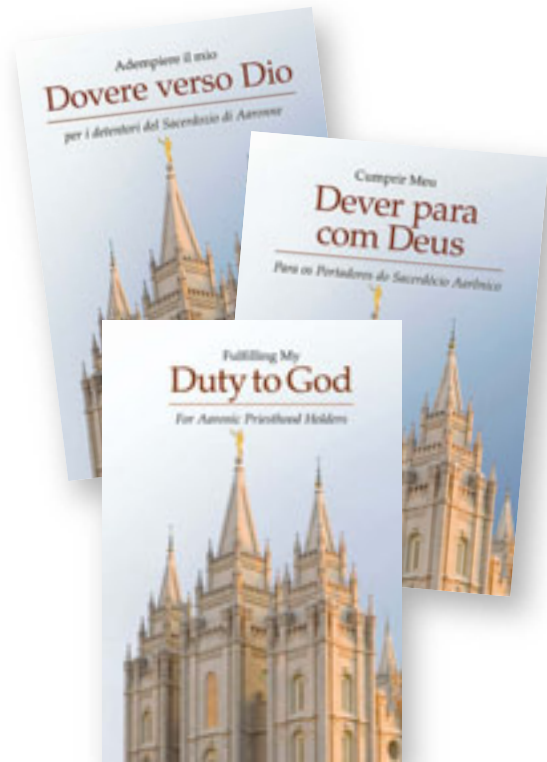
Élder Robert D. Hales del Quórum de los Doce Apóstoles, “Nuestro deber a Dios: La misión de padres y líderes para con la nueva generación”, pág. 95.

El escenario les pertenece, mis queridos jóvenes del Sacerdocio Aarónico. ¿Están listos y dispuestos a desempeñar su papel? El Señor necesita que todo joven capaz se prepare y se vuelva a comprometer, a partir de esta noche, a ser digno de un llamado del profeta de Dios de servir en una misión.

Élder Ronald A. Rasband de los Setenta, “El llamamiento divino de un misionero”, pág. 51.

Como diáconos, maestros y presbíteros, participarán en actividades que les ayudarán a fortalecerse espiritualmente y a aprender y cumplir sus deberes del sacerdocio. Cada actividad sigue este modelo sencillo:

Primero **aprenden** acerca de un principio del Evangelio o deber del



sacerdocio. Descubren lo que el Padre Celestial desea que hagan y se esfuerzan por obtener una confirmación espiritual de su importancia.

Luego, hacen planes para **actuar** de acuerdo con lo que aprendieron. Se les insta a basar sus planes en sus propias necesidades, circunstancias y oportunidades de servir a los demás. Es una gran oportunidad de hacerse responsables de su propio crecimiento y de desarrollar la autosuficiencia espiritual.

Luego **comparten** con los demás lo que han aprendido y experimentado. Al hacerlo, fortalecerán su testimonio y aumentarán la fe de quienes los rodean; también aumentarán su capacidad de hablar del Evangelio con otras personas...

Testifico que su fiel servicio en el Sacerdocio Aarónico cambiará la vida de las personas a las que sirvan. Hay quienes necesitan su servicio del sacerdocio. Su familia, su quórum, la Iglesia y el mundo los necesitan.

David L. Beck, *Presidente General de los Hombres Jóvenes*, “El magnífico Sacerdocio Aarónico”, pág. 54.

En [DutyToGod.lds.org](http://DutyToGod.lds.org) se puede encontrar información en varios idiomas acerca del nuevo programa Mi Deber a Dios.



# Defender la virtud: El Progreso Personal

**E**n la primera página de tu libro *Mujeres Jóvenes: Progreso Personal*, encontrarás las siguientes palabras: “Eres una hija amada de nuestro Padre Celestial, preparada para venir a la tierra en esta época precisa para un propósito sagrado y glorioso”.

¡Hermanas, esas palabras son verdaderas! ¡No son el invento de un cuento de hadas! ¿No es extraordinario saber que nuestro Padre Eterno las conoce a ustedes, las escucha, vela por ustedes y las ama con un amor infinito? De hecho, Su amor por ustedes es tan grande que Él les ha concedido esta vida terrenal como un precioso obsequio de “Érase una vez” lleno de su propio y real relato de aventuras, pruebas y oportunidades de grandeza,

nobleza, valor y amor; y lo más glorioso de todo: Él les ofrece un don invaluable que supera precio y comprensión. Nuestro Padre Celestial les ofrece el don más grande de todos, la vida eterna, y la oportunidad e infinita bendición de tener sus propios “felices para siempre”.

*Presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, “Ser felices para siempre”, pág. 124.*

Mujeres jóvenes de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ¡recuerden quiénes

son! Son elegidas; son hijas de Dios. No pueden ser una generación de mujeres jóvenes que sólo se contenten con “ser parte del grupo”; deben tener el valor de destacar, de levantarse y brillar, para que su luz sea un estandarte a las naciones<sup>10</sup>. El mundo quiere que ustedes crean que no tienen importancia, que están pasadas de moda y que no están al tanto de lo que ocurre a su alrededor. El mundo las llama con voces incessantes y estridentes a que “vivan la vida”, “prueben todo”, “experimenten y sean felices”. Por el contrario, el

Espíritu Santo susurra y el Señor las invita a “andar por las sendas de la virtud”, [desechar] las cosas de este mundo” y “[adherirse] a [sus] convenios” (D. y C. 25:2, 10, 13).

*Elaine S. Dalton, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes, “¡Recuerden quiénes son!”, pág. 120.*

El *Progreso Personal* es un recurso magnífico para nutrir su testimonio paso a paso. Las experiencias y los proyectos con un valor son pequeños pasos que nutrirán su testimonio de Jesucristo a medida que aprendan Sus enseñanzas y las apliquen con frecuencia en su vida. Ese alimento constante las mantendrá a salvo en el sendero.

*Mary N. Cook, Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes, “¡Nunca, nunca, nunca se den por vencidas!”, pág. 117.*

El Señor siempre estará allí para apoyarnos y nunca nos dejará solos. Se nos enseña que nuestro Padre Celestial conoce y ama a cada uno de Sus hijos. Como una de Sus preciadas hijas, ustedes tienen acceso a Su seguridad y guía mediante el poder de la oración.

*Ann M. Dibb, Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes, “Sé valiente”, pág. 114. ■*



Si deseas obtener más información acerca del Progreso Personal, visita el sitio [PersonalProgress.lds.org](http://PersonalProgress.lds.org).

## Índice de los relatos de la conferencia

A continuación figura una lista de experiencias que se han seleccionado de los discursos de la conferencia general, las cuales pueden utilizarse en el estudio personal, la noche de hogar y otro tipo de enseñanza. El número indica la primera página del discurso.

<b>Discursante</b>	<b>Relato</b>
<b>Presidente Boyd K. Packer</b>	(6) Harold B. Lee le aconseja a un joven soldado que procure obtener una bendición de su padre. El presidente Packer invita al padre de un joven a ordenar élder a su hijo.
<b>Obispo Keith B. McMullin</b>	(13) Una mujer perdona a un guardia de un campo de concentración.
<b>Élder Wilford W. Andersen</b>	(16) Una hija recuerda la fe de su padre, quien murió de cáncer.
<b>Presidente Henry B. Eyring</b>	(22) Una mujer siente una profunda tristeza por haberse desviado durante su adolescencia. El hijo menor del élder Eyring se pierde, ora para pedir ayuda y alguien lo encuentra.
<b>Élder L. Tom Perry</b>	(29) La madre de L. Tom Perry le enseña cuando es pequeño.
<b>Élder D. Todd Christofferson</b>	(32) William Tyndale es martirizado por traducir la Biblia al inglés.
<b>Élder Koichi Aoyagi</b>	(36) Él élder Aoyagi vuelve a relatar su conversión y la ayuda de un miembro cuando él se había apartado de la Iglesia.
<b>Élder Bruce A. Carlson</b>	(38) Dos hombres que hacen un viaje para pescar nunca aprenden la lección y siguen estrellando un avión.
<b>Élder Jeffrey R. Holland</b>	(44) Tres mujeres divorciadas cuentan acerca de la lucha de sus ex esposos con la pornografía.
<b>Élder Dallin H. Oaks</b>	(47) Una mujer que recibe una bendición rechaza otra y dice que ahora es ella quien debe ejercitar la fe. Niña de Texas, EE. UU., es sanada de manera milagrosa.
<b>Élder Ronald A. Rasband</b>	(51) El presidente Eyring recibe una revelación acerca del lugar donde ciertos misioneros deben prestar servicio.
<b>David L. Beck</b>	(54) Un joven le lleva la Santa Cena a un hombre que se encuentra confinado en su casa y éste la recibe con reverencia.
<b>Presidente Dieter F. Uchtdorf</b>	(56) Un profesor usa malvaviscos para poner a prueba la paciencia de niños de cuatro años.
<b>Presidente Henry B. Eyring</b>	(60) El presidente Eyring visita a un amigo que está enfermo y le da una bendición.
<b>Presidente Thomas S. Monson</b>	(64) Un alumno hace trampa en un examen pasando las páginas de un libro con los pies, pero llega el día de su juicio final. Se cumple la promesa que le hace el presidente Monson a un misionero.
<b>Presidente Dieter F. Uchtdorf</b>	(68) Le agregan un cartel a una estatua de Jesucristo sin manos: "Ustedes son Mis manos". Una leyenda judía cuenta de dos hermanos que, en secreto, le dan una porción de su cosecha al otro. Miembros alemanes son bendecidos por los servicios humanitarios después de la Segunda Guerra Mundial.
<b>Élder Donald L. Hallstrom</b>	(78) Un matrimonio joven se aleja del Señor y de la Iglesia después de que su primer hijo muere al nacer. Los padres y los abuelos del élder Hallstrom permanecen fieles a pesar de sus grandes pruebas.
<b>Élder Quentin L. Cook</b>	(83) Un presidente de estaca samoano rescata a su hija y a su madre de un maremoto.
<b>Presidente Thomas S. Monson</b>	(87) Una familia que pierde un hijo de quince años halla consuelo mediante la fe en Jesucristo.
<b>Élder Robert D. Hales</b>	(95) El nieto del élder Hales interrumpe a su abuelo mientras lee el diario para preguntarle: "¿Estás ahí?". La madre del élder Hales enseña la importancia de comer en familia. Una madre disfruta de ayudar a su hija con el Progreso Personal.
<b>Élder Bradley D. Foster</b>	(98) Un hijo joven le dice a su padre que él sabe lo que sabe porque su madre se lo dijo.
<b>Élder Gregory A. Schwitzer</b>	(103) El élder Schwitzer, cuando era un médico joven, aprende a no juzgar a otras personas por su apariencia.
<b>Élder Neil L. Andersen</b>	(108) Las enseñanzas constantes de un padre acerca de Jesucristo brindan consuelo a sus hijos después de que él muere.
<b>Ann M. Dibb</b>	(114) Una mujer joven defiende sus convicciones cuando un maestro de la escuela secundaria la desafía.
<b>Mary N. Cook</b>	(117) Una mujer joven es bendecida por haber hecho caso a la impresión de leer Mateo 5.
<b>Elaine S. Dalton</b>	(120) De joven, la hermana Dalton conoce al presidente David O. McKay, quien presenta a su esposa como su "reina".
<b>Presidente Dieter F. Uchtdorf</b>	(124) El presidente Uchtdorf cuenta cómo conoció a la hermana Uchtdorf y finalmente se gana su amor.

# Enseñanzas para nuestra época

Las lecciones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro que se impartan el cuarto domingo del mes se deben concentrar en las “Enseñanzas para nuestra época”. Cada lección se deberá preparar en base a uno o más discursos impartidos durante la conferencia general más reciente. Los presidentes de estaca y de distrito elegirán los discursos que deban utilizarse o podrán asignar esa responsabilidad a los obispos y a los presidentes de rama. Los líderes deberán resaltar la importancia de que los hermanos del Sacerdocio de Melquisedec y las hermanas de la Sociedad de Socorro estudien los mismos discursos ese mismo domingo.

Se insta a las personas que asistan a las lecciones del cuarto domingo a estudiar y llevar a la clase el ejemplar de la revista de la conferencia general más reciente.

### Sugerencias para preparar una lección basada en los discursos

Ore para que el Espíritu Santo esté con usted a medida que estudie y enseñe el (los) discurso(s). Es probable que se sienta tentado(a) a

preparar la lección utilizando otros materiales; sin embargo, los discursos de la conferencia constituyen el curso de estudio aprobado. La asignación que usted ha recibido es la de ayudar a otras personas a aprender el Evangelio y a vivirlo, tal como se enseñó durante la conferencia general de la Iglesia más reciente.

Estudie el (los) discurso(s) buscando los principios y la doctrina que satisfagan las necesidades de los miembros de la clase. Asimismo, busque en el (los) discurso(s) relatos, referencias de las Escrituras y declaraciones que le sirvan de ayuda para enseñar esas verdades.

Haga un bosquejo de la forma de enseñar los principios y la doctrina; en el mismo deberá incluir preguntas que ayuden a los miembros de la clase a:

- Buscar los principios y la doctrina en el (los) discurso(s).
- Pensar en el significado de dichos principios y doctrina.
- Compartir lo que entiendan, así como ideas, experiencias y testimonios.
- Aplicar esos principios y esa doctrina en su vida. ■

MESES	MATERIALES PARA LAS LECCIONES DEL CUARTO DOMINGO
De mayo de 2010 a octubre de 2010	Discursos publicados en la revista <i>Liahona</i> * de mayo de 2010
De noviembre de 2010 a abril de 2011	Discursos publicados en la revista <i>Liahona</i> * de noviembre de 2010

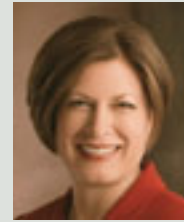
\*Estos discursos están disponibles (en muchos idiomas) en [conference.lds.org](http://conference.lds.org).

## Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

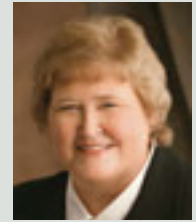
### SOCIEDAD DE SOCORRO



Silvia H. Allred  
Primera Consejera



Julie B. Beck  
Presidenta

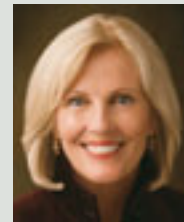


Barbara Thompson  
Segunda Consejera

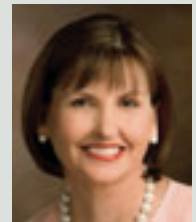
### MUJERES JÓVENES



Mary N. Cook  
Primera Consejera



Elaine S. Dalton  
Presidenta



Ann M. Dobb  
Segunda Consejera

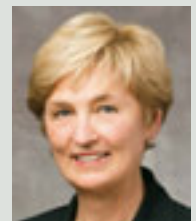
### PRIMARIA



Jean A. Stevens  
Primera Consejera



Rosemary M. Wixom  
Presidenta



Cheryl A. Esplin  
Segunda Consejera

### HOMBRES JÓVENES



Larry M. Gibson  
Primer Consejero



David L. Beck  
Presidente



Adrián Ochoa  
Segundo Consejero

### ESCUELA DOMINICAL



David M. McConkie  
Primer Consejero



Russell T. Osguthorpe  
Presidente



Matthew O. Richardson  
Segundo Consejero



## El Centro de Conferencias cumple diez años de servicio

Por Ryan Kunz  
Revistas de la Iglesia

La conferencia de abril dio paso a la segunda década de servicio del Centro de Conferencias. En sus diez primeros años, muchos millones de personas disfrutaron de las características únicas de este edificio sin igual durante más de cien sesiones de la Conferencia General y 4.500 acontecimientos, con sus transmisiones correspondientes.

El Centro de Conferencias albergó su primera sesión de la Conferencia General el 1 de abril de 2000. En ese momento, el presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008) dijo: “Su presencia [del Centro de Conferencias] será muy valiosa para esta ciudad. Aquí no se realizarán sólo las conferencias generales y algunas otras

reuniones religiosas, sino que este edificio también servirá de centro cultural para las mejores presentaciones artísticas. Esperamos que los que no sean de nuestra fe vengan a este lugar a disfrutar de este bello entorno y se sientan agradecidos por su presencia” (“Mi testimonio a todo el mundo”, *Liabona*, julio de 2000, pág. 6).

Seis meses después, el 8 de octubre, el presidente Hinckley dedicó el edificio.

Desde entonces, casi siete millones de visitantes han acudido al Centro de Conferencias para participar en 4.577 acontecimientos distintos. Alrededor de 4,8 millones de visitantes han hecho una visita guiada al edificio, y el centro

ha recibido a más de 5.500 dignatarios. Entre los acontecimientos que se han llevado a cabo en el auditorio y en el teatro anexo del Centro de Conferencias se encuentran la Conferencia General, diez reuniones generales de las Mujeres Jóvenes, diez reuniones generales de la Sociedad de Socorro, tres acontecimientos conmemorativos (como el funeral del presidente Hinckley) y 125 espectáculos musicales, sin contar el programa *Música y Palabras de Inspiración* del Coro del Tabernáculo, que se ha efectuado 186 veces en el Centro de Conferencias.

Estas cifras comienzan a apuntar al cumplimiento de las palabras del presidente Hinckley.

Brent Roberts, director de instalaciones centrales, se ha encontrado con muchas personas en el edificio que han expresado su gratitud por lo que han sentido en su interior. “Han entrado con lágrimas en los ojos y el Espíritu en el corazón”, explica. “Aunque lo cierto es que no sólo es cuestión del edificio; se trata del Señor, Su obra y Su Espíritu”.

El centro fue anunciado en la mañana del domingo de Pascua por el presidente Hinckley, durante la Conferencia General de abril de 1996.

Al repasar los desafíos que planteó la construcción del Centro de Conferencias, se percibe con mayor facilidad el carácter único de este edificio. El auditorio de 21.000 asientos debía construirse excavando en un lugar situado cuesta abajo, entre las calles Main y West Temple de Salt Lake City. Tres grandes empresas de construcción participaron en las obras. El auditorio no contaría con ninguna columna de soporte, para evitar obstruir la vista de los asistentes, así que los constructores tuvieron que emplear celosías de acero de 88 m de largo para soportar cargas de 17 a 37 kg por centímetro cuadrado. Este diseño también permitiría llevar a cabo el proyecto de jardines sobre el tejado. Durante este proceso, había unos mil trabajadores en las obras cada día.

Durante la construcción, el edificio superó el insólito tornado de 1999 en Salt Lake City, y a pesar de que se rompió el brazo de una grúa, las obras siguieron adelante.

La estructura se terminó puntualmente





y los visitantes del centro pueden disfrutar de un equipo y unas instalaciones de primera categoría. El Centro de Conferencias emite una señal digital de alta definición para la televisión. En Utah, la primera transmisión en alta definición en directo fue la que se emitió desde el Centro de Conferencias durante la celebración del 90 cumpleaños del presidente Hinckley, en junio de 2000.

Los ingenieros diseñaron el sistema de sonido del auditorio para lograr una acústica excelente, ya fuera que los visitantes escucharan a un orador o que participaran en un espectáculo musical; esto requirió consideraciones meticulosas que tomaran en cuenta los materiales de los muros y el techo, el aforo, el alfombrado y el almohadillado de los asientos.

El presidente Hinckley dijo que el edificio también transmite una sensación de elegancia. Dicha elegancia es percibida por los visitantes cuando entran en los vestíbulos, los cuales cuentan con esculturas del Salvador y bustos de los presidentes de la Iglesia; cuando acceden a los jardines sobre el tejado, con sus árboles, flores, arbustos y cascadas; cuando miran a través de los tragaluces de la parte superior del edificio, que se pueden cubrir durante los espectáculos; y también cuando disfrutaban de las pinturas presentes en todo el edificio, muchas de las cuales son conocidas para los miembros de la Iglesia y en su gran mayoría son originales.

Las cifras detrás de este inmenso edificio son impresionantes. Abarca 4 hectáreas, es decir, una manzana de la ciudad. Cuenta con un cableado eléctrico suficiente para rodear la tierra dos veces. Cada minuto se reciclan más de 22.330 litros de agua en sus fuentes y adornos de agua.

Sin embargo, la característica más importante del centro no es sus kilómetros de cableado ni la cantidad de peso que es capaz de soportar su tejado, ni ninguna otra cifra en sí misma.

El presidente Hinckley dijo: “No es como un museo, aunque la arquitectura es exquisita; es un lugar que se utilizará en honor al Todopoderoso y para el cumplimiento de Sus propósitos eternos” (“Este grandioso año milenar”, *Liabona*, enero de 2001, pág. 80). ■

# Se anuncia un nuevo programa Mi Deber a Dios

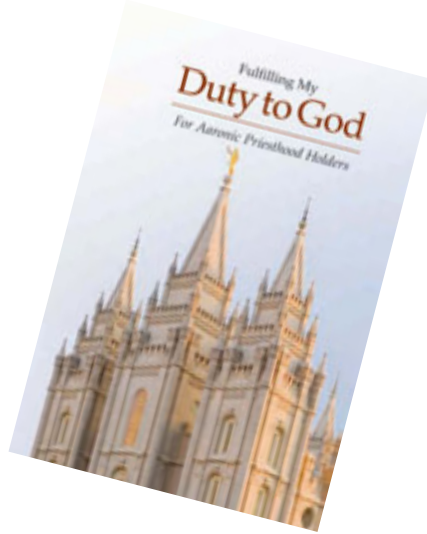
Como se anunció durante la Conferencia General, bajo la dirección de los profetas vivos se ha preparado un nuevo programa Mi Deber a Dios, destinado a ayudar a los hombres jóvenes a adquirir fortaleza espiritual y a cumplir sus deberes del sacerdocio.

“[El nuevo programa Mi Deber a Dios] es una herramienta poderosa”, dijo el presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia, durante la sesión del sábado por la mañana. “Fortalecerá el testimonio de los hombres jóvenes y su relación con Dios. Los ayudará a aprender los deberes del sacerdocio y a desear cumplir con ellos. Fortalecerá la relación con sus padres, entre los miembros del quórum, y con sus líderes”.

El nuevo programa Mi Deber a Dios se ha simplificado y enfocado en lo más importante. Los requisitos para los tres grupos de edades, además de las instrucciones para padres y líderes, aparecen en un solo libro. Dicho libro y sus materiales relacionados estarán disponibles en 27 idiomas entre junio y agosto de 2010. A lo largo del año se seguirán publicando otras traducciones de estos materiales.

Las actividades están organizadas con el fin de que los hombres jóvenes *aprendan* acerca de un principio del Evangelio o un deber del sacerdocio en particular, *pongán en práctica* lo que hayan aprendido, y después *compartan* lo que piensen y sientan con sus padres, líderes de la Iglesia o su quórum.

“Como diáconos, maestros y presbíteros, participarán en actividades que les ayudarán a fortalecerse espiritualmente y a aprender y cumplir sus deberes del sacerdocio”, dijo David L. Beck, presidente general de los Hombres Jóvenes, durante la sesión del sacerdocio de la Conferencia General. “El nuevo programa Mi Deber a Dios los guiará en su camino para cumplir su deber a Dios y descubrir la magnificencia del Sacerdocio Aarónico”.



El programa está concebido para alentar a los hombres jóvenes a asumir la responsabilidad de su propio crecimiento, pero también ofrece oportunidades para fortalecer las relaciones entre los hombres jóvenes y sus padres, líderes y miembros del quórum. Muchas de las actividades pueden integrarse fácilmente en la noche de hogar y en las reuniones y actividades del quórum.

“Los padres, los líderes, y los miembros del quórum desempeñan una función importante en el programa Mi deber a Dios”, dijo el hermano Beck a Revistas de la Iglesia. “Las reuniones dominicales de quórum ofrecerán oportunidades frecuentes para aprender, aplicar y compartir”.

Se invita a los hombres jóvenes a seguir trabajando en su programa actual hasta que se adopte el nuevo en su barrio o rama. Una vez puesto en marcha éste, cada hombre joven deberá comenzar a trabajar en la sección que corresponda a su oficio actual en el sacerdocio. Si un joven está a punto de terminar los requisitos del programa anterior para obtener el certificado o medallón correspondiente a

su oficio, podrá terminar de cumplir con esos requisitos mientras comienza a trabajar con el nuevo programa.

“Cada actividad de *Cumplir nuestro deber a Dios* sigue un modelo que te ayudará a convertirte en el poseedor del sacerdocio que el Señor quiere que seas”, dijo el hermano Beck.

Se facilitará información y materiales adicionales en el sitio web [DutyToGod.lds.org](http://DutyToGod.lds.org). ■

## Un nuevo formato ayuda a las hermanas a progresar como maestras visitantes

En julio de 2010, las hermanas de la Sociedad de Socorro y los suscriptores a las revistas *Liabona* y *Ensign* observarán cambios en el formato del mensaje de las maestras visitantes.

“Deseamos que cada maestra visitante comprenda que su llamamiento procede del Señor y acepte su asignación de amar, servir, enseñar y ministrar a otras hermanas teniendo eso en mente”, dijo Julie B. Beck, presidenta general de la Sociedad de Socorro.

El nuevo formato del mensaje ayudará a las hermanas a comprender el propósito de la Sociedad de Socorro, enseñará principios que ayuden a las hermanas a aplicar dicho propósito en su vida, proporcionará una perspectiva histórica y ofrecerá sugerencias sobre la manera en que las hermanas pueden cuidar de las demás y fortalecerlas.

“El mensaje de las maestras visitantes es una herramienta en las manos de una maestra visitante. A medida que estudie los mensajes pensando en sus hermanas, sabrá lo que debe compartir con ellas y hacer por ellas”, dijo la hermana Beck.

En la página siguiente se ofrece un modelo del nuevo mensaje de las maestras visitantes, con explicaciones de sus nuevas características. ■



### Pregunta en cuanto al ministerio

El propósito de esta pregunta es ayudar a las maestras visitantes a actuar según la inspiración para servir mejor a las hermanas a las que enseñen.

### Instrucciones

Las instrucciones ayudan a las maestras visitantes a saber cómo enseñar y aplicar el mensaje.

### Propósitos de la Sociedad de Socorro

Se han agregado los propósitos de la Sociedad de Socorro para recordar a las hermanas las responsabilidades de esta organización: aumentar la fe y la rectitud personal, fortalecer las familias y hogares, y buscar y ayudar a los necesitados.

### Pregunta en cuanto a la aplicación

Esta pregunta tiene por objeto motivar a cada hermana de la Sociedad de Socorro a actuar, y ayudarla a aplicar el mensaje a su propia vida.

VISITING TEACHING MESSAGE

## Our Responsibility to Be Worthy of Temple Worship

The covenants we make with the associated ordinances we receive in the temple become our credentials for admission into God's presence. These covenants elevate us beyond the limits of our own power and perspective. We make covenants to show our devotion to build up the kingdom. We become covenant people as we are placed under covenant to God. All the promised blessings are ours through our faithfulness to these covenants. . . .

"What can the women of the Church do to claim the blessings of the temple?"

"Through His prophets, the Lord invites those who have not yet received the blessings of the temple to do whatever may be necessary to qualify to receive them. He invites those who have already received these blessings to return as often as possible to enjoy again the experience, to increase their vision and understanding of His eternal plan.

"Let us be worthy to have a current temple recommend. Let us go to the temple to seal our families eternally. Let us return to the temple as often as our circumstances will permit. Let us give our kindred dead the opportunity to receive the ordinances of exaltation. Let us enjoy the spiritual strength and the revelation we receive as we attend the temple regularly. Let us be faithful and make and keep temple covenants to receive the full blessings of the Atonement."<sup>1</sup>


*Sylvia H. Allred, first counselor in the Relief Society general presidency.*

**From the Scriptures**  
Isaiah 2:2-3; D&C 109:22-23; 110:8-10

**What Can I Do?**

1. What support can I offer to help my sisters prepare for and attend the temple?
2. How can I exemplify the heritage of the early sisters who sacrificed to receive temple blessings?
3. How can I claim the blessings of the temple?

For more information, go to [www.reliefsociety.lds.org](http://www.reliefsociety.lds.org).



**Faith • Family • Relief**

**From Our History**

President Gordon B. Hinckley (1910–2008) taught that Relief Society grew out of sisters' desire to worship in temples:

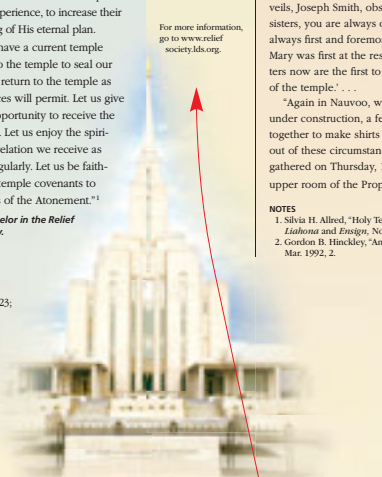
"During the construction of the Kirtland Temple the women were called upon to grind their china into small particles to be mixed with the plaster used on the walls of the temple, which would catch the light of the sun and the moon and reflect that light to beautify the appearance of the building.

"In those times, when there was very little of money but an abundance of faith, the workmen gave of their strength and resources to the construction of the Lord's house. The women supplied them with food, the best they could prepare. Edward W. Tullidge reported that while the women were sewing the temple veils, Joseph Smith, observing them, said, 'Well, sisters, you are always on hand. The sisters are always first and foremost in all good works. Mary was first at the resurrection; and the sisters now are the first to work on the inside of the temple.' . . .

"Again in Nauvoo, when the temple was under construction, a few women joined together to make shirts for the workmen. It was out of these circumstances that twenty of them gathered on Thursday, 17 March 1842, in the upper room of the Prophet's store."<sup>2</sup> ■

**NOTES**

1. Sylvia H. Allred, "Holy Temples, Sacred Covenants," *Ensign* and *Ensign*, Nov. 2008, 113, 114.
2. Gordon B. Hinckley, "Ambitious to Do Good," *Ensign*, Mar. 1992, 2.



August 2010 7

### Mensaje

El mensaje principal ofrecerá a partir de ahora consejos específicos y pertinentes directamente de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro.

### De las Escrituras

Estos pasajes de las Escrituras enriquecerán el estudio, la enseñanza y la aplicación personal del mensaje.

### Más información

En la página web de la Sociedad de Socorro, [reliefsociety.lds.org](http://reliefsociety.lds.org), se ofrecen enlaces a otros recursos relevantes.

### De nuestra historia

Al leer acerca del noble legado de la Sociedad de Socorro, las hermanas hallarán inspiración en la organización que existía en la Iglesia de los primeros días y en el programa actual de la Sociedad de Socorro. "Sus sacrificios y su deseo nos inspiran a cumplir con nuestra parte para edificar el reino del Señor en nuestra época de servicio", dijo la hermana Beck.

# Los miembros de Haití salen adelante, firmes en el Evangelio

Por Lauren Allen  
Revistas de la Iglesia

Cuando un terremoto azotó Haití en enero de 2010, Jean-Elie René corrió a su casa para asegurarse de que su familia estuviera a salvo. Al llegar, vio a uno de sus tres hijos llorando en la calle, y alcanzó a escuchar los gritos de otro de sus hijos bajo los escombros, donde antes se alzaba la casa de su familia.

Este padre de 32 años siguió los gritos y excavó en los escombros hasta que encontró a su hijo de cinco años y el cuerpo de su esposa embarazada, que todavía protegía al bebé de nueve meses del techo de su hogar derrumbado.

El hermano René presta servicio como secretario de barrio en el Barrio Leogane, Estaca Puerto Príncipe, Haití. Aunque perdió a su esposa, su hijo no nacido y su hogar, no se queja ni se enoja por su situación. Después del terremoto, el hermano René estaba casi todos los días en el centro de reuniones, con el bebé en su

regazo y sus otros dos niños a su lado, ayudando al obispo a coordinar las tareas de auxilio a los miembros del barrio y a otras personas que hicieron del centro de reuniones su hogar provisional.

La historia del hermano René es conmovedora, pero no es única. Los miembros de la Iglesia a lo largo de Haití sufrieron enormemente por la destrucción que ocasionó este terremoto de magnitud de 7,0, pero la calamidad permitió poner de manifiesto la fortaleza de los miembros de Haití, que siguen aumentando en número. Como el hermano René, muchos miembros, tanto antiguos como recientes, hicieron frente a los desafíos y hallaron paz y consuelo en la fidelidad y la obediencia.

## Probados a través de las tribulaciones

A través de sus pruebas, los miembros de la Iglesia de Haití han permanecido

firmes en el Evangelio mientras siguen cuidando y fortaleciéndose unos a otros, así como a sus conciudadanos.

“Es cierto que todo lo que poseíamos, incluso nuestros bienes materiales y nuestra familia, desapareció; pero nuestra fe en Jesucristo no se ha destruido”, dice Yves Pierre-Louis, obispo del Barrio Leogane. “Ha sido una buena oportunidad para evaluarnos como discípulos de Cristo”.

Los líderes locales del sacerdocio en especial dieron un gran ejemplo de fe y testimonio al encarar el desafío; aprendieron a cumplir con sus llamamientos en momentos difíciles y ayudaron a otras personas necesitadas, dice el élder Francisco J. Viñas, de los Setenta, Presidente del Área Caribe.

“Utilizaron sus llaves del sacerdocio para bendecir la vida de miembros y no miembros”, explica. “Trabajaron en consejo y recibieron guía del Espíritu para tratar los difíciles desafíos día tras día”.

Las secuelas del terremoto plantearon dificultades, especialmente a los obispos de Haití, dice Prosner Colin, presidente de la Estaca Puerto Príncipe, Haití. Los obispos y otros líderes de la Iglesia quedaron a cargo de cuidar y auxiliar a cientos de miembros del barrio, además de sus propias familias.

“[Los obispos] siguen prestando ayuda”, explica el presidente Colin. “Entienden que han perdido muchas cosas, pero que tienen el Evangelio. Alientan a [los miembros] a seguir viviendo dignamente”.

Tras el terremoto, el obispo Pierre-Louis se convirtió en un líder en la comunidad. A lo largo de las semanas y meses que siguieron a la devastación en Haití, dedicó su vida al servicio de miembros y no miembros en Leogane y atendió a las necesidades de cientos de personas.

“Es el siervo más increíble y humilde que uno pueda llegar a conocer”, dice Chad Peterson, un médico de Arizona que trabajó como voluntario junto al obispo Pierre-Louis después del terremoto.

## Fe para ahora y para el futuro

Se han compartido muchas historias de miembros de Haití, cuya tenacidad y fe en el Señor les sostuvieron a lo largo de sus pruebas.

“A pesar de que los fieles santos



haitianos han sufrido muchísimo, están llenos de esperanza en el futuro”, dijo el élder Wilford W. Anderson, de los Setenta, en su discurso durante la Conferencia General de abril de 2010. “Al igual que los primeros pioneros en 1846, su corazón está destrozado, pero su espíritu es fuerte. Ellos también nos enseñan que la esperanza, la felicidad y el gozo no son consecuencia de las circunstancias, sino de la fe en el Señor”.

Prueba de esta obediencia y fe fue que las reuniones de la Iglesia prosiguieron sin interrupción justo después del terremoto.

A pesar de la destrucción de su país, los miembros de Haití llegaron a la Iglesia vestidos con su mejor ropa de domingo y sonrientes. El Evangelio era el salvavidas al que muchos recurrieron para superar su tristeza y desesperación.

“A pesar de haber perdido su hogar, su trabajo y miembros de su familia, este pueblo está lleno de amor, de confianza y de afabilidad. Tienen una fe prodigiosa”, dijo el hermano Peterson.

En la actualidad, la Iglesia sigue floreciendo en Haití. La asistencia a la reunión sacramental ha aumentado, explica el presidente Colin, y el pueblo de Haití sigue trabajando para reconstruir sus municipios.

“Los miembros están sirviendo a los demás diligentemente”, dijo. “Los visitan y están buscando oportunidades de empleo para ellos mismos y para los demás”.

Berthony Theodor, haitiano de nacimiento y director de Bienestar de la Iglesia en Haití, dice que él y otros líderes actuales y futuros de la Iglesia en Haití han obtenido una experiencia valiosa como resultado de esta catástrofe.

“Tenemos la oportunidad de servir a los demás y mostrarles una vez más cuánto les amamos”, afirma. “Hemos llegado a aprender una vez más que no estamos solos en el mundo, que somos miembros del pueblo del Señor”.

El hermano Theodor dijo que ni el terremoto ni ninguna otra catástrofe podría arrebatarse la paz y el gozo de los miembros de Haití.

“Es mi testimonio que el Señor nunca olvida a Sus hijos”, dice. “Sabe dónde estoy y cuál es mi situación. Nunca me dejará solo”. ■



## Ayuda humanitaria de la Iglesia

Justo después del terremoto de enero de 2010, la Iglesia envió artículos humanitarios a Haití. Poco después se enviaron equipos de personal médico, que establecieron clínicas en los centros de reuniones y trabajaron con los hospitales locales para llevar a cabo las operaciones necesarias.

No obstante, en cuanto pareció que se volvía a alcanzar cierta estabilidad en Haití, las labores de ayuda de la Iglesia comenzaron a abandonar las tareas de auxilio y pasar a las tareas de recuperación, proporcionando recursos para reestablecer la autosuficiencia y para que las personas pudieran retomar el control de su vida.

Como parte de ello, se establecieron pequeñas instalaciones de alimentación, similares a los almacenes del obispo; también se enviaron materiales para construir seiscientos refugios provisionales destinados a las personas que se quedaron sin hogar, para que pudieran albergarse durante la temporada de huracanes; estos materiales fueron preparados por los miembros de Haití.

Asimismo, la Iglesia preparó un programa de recomendación de médicos atendido por doctores locales de Haití, con el fin de que los miembros pudieran recibir ayuda y recursos. Los Servicios para la Familia SUD también participaron capacitando a haitianos para ofrecer asesoría emocional a las personas con dificultades para afrontar su situación.

La Iglesia consolidó su programa de empleo en Haití; los miembros contaban con la ayuda de especialistas en empleo para encontrar trabajo y oportunidades de micronegocio.

“Estamos agradecidos por todo el apoyo que la Iglesia prestó a los miembros de Haití”, dijo el obispo Pierre-Louis. ■





## Élder Kevin R. Duncan

*De los Setenta*

Desde su niñez, el élder Kevin Read Duncan estaba deseoso de servir al Señor como misionero. “Nunca jamás lo puse en entredicho. Siempre supe que deseaba servir en una misión”, dice.

Mucho antes de cumplir los 19 años, el élder Duncan se encontró con una Autoridad General que servía en el Departamento Misional, quien le instó a memorizar las charlas misionales. Hizo honor a ese reto y tiempo después fue llamado a servir a la Misión Chile Santiago Sur. Su servicio como misionero afianzó aún más su amor por el servicio al Señor. “Supe que quería ser misionero durante el resto de mi vida”, dice el élder Duncan.

Nació en octubre de 1960 y es hijo de David Henry y LaRene Eliza Duncan; se crió en una granja familiar en West Point, Utah. Su infancia en la granja le enseñó no solamente a trabajar, explica, sino también a amar el trabajo.

Esa ética de trabajo le

ayudó a obtener una licenciatura en contabilidad por la Universidad Brigham Young, una maestría en contabilidad de impuestos y un jurisdotorado (título estadounidense) en Derecho. Comenzó su carrera profesional como abogado tributario y más adelante fundó una compañía especializada en tecnología para litigios.

El élder Duncan y su esposa, Nancy Elizabeth Smart, se casaron el 27 de junio de 1986 en el Templo de Salt Lake. Tienen cinco hijos, uno de ellos de la difunta primera esposa del élder Duncan, Wendy Wallentine.

Casi veinte años después de servir en una misión en Chile, el élder Duncan regresó a una misión de servicio a la Iglesia como asesor legal asociado internacional para la Iglesia en Sudamérica. Mientras se encontraba allí, fue llamado a presidir la Misión Chile Santiago Norte, y vivió en la misma casa de la misión donde sirvió de joven.

Antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta, el élder Duncan sirvió como consejero del obispado, líder misional de barrio, miembro del sumo consejo y de Setenta del Área Utah Sur. ■



## Élder Gerrit W. Gong

*De los Setenta*

El élder Gerrit Walter Gong conoce el poder de la oración y sabe que el Padre Celestial tiene un plan para Sus hijos. Cuando era joven, su madre cayó gravemente enferma en cierta ocasión. Recuerda que oró “con las palabras y los sentimientos de un niño pequeño” para que no muriera.

“Las oraciones hallan respuestas diferentes en los diversos momentos de nuestra vida, pero gracias a Dios, en aquella ocasión sentí y supe que se recuperaría”, explica el élder Gong. “Desde ese momento, nunca he dudado que el Padre Celestial escucha nuestras oraciones y, según Su propia sabiduría y manera, las contesta”.

Desde entonces, el élder Gong ha disfrutado repetidamente esa tierna comunicación con un Padre lleno de amor; esto incluye, explica, cuando se casó con su esposa, al criar a su familia, al tomar decisiones sobre la formación académica y la carrera profesional y al servir en la Iglesia.

Antes de ser llamado al

Primer Quórum de los Setenta, sirvió como miembro del sumo consejo, líder de grupo de sumos sacerdotes, consejero de la presidencia de la Escuela Dominical de estaca, maestro de seminario, obispo, presidente de misión de estaca, presidente de estaca y Setenta de Área.

Profesionalmente, el élder Gong ha trabajado como ayudante especial del vicesecretario de estado del Departamento Estatal de Estados Unidos y como ayudante especial del embajador de Estados Unidos en Pekín, China.

También ocupó cargos en el Centro de estudios estratégicos e internacionales (CSIS, por sus siglas en inglés) en Washington D.C., Estados Unidos. En el momento en que aceptó su llamamiento, estaba trabajando como ayudante del rector de la Universidad Brigham Young, supervisando la planificación y la evaluación.

El élder Gong es hijo de Walter y Jean Gong; nació en diciembre de 1953 y se crió en Palo Alto, California. Obtuvo una licenciatura de la Universidad Brigham Young en estudios universitarios y estudios asiáticos. Más adelante, obtuvo una maestría y un doctorado en relaciones internacionales por la Universidad de Oxford, donde obtuvo la beca Rhodes.

Prestó servicio en la Misión Taiwán y más adelante se casó con Susan Lindsay en el Templo de Salt Lake, en enero de 1980. Juntos tienen cuatro hijos varones. ■



## Élder Patrick Kearon

*De los Setenta*

**D**urante el corto tiempo en que vivió en California, el élder Patrick Kearon permaneció en la casa de una familia “excepcional” de Santos de los Últimos Días que le dio a conocer el Evangelio.

Dos años más tarde, ya de vuelta en Inglaterra, se encontró con los misioneros en una calle de Londres y con el tiempo comenzó a investigar la Iglesia. Halló un pasaje de las Escrituras del Libro de Mormón que dice: “...existen los hombres para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25). Este pasaje le hizo reparar en el gozo que había en el hogar de aquella familia SUD y en la vida de los misioneros que le enseñaron.

“Ese pasaje de las Escrituras resonó en mis oídos”, explica el élder Kearon. “En aquellas personas que había conocido, observé que nuestra vida puede verse enormemente enriquecida al seguir el consejo del Salvador de ser de buen ánimo”.

Desde que se unió a la

Iglesia el 24 de diciembre de 1987, el élder Kearon ha aportado ese buen ánimo a numerosos llamamientos, como el de presidente de los Hombres Jóvenes de barrio, consejero del obispado, presidente de rama, presidente de estaca y Setenta de Área.

Como miembro del Primer Quórum de los Setenta recientemente llamado, afirma que siempre “ha procurado la guía de los principios de la Iglesia. He visto cómo el vivir estos principios puede transformar vidas”.

El élder Kearon nació en Carlisle, Cumberland, Inglaterra, en julio de 1961, y es hijo de Paddy y Patricia Kearon. Dado que su padre prestaba servicio en la Real Fuerza Aérea Británica, el élder Kearon se crió y estudió en Oriente Medio y en el Reino Unido.

Conoció a Jennifer Carole Hulme mientras ella estaba estudiando en Inglaterra con la Universidad Brigham Young. Se casaron en el Templo de Oakland, California, en 1991. Tienen cuatro hijos, uno de los cuales falleció.

El élder Kearon ha vivido y trabajado en el Reino Unido, Arabia Saudita y los Estados Unidos en diversos ámbitos, como la política, la atención médica y la automoción. Antes de recibir su llamamiento, el élder y la hermana Kearon dirigían una empresa de consultoría en comunicaciones en Inglaterra. ■



## Élder Juan A. Uceda

*De los Setenta*

**C**uando el élder Juan Alberto Uceda Andrade comenzó a salir con María Isabel Bendezú, la mujer con la que se casaría más tarde, sabía que ella era alguien especial. Ambos se habían convertido a la Iglesia de jóvenes, y ambos habían servido en una misión en su país nativo, Perú.

No obstante, fue la convicción de la hermana Uceda de casarse en el templo lo que marcó la diferencia. En aquel momento, el templo más cercano era el de Sao Paulo, Brasil. “Se tardaba siete días en llegar allí, utilizando todos los medios de transporte disponibles”, explica el élder Uceda. “Viajamos por autobús, autocar, barco, caballo y carro, tren, camión e incluso avión. Cuando llegamos al templo, extendimos las manos para tocar sus muros sólo para asegurarnos de que no era un sueño. Aquello fue una experiencia fundamental para nosotros dos”.

La pareja se casó en el Templo de Sao Paulo, Brasil,

el 13 de abril de 1979. Tienen cinco hijos.

El élder Uceda nació en julio de 1953 en Lima, Perú, y es hijo de Juan José Uceda Pérez e Inés Andrade Uceda. Tras unirse a la Iglesia en 1972, estudió contabilidad y relaciones públicas en el Instituto José Carlos Mariátegui de Lima. También estudió administración de empresas en el Centro Andino de G.E. y obtuvo una licenciatura en relaciones públicas en la Universidad San Luis Gonzaga.

El élder Uceda ha trabajado en el Sistema Educativo de la Iglesia como director de área para Perú y Bolivia. En 2003 se mudó de Perú a Nueva Jersey, Estados Unidos, para ayudar a su padre a ampliar su empresa de formación académica y de idiomas.

Además de servir en una misión, el élder Uceda ha prestado servicio como miembro del sumo consejo, obispo, presidente de estaca, presidente de la Misión Lima Perú Norte, y Setenta de Área. Actualmente presta servicio en el Primer Quórum de los Setenta.

“Tengo un firme testimonio del poder de la revelación personal que procede del Espíritu Santo”, dice el élder Uceda. “Este testimonio se afianza continuamente mediante las bendiciones que provienen de la obediencia”. ■



## Élder Larry R. Lawrence

*De los Setenta*

A través de diversos llamamientos y del servicio que ha prestado a la Iglesia, el élder Larry Ray Lawrence ha aprendido a “[confiar] en Jehová con todo [su] corazón” (Proverbios 3:5).

Nació en Cheverly, Maryland, en agosto de 1947, y es hijo de Argil y Mary Lawrence; se crió en Tucson, Arizona. Estudió en la Universidad de Arizona, donde obtuvo una licenciatura en bioquímica agrícola y un doctorado en medicina, lo que le condujo a la profesión de oftalmólogo.

Se unió a la Iglesia en 1970, a los 23 años, y se casó con Laurel Stott en el Templo de Mesa, Arizona, el 5 de noviembre de 1971.

Antes de ser llamado al Segundo Quórum de los Setenta, prestó servicio como presidente del quórum de élderes, obispo, miembro del sumo consejo, presidente de estaca y presidente de misión de estaca.

El élder Lawrence dice que

justo cuando parecía que el ritmo de su vida empezaba a decrecer, con sus seis hijos en edad adulta e independizados, su esposa y él fueron llamados a presidir la Misión Rusia Novosibirsk en Siberia en 2001. El élder y la hermana Lawrence tuvieron que ejercer la fe al dejar atrás su casa y su familia para servir en un país con un idioma, un pueblo y un clima completamente desconocidos.

“Fue una gran prueba para nosotros en lo que respecta a poner nuestra confianza en el Señor”, dice la hermana Lawrence. “Todo lo que nos preocupaba se arregló, y [la experiencia] nos cambió la vida”.

Un cartel en la cocina de la casa de la misión servía de recordatorio constante de la amonestación “Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis” (D. y C. 6:36).

El élder y la hermana Lawrence cuentan su experiencia en la misión entre las mejores de su vida, y sienten que les preparó para sus nuevas responsabilidades con el llamamiento del élder Lawrence como Setenta.

“No sabemos lo que nos aguarda, pero sabemos que será bueno”, dice el élder Lawrence. ■



## Élder Per G. Malm

*De los Setenta*

Cuando el élder Per Gösta Malm tenía 16 años, sirvió en una misión de servicio a la Iglesia en la que participó en la construcción de nuevos centros de reuniones en Alemania, Finlandia, Holanda y Suecia. Desde entonces, ha participado diligentemente en ayudar a edificar la Iglesia.

El élder Malm nació en septiembre de 1948 en Jönköping, Suecia, y es hijo de Karl Gösta Ivar y Karin Anna-Greta Malm. Aprendió de sus padres muchas de las lecciones más importantes de la vida, en especial gracias al testimonio que su padre compartió antes de fallecer a los 48 años: “Permaneced fieles al Evangelio”.

“Nos estaba enseñando que en el Evangelio encontraremos soluciones a las cosas más importantes”, dice el élder Malm.

Después de los dieciocho meses que duró su misión de construcción, el élder Malm prestó servicio como misionero de tiempo completo en

la Misión Suecia Estocolmo. Tras su regreso, se casó con Ingrid Agneta Karlsson en el Templo de Berna, Suiza, en octubre de 1969, tomó el relevo de su padre a la cabeza de su compañía inmobiliaria y obtuvo una maestría por la Universidad de Gotemburgo y un título sueco de Derecho (LLM) en la Universidad Lund.

Trabajó para la Iglesia como gerente regional de bienes raíces de área. Más adelante, en calidad de director de asuntos temporales, el Obispado Presidente le confió la labor de comenzar a fusionar las funciones de Asuntos Temporales de las áreas Europa Central, Este y Norte de la Iglesia.

Mientras criaba a sus ocho hijos junto con la hermana Malm, el élder Malm sirvió como presidente de misión de estaca, presidente de rama, miembro del sumo consejo, presidente de estaca, presidente de misión, director de asuntos público de Suecia y Setenta de Área.

Sus experiencias le han servido para afianzar las enseñanzas de sus padres, las cuales espera compartir en su llamamiento para servir en el Segundo Quórum de los Setenta. “El Evangelio es nuestra ancla”, dice. “Si permanecemos fieles a él, producirá una paz que va más allá de lo que podamos comprender”. ■





## Élder Jairo Mazzagardi

*De los Setenta*

El élder Jairo Mazzagardi sabe lo que significa hacer sacrificios en el servicio del Señor. En 1990, recibió una llamada telefónica del presidente Thomas S. Monson, entonces consejero de la Primera Presidencia, quien le llamó a presidir la Misión Salvador Brasil.

“Nunca soñé que sería presidente de misión”, dice el élder Mazzagardi. “Había sido presidente de estaca durante menos de cinco años. Había mucho trabajo en nuestro negocio, el cual prosperaba. Si aceptaba el llamamiento, debía dejarlo todo atrás”.

A la conclusión de la llamada telefónica, el presidente Monson ofreció tiempo al élder Mazzagardi para reflexionar sobre el llamamiento; sin embargo, el élder Mazzagardi y su esposa habían decidido años atrás que consagrarían su vida al Señor, así que aceptó el llamamiento en el momento. “Sea lo que sea lo que el Señor necesite de nosotros, estamos listos para salir”, dice.

Antes de ser llamado al Segundo Quórum de los Setenta, el élder Mazzagardi sirvió como consejero del obispado, miembro del sumo consejo, consejero de una presidencia de estaca, presidente de estaca, representante regional, Setenta de Área, consejero de la presidencia del Templo Campinas, Brasil, y presidente del Templo de Sao Paulo, Brasil.

El élder Mazzagardi, empresario, dedicó parte de su carrera profesional a la industria de la carne, y más tarde fue propietario de una compañía inmobiliaria. También sirvió en la armada brasileña como sargento de artillería, desde 1965 hasta 1966. Es hijo de Antonio y Margarida Mazzagardi y nació en abril de 1947 en Itú, Brasil. Se crió en dicho lugar y en Jundiá, Brasil. Él y su esposa, Elizabeth lenne, se conocieron de niños y se casaron en Hoboken, Nueva Jersey, en julio de 1970.

Aunque durante muchos años no estaban interesados en la Iglesia, una vez que los Mazzagardi regresaron a Brasil, un amigo les invitó a asistir al programa de puertas abiertas del Templo de Sao Paulo, Brasil. Allí, los dos tuvieron experiencias espirituales muy intensas. Se bautizaron el 31 de octubre de 1978 y se sellaron como familia en noviembre de 1979. Los Mazzagardi tienen tres hijos. ■



## Rosemary M. Wixom

*Presidenta General de la Primaria*

En un mundo lleno de ruido e inseguridad, los niños necesitan descubrir cómo escuchar los susurros del Espíritu, dice Rosemary Mix Wixom, recientemente sostenida como presidenta general de la Primaria.

“Los niños pueden hallar seguridad en la oración”, dice. “Pueden saber que nunca están solos, que el Salvador camina con ellos y que Él les ama incluso cuando cometen errores”.

Nació en diciembre de 1948 y es hija de Robert Wayne y Mary Mix; se crió en Salt Lake City, Utah, Estados Unidos. Mientras crecía, su hermana gemela era su mejor amiga, y sus padres le enseñaron a dar de sí misma con un corazón feliz. “Cuando entraba por la puerta en casa, me sentía segura”, dice la hermana Wixom.

Cuando tenía 12 años, su sensación de seguridad se arraigó más profundamente. Mientras se encontraba en una reunión de testimonios, de repente sintió un fuerte

deseo de expresar sus sentimientos acerca del Salvador. “Me levanté y mi amor por Jesús manó a raudales”, recuerda la hermana Wixom. Su madre le ayudó a comprender que era el Espíritu Santo quien había inspirado sus sentimientos.

“Nunca me había dado cuenta de que el Espíritu Santo era tan poderoso y tan real”, dice la hermana Wixom. Años más tarde, el Espíritu Santo le transmitió otro sentimiento de paz sobreabundante mientras oraba por uno de sus hijos. Su esperanza ahora es que los padres y líderes y maestras de la Primaria puedan ayudar a los niños a aprender a escuchar los susurros del Espíritu Santo.

La hermana Wixom obtuvo una licenciatura en formación académica por la Universidad Utah State. Ella y su esposo, Blaine Jackson Wixom, se casaron en el Templo de Salt Lake el 18 de agosto de 1970. Juntos tienen seis hijos.

La hermana Wixom fue miembro de la mesa directiva general de la Primaria antes de prestar servicio con su esposo cuando él fue llamado como presidente de la Misión Washington D.C. Sur. Más adelante, la hermana sirvió en la mesa directiva general de las Mujeres Jóvenes, donde se encontraba prestando servicio hasta que recibió su llamamiento como presidenta general de la Primaria. ■



## Jean A. Stevens

*Primera consejera de la Presidencia General de la Primaria*

Jean Alldredge Stevens cree que el hecho de que los niños sientan amor en los comienzos de su vida ejerce un profundo efecto en ellos. Al sentir amor, los niños pueden saber y comprender con más facilidad el gran amor que el Padre Celestial y el Salvador tienen por ellos.

La hermana Stevens nació en noviembre de 1952 en Salt Lake City, Utah, Estados Unidos, y es hija de Claron y Helen Alldredge.

“Fui criada por padres de gran fe”, dice la hermana Stevens. “Amaban al Señor y enseñaban el Evangelio en nuestro hogar. Mi madre en especial tenía una capacidad sorprendente de amar a los demás”. La hermana recuerda haber sentido desde que era pequeña que sus padres la amaban y amaban el servicio al Señor.

La hermana Stevens estableció ese mismo modelo en su propia familia al casarse con Mark Stevens en el Templo de Salt Lake el 12 de septiembre de 1973. Juntos

tienen cinco hijos.

La hermana Stevens se siente agradecida por servir al Señor, y en especial por la oportunidad de prestar servicio a los niños de la Primaria.

“Los niños tienen una enorme sensibilidad para las cosas espirituales”, dice la hermana Stevens. “Llegan a esta vida con un corazón que cree. Se percibe su naturaleza divina cuando vienen a esta tierra, habiendo dejado la presencia de su Padre Celestial tan recientemente”.

La hermana Stevens cree que las hermanas líderes y las maestras de la Primaria desempeñan una importante función para ayudar a los padres a enseñar el evangelio de Jesucristo. “La Primaria es un lugar fantástico para que los niños sientan amor y para que las maestras y líderes afiancen las lecciones que se enseñan en el hogar”, dice.

Antes de ser llamada a servir como primera consejera de la Presidencia General de la Primaria, la hermana Stevens prestó servicio en la mesa directiva general de la Primaria. También ha servido como presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio, consejera de la presidencia de la Primaria de barrio, y maestra de la clase de Doctrina del Evangelio. La hermana Stevens obtuvo una licenciatura en matemáticas por la Universidad de Utah, así como un certificado de enseñanza. ■



## Cheryl A. Esplin

*Segunda consejera de la Presidencia General de la Primaria*

Cheryl Asay Esplin, segunda consejera de la Presidencia General de la Primaria, no recuerda ningún momento en el que no creyera en el Padre Celestial y en Jesucristo. “Se me enseñó desde una edad temprana a orar”, dice. “Recuerdo que recurría a la oración antes que nada para buscar ayuda, y siempre recibí respuesta a mis oraciones”.

Nació en octubre de 1944 y es hija de Orson y Mildred Asay; se crió en una granja situada a 13 km al este de Lovell, Wyoming, Estados Unidos. Como segunda de nueve hijos, a menudo se le pedía que cuidara de sus hermanos pequeños. Mientras lo hacía, la hermana Esplin recuerda que oraba para que su familia estuviera a salvo mientras sus padres salían.

La hermana Esplin obtuvo una licenciatura en educación primaria por la Universidad Brigham Young. Mientras estudiaba, conoció a su esposo, Max Esplin, y se casó con él en el Templo de St. George,

Utah, el 1 de septiembre de 1967. Tras su graduación, el hermano Esplin fue reclutado por el ejército, y la hermana Esplin enseñó el quinto año de primaria cerca de su familia en Byron, Wyoming.

Ha prestado servicio en las organizaciones auxiliares de la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes y la Primaria. Su llamamiento más reciente fue para servir en la mesa directiva general de la Primaria. También sirvió con su esposo mientras él era Presidente de la Misión Carolina del Norte Raleigh.

Los Esplin tienen cinco hijos. A la hermana Esplin le encanta estar con sus nietos; juntos preparan panqueques (tortitas) y gofres, juegan a disfrazarse, salen de caminata y leen cuentos.

A la hermana Esplin le encanta el mensaje de su pasaje favorito de las Escrituras, Doctrina y Convenios 84:88: “Y quienes os reciban, allí estaré yo también, porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros”. Ella espera que los niños recuerden que el Padre Celestial siempre está cerca de ellos y que pueden hablarle mediante la oración. ■



### **Harmony, Pensilvania, por Al Rounds**

*El río Susquehanna, en Harmony, Pensilvania, se ve muy parecido hoy a como se veía cuando José y Emma Smith vivieron cerca de sus riberas desde diciembre de 1827 a junio de 1829. En este lugar sepultaron a su primer bebé en 1828. Aquí, el Profeta José terminó de traducir las planchas de oro, las cuales llegaron a ser el Libro de Mormón; y en la ribera del río, José Smith y Oliver Cowdery recibieron el Sacerdocio Aarónico de Juan el Bautista (véase D. y C. 13:1) y el Sacerdocio de Melquisedec de Pedro, Santiago y Juan (véase D. y C. 128:20).*





*“Cuán agradecidos estamos por el evangelio restaurado de Jesucristo y por todo lo bueno que trae a nuestra vida”, dijo el presidente Thomas S. Monson al final de la Conferencia General Anual N° 180. “El Señor ha derramado Sus bendiciones sobre nosotros Su pueblo. Les doy mi testimonio de que esta obra es verdadera, de que nuestro Salvador vive, y de que Él guía y dirige Su Iglesia sobre la tierra”.*